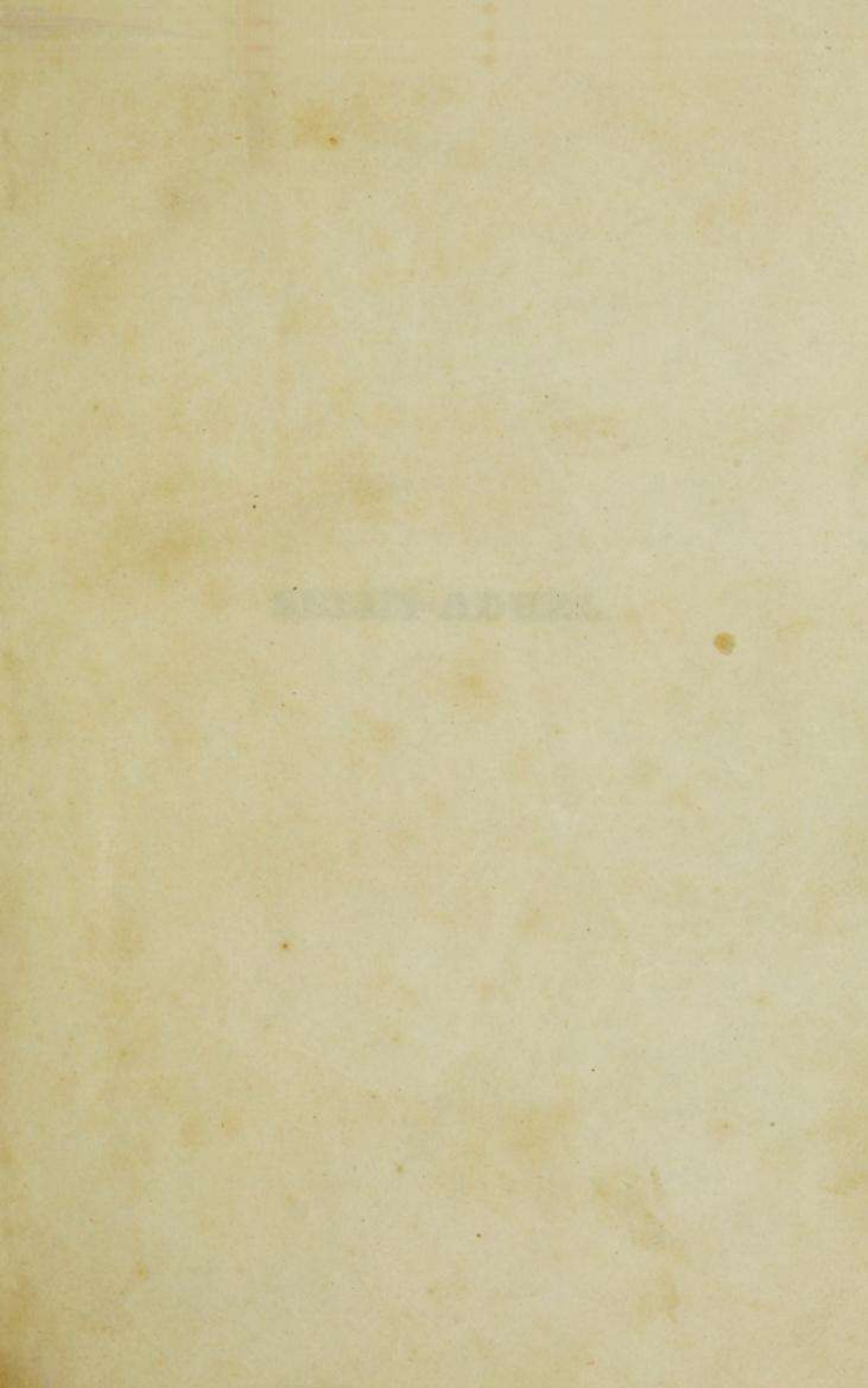


M

285





SELIM-ADHEL.

285/A

SELLM-ADHEI.

582

19760

SELIM-ADHEL,

ó

MATILDE EN EL ORIENTE,

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR MR. VERNES DE LUCE.

Vertida al español é ilustrada con notas,

POR D. JOSE ALEGRET DE MESA.

Publicacion de los Sres. Cabello y hermano.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. VICENTE, CALLE DE LAVAPIES, NÚM. 10.

1852.

SEBASTIEN-ADRIEN

MATILDE EN EL ORIENTE

OPUSCULO ORIGINAL

POR MR. VERMIS DE L'EST

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

POR D. JOSE ANTONIO DE LOS RIOS

Publicado en la imprenta de D. J. de los Rios

MADRID

Establecimiento tipografico de D. J. de los Rios, calle de Larios, num. 10.

1882

PRÓLOGO DEL AUTOR.

La novela general y vulgarmente considerada se ha tenido y tiene por un género de literatura, frívolo muchas veces, peligroso las mas; pero es un error en el cual solo caen aquellos que lo miran todo superficialmente. Proponiéndome demostrar la conveniencia de la novela, diré que son dos los grandes objetos de utilidad pública que en sí encierra: el primero formar un cuadro exacto de la vida, y dar á los individuos que principian á correr por su espionosa senda, la esperiencia de los que se han adelantado mas en ella: el segundo consiste en que siendo en cierto modo una especie de catecismo interesante, si puede llamarse asi, de moral práctica, y un espejo de la vida, presenta á un mismo tiempo sus lecciones y ejemplos de una manera plácida y admirable. Descorre á nuestra vista el velo que oculta nuestros defectos, y nos pone de manifiesto su deformidad sin ofender nuestro amor propio, ni ajar nuestra delicadeza: forma nuestro corazon y tambien nuestro entendimiento: enseña á unos á guardarse de las primeras impresiones, ó á moderarlas si ya las han recibido; y á otros á conocer, resistir ó combatir las preocupaciones que por doquiera nos acometen en el mundo á cada instante. Es preciso advertir que lo que llevo dicho solo debe entenderse con la novela propiamente tal; no con esa multitud de libros inmundos que solo sirven para desmoralizar y pervertir á la juventud inexperta y al vulgo sencillo é ignorante.

Si la *Matilde* de Madama Cottin fuese una de las novelas del día, es decir un conjunto de hechos inverosímiles; una melancólica imitación de las negras visiones de nuestros vecinos (1) inventadas solo al parecer para amedrentar á los niños y trastornar los cerebros débiles; una pompa y exageración de ideas y de sentimientos; un estilo comparado que se juzga hijo del ingenio; ó un cuadro de espantosos caracteres, en los cuales la verdad misma es peligrosa para la moral, como ciertas pinturas lo son para el pudor; si todo esto fuese, repito, la *Matilde* de Madama Cottin, no haria de ella la mas leve mencion. El feliz éxito de tan insulsas é indigestas producciones acusa igualmente al gusto de los que las leen con placer, y al de los escritores que las celebran: es como si dijésemos el triunfo del Melodrama sobre las obras maestras de Melpomene; pero ademas de no haber traspasado jamás los límites de la verosimilitud tolerado á los novelistas, ¿quién mejor que madama Cottin ha reunido los atractivos del estilo y de la imaginacion á la gracia, pureza y delicadeza de sentimientos peculiares á la parte sensible del bello sexo?

Admirado yo de tan preciosas bellezas, leia por la centésima vez la sublime produccion de Madama Cottin, cuando un viajero que habia recorrido la Palestina en compañía del vizconde de Forbin, me entregó los fragmentos de un manuscrito hallado en las celdas medio arruinadas, ó por mejor decir entre los escombros del Monte-Carmelo, que contenia la *continuacion de la historia de Matilde*, ya bien conocida. Sin tratar de inquirir escrupulosamente su autenticidad, ordené lo mejor que me fue posible estos fragmentos, y seguí en ellos con el mayor interés la série de acontecimientos naturales y sencillos que colocan de nuevo á la princesa Matilde en la sociedad.

(1) Los ingleses.

Acaso esta *continuacion* ó sea *segunda parte* de la historia de Matilde, no interesará tanto á los lectores como la primera, por no hallarse tan íntimamente unida como ella á los grandes sucesos de las cruzadas; pero, sin embargo, no dejarán de sacar mucha utilidad por las ideas y sentimientos naturales que contiene; y aunque la guerra entre los imperios y el ruido de los combates, medios los mas á propósito para escitar la curiosidad, se presentan raras veces en esta obra, me atrevo á esperar que el lector no se arrepentirá de haberse tomado la molestia de seguir á Matilde á las prisiones de Damietta ó á las ruinas de Palmira. Tal vez me engañaré, mas ruego se me perdone, penetrándose de la intencion y buena fé que me guian.

ADVERTENCIA.

Habiendo juzgado conveniente reunir al principio de esta obra algunos fragmentos de la Matilde, de Madama Cottin, para dar á conocer los principales sucesos de esta historia en beneficio de los que, ó no la hayan leído ó no se acuerden bien de ellos, creo no disgustar á los lectores presentándolos á continuacion, y que sirva como una especie de introduccion á ella. En cuanto á lo demás, esta segunda parte puede leerse sin tener conocimiento alguno de la primera, aunque en este caso no inspirará tanto interes la de Madama Cottin, que completando el de su obra ha preparado el de la mia, cuyo homenaje tengo la honra y satisfaccion de tributarla en este lugar.

FRAGMENTOS DE MATILDE,

DE MADAMA COTTIN,

PARA LA INTELIGENCIA DE LA CONTINUACION DE SU OBRA.

ALPHABETICAL INDEX

OF THE

RECORDS OF THE

FRAGMENTO PRIMERO.

El primer fragmento nos da á conocer á Matilde saliendo del convento y embarcándose para la Palestina: abre al lector el campo de las Cruzadas; se la pinta en aquella época, y le presenta algunos de los personajes que verá muy pronto en accion. Su tenor es el siguiente:

Despues de un sitio tan obstinado como sangriento, Saladino acababa de entrar vencedor en Jerusalem. Al rumor de la pérdida de la Ciudad Santa, se conmovieron todas las potencias cristianas. Guillermo, arzobispo de Tiro (1), se embarca al momento para la Europa; va á derramar su profundo dolor en el seno del Soberano Pontífice, y á pedirle socorros para sus hermanos de Oriente. Herido mortalmente Urbano III con esta funesta noticia, espira en los brazos de Guillermo, sucediéndole Gregorio VIII, que predica una nueva cruzada. A su voz y á la del piadoso arzobispo, que recorria á pié la Europa con la cruz en la mano, exhortando con ruegos, con lágrimas y aun con amenazas, los ánimos se enardecen; se apodera de los corazones el entusiasmo de la gloria y de la religion, y los mismos reyes se levantan, se reúnen, y juran no dejar las armas hasta volver á entrar en aquella Jerusalem amada que tanta sangre costó á sus antepasados, en donde reposa el sepulcro del Señor, y cuya pérdida les parece un oprobio que solamente con su conquista puede lavarse.

Al frente de tantos soberanos marchaban Ricardo I y Felipe Augusto. Rivales en poder por la situacion y estension de sus estados, éranlo tambien por la edad, por sus inclinaciones y por su gloria. Ambos igualmente poderosos, activos é intrépidos, se irritaban á la menor apariencia de injuria, sin poderse resolver ninguno á ceder: Felipe Augusto, tan grande y magnánimo co-

mo sagaz y prudente, aspiraba á victorias mas sólidas que brillantes; Ricardo, lleno de candor y lealtad, pero imprudente y fogoso, arrastrado siempre de sus pasiones, y sin poder disimular un ultraje, ni tardar un dia en vengarle, tan constante en sus ódios como en su amistad, animado del valor mas impetuoso, quizá dió mas esplendor que su rival á su nombre y á sus hazañas, y debió á la misma superioridad de sus prendas la admiracion universal de que fué objeto, y el infortunio asombroso en donde le sepultaron despues los lazos de la mas negra perfidia.

El emperador Federico, á la cabeza de cincuenta mil hombres, acababa tambien de partir para Palestina, mientras que Ricardo y Felipe Augusto, reunidos todavía en las llanuras de Gisors (2), veian de dia en dia aumentarse sus ejércitos por las patéticas y vehementes pinturas que Guillermo hacia del desgraciado estado de los cristianos en Oriente. Toda la juventud, animada del ardor guerrero que habia en los dos reinos, se dirigia en cuadrillas á los dos soberanos, y al verlos marchar al frente de sus soldados, dispuestos á pelear con denuedo por la causa del cielo, ninguno queria dejar marchitar su gloria con la vergonzosa infamia de haber huido.

Entre tanto, los dos monarcas se separan, citándose para Mesina (3). Felipe se embarca en Génova (4), y Ricardo vuelve á Lóndres (5), entrega la regencia á su hermano Juan, y mientras en Marsella (6) le preparan la flota que ha de conducirle, Berenguela, su futura esposa, llega á Sicilia (7) para celebrar alli, á vista de ambos ejércitos reunidos, el himeneo que para siempre ha de unirla al soberano inglés.

La tímida esposa de Ricardo, la tierna Berenguela, era hija de Sancho, rey de Navarra (8). Tenia pocos atractivos y no mucho talento; pero adornaban tantas virtudes su carácter, y profesaba tanto amor á Ricardo, que habia conseguido fijar el corazón de este monarca inconstante. La habia preferido á todas sus rivales, y aun á la misma hermana de Felipe Augusto. La vana, la soberbia Alix habia intentado rendirle á sus pies; pero Ricardo, aunque seducido por un momento, despreció la mano de una muger que no podia estimar; y á lo menos una vez pudo

envanecerse la modesta virtud de haber triunfado en el corazón de un gran rey de todo el esplendor del nacimiento y de la belleza.

Mas antes de emprender tan larga y peligrosa empresa, quiso Ricardo asistir al sacrificio de su hermana mas jóven, que se hallaba próxima á pronunciar sus votos. Desde su infancia no la habia visto jamás, y acaso nunca la verá; y asi, antes de que muera para el mundo, ó que él mismo perezca á manos de los infieles, desea conocerla, abrazarla y despedirse de ella por la última vez. Entre tanto sus capitanes se preparan á la partida; acompañado solamente de algunos escuderos y del arzobispo de Tiro, que quiere presenciar la toma de hábito de la jóven novicia, se encamina al monasterio donde la habian encerrado desde el principio de su vida, y de cuyo asilo va á jurar no salir jamás.

Educada hace diez y seis años á la sombra de aquel claustro, no habiendo vivido nunca sino con vestales puras y castas como ella, los pensamientos de la princesa no volaban mas allá de su retiro, ni su corazón ansiaba otro bien: sus dias uniformes y tranquilos se deslizaban sin que los contase, y en su perfecta inocencia ignoraba igualmente la existencia del mal, y solo sabia el mérito de la virtud.

Poco envanecida de su nacimiento y aun menos de una hermosura que no conocia, teniendo apenas una idea confusa del mundo, cuyo rumor jamás habia llegado á sus oídos, y del cual siempre la habia hablado la abadesa como de un conjunto horroroso de peligros y tormentas, Matilde bendecia al Señor por haberla llamado á tan santa vida; y no suponiendo que existiese otra felicidad que aquella que gozaba en su retiro, veia aproximarse con alegría el dia de tan augusta ceremonia.

No obstante, la llegada de Ricardo conmueve todo el convento: se abren las puertas al instante: las mismas rejas caen á su presencia: esta es la primera vez que las miradas de un hombre penetran en lo interior de aquel claustro, y la primera que el ruido de las armas resuena en sus pacíficas bóvedas; pero ¿qué no se permite á la magestad suprema? Solo el arzobispo de

Tiro se atreve á seguir al rey. Matilde apresurada sale á recibir los abrazos de su hermano y las bendiciones de aquel venerable prelado.

La abadesa y las demas religiosas, cubiertas con el negro velo, acompañan y rodean á la jóven novicia, presencian su entrevista con Ricardo, y se enternecen á las dulces emociones del amor fraternal. El monarca refiere sus proyectos, y habla de su viaje. Habla despues tambien Guillermo, y al solo pronunciar el nombre de Jerusalem (9), sus ojos derraman abundantes lágrimas; refiere la pérdida de los Santos Lugares, las penas que tienen que sufrir los fieles ahora para penetrar en ellos, y las dulzuras que gozan despues que los han conseguido. Esta narracion despierta en el alma de Matilde nuevos pensamientos, pero no menos piadosos: su devocion tan apacible adquiere un carácter mas fervoroso; y aunque sorprendida y confusa al ver nacer un deseo en su corazon y al prever una variacion de vida, llena de rubor confiesa que desearia cruzarse como su hermano y visitar la Tierra Santa antes de que se corra la cortina que para siempre ha de separarla del mundo.

Con efecto, Matilde consiguió sin dificultad su demanda, porque un viaje semejante en aquellos tiempos se miraba como la accion mas agradable á Dios y la mas saludable preparacion para el estado monástico. Asi pues, todas las compañeras de la princesa aplaudieron con entusiasmo su proyecto, y enagenada del esplendor que tan santa peregrinacion iba á derramar en su convento, preparaban ya de antemano las místicas rosas con que creian coronar la vírgen á su vuelta; y sobre el hábito de novicia que por la blancura deslumbraba, la misma abadesa puso la cruz brillante que coronaba su proyecto, y la colocaba bajo la inmediata proteccion de Dios. En seguida, presentándosela al rey, le dijo: «Señor, V. M. no conoce todavía el valor del depósito que le confio, ni cuánto tesoro de inocencia y de piedad encierra el corazon de esta vírgen. Defended, señor, su vida con vuestro valor; y vos, padre, añadió volviéndose al arzobispo, velad por su alma: no es la princesa de Inglaterra la que os recomiendo; es la esposa futura de Dios, que sin duda es un título

mas ilustre que todos cuantos pueden desearse. Pero esto ¡oh Matilde! no ha de envanecer tu corazón: procura que una humilde desconfianza te acompañe siempre: ten presente que ni el título mas augusto, ni las mas santas disposiciones pueden ponerte al abrigo de las tentaciones. Guárdate de dar oídos á las palabras encantadoras que solo para perderte lisonjearán tus sentidos, y haga aquel casto esposo á quien estás destinada tan atentos tus oídos al soplo de su espíritu divino, que no percibas el ruido ó el estruendo que alrededor de tí hará el mundo.»

Interin Matilde prestaba una profunda atención al discurso de la piadosa abadesa, impaciente Ricardo, esperaba que le concluyese, y apenas tomó la palabra, juró que su hermana no tenia nada que temer en su compañía. «Con la ayuda de Dios y de mi espada, exclamó poseido de un caballeresco entusiasmo, vivid, señora, segura de que no estará con menos seguridad en medio del ejército que entre las paredes del convento.» El tono enérgico con que pronunció estas palabras encendió el rostro de todas las vírgenes; mas admiradas del aire marcial que mostraba el héroe en toda su persona y del fuego que brillaba en sus ojos, bajaron los suyos al suelo.

Entre tanto, el momento de la partida se acerca: Matilde se adelanta hácia la puerta exterior del convento, y al ir á atravesar el umbral de ella por la primera vez en su vida, se para, se vuelve, y sus miradas tímidas parece que la preguntan si su valor no es temeridad. Viendo la abadesa su espanto, y que ante sus pies se abre el abismo del mundo, concibe nuevo sobresalto por los peligros que van á cercar á la mas querida de sus ovejas, y con la esperanza de preservar su vida y su inocencia, hace el último sacrificio entregándola un relicario que llevaba siempre consigo. «Este, hija mia, la dijo, te libertará de todos los peligros. Si te sorprende la tempestad, si las pasiones, mas terribles que ella te amenazan, estrecha en tu seno este pedazo de la verdadera cruz de Jesucristo, y él te libertará. ¡Oh Matilde! cree que te preparas para la función del cielo, mas considera que viajas por la tierra.»

Agradecida Matilde á un don tan precioso, le colocó sobre

su pecho con fervorosa fé; besó la mano venerada que se le habia dado, y despidiéndose por última vez de sus tímidas hermanas, salió del monasterio, cuya puerta vió cerrar sin estremecerse. Volviendo entonces los ojos bañados en lágrimas al santo asilo que dejaba, no pudo separarlos de él hasta que la espesura de los árboles y la distancia del sitio se le ocultaron. Al perderle de vista, el corazón se le oprimió, y mucho mas todavía cuando percibió á lo lejos el inmenso horizonte que se la presentaba delante; y asombrada la inocente paloma, se acerca á su hermano y al arzobispo, y con inquietud les pregunta si era preciso atravesar tan largo país para ir á Palestina (10). Ricardo se sonrió de la sencillez de tal pregunta: «muchos dias y muchos meses, la respondió, se han de pasar antes que pisemos la tierra adonde vamos: pero, hermana mia, ¿qué temes? añadió poniendo la mano en la espada que resplandecía á su lado. ¿No te he dicho que no te abandonará este defensor? ¿Y olvidas, continuó el arzobispo mostrándola el cielo, á aquel que es infinitamente mas poderoso, cuya misericordia no tiene límites, y cuya presencia está en todas partes?»

No pintaré las diversas emociones de Matilde durante tan largo viaje. Fácilmente puede imaginarse qué efecto causarían el aspecto del mar, las canciones guerreras de los soldados y los tumultuosos gritos de los marineros en el alma de una vírgen tímida, que hasta entonces solo habia visto los claustros de un templo, y cuyos oídos jamás habian escuchado otros acentos que los dulces y sagrados cantos de las hijas del Señor. En Mesina fue donde consiguió reunirse á Berenguela, y una tierna simpatía unió desde el primer instante estrechamente á ambas. Matilde amó en ella aquellas castas y modestas gracias que la representaban al vivo las compañeras, por quienes suspiraba; y la hija de Sancho, cuyo corazón era todo amor, no podia dejar de querer á la hermana del soberano con quien iba á enlazarse para siempre.

FRAGMENTO SEGUNDO.

Se describe en él la primera entrevista de Matilde y Malek-Adhel, hermano de Saladino, en la nave que conducia á la princesa á Palestina, de cuya embarcacion acababa de apoderarse el príncipe árabe. Pintándonos la autora en este pasaje con los mas vivos colores los escrúpulos de una jóven consagrada á Dios y los de una conciencia timorata, se preparan ya los combates á que el amor y la religion entregaron despues á la princesa. Veámoslo pues.

Despues de algunos dias de feliz navegacion, aunque lenta, el navío avistó las costas de Asia (11), y ya divisaba el puerto de Tolemaida (12) como un punto en el horizonte, cuando levantándose repentinamente un viento impetuoso, neutralizó todos los esfuerzos de los marineros; el mismo piloto abandonó el timon al furor de las olas, y en menos de treinta y seis horas la fuerza de la borrasca arrojó al navío contra los bancos de arena que se estienden por las cercanías de Damietta (13). En este punto les sorprendió un navío enemigo, que viendo el apuro de los cristianos, creyó que seria fácil apoderarse de ellos; pero vasallos que tenian que defender á su reina, y caballeros que peleaban por la religion y la belleza, no debian rendirse sino perdiendo la vida. Al frente de los guerreros, el mas jóven y valeroso de todos, Joselin de Montmorency, con la espada en la mano resistia con tal intrepidez, que los infieles empezaban ya á retirarse, cuando salió del puerto de Damietta un esquife que mudó la suerte del combate. A vista de la bandera amarilla y negra que llevaba, los sarracenos gritaron á un mismo tiempo: *¡Malek-Adhel! ¡Malek-Adhel!*... Recobrando al oir este nombre el esfuerzo que ya iban perdiendo, volvieron á principiar el combate con nuevo ardor, en el ínterin que Joselin, animado de un valor

heróico, se arroja en medio de los enemigos, los acosa, los persigue y los amenaza, precipitando á unos en el mar é hiriendo á otros, amontona las víctimas, hace correr arroyos de sangre, y forma una muralla de armas, de despojos y de cadáveres de hombres. El arzobispo de Tiro, que estaba en compañía de las princesas, al oír resonar el nombre de Malek-Adhel, se arrodilla y esclama: «Humillaos conmigo porque nuestra última hora llegó, pues ninguna cosa resiste á Malek-Adhel.» La princesa obedece y se prosterna; pero la reina, con una voz que partía el corazón, deshaciéndose en lágrimas, le dice: «¡Oh padre mio! ¿quién es ese espantoso y terrible sarraceno que me va á separar de mi esposo?—Malek-Adhel, hermano de Saladino y el mas formidable enemigo de los cristianos: yo le he visto con el acero y el fuego en la mano reducir á cenizas nuestras poblaciones y nuestros campos; y sin su ayuda, nunca hubiera caído Jerusalem, ni jamás hubieran ondeado las banderas de Saladino sobre el templo de Jesucristo.» Apenas Guillermo acabó de pronunciar estas palabras, cuando el ruido de las cadenas y el estrépito de las armas le convenció de que su funesta suerte se habia cumplido: al momento corre á reunirse á sus hermanos con la esperanza de aliviar sus males con sus ruegos; porque ya hacia mucho tiempo que conocia á Malek-Adhel, y no ignoraba el ascendiente que su profunda sabiduría le daba sobre el alma de este guerrero. Entre tanto que él imploraba, las dos desgraciadas princesas se retiraron al paraje mas oscuro del navío, y temblando, esperaban las cadenas con que iban á aprisionarlas. La reina, llena de desesperacion por un suceso que la separaba de su esposo, daba al viento su dolor con lágrimas y sollozos, llamando al valiente Ricardo en su ayuda; pero Matilde, mas resignada, aunque llena de horror al verse en poder de los enemigos de la fé, estrechaba contra su pecho el relicario de la abadesa; y arrodillada delante de Dios, le pedia auxilio, pues que era únicamente de quien le esperaba; pero de repente se abre con estrépito la puerta del aposento en que estaban encerradas; entran precipitadamente muchos hombres, y á vista del traje musulman, horrorizada Matilde, se aparta á un lado

invocando de nuevo la ayuda de Dios y del santo relicario. El gefe de los vencedores, acercándose á la reina con ademan grave, aunque respetuoso, la dijo: «Señora, calmad vuestro terror, porque no estais esclava: en mi palacio sereis tratada con todos los honores que se deben á vuestro elevado nacimiento: os juro en nombre del Profeta, que persona alguna de vuestra comitiva arrastrará las cadenas: únicamente exijo su palabra de honor de que permanecerán en Damietta sin intentar fugarse al campo de los cruzados antes de que mi hermano Saladino sepa vuestra llegada á sus estados, y trate acerca de vuestro rescate con el rey de Inglaterra.»

Berenguela aceptó gustosa estas generosas condiciones, que la daban esperanza de reunirse en breve con su esposo; y por otra parte, agradecida á los modales nobles y políticos del príncipe árabe, le respondió con muestras de agradecimiento; le prometió lo que la pedia, y se preparó para salir del navío y trasladarse al palacio de su nuevo dueño; pero antes, señalando á Matilde, le dijo: «Señor, esta tierna vírgen es hermana de Ricardo, y os ruego que no nos separeis: el consuelo de llorar juntas es el único que nos queda, y no espero que un vencedor tan generoso como vos nos quiera privar de él.» Malek-Adhel reparó entonces en la princesa, acercándose á ella para darla la mano; pero Matilde, cuyo espanto se habia aumentado al oír el nombre odioso de Saladino, se apartó atemorizada de aquel terrible enemigo de Dios, y cubriéndose el rostro con el velo por no verle, respondió temblando y sin alzar los ojos, que seguiria tambien á la reina.

Al llegar á la cubierta del navío, Malek-Adhel miró con curiosidad á sus dos ilustres prisioneras, cuyas facciones hasta entonces le habia ocultado la oscuridad. Era admirador idólatra de la belleza, y la figura de la reina de Inglaterra no fijó largo tiempo su atencion; dirige su vista á la princesa, que acababa de entrealzar el velo para bajar á la chalupa, y aquella mezcla de dulzura y de magestad que resplandecia en toda su persona, la blancura de su frente ingénua, el modesto encarnado de sus mejillas, sus tímidas miradas dirigidas á la tierra, el hábito re-

ligioso, emblema de la castidad, y finalmente, aquel género de hermosura desconocida en el lugar en donde vivia Malek-Adhel, asombran y admiran á este de tal modo, que se queda suspenso y no sabe lo que experimenta. Amante absoluto de las bellezas mas célebres del Asia, que todas igualmente avasallaban sus sentidos, jamás hasta entonces se habia conmovido su corazon: ahora lo ha sido por la primera vez; el soberbio árabe tiembla delante de una muger, de una vírgen cristiana, que sin alzar los ojos, cautiva en aquel momento al hermano del soberano de la Siria (14), del Egipto (15) y de las tres Arabias (16).

Era mucho para un vencedor musulman ser cortés con un sexo que Mahoma destina á la esclavitud, y Malek-Adhel, que no conocia la creencia de Europa (17), no participaba del respeto religioso que inspiraba á los cristianos el hábito de Matilde, y ya que se habia atrevido á amarla, debia tambien atreverse á decírselo. Encarga, pues, á uno de sus oficiales que conduzca á la reina: corre adonde está la princesa; la coge en sus brazos, la transporta á la chalupa, siéntase á su lado, y quiere tomarla una mano; pero la tierna vírgen, espantada de la audacia del musulman, se arroja hácia atrás tan aterrada como si hubiera visto abierto á sus pies el abismo de los infiernos. Entonces levantó la vista á Malek-Adhel, y de sorpresa se quedó inmóvil; porque hasta aquel dia se habia imaginado que un sarraceno era la mas horrible de las criaturas, semejante en todo al espantoso retrato que el Espíritu Santo nos hace de Satanás en la Escritura. Como en vez de las facciones que se habia formado en su imaginacion, descubria una figura magestuosa, un semblante noble y marcial, y unos ojos en que se pinta enteramente la sublimidad de una alma generosa, asombrada y confusa, sin saber si la seduce y ciega un prestigio infernal, se arroja á los pies del arzobispo de Tiro, que acababa de llegar, y cubriéndose el rostro con el hábito, esclama: «¡Ay padre mio!...» Guillermo conocia la estremada devocion de Matilde, y creyó que el sentimiento que experimentaba nacia de la humillacion de verse cautiva por un infiel, y del dolor de estar bajo su dependencia; la levantó, la alentó, y sosteniéndola con una mano,

pónese la otra en la frente, é inclinándose á Malek-Adhel, le dice: «Señor, esta jóven que está en vuestra presencia, pálida y trémula, ya no pertenece al mundo: colocada por su nacimiento cerca del trono de Ricardo, solo ha descendido de él para consagrarse á Dios por votos de eterna castidad. El acercarse á un hombre es para ella una mancha, y hasta ahora ningun caballero cristiano se ha atrevido á mirar con ojos profanos á la vírgen del Señor. Permitid, pues, ¡oh noble Malek-Adhel! que encerrada en lo interior de vuestro palacio, en donde nadie la vea, fiel á su ley, permanezca sola y oculta hasta el instante que señalen para su libertad el cielo, el gran Ricardo y el ilustre Saladino.» Despues de decir estas palabras, se inclina de nuevo con mayor respeto y aguarda la respuesta, y Malek-Adhel por largo tiempo contempla á la princesa, cuya hermosura se aumenta mas con la turbacion. La mira con tal viveza, que la obliga á ocultar su confusion y vergüenza en el seno de la reina. Entre tanto, el príncipe guarda silencio: busca y no sabe qué resolver; pero al fin, volviéndose hácia el arzobispo, le dice: «Pontífice de Cristo, tan estrañas me parecen vuestras palabras, que para creerlas es necesario que la misma princesa las confirme.» Entonces, acercándose á esta, «¿será verdad, señora, que como acaban de decirme, vuestros votos son tales que os habeis condenado voluntariamente á sepultar en una eterna oscuridad esos atractivos que admiran y roban el alma?» La princesa interrumpe al príncipe, y sin mirarle, levantando los ojos al cielo, dice: «¿Por qué no me encuentro todavía en mi claustro sin haber visto jamás las facciones ni oido la voz de un sarraceno? ¡Dios todopoderoso! vos sabeis si todos los votos de mi corazon no son de vivir para siempre apartada de los enemigos de vuestro nombre.—¿Veis, ilustre Malek-Adhel, que no os engaño? le dijo el arzobispo.—Sí, padre mio, respondió el príncipe con altivez; ya veo los efectos de vuestra religion, que llamais santa, mientras que tratais á la nuestra de impía y bárbara; sin embargo, á pesar de lo bárbara que es, jamás ha mandado á nuestros guerreros que vayan á desolar vuestra patria, ni á las jóvenes y celestes bellezas que dejen el mundo y

sus placeres para sepultarse vivas en un sepulcro (*): por lo demas, la princesa es libre, vivirá en mi palacio conforme á su voluntad, que yo sabré respetar hasta sus menores juramentos.»

Al acabar estas palabras, Malek-Adhel se retira; y habiendo dividido el equipaje entre muchas chalupas, volvió á subir en el esquife que le habia conducido, y precedió á sus prisioneros á Damietta.

(*) Es menester que el lector tenga presente que el que habla asi, es un musulman, que ciego con los errores de su falso profeta, falto de las virtudes que adornan á la religion católica, y preocupado ademas con las bárbaras costumbres de su pais y de sus harems, no es capaz de conocer la grandeza de los votos religiosos y lo aceptos que son á Dios; prefiriendo los que los hacen el abandono del mundo y de los placeres á toda otra cosa, para dedicarse esclusivamente á la penitencia y á la oracion, dirigiendo al Señor sus clamores desde el centro del claustro y del retiro, pidiendo el bien y la suprema felicidad del género humano, que es su salvacion, y aun la de los mismos musulmanes é infieles por medio de su conversion á la religion de Jesucristo, á esta religion santa, cuya caridad se estiende hasta para con sus mas crueles enemigos. (*Nota del traductor.*)

FRAGMENTO TERCERO.

En él se manifiestan las fundadas esperanzas que Matilde tuvo de unirse á Malek-Adhel, que á pesar de la rivalidad y artificios de Lusiñan, rey de Jerusalem, habia logrado su cariño. Además de esta rivalidad, se describe el inflexible carácter de Guillermo, arzobispo de Tiro. Ricardo, hermano de Matilde, por la larga amistad que habia contraído con Lusiñan, se hallaba inclinado á dar á este la mano de su hermana; mas habiéndola pedido Saladino para su hermano por medio de una embajada solemne, ofreciendo en favor de este matrimonio condiciones muy ventajosas á los intereses de la cristianidad, Ricardo sometió la decision de este negocio al Consejo de los obispos. Dice, pues, así:

«Sin duda, dijo Ricardo abriendo una ventana que daba á la gran plaza de los hospitalarios, donde estaba reunida la asamblea de los obispos; sin duda el Consejo se ha acabado: hé aqui á todos los prelados, y á su cabeza el legado y el arzobispo de Tiro, que se acercan para instruirnos del resultado de su conferencia.—Hé aqui, pues, mi suerte decidida, exclamó Lusiñan.—Y la mia tambien, interrumpió Malek-Adhel.» Las mismas palabras repetidas por Matilde fueron á morir en el seno de Dios, á quien invocaba. El legado y el arzobispo entraron: «Señor, dijo el primero dirigiéndose al rey de Inglaterra; ayer por la tarde, el Consejo se inclinaba á dar un esposo musulman á vuestra hermana, y tal hubiera sido nuestra decision si no se nos hubiera precisado á suspenderla: hoy, la elocuencia y la profunda sabiduría de Guillermo ha hecho mudar todas las opiniones, y hemos pronunciado una negativa absoluta, á menos que dentro de tres dias Malek-Adhel no consienta en recibir el bautismo y en jurar no dirigir sus armas contra nosotros.—¡Juro ahora mismo que nada de eso será! exclamó el príncipe con prontitud. ¿Juzgais acaso que necesito tres dias para resolverme á no cometer una perfidia?—¿Y lo seria no tomar las armas contra

nosotros? preguntó el arzobispo de Tiro. Solo eso os piden los cristianos.—De esa suerte, interrumpió vivamente Ricardo, no aceptais á mi hermana con las condiciones que os ofrecemos.—Lo que no acepto únicamente es hacer traicion á la amistad de Saladino; y esa hermosura ilustre que reúne todas las perfecciones, no debia ser el premio de una accion tan vil. ¿Yo habia de aceptar tan vergonzosas proposiciones? No, jamás; y antes se unirán las olas que bañan esta ribera á los mares del desierto, que yo levante una mano sacrílega contra mi pais y mi hermano.» Diciendo esto se volvió á sentar sin poder continuar, y con una inesplicable agitacion. «Respetable pontífice, dijo entonces Lusignan á Guillermo, ¡cuán superior sois al resto de los hombres, y cuán indignos son estos de penetrar la asombrosa rectitud de vuestro corazon! A vos debo, pues, la vida, á vos, de quien me atrevia á temer la influencia en el Consejo.—Señor, replicó Guillermo con triste gravedad, en esto no he servido á ninguna criatura humana, ni he escuchado ningun interés: el zelo de la religion ha abierto solamente mis lábios; en esta gran causa solo he mirado á Dios y sus derechos, y no he debido mirar otra cosa.—Confieso que ayer mi opinion era contraria á la del arzobispo, dijo el legado, y obrando asi, creia conformarme á las disposiciones de Su Santidad apostólica, porque sabia cuánto favor para con la Santa Silla habian granjeado á Malek-Adhel las cartas que este habia escrito á Clemente y á Alejandro III.» Mientras continuaban su discurso, Malek-Adhel, ocupado en un interés mas urgente, volvió á tomar su actitud meditativa, y aprovechándose del ruido que habia en derredor, para espresar sin ser oido los vínculos de que dependia su vida, se inclinó hácia la cortina, y dijo: «Matilde, ¿te acuerdas del juramento que me hiciste en el desierto? Escepto el sacrificio de tu inocencia y de tu fé, te obligaste á no rehusarme cosa alguna. Pues hé aqui el momento de cumplir tu promesa: mañana es preciso vernos en el sepulcro de Montmorency, donde corro en este momento á encerrarme: alli permaneceré hasta que tú vayas; si no vas, permaneceré alli todavía, y un dia despues se hallarán juntas las cenizas de este héroe con las de Malek-Adhel.» La trémula Matilde se acerca de rodillas junto á la cor-

tina, aplica á ella su rostro el príncipe, cree sentir su aliento y la dice: «Matilde, ¿me dejarás morir? ¿violarás tu juramento?—No, responde la princesa con una voz débil, que solo el corazón de Malek-Adhel podia estar seguro de que habia hablado.» Iba á bendecirla indudablemente; mas calló al ver que se acercaba Guillermo. Este se detuvo delante de la reina, y la preguntó dónde estaba la princesa. «Dicen que está en vuestro cuarto; ¿puedo entrar? necesito verla, hablarla, y disponer su angelical piedad á que me escuche.—Padre mio, respondió Berenguela, esperad algunos momentos: ¿para qué apresuraros tanto? ¿para qué quereis arrebatarla el único bien que todavía disfruta? ¡Ay! debe durarla tan poco.....—Cuando explique mis motivos á la princesa, replicó Guillermo, suplico á V. M. tenga á bien escucharlos: entonces verá si el interés y la pureza de la religion permitian aceptar la alianza que nos proponian; entonces verá si no era esponer demasiado la debilidad de una jóven el darla un esposo musulman; entonces verá si no era esponerla á titubear algun dia en la verdadera fé, y hacernos responsables á todos de su suerte eterna.—No, padre mio, no debiérais haberlo creido, respondió Malek-Adhel: sabeis cuáles habian sido mis promesas; pero vuestro inflexible zelo no ha podido resolverse á ceder.—El zelo, cuyo objeto es Dios, no puede ceder, exclamó el arzobispo, y cuando peleamos por él, por mas que cueste, es preciso saber vencer: hijo mio, ninguno es cristiano cuando teme manifestarse tal: ninguno es cristiano cuando prefiere al cielo las opiniones de los hombres, los intereses humanos y las amistades de la tierra.» Malek-Adhel replicó en voz baja, inclinando la cabeza de modo que lo oyese Matilde: «¡Ah padre mio! mas daño me habeis hecho hoy que pudieran hacerme todos los hombres juntos, y no obstante á ninguno estimo tanto como á vos, y espero que ni uno ni otro nos separaremos del mundo sin habernos reconciliado.» Entonces se adelantó hácia Ricardo, y le dijo con un poco de arrogancia: «Señor, soy dos veces desgraciado: por la sentencia que acaban de pronunciar, y por el júbilo que os causa: me parece que si hubiéseis manifestado algun sentimiento por mi tristeza, tal vez hubiera sido esta para mí menos amarga; pero veo demasiado que aqui

todo se ha conjurado contra mí, y que debo colocar en otra parte mis esperanzas..... Señor, os dejo; voy á reunirme á mi hermano, y á comunicarle la respuesta de vuestros obispos: preveo que esta noticia va á encender de nuevo la guerra mas sangrienta y homicida que nunca, á menos que algun acaecimiento tan feliz como imprevisto no aleje esta calamidad.»

Todos los que se hallaban presentes se admiraron de la moderacion de Malek-Adhel, y de la calma de su dolor. Solo Lusignan creyó percibir un sentido oculto y misterioso en algunas de sus palabras: sospechó que antes de retirarse tal vez hallaria medio de escribir á Matilde é inclinarla á su partido. Para desbaratar su proyecto, determinó no perder al príncipe de su vista, y con el pretesto de honrarle propuso á los mas ilustres gefes de los cruzados que le acompañasen hasta las últimas barreras del campo. Ricardo aprovechó con gusto la ocasion de rendir esta especie de homenaje á un príncipe que estimaba, y al acompañarle se esplicó con mucha cortesanía ponderándole lo que hubiera estimado su alianza si la diferencia de religion, y principalmente la fé de sus juramentos, no le hubiesen impuesto la obligacion de rechazarla. Convencido Malek-Adhel en lo interior de su alma de que aquella alianza se verificaria, se manifestó muy agradecido á la voluntad del rey, y ambos se apartaron con todas las muestras de cordialidad y afecto.

Apenas el príncipe llegó á las tiendas de Saladino, cuando llamándole aparte, le dijo: «¿Sabes con qué condiciones consentian los cristianos en darme á la hermana de Ricardo?—Sin duda con las que he propuesto, respondió Saladino.—Pues te has equivocado; las han desechado: no me conceden á la que amo si no abrazo su culto y abandono tus armas.—Pues bien, estoy seguro de que la has dejado, dijo el sultan.—No, no la he dejado, replicó su hermano.—¿Qué dices, Malek-Adhel? repuso el sultan admirado. ¿Te haria un vil amor que fueses pérfido? ¿Es un enemigo el que tengo en mi presencia?—No pronuncies semejantes palabras, interrumpió el príncipe, porque mancharán tus lábios, y bien conoces que las desmiente tu corazon. Saladino, soy tu hermano, y siéndolo, ¿cómo quieres que pueda jamás ser enemigo tuyo? Oye: ya no hay que deliberar, porque

la negativa de los cristianos es irrevocable: vas á partir sin duda; mas yo no te acompaño, porque me quedo aqui: no temas que los cristianos, sorprendiéndome en sus tierras despues del rompimiento de la tregua, me traten como enemigo; porque tengo en este sitio un asilo reservado, cuyo secreto no puedo revelarte, pero donde los cristianos no irán á buscarme: sin embargo, no tardaré en ir á reunirme contigo; espérame en Cesarea: solo te pido tres dias para llevarte mi esposa.—¡Tu esposa! exclamó Saladino con una profunda admiracion.—La misma; su corazon es mio, lo son sus juramentos: estoy seguro que no los violará: ya no hay obstáculo que pueda detenerme, y yo te respondo del éxito de mi empresa: llévate todos los guerreros, porque me son inútiles: solo Kaled se quedará conmigo, porque conozco su amistad y su valor, y no necesito mas.—Intrépido guerrero, tu confianza me la inspira, le dijo el sultan; quien nada teme, debe triunfar de todo; apresúrate á conducir á mi corte á la reina de Jerusalem: ¡feliz el dia en que pueda saludarla con este nombre, y poner sobre su cabeza la corona que te cedo!—¡Ah! este es el hombre que me proponian abandonase, exclamó Malek-Adhel arrojándose en los brazos de su hermano.» El sultan le tuvo abrazado largo tiempo, y despues se separaron. Saladino volvió á tomar con su numerosa comitiva el camino de Cesarea (18), y Malek-Adhel, acompañado del fiel Kaled, se adelantó hácia la orilla del mar á un paraje en donde las ásperas rocas formaban un profundo hueco. En aquellas concavidades mandó ocultarse á su amigo; dejó pa- ciendo sobre la montaña vecina dos caballos árabes, que criados por su propia mano, acudian á sus señas y obedecian á su voz, y en seguida vino á encerrarse en el sepulcro de Montmorency, donde su grande alma, abatida con los dolores y tormentos de su pasion, conoció que ya no tenia fuerza para vivir sin felicidad: en frente del héroe muerto por Matilde juró tambien morir por ella, y sepultar para siempre en aquel sitio su desgracia y su amor, á menos que la misma princesa no fuese á separarle de alli.

FRAGMENTO CUARTO.

La autora se eleva en él al tono de la epopeya para pintar el combate de Lusignan y Malek-Adhel, en el cual queda este herido mortalmente por un vil artificio de su rival, á quien en el mismo combate acababa de perdonar la vida. Parece necesario insertar este trozo entero; porque el crimen de Lusignan es la causa de la aversion que Matilde le profesa, y que tambien lo habian escitado ya otras circunstancias: oigamos como se espresa madama Cottin.

El rey de Jerusalem, solo en su tienda con su escudero, le confia sus penas. Este escudero, en otro tiempo musulman, arrastrado por una baja codicia, mas bien que por una verdadera fé, habia entrado hacia ya muchos años al servicio de Lusignan. Está dispuesto á obedecer todo lo que este le mande, aunque sea un crimen, y Lusignan medita uno. «Escucha, le dice: en este dia memorable no tengo mas que una esperanza, ni en esta batalla terrible mas que un objeto, que es el pelear contra Malek-Adhel. Quiero que me dé la muerte; pero no quiero que me sobreviva. Has de estar siempre á mi lado, y si me alejo con él, tú nos seguirás: si consigo la victoria, permanecerás tranquilo; mas si yo caigo, si muero, cuento con tu fidelidad; y te lo repito, no permitas que me sobreviva. El escudero se lo promete asi, y entonces Lusignan se queda tranquilo y no teme ya la suerte de un combate, en el que solo tenia que temer la muerte. Un miércoles 4 de octubre, salió el ejército entero de los cruzados del campo de Ascalon (19) para ir al encuentro de Saladino (*),

(*) La disposicion de esta batalla es toda histórica, y las palabras con que concluye, las dijo efectivamente Ricardo en aquella ocasion. (Nota de la autora.)

y se desplegó en la llanura desde el río Belus (*) hasta el mar. El rey de Inglaterra, delante del cual llevaban el libro de los Evangelios cubierto de tela de seda, y sosteniéndole por los ángulos cuatro oficiales, ocupaba la orilla izquierda hácia el río con los ingleses y hospitalarios: el marqués de Monferrato (20) mandaba la derecha, llevando á sus órdenes á los venecianos (21) y á los lombardos (22). Lusiñan estaba en el centro con el Landgrave de Turingia (23): los franceses (24) y los pisanos; Gerardo Bidford (25), gran maestro de los Templarios, el duque de Guel-dres (26) y los catalanes (27), formaban el cuerpo de reserva; y habian dejado para guardar el campo á Godofredo de Lusiñan, hermano del rey, y á Santiago de Avesnes (28). Los arzobispos de Pisa (29) y de Cantorbery (30), de Ravena (31), de Besan-zon (32) y de Nazareth (33); y los obispos de Beauvais (34), de Salysbury (35), de Tolemaida y de Belen (36), peleaban tambien armados con casco y coraza. Admirando Ricardo la fuerza de aquel grande ejército, exclamó en su entusiasmo: «¡Qué poder humano nos resistirá! ¡Oh Dios! sed neutral, y la victoria es nuestra.»

Ambos ejércitos avanzan de una y otra parte con igual ardor: llegan al frente: el intervalo que los separa se disminuye en pocos instantes, y al momento desaparece enteramente. Baján las viseras, enristran las lanzas, y los caballos se precipitan: cristianos y musulmanes todos se estremecen, chocan los escudos, crúzanse las espadas, entrelázanse los pies y se tropiezan los venablos: los dos ejércitos están de tal manera confundidos y mezclados uno con otro, que no se distinguen los sarracenos de los cruzados; y las garzotas de los cascos de estos parece que están colocadas en los de los árabes. En el centro del tumultuoso choque se levanta un espeso torbellino de polvo que cubre los combatientes, oscurece el aire, sube hasta las nubes, y las pacíficas cabañas resuenan con el estrépito de las armas, los gritos de la victoria y los gemidos de la muerte.

La espada de Lusiñan devora á los infieles; hace en ellos

(*) Río poco considerable de Palestina.

una horrorosa carnicería; nada le detiene, nada le resiste, porque no encuentra á Malek-Adhel. Mientras triunfa en el centro, Ricardo triunfa tambien en la izquierda; pero en la derecha Saladino rechaza al marqués de Monferrato. Sin embargo, los cristianos, vencedores en estos puntos, llevaban la ventaja, y prosiguen la victoria con una impetuosidad sin ejemplo, cuando un grito horrendo lanzado en la retaguardia de su ejército, de repente les detiene, les obliga á mirar hácia atrás, y les manifiesta que se ha aparecido Malek-Adhel. Al momento retroceden: en todas partes descubren las huellas de aquel temible guerrero: las cimeras rotas, las cotas de armas despedazadas y ensangrentadas, los estandartes rodando por tierra, las anchas y profundas heridas de los moribundos, todo les dice que ha pasado por allí la espada de Malek-Adhel. Al punto le divisan recorriendo el vasto campo de batalla, llevando su valor doquiera que los cristianos son vencedores: en todas partes renacen los combates; en todas partes triunfa, y por la habilidad de sus planes en todas partes se ve á los cristianos cercados de enemigos. Lusiñan, furioso y desesperado, viendo que se halla próximo á perder una batalla tan sobresaliente, se sacrifica por la salud de los suyos, llama á grandes gritos á su indomable rival, y espera, alejándole del combate, dar tiempo á los cristianos para que recobren la superioridad, prevee sin duda que perecerá en aquella lucha terrible, pero está seguro de que tambien perecerá con él Malek-Adhel: esta idea casi le hace amar la muerte. Oye el héroe el desafío de Lusiñan, y tiembla de furor; pero no le responde: admirado el rey de Jerusalem de aquel silencio, oprime los hijares de su caballo y alcanza á Malek-Adhel; pero este se aparta y aleja del único cristiano, cuya sangre derramaria con placer, porque se ha propuesto evitar toda querrela particular á fin de no abandonar el campo de batalla antes de la victoria; y aunque le cueste mucho, quiere permanecer fiel á su deber; pero poco solícito en defender una vida que aborrece, rechazando á los cristianos, no se guarda de sus golpes y espera interiormente que la muerte expiará el daño que no puede menos de causarles. Lusiñan entre tanto se encarniza en perseguirle, y

siempre detras de él, le insulta con los términos mas injuriosos. El soberbio guerrero devora por largo tiempo en silencio aquellos ultrajes, pero al fin ya no puede contener su cólera en el furor que le anima: está bien seguro de que no necesita mas que un momento para purgar la tierra de un rival que detesta, y no tiene el orgullo de creer que un instante de ausencia pueda acarrear la derrota del ejército: «¡Ven, le dice á Lusiñan, apresurémonos á extinguir en nuestra sangre el ódio recíproco que nos devora!» El rey de Jerusalem le sigue; pero no solo, porque el escudero no ha olvidado sus órdenes.

A alguna distancia del ejército, detras de una multitud de rocas que los ocultan de la vista de todos, Malek-Adhel se detiene, arroja el escudo lejos de sí, y dice: «Lusiñan, créeme, no usemos de estos vanos medios de defensa, que retardarán nuestra derrota; al contrario, aceleremos el instante en que el uno de los dos cese de aborrecer al otro.» Lusiñan le imita, deja el escudo, saca la espada, y principia el combate. La horrible muerte oye los golpes de aquellos intrépidos guerreros, vuela, llega y se sonrie al ver las grandes víctimas que van á caer bajo de su imperio. Jamás ha manifestado Lusiñan tanto valor ni tenido tantas esperanzas, porque Malek-Adhel está herido. A la indiferencia con que este héroe defendia su vida en el campo de batalla, muchos cristianos debian el honor de haber derramado su sangre, y la que pierde debilita el vigor de su brazo; pero su valor suple por las fuerzas que le faltan, y asiendo la espada con ambas manos, descarga con ella tan furioso golpe sobre la cabeza de su rival, que este vacila; hendido el casco por la mitad, cae á tierra, y un diluvio de sangre cubre sus ojos. Malek-Adhel, viendo que se ha quedado con la cabeza descubierta, arroja tambien su casco, y para volver á empezar el combate, espera que su adversario se halle en estado de defenderse: mas apenas recobra Lusiñan los sentidos, cuando se arroja al príncipe, le mete la espada por una abertura de la coraza con un movimiento tan rápido, que el héroe, que no lo esperaba, no tuvo tiempo para parar el golpe. Al punto de su ancha herida salta la sangre á borbotones. ¡Oh Dios, Dios de los cristianos,

esclama, socorredme en este momento! ¡Oh Matilde! si esta sangre que vierto la derramase por vengarte y no te afligiera mi muerte, ¡cuánto la amaria!—¡Afligirla! replicó Lusiñan, está seguro de que se complacerá de ella con nosotros.» Dice, y redobla los golpes; pero ninguno alcanza al príncipe, que rocobra la ventaja y hiere en el costado á su rival. Entonces Lusiñan procura mas bien defenderse que atacar; evita al príncipe, da vueltas en su derredor, le cansa y fatiga, conociendo que como está herido no necesita mas que prolongar el combate para estar seguro de la victoria; pero Malek-Adhel, indignado de que la lucha fuese tan igual, é incierta todavía la victoria, y que el hombre que mas aborrece sea el que mas le resista, y finalmente, deseando terminar el combate ó morir, deja la espada, saca el puñal, y se precipita sobre Lusiñan para sepultársele en el corazon: ambos forcejean, se atacan, se rechazan; mas por fin el príncipe vence, coge y estrecha á su adversario entre los brazos con tanta fuerza, que Lusiñan pierde la respiracion y el movimiento; vacila y va á medir la tierra. Malek-Adhel se arroja sobre él, levanta el puñal para herirle..... «¡Oh héroe, escúchame! le dice Lusiñan con voz moribunda.» Malek-Adhel se detiene á escucharle; pero el rey de Jerusalem pierde el conocimiento antes de concluir su súplica. El príncipe vacila en dar un golpe inútil á un enemigo casi muerto; y en tanto, el escudero de Lusiñan que ha visto caer á su amo y le cree sin vida, fiel á su promesa, se arroja sobre el héroe y le hiere con su puñal. Sorprendido Malek-Adhel, se vuelve para vengarse; pero debilitado y aniquilado por sus numerosas heridas, cae en el suelo, pierde el movimiento, y queda tendido sobre la tierra, que baña con su sangre, invocando al Dios de los cristianos y al arzobispo de Tiro. El escudero mismo de Lusiñan, horrorizado de aquel espectáculo, y oyendo al príncipe invocar al Dios verdadero, dando pruebas de su conversion, no puede creer que haya sido víctima suya un cristiano, un guerrero tan célebre; el espanto se apodera de su alma, y si bien ya no teme su brazo, le estremece la sombra de Malek-Adhel: desea alejarse de aquel sitio espantoso; pero quiere llevarse el cuerpo de su amo, y sus fuer-

zas son insuficientes para ello. Descubre en lo escarpado de las rocas un pastor, que aterrado se hallaba refugiado allí, mientras á su lado las cabras pacían sosegadamente la tierna yerba y el ramaje de los arbolillos; le llama y obliga á que baje á ayudarle á conducir al campo el cuerpo de Lusñan. Encuentra en el camino algunos cristianos fugitivos. «¡Qué! ¿se ha perdido la batalla? esclama el escudero.—Lusñan ha desaparecido, le responden, y Saladino y Malek-Adhel son vencedores.—¡Malek-Adhel! continúa el escudero; Malek-Adhel ha muerto, acaba de espirar á los golpes de Lusñan, de mi amo, que llevamos aquí cubierto de heridas.» Los cristianos no se atreven á creer lo que oyen; repiten estas palabras extraordinarias: «¡Malek-Adhel acaba de espirar!» Vuelan de boca en boca hasta el centro del ejército, y al momento musulmanes y cristianos se detienen sobrecogidos, golpeándose los primeros el pecho y arrojándose en tierra desesperados. Los mismos cristianos no pueden dejar de conmoverse; mas no obstante, recobran su valor y se aprovechan del espanto de los infieles para vencerlos. Saladino, victorioso hasta aquel instante, Saladino, dueño siempre de sí mismo en los peligros mas grandes, Saladino, á quien las flechas mas agudas y los males mas crueles no le hacen nunca mudar de color, ahora ya no puede dominar la pena que experimenta: la muerte de su hermano le ha sobrecogido con tal violencia, que durante un momento olvida su imperio y su gloria para no pensar sino en lo que pierde. Se retira á Ascalon y va á ocultar en los muros de aquella ciudad su profunda desesperacion y las reliquias de su poderoso ejército.

FRAGMENTO QUINTO.

Este último fragmento nos manifiesta á Matilde llorando sobre el sepulcro de su esposo Malek-Adhel, que antes de morir se convirtió públicamente á nuestra santa fé católica, pidiendo el santo bautismo, que le administró el arzobispo de Tiro, dando despues su mano á la princesa en matrimonio, que bendijo el mismo arzobispo poco antes de espirar Malek-Adhel; cuyos últimos restos acompaña la princesa, que poco despues entra en el monasterio del Carmelo para concluir alli sus dias, donde se deposita tambien el cadáver de su esposo, y se le eleva un sepulcro. Dice asi este fragmento:

Cercan los reyes la cátedra evangélica á la que acaba de subir Guillermo: Berenguela, la desconsolada Berenguela, vestida de negro, postrada al pié de un altar separado, con un tierno infante en los brazos, ruega en nombre de la inocencia por el alma de su bienhechor, y pide á la casta Reina de las vírgenes tranquilidad para la afligida, para la destituida de consuelos, para aquella á quien la tempestad ha sorprendido y despedazado el corazon. Los cristianos, con el rostro humillado contra la tierra, esperan en un santo recogimiento las palabras y la presencia de Dios; y mas lejos, cerca de la puerta de la iglesia, reunidos y apretados unos con otros los musulmanes; se admiran de lo que ven y se preguntan dónde están; pero se asombran mucho mas cuando el arzobispo de Tiro, mandando levantar la cortina que separa á Matilde de la augusta concurrencia, se descubre á aquella tierna vírgen, á la viuda de Malek-Adhel, á la hija de los reyes, inclinada sobre la tierra junto al féretro de su señor, y cubierta con el paño funeral; ya no adorna su hermosa cabeza el oro de su cabello, y las rubias trenzas esparcidas acreditan que ha principiado ya la ceremonia de su

muerte: al verla se parten todos los corazones, y arroyos de lágrimas riegan las mejillas de todos los circunstantes.

El arzobispo de Tiro alza las manos, y con voz magestuosa responde y la consuela en la aflicción; prosigue señalando el féretro de Malek-Adhel, y dice con vehemencia:

«Esta es, esta es la suerte del príncipe que hace pocos días gemía en las cadenas del infierno; ¡y llorais! este es el milagro que Dios ha hecho por su pueblo y á vista de sus enemigos; ¡y llorais! Jamás, no, no, jamás ha mostrado Israel una cosa tan grande: un príncipe impío nace repentinamente en el Oriente, y amenaza nuestro culto; semejante al rayo, devora á los fieles y sus ejércitos: en vano la Europa vomita contra él millares de soldados; porque el brazo de Malek-Adhel se levanta y va á destruirlo todo: dentro de pocos días el imperio de Jesucristo se habria estremecido; pero Dios ve sus miserias y tiene piedad de ellas; encadena ese brazo que no podia el mundo entero encadenar; habla, y el héroe es suyo. Esto es lo que habeis visto, cristianos; ¡y llorais! y esa vírgen (continúa mostrando á Matilde) ¿por qué gime? ¿qué bienes ha pedido á Dios que no la haya concedido? ¡hubiera querido vivir sin pruebas para morir sin méritos á los ojos de su Criador! ¡Oh vírgen! ¿qué suerte fué jamás tan dichosa como la tuya? En vano los hombres, sus intrigas, el mundo, sus tentaciones, han conspirado contra tí; porque la religion ha sido mas fuerte para sostenerte que ellas lo han sido para oprimirte. El infierno mismo se ha unido á ellos, y derramando en tu corazón la ponzoña del amor, ha querido sepultarte en sus abismos entregándote á un infiel; pero ayudada de Dios, has vencido al infierno, y de la ponzoña que habia preparado para perderte, has sacado gérmenes de salud para el héroe á quien amabas. Matilde: ahora, ¿por qué derramas esas lágrimas, sino son lágrimas de reconocimiento y amor á ese Dios, que durante diez y seis años de paz y de retiro se complació en instruirte en su ley para llevarte á su gloria; á ese Dios, que al cabo de un solo año de aflicciones, término tan corto (que no es nada ni aun á los ojos de los hombres, y que ha pasado para tí), te conduce á este sitio triunfante de todos

los peligros de que te ha salvado, y victoriosa de todos los lazos que para que pases ha deshecho; á ese Dios, que satisfecho de tu docilidad en escucharle, de tu sumision á sus órdenes, te abre la puerta, te recibe en su reino, y mucho antes del término de tu carrera, y en la mitad todavía de los errores, te asegura la palma inmortal con que corona la frente del justo? ¡Oh Matilde! ¿de qué te quejas? ¿no sabes lo que te espera? Por pruebas de pocos dias de afliccion, de algunas horas de miserias que pasan, ¿no sabes lo que Dios te ha prometido? Escucha: de las bóvedas de este templo, del centro de ese altar, de lo interior de esas tumbas, ¿no oyes todas esas voces que se levantan y gritan: «¡La eternidad! ¡la eternidad!»

La vírgen alza la cabeza, y mostrando otra vez al mundo aquel rostro maravilloso que no debia volver á ver jamás, tiende la mano hácia la tumba de su esposo, y dice:

«Y por la conversion de este hombre, ¿cuál es el premio que Dios ha prometido?»

A estas palabras, la fé y la piedad la recuerdan los premios del cielo: el inmortal ejército de los santos, las arpas de oro de los querubines se han estremecido, y los coros de ángeles resuenan en la iglesia por todas partes, y mezclándose á la voz de los mortales, repiten: «¡La eternidad! ¡la eternidad!»

No es ya una criatura mortal aquella vírgen que se levanta de repente de entre las sombras de la muerte en que estaba sepultada; tiene inflamada la vista, el rostro ardiente, y una especie de regocijo divino brilla en toda su persona; porque sus ojos, ó mas bien su espíritu, ha sentido una especie de beatitud infinita. Mas vuelve á caer, porque el dulce entusiasmo ha desaparecido; pero la impresion permanece en su corazon para siempre: y ahora, mundo, ofrécela tus pompas, tus regocijos, tus amores, y hasta la felicidad que durante tanto tiempo ha deseado, y seguramente te despreciará: no tienes bastantes riquezas para incitarla, y ya no la conmueven tus bienes perecederos; porque Dios acaba de concederla el placer anticipado de los que la esperan y de que la han hecho merecedora sus sacrificios y su virtud. En este momento supremo parece sentirse en

aquel templo augusto por todas partes la presencia de Dios: sí, en todas partes está, aun en el corazón de los musulmanes: jamás sus ojos habían visto ni sus oídos escuchado lo que acaban de ver y oír. Las palabras de Guillermo, los rayos de gloria y felicidad que salen de los ojos de la virgen, el rumor celestial que resuena en los aires, los cristianos que se atreven á llamar á Dios en su compañía, y aquella caridad divina que consiente en descender á ellos, todo admira, asombra y subyuga á los infieles: fuera de sí, oprimidos é impelidos por una mano invisible, se precipitan por medio de los cristianos dando grandes gritos, y postrándose alrededor del púlpito de Guillermo, bajan su frente hasta la tierra, repitiendo: «¡Padre! ¡oh padre! nosotros creemos.»

Y ahora, ¿quién preguntará cuál es la felicidad del justo? Mirad en el corazón de Guillermo; en aquel corazón consumido de caridad, y que experimenta la alegría que procede del amor de Dios en tantos corazones como hermanos hay que le disfrutan; su rostro se cubre de ardientes lágrimas, y con voz conmovida, con voz que espresa toda su alma, prorumpe en estas palabras sacando un Crucifijo del pecho y levantándole por cima de su cabeza: «Este es, mortales, este es, cristianos, el que ha descendido á la tierra á convertir el día de la muerte en día de triunfo.»

Los musulmanes repiten en la misma actitud: «¡Padre! ¡oh padre! nosotros adoramos.»

Ya no hay mas que un solo pueblo, no hay mas que un solo corazón: los cristianos abrazan á sus hermanos, y despues se postran y adoran. «¡Cenizas de Malek-Adhel! continúa el arzobispo, despertad: ¡noble héroe! sacude el polvo en que duermes: levántate y ven á asistir á tu mas admirable victoria; del seno de la muerte has hablado á su corazón; porque las voces que salen de lo interior de los sepulcros, son las que mejor persuaden. ¡Padre de tu pueblo! tú les abres el cielo, y su salud es precio de tu sangre. ¡Oh Jesucristo! conservad por vuestro nombre á los que acabais de dársele, á fin de que no sean sino una

cosa con él, y que allí donde estais vayan ellos tambien para contemplar la gloria que vos les habeis reservado.»

El arzobispo baja del sagrado púlpito y bendice á sus nuevos hijos; pero antes de conferirles el bautismo, va á consumir el sacrificio de la vírgen. Aquella tierna hermosura se levanta, se reviste el tosco sayal de las hijas del Carmelo; pronuncia con voz satisfecha el voto que la separa para siempre del mundo, y tendiendo despues la mano hácia los neófitos que fueron súbditos de Malek-Adhel: «Adios, les dice, nosotros con la gracia de Dios le volveremos á encontrar.» Baja la vista, agitada al aspecto de Ricardo, de aquel rey, de aquel hermano á quien no ha de volver á ver jamás, y al pasar por delante de Berenguela enjuga algunas lágrimas. Todos los ojos estaban fijos en ella: objeto de admiracion y de enternecimiento, mucho mas que de compasion, en ella todo era grande, elevado y sublime, como la religion en que descansa y la fé que la sostiene. Da algunos pasos atrás, se acerca á la última cortina, la alza Guillermo y esclama: «Ved aqui una hija de Elías, que hoy se prepara á subir en el carro de su padre.» Dice: la vírgen se inclina y desaparece: el mundo, del cual huye para siempre, asombrado de sus últimas miradas, y de los divinos acentos que suenan detrás del velo que la oculta, pregunta si acaba de entrar en el cielo, y si ha principiado para ella el triunfo que la habian prometido.



LIBRO PRIMERO.



RA una hermosa y apacible noche del mes de abril del año de 1195. En la hora en que el silencio convida á la meditacion, hallábase la bella Matilde, hermana de Ricardo I, rey de Inglaterra, en la iglesia del monasterio del Monte Carmelo (1), apoyada sobre la urna en que estaban depositados los inanimados restos del célebre cuanto desgraciado guerrero Malek-Adhel, hermano del sultan Saladino: sus ojos, anegados en lágrimas, formaban un extraño contraste con la animacion casi febril de su semblante, y sus miradas fijas sobre las bóvedas del templo, manifestaban que su alma, embebida en un solo pensamiento, le inspiraba las siguientes palabras: «¡Oh, idolatrado Malek! ¡oh, esposo mio! ¡tú, que desde la eterna morada contemplas con suave calma esta tierra miserable que solo produce espinas,

(1) *Monte Carmelo.* Este monte está situado en Palestina; es memorable por haberse retirado á él el profeta Elías. El monasterio de que se hace mencion en la presente obra, fué fundado por la emperatriz santa Elena, madre del Gran Constantino, emperador romano, é igualmente fundador del imperio de Oriente.

y donde jamás se encuentra la dicha! ¡tú, que gozas una tranquilidad imperturbable; que disfrutas de las delicias inefables y sin fin, destinadas á los que, por medio de acciones virtuosas como las tuyas, han sido dignos de llevar el nombre de bienaventurados, dirige una mirada á tu infeliz esposa, que sobre tus frias cenizas lamenta tu pérdida, y que á nada mas aspira que á reunirse contigo! En la vida, todo me es indiferente, todo me recuerda los felices dias en que, unida á tí, mi único afán era el instruirte en los misterios de nuestra santa religion, al paso que pedia al Eterno Padre iluminase tu alma y abriese tu corazon á sus sublimes máximas: sola en una tierra estraña, sin parientes, sin amigos á quienes comunicar mis dolores y aflicciones, mi único anhelo, repito, se cifra en volar á la celeste mansion en donde moras. ¡Oh dias del desierto, que entonces me parecian tan desgraciados! ¡al presente daria la mitad de mi existencia porque volvieseis! ¡Guillermo! ¡padre mio! ¿por qué me habeis abandonado? Vos, que fuisteis siempre mi consuelo, mi protector y mi guia, ¿por qué habeis olvidado á vuestra hija sepultada aqui, en la oscuridad de este claustro, que escogió para su seguridad, tratando de librarse de las tempestades con que el mundo la amenazaba; huyendo de Lusiñan, de aquel pérfido é hipócrita amante que sin cesar la perseguia; y de un hermano, que seducido y engañado por el mónstruo, habia ensordecido á los gritos de la naturaleza, de la humanidad y de la justicia, convirtiéndose en un déspota que intentaba sacrificar á su falaz amigo su jóven hermana; que por último experimentó el amargo desconsuelo de ver espirar en sus brazos á su querido esposo Malek-Adhel, el leon de los combates, el terror del Oriente, en el instante mismo en que iba á ser el mas firme apoyo y la mas fuerte columna de la cristiandad? ¿Por qué, santo y venerable Guillermo, os haceis sordo á mis ruegos? ¿por qué no venis á fortificar mi decaido espíritu, para que pueda valerosamente y con frente serena pronunciar unos votos que me aparten para siempre del mundo, dejándome solo el consuelo de consagrarme toda entera á mi Criador, pidiéndole al pié de los altares perdone mis pasados extravios, las ideas que

se revuelven en mi interior, sin que me sea posible vencerlas, y la resignacion y virtud necesaria para servirle y merecer el nombre de verdadera hija suya? Nada, nada absolutamente me resta en este mundo de dolores (hasta que se apague mi débil existencia) que Dios y el helado sepulcro que contiene las cenizas de un esposo querido con quien creí ser siempre dichosa.»

Concluidas estas sentidas palabras, guardó silencio por espacio de algunos breves instantes, despues de los cuales, dirigiendo su vista, ya mas tranquila, sobre la imágen del Crucificado que se hallaba colocado á su frente en un altar, habiéndose postrado de hinojos con trémulo y suplicante acento, exclamó: ¡«Amado Jesus mio! compadeceos de una débil muger que no puede hacerse superior á su flaqueza sin la ayuda de vuestra divina gracia; que acaso os ofende involuntariamente no pensando, como debiera, sin cesar en vos, que sois el único apoyo y consuelo de los desgraciados: ¡perdonadme, Dios mio, si me acuerdo é invoco en vuestra divina presencia á un esposo, cuya imágen permanece grabada fuertemente en mi corazon; el pesar que me devora es inmenso, y por lo tanto os suplico con el mayor fervor me presteis el valor y la resignacion suficiente para no sucumbir á él!»

Dicho esto, Matilde se levanta, enciende una vela y dirígese con vacilante paso á su humilde celda para entregarse en ella á sus reflexiones, hasta que el sueño venga á embargar sus sentidos: á cada paso que da se le figura ver entre la espantosa oscuridad que la rodea varios espectros; ya se la representa el ensangrentado cuerpo de Malek-Adhel y á su lado el infame esclavo de Lusñan con el puñal levantado en ademan de herir; ya se le aparece su hermano Ricardo, que colérico y furioso quiere violentarla á que se una al rey de Jerusalem; y ya por último su cuñada Berenguela y los demas caballeros cruzados que procuran impedirlo á todo trance. Llega por fin aterrada á su celda; coloca la luz sobre una mesa, y despues de hincarse de rodillas ante una imágen de Nuestro Divino Redentor que alli tiene y la habia dado el arzobispo de Tiro, á cuya intermediacion se halla el precioso relicario, regalo hecho por la abadesa del monasterio

donde pasó sus primeros y felices años, oró fervorosamente y se recostó en el lecho, quedando al poco tiempo sumergida en un tumultuoso é interrumpido sueño, lleno de imágenes funestas que á cada instante la hacian despertar sobresaltada, hasta que los primeros albores de la mañana vinieron á entrar por las rendijas de la ojiva, y se levantó.

En seguida abrió Matilde la ventana que caia á la huerta del monasterio: la mañana era hermosa aunque algun tanto fresca: un suave ambiente, embalsamado con el odorífero néctar de las florecillas que cubrian los dilatados cuadros de un jardin contiguo, servia de precursor al padre del dia, que estendiendo su radiante luz sobre el horizonte, limitado acá y allá por pequeñas y azuladas colinas, esparcia por doquier torrentes de claridad y de vida: las parleras aves y pintados pajarillos le saludaban con sus alegres trinos y melodiosos gorgeos, y la naturaleza entera parecia revivir y tomar mas nuevo y risueño aspecto: en lontananza se divisaban algunas nubecillas doradas con los rayos del sol naciente, completando tan magnífico panorama el vasto Occéano que ofrecia á la vista una estensa sábana de verde oscuro, del cual se elevaban los vapores formando al parecer una densa neblina que se transformaba luego en nubes blancas de diversas configuraciones: por otro lado veíase el caprichoso contraste que en medio de todos estos apacibles objetos formaba el desierto, en el que reinaba un sepulcral silencio interrumpido tan solo de vez en cuando por el espantoso *simoun*, el cual levantando varios remolinos de arena á manera de gruesas columnas se elevaban hasta la atmósfera turbando la hermosa transparencia del azulado cielo: las aves nocturnas huian espantadas á sus oscuros nidos lanzando fatídicos graznidos, y las fieras se retiraban á sus lóbregas guaridas dando terribles y aterradores bramidos, que llenaban de espanto el tímido corazon de Matilde, la cual estasiada contemplaba este admirable cuadro, elevando al propio tiempo su alma al Criador por medio de la oracion, dándole gracias porque con la venida del dia se habian disipado los vanos terrores é ilusiones que tanto la habian afligido durante la pasada noche: de cuando en cuando recorria tambien

con penetrante mirada la inmensidad del horizonte; traía á la memoria, y se los representaba como si los viese, todos los sitios por donde pasó con su querido Malek cuando la condujo al Carmelo; repetía sus palabras, y figurándose estar todavía hablando con él, dirigía al cielo sus ojos en ademan suplicante rogándole la oyese y amparase.

El monótono y acompasado son de la campana del monasterio que llamaba á las religiosas á sus acostumbradas oraciones, distrajo á Matilde de la especie de meditacion en que se hallaba sumida. Al ver que las cándidas vírgenes abrían las puertas de sus celdas y se dirigían con paso grave y mesurado á la iglesia, la princesa sale también y las acompaña cubierta por su espeso velo, enjuga las lágrimas para que sus inocentes compañeras no lleguen á traslucir las penas que la afligen, y postrándose ante el Criador, empiezan las oraciones y sagrados cánticos, los cuales enagenan su destrozado corazón lleno al mismo tiempo de amor y reconocimiento hácia el Ser Supremo que la dispensa tantos beneficios y consuelos.

Finalizados los espirituales ejercicios, Matilde vuelve á su celda y en ella á sus ocupaciones ordinarias, esto es, á la lectura y á la meditacion.

Ya habían transcurrido mas de diez meses desde que Matilde entró en el monasterio del Carmelo, sin que su método de vida hubiese variado en un ápice de como lo hemos descrito. Sepultada, si nos es permitido decirlo así, en aquel célebre convento á la edad de diez y nueve años; separada de todos los bienes y placeres que ofrece la juventud, la hermosura, su noble alcurnia y brillante fortuna; insensible ya á todas las grandezas é ilusiones de la vida, y sin tener otra idea en su imaginacion que el sentimiento profano del amor imaginario, aunque purificado por la religion, hácia su malogrado esposo Malek-Adel, únicamente ansiaba reunirse á él en la eternal mansion, ya que no le fue dado alcanzarlo en la tierra.

Cuando alguna vez desde su soledad tendía la vista por el proceloso mar, la parecia ver aun el navío que desapareció á sus ojos, llevándose á Europa los últimos objetos de su cariño, su

hermano Ricardo, Berenguela su esposa y los demas caballeros y soldados de la cruzada que abandonaban para siempre la Tierra Santa. Lleno su corazon de luto y amargura, su único consuelo lo cifraba en colocarse junto al sepulcro de su esposo, y contemplar en aquellas yertas cenizas lo que de tanto amor la quedaba. Arrodillada de continuo al pié de los altares y junto á esta tumba, Matilde pasaba los dias y las noches, acostumbrándose á una meditacion melancólica que marchitaba poco á poco su esplendorosa belleza. Al acercarse la estacion de la primavera, en que parece que toda la naturaleza respira placer y alegría, exclamaba dando profundos suspiros: «¡Ah! todo renace y participa de la felicidad de una nueva existencia en torno mio; la tierra se adorna de verdor y de flores, convidando á amar á los seres que la pueblan; todo goza y espera; solo yo soy la que nada espero en este mundo. ¡Oh Malek-Adel! ¡esposo amado y querido! en el blando arrullo de la tierna tortolilla; en el suave soplo del céfiro ligero; en el apacible murmurio del manso arroyuelo, ó en el espeso ramaje del bosque, te presentas á mi imaginacion; diviso por do quier tu amada sombra que me sonrie y me llama: ¡oh cuándo llegará el dia feliz en que vuele á unirme contigo!»

Desde el instante mismo en que una vehemente pasion se sale de los límites de la esfera que lo contiene, el corazon se sumerge en un vacío espantoso y en una afliccion tal, que moriria muy pronto de languidez, si la amistad, siendo verdadera, no acudiese á sostenerle y apoyarle: en estos casos es cuando la amistad llora con el desgraciado, le anima, comparte con él sus penas, le distrae de ellas y le alivia: su llama menos viva, no es la de las pasiones, antes bien es el consuelo de la humanidad.

La amistad, pues, mitigaba algun tanto los dolores de Matilde. Habitaba en la celda contigua á la suya una jóven novicia llamada Nestalia, con la cual al poco tiempo, á causa de haberla oido lamentarse tambien, travó amistad íntima y la confió parte de sus penas: esta jóven, correspondiendo á la cariñosa confianza y amable trato de la princesa, lloraba con ella y la abrió su corazon, manifestándola la pasion que profesaba á un jóven oficial llamado Cefalí, digno por todos títulos de su ternura, y con quien

trataba de unirse por medio de los sagrados vínculos del matrimonio; pero que sus padres, ignorando ella los motivos que tenían, odiaban tan profundamente al infeliz jóven, que no solo le habian perseguido con el mayor encarnizamiento, sino tambien obligaron á ella misma á que entrara en el Carmelo, valiéndose de toda clase de violencias y amenazas para que profesase.

Nestalia no tenia la brillante hermosura de Matilde; pero, con todo, poseia esa gracia indefinible que embellece lo que sin ella se despreciaria, y que sin apercibirse atrae el amor y la amistad: mas lo que especialmente distinguia á las dos amigas, era, en la una cierta cortedad ó recogimiento peculiar y propio de la educacion que habia recibido en la infancia, y en la otra una viveza y alegría natural y sin afectacion. El estar ambas tan inmediatas era debido á un favor especial de la abadesa, que Matilde habia alcanzado, con el objeto de tener á su lado, siempre que lo deseara, una amiga que la consolase en sus pesares.

Cierta noche, á hora ya muy avanzada, oyó Matilde que su amiga se paseaba por su celda sollozando de tiempo en tiempo, y prorumpiendo en algunas frases interrumpidas, y entrecortadas por el llanto. Al parecer de la princesa, esto demostraba que el corazon de la jóven estaba sumamente agitado y lleno de una especie de terror, promovido acaso por algun acaecimiento importante. Matilde, que amaba con la mayor ternura á Nestalia, no pudo ser insensible á la pena que parecia afligirla; y movida tan solo por la belleza de sus piadosos sentimientos, no pudiendo resistir la sensacion que la causaban los padecimientos de su jóven amiga, abandona precipitadamente el lecho, corre á la puerta de la celda de esta, y encontrándola abierta, entra procurando hacer el menor ruido posible. Lo primero que se ofrece á su vista es Nestalia arrodillada en el duro suelo implorando ante un Crucifijo la gracia del cielo, para que la fortaleciese y amparase en el gran quebranto que la afligia. Habiendo esperado Matilde á que concluyera su plegaria, se acerca á ella y la dice: «¿Qué es lo que te pasa, Nestalia mia? ¿qué penas destrozan tan cruelmente tu corazon, que no son dignas de que las sepa tu mejor amiga, tu querida Matilde? ¿Me has retirado acaso

tu confianza, ó no me crees merecedora de tu amistad, cuando tratas de evitar que nuestras lágrimas se confundan y corran juntas como lo están nuestras voluntades? ¡Ah Neftalia! ¡sácame por Dios de la cruel ansiedad que padezco! Dime, ¿qué tienes, qué temes, por qué suspiras? — Matilde mia, contesta Neftalia, el único pesar que me agobia es el tener que separarme de tí, mi adorada amiga: por no causarte con mi revelacion mas aflicciones que las que pesan sobre tí, habia procurado ocultarte mi salida de este monasterio; mas ya que no me ha sido posible te lo referiré todo.»

Al acabar estas palabras, Neftalia cogió de la mano á la princesa, la hizo sentar en un sitial, y verificando ella lo propio, empezó á hablar á Matilde en los siguientes términos: «Querida amiga, voy á entrar otra vez en el siglo; se abre de nuevo para mí el camino de la felicidad, pues que voy á unirme con mi Cefalí; mas con todo, el considerar que abandono este puerto de salvacion, este sagrado claustro que me libraria de las tempestades del mundo, el dejarte en él, no quedándome acaso la esperanza de volverte á ver para confundir mis lágrimas con las tuyas y consolarte en tus infortunios, me oprime de tal manera, que tal vez decaeria mi ánimo, si el Divino Redentor, cuyo auxilio imploro, no prestase fuerzas á mi debilidad. Sabe, pues, Matilde mia, que mi padre, habiendo depuesto el ódio que profesaba á Cefalí, gritando sin duda fuertemente en su interior la voz de la naturaleza y de la razon, y vencido tambien por los continuos ruegos de mi cariñosa madre, ha perdido su sensibilidad anterior, determinando sacarme de este monasterio y unirme á Cefalí, para lo cual ha obtenido hoy el permiso de la abadesa, siendo esta noche mi salida, la que verificaré con mi padre, Cefalí y algunos amigos que le acompañan; por lo tanto, acercándose la hora, que se ha dispuesto sea al amanecer, para no esponernos de dia á caer en manos de algunos musulmanes, cuyo ejército mandado por Selim-Adhel, hermano de Saladino y de tu difunto esposo Malek, se halla próximo; por esto, idolatrada amiga, lloro y me estremezco al considerar que ha de ser preciso separarme de tí y decirte adios, acaso para siempre.»

Despues que la jóven Nefstalia hubo concluido su relacion, las dos amigas permanecieron guardando un profundo silencio por espacio de algunos instantes; pero Matilde sobre todo se quedó como atónita y muda de estupor; mas luego volviendo en sí, mira á su compañera, se arroja de repente á sus brazos, y anegada en lágrimas, lanzando profundos suspiros, la dice: «¡Adios, Nefstalia, mi tierna amiga y mi único consuelo, adios! desde este momento dirigiré al Criador los mas fervientes ruegos para que te haga tan dichosa como mereces: á mi parecer, pocos son los dias que me restan de vida, pero en todos ellos no cesaré de elevar mis humildes preces al Divino Señor para tu felicidad, y si desgraciadamente no volviésemos á encontrarnos en este valle de lágrimas, confio que nos hallaremos en las mansiones celestes, donde nuestra amistad se reanudará para siempre. ¡Adios, Nefstalia querida, adios! sé feliz, y acuérdate alguna vez de tu infortunada amiga que tanto.....» Quiso Matilde continuar; pero los sollozos embargaron su voz, quedando como desfallecida sobre el pecho de Nefstalia. Esta, derramando copiosas lágrimas, tampoco podia articular palabra y parecia insensible; mas por último, óyese el sonido de la triste campana del reloj del monasterio que da las tres, el cual, perdiéndose lentamente en el desierto, resuena los ecos en las escarpadas rocas; con cuyo motivo, despertando de su atonía, estrecha fuertemente contra su corazon á Matilde y esclama: «¡Adios, querida amiga, tu Nefstalia jamás te olvidará! espero que me considerarás como á una hermana verdadera, teniendo en mi esposo un apoyo, si algun dia lo necesitas, lacerando solo mi corazon la idea de dejarte aqui; pues de lo contrario mi alegría excederia á todo cuanto me ha lisonjeado hasta ahora.» Dichas estas palabras, percibe un ruido lejano; sienta á Matilde que ya habia vuelto en sí; asómase á la ventana; ve el cielo estrellado, y la naturaleza todo sumergida en un profundo sueño; aplica el oido en la direccion donde habia escuchado el ruido; fija la vista y le parece divisar una luz que resplandecia á lo lejos, asemejándose á una estrella sumamente brillante que se confundia en el horizonte. «¡Dios mio! esclama Nefstalia; la hora se acerca; aquella es sin duda la

luz que conduce á este sitio á mi padre y á mi esposo, porque los infieles deben estar mas hácia la derecha.» Matilde la pregunta la causa de su exclamacion, y por única respuesta ve á Nestalia levantar sus manos al cielo en ademan de darle gracias, y al parecer enagenada en una especie de éstasis. «Querida Nestalia, la dice la princesa, ¿es tan grande ya tu felicidad, que te impide oír la voz de tu amiga, de tu querida Matilde? ¿Es esta la amistad que me prometias, y de la cual hace poco me has dado inequívocas pruebas? ¡Ah! ¡tú no me amas como yo te amo!» Volviendo en sí Nestalia al oír esta cariñosa reconvencion, y viendo las copiosas lágrimas que vertia su buena amiga, se arroja á sus brazos y la besa con efusion: luego, tomándola de una mano, la conduce á la ventana, y señalándola el paraje hácia donde se descubria la luz que por instantes se iba acercando cada vez mas, la dice: «¿Ves, Matilde mia, aquella luz que se aproxima al monasterio? pues sabe que es la que guia á mi padre y á mi futuro esposo: calcula ahora si tengo motivos para estar alegre. En efecto, advirtiéndole la princesa la luz, y haciéndose cargo de las palabras de Nestalia, la felicita cordialmente por su próxima dicha. «Sí, replica aquella; me considero feliz, pues voy á lanzarme de nuevo en los brazos del que me dió el ser, á ver á mi idolatrada madre, á quien debo toda la felicidad de que gozo en este momento; á unirme con lazos indisolubles con el que mi corazon ha elegido para eterno compañero; á volver á ver por último mi patria y el Santo Sepulcro de Nuestro Redentor: ¿y quién sabe si algun dia verán mis ojos el pais natal de mis padres y el tuyo? quiero hablar de nuestra querida Inglaterra. Sí, Matilde, mis padres son ingleses como tú, siendo este un motivo para que te amase mas desde que te ví, consagrándote mi cariño y sacrificando mi existencia, si fuese necesario: acaso, amiga mia, estos momentos son los últimos en que por ahora te hablo: te he contado algunas veces varias particularidades de mi vida; mas para que me conozcas mejor y te acuerdes siempre de mí, voy á hacerte una relacion circunstanciada de mi pasada vida, para que en lo sucesivo, si llegara el caso, te pueda aprovechar de algo mi ejemplo. Obran-

do así, cumplo con los deberes que me impone la amistad para contigo.

«Nací, pues, en Jerusalem y contaría apenas catorce años, cuando tuve la desgracia de presenciar su caída bajo las armas del formidable y poderoso Saladino, siendo condenada con mis padres al destierro que sufrieron todos los cristianos. La próxima llegada de mi padre no permite ahora detenerme en trazar el cuadro de desolacion que se ofreció á mi vista en aquel espantoso dia, cuando en medio de una inmensa muchedumbre de fieles afligidos, de todos sexos y edades, mis padres y yo abandonamos para siempre aquella ciudad querida, aquellos templos, aquellos sagrados muros cubiertos de nuestras lágrimas y de nuestra sangre, aquel sepulcro de Nuestro Salvador, aquella tierra, en fin, en la que sufrió pasion y muerte el Redentor del mundo. No es posible hacer una descripcion de aquellas terribles escenas, ni son suficientes las lágrimas para tales recuerdos: así es que durante la noche, cuando la casualidad reunia á nuestros compatriotas para lamentar juntos lo grande de nuestra pérdida, solo se oia pronunciar el nombre de *Jerusalen*: todas las conversaciones versaban sobre esta palabra.

» Apenas llegaron mis padres á Tierra-Santa, mucho antes de la caída de la sagrada ciudad, trabaron amistad con varias familias cristianas: entre ellas se contaba una de las mas distinguidas é ilustres de Jerusalem, á la cual pertenecia una jóven llamada Lindana, á quien traté desde la infancia con la mas sincera amistad y cariñoso afecto. El mismo atractivo que me ha unido á tí, querida Matilde, me habia ligado á ella: era de un carácter sumamente bondadoso, manifestándose desde luego en su aspecto: sus gracias seducian aun antes de examinar su hermosura: antes de oirla, gustaba ya lo que iba á decir; sus magníficos y rasgados ojos azules descubrian la gran sensibilidad de que estaba dotada su alma, y sus miradas penetraban hasta el corazon. A la familia de Lindana le habia cabido la misma suerte que á la mia: ambas se habian refugiado en Antioquia (1), adonde nos siguió un jóven griego llamado Idamoro,

(1) *Antioquia*. Fue en otro tiempo la capital de la Siria, la mas principal de

el cual amaba hacia ya mucho tiempo á mi amiga Lindana; á pesar de que una mala estrella parecia que procuraba separarlos, con la mayor admiracion se les veia siempre juntos: aquel jóven, por seguir á su amada, lo habia abandonado todo; habia huido de su patria, del lado de sus parientes, dejando su bello porvenir y esperanzas de fortuna. En vista de todo esto, ¿podia por ventura permanecer insensible el corazon de mi amiga? Esta conocia bien el carácter de sus padres para no advertir al momento la aversion que profesaban á su amante, ya fuese por considerarle escaso de bienes de fortuna, ó ya por otras causas que no estaban á su alcance; pero el amor no medita ni se detiene en consideraciones; asi es que fueron inútiles cuantos propósitos y esfuerzos hizo para vencerlo; Lindana encontró bajo las palmeras de Antioquía el mismo sentimiento que habia experimentado en las hermosas praderas de Jericó (1); de manera que cuando sus padres, aniquilados y abrumados por la guerra y el destierro, le manifestaron que nunca se uniria con su amante, conoció que pues la querian robar el amor, era necesario resignarse á morir. No teniendo otro consuelo mas que mi amistad, me hizo en seguida una relacion fiel y exacta de su desgracia, y me consultó acerca del partido que deberia adoptar. Yo la aconsejé con mi acostumbrada franqueza, manifestándola mi modo de pensar, pues casualmente por desgracia me hallaba en el mismo estado con respecto á Cefalí. Convencidos por último los padres de mi amiga que no podrian apartarla de la firme resolucion que habia formado de casarse con Idamoro, resolvieron encerrarla en un convento, con el objeto de ver si con la ausencia

sus ciudades, y la primera que llamó *cristianos* á los adoradores de Jesucristo. En el dia la llaman los árabes *Antiekich*. Fue fundada trescientos años del nacimiento de Jesucristo. Actualmente está casi toda arruinada y desierta, aunque sin embargo subsisten sus murallas.

(1) *Jericó*. Esta ciudad tantas veces nombrada en la Sagrada Escritura por sus rosas ó flores, y por la toma de ella por Josué, era la primera de la Tierra Prometida, cuyas murallas cayeron al sonido de las trompetas tocadas por los sacerdotes que conducian el Arca de la Alianza. En el dia no quedan de dicha ciudad mas que escombros y ruinas. Está situada en Palestina, á dos leguas del Jordan y seis de Jerusalem.

conseguian extinguir aquella acendrada pasion ; pues tenian proyectado unirla á un rico comerciante musulman de Damasco (1), al cual Lindana odiaba de todo corazon , tanto porque no pertenecia al gremio de la Iglesia Católica , cuanto por su aspecto feroz y otras cualidades que jamás podian igualarse con las de su querido Idamoro , á quien comunicó en seguida la resolucion de sus padres y de qué modo querian violentarla , suplicándole al mismo tiempo que para librarla , viniese á buscarla al momento para casarse en secreto , y fugarse en seguida , poniéndose ambos bajo la proteccion del cielo.

Efectivamente , la víspera del dia destinado por los padres de Lindana para conducirla al convento, llegó Idamoro , segun tenian ambos amantes convenido, y pretestando aquella que deseaba ir á la iglesia á hacer oracion , por si era la última vez, salió de su casa acompañada de una criada, y se dirigió realmente á una iglesia cercana , en la cual estaba aguardando un sacerdote de confianza , que los unió para siempre. Desde allí, y sin pérdida de momento , marcharon los jóvenes esposos á buscar un asilo , en donde no se considerase un crimen la felicidad de dos corazones sensibles , ni una mancha á los ojos de la piedad.

Al saber mis padres una nueva , segun ellos , tan fatal , inmediatamente sospecharon que yo habria intervenido y aun favorecido la fuga de mi amiga ; y temiendo que imitase su ejemplo , ó quizá por otras miras que en aquella época tuviesen , se apresuraron á enviarme al instante á este convento , con el objeto de obligarme á tomar el hábito , sin darme lugar á que pudiese avisar á Cefali del lugar adonde me conducian , y la suerte que se me destinaba. Vanas fueron las lágrimas que vertí para disuadir á mis padres de tan tirana resolucion : inútiles las súplicas y ruegos que empleé , manifestándoles que iba á morir llena de amargura y desesperacion ; todo , repito , fue en vano ; la cruel é irrevocable sentencia se llevó á efecto.

Me es de todo punto imposible el pintarte el frenesí que se

(1) *Damasco*, ciudad célebre de la Siria; en la actualidad es residencia de un bajá turco. Su poblacion consta de 110,000 habitantes.

apoderó de mi alma á mi llegada á esta santa casa; solo podré decirte que perdí el conocimiento, sin el cual pasé tres dias. Al recobrar los sentidos, comprendí de un solo golpe toda la estension de mi desgracia; en su consecuencia, deseando vivamente terminar una existencia en que solo me aguardaban tormentos y dolores, me negué por algunos dias á tomar alimento; mas mi desesperacion fue poco á poco mitigándose, y se trocó en una especie de sorda melancolía, que á no ocurrir el acontecimiento que voy á referirte, habria acabado en breve tiempo conmigo.

Estaba un dia asomada á la ventana de mi cuarto, desde la cual se descubrian todos los alrededores del convento, y permanecia enteramente abismada en mis tristes y eternos pensamientos, cuando me distrajo de ellos un ruido de pasos, que á mi parecer se oian cada vez mas distintos. La hora, que era á la caida de la tarde, y por consiguiente intempestiva para que nadie viniese al Monte Carmelo, me hizo fijar la atencion, dividiendo á un jóven, al cual la distancia y la poca claridad que quedaba me impedian conocer. Lo único que pude notar, fue que daba vueltas por las cercanías del convento, examinando, á mi modo de entender, todas sus entradas y salidas. Al instante tuve una especie de presentimiento, el cual hizo que la esperanza penetrase en mi angustiada pecho, reflexionando que acaso aquel jóven, que indudablemente estaba disfrazado, podria ser mi amado Cefalí, ó algun enviado suyo, á quien mandase con el objeto de ver si me descubria, ó por lo menos adquiria noticias de mi paradero. Consolada algun tanto con semejantes ideas, traté de conservar mi vida, juzgando que todavía podrian llegar para mí dias mas felices, uniéndome al esposo que me adoraba, el cual me libraria de la prision en que me habian metido.

Desde aquel dia, todo mi afan se reducía á permanecer casi siempre como clavada en la ventana, por ver si distinguia al jóven, creyendo hallar en él á mi Cefalí, cuando una noche oí abrir con grande estrépito las puertas del convento, y descubrí una cuadrilla de hombres, que alumbrando con hachas, introducian en el claustro á una muger cubierta con un largo velo,

la cual exhalaba tan profundos suspiros, que escitó extraordinariamente mi compasion, pues consideraba seria tal vez otra infortunada víctima como yo. En seguida se volvieron á cerrar las puertas; quedó todo en el mayor silencio, y yo seguí sola y entregada á las mas sérias meditaciones, representándoseme tambien mucho mas terrible mi situacion.

Pasados algunos dias despues de lo que acabo de contar, traté de indagar por todos los medios posibles, quien podia ser aquella infeliz que habian traído como prisionera; pero mis pesquisas fueron inútiles; creyendo por último que debian haberla encerrado en algun sitio oculto del monasterio. Mas afortunadamente la abadesa, que ninguna sospecha tenia de mí é ignoraba lo que yo habia presenciado, me mandó llamar, y fingiendo interesarse en mi suerte y querer acostumbrarme á mi nuevo estado, me preguntó con el mayor disimulo, haciendo recaer la conversacion sobre mis padres y pasada vida, acerca de las amistades que habia tenido en mi patria antes de entrar en el convento; y yo no pude menos de hablarla de mi amiga Lindana, advirtiéndole inmediatamente que este nombre llamó su atencion de tal modo, que me exigió la hiciese una relacion circunstanciada de varias particularidades de su vida; asi es que sus preguntas, aunque hechas con indiferencia al parecer, no me dejaron duda de que aquella fuese en efecto la prisionera. Bajo este supuesto, animada del mas vivo interés y deseo de favorecer á Lindana, ó á cualquiera otra desgraciada que fuese, resolví hacer cuantos esfuerzos pudiese para libertarla; pues á cada instante que pasaba me parecia ver aumentarse sus sufrimientos.

Finalmente fue tal la constancia y cuidado que puse en seguir á todas las religiosas, y en particular á la que hacia de tornera, la cual segun mi cálculo era la que debia llevar el alimento á la infeliz prisionera, que al fin conseguí mi objeto, sorprendiéndola una noche al abrir una puertecilla situada á un extremo de la huerta, al pié de la pared del convento, cuya puerta, segun yo habia oido, conducia á unos subterráneos. Despues de hecho este importantísimo descubrimiento, faltábame

un requisito muy esencial, cual era el apoderarme de la llave de dicha puerta; pero esto era casi imposible, porque no tenia intimidad con la tornera, ni con ninguna religiosa, por cuyo motivo no me consideraban como compañera á causa de no haber tomado el hábito, y estar solo como una particular depositada en el convento, y ademas porque las trataba con cierto despego y desden. Comprendiendo que debia endulzar mi carácter si queria alcanzar lo que proyectaba, empecé á demostrar una alegría que en realidad no existia en mi interior, tratando con cierta franqueza á mis compañeras, y con especialidad á la tornera, cuya celda estaba inmediata á la mia, haciéndola al mismo tiempo algunos regalillos de diversas joyas que yo habia traído al convento, contándose entre ellas un precioso relicario que contenia muchos huesecitos de mártires que mis padres reverenciaban en extremo, y del cual no me quisieron privar. Al cabo de algunos dias me capté la confianza absoluta de la tornera, la cual hallándose una noche algo indispuesta, me confió el secreto, y me suplicó fuese yo á llevar el alimento á su prisionera, encargándome sobre todo que jamás descubriese semejante suceso, pues que seria cruelmente castigada, y que por lo tanto se fiaba en un todo de mí. Enagenada de gozo tomo las llaves, é invocando el favor de la Divina Providencia para que me inspirase ánimo en atencion á la buena obra que trataba de hacer, desechando de mí todo género de terror, dirijo mis pasos á la prision; abro la puerta, y alumbrada de una linterna sorda que me entregó la tornera, principio á caminar por una bóveda estremadamente húmeda, tanto mas pavorosa cuanto era mayor el espantoso silencio y las sombras que en ella reinaban, y que solo interrumpia de vez en cuando los roncós silbidos de venenosos reptiles y asquerosos insectos. Sigo con constancia adelante, cuando he aqui que distingo unos tristes lamentos que traspasan mi alma y me hielan la sangre en las venas, pues juzgo oír la voz de mi amiga. ¡Sí, querida Matilde, la amistad dió fuerzas á mi valor! ni la oscuridad, ni el miedo, ni el peligro, fueron capaces de detenerme ni arredrarme un solo instante. Acelero el paso y descubro por fin una puerta como embutida en

la pared en lo mas hondo de la caverna: registro las llaves que llevaba, y probándolas una á una doy por fin con la de esta puerta: la abro: mas ¡oh Dios mio! ¡qué espectáculo tan horroroso se ofreció á mi vista! A la pálida luz de una lámpara sepulcral descubro á mi infortunada amiga tendida sobre un miserable jergon: sus mejillas antes sonrosadas y hermosas, se veian ahora mústias, descoloridas y marchitas, denotando los terribles estragos de los padecimientos, y empezando á representar la imágen de una calavera colocada junto á un crucifijo en un rincon de aquella lóbrega y horrible mansion. La llamo repetidas veces por su nombre, mas solo entre sordos gemidos y sollozos percibo que pronuncia la palabra Idamoro; estaba sumergida en un espantoso delirio, del cual era objeto su adorado esposo. Sin reflexionar un momento, me lanzo en sus brazos; mis lágrimas inundan su rostro; trato de reanimarla con el calor de mi cuerpo, y la estrecho contra mi corazon exclamando: «¡Lindana, mi querida Lindana! ¿desconoces ya la voz de tu Nestalia que es quien te habla?» Al acabar de pronunciar estas palabras, mi amiga sufrió una maravillosa revolucion en todo su ser: vuelve en sí de repente, y como si despertara de un angustioso sueño, abre sus ojos, y permanece sin poder hablar, embargada su voz por la admiracion y al propio tiempo extasiada por la alegría que le causa mi presencia en aquel sitio. Su estremada debilidad, el estar hacia ya mas de un mes en aquella horrorosa cueva, la humedad que se desprendia de todas partes, la melancolía que la devoraba, la falta de buenos alimentos, y por último, el tener que respirar un aire infecto por los miasmas que exhalaba aquel hediondo calabozo, hicieron que volviese á desmayarse en mis brazos. En seguida procuré que volviera en sí, aplicándole á la nariz un pomito de esencia que á prevencion llevaba, y en efecto, conseguí reanimarla. Sus primeras palabras fueron estas: «¡Ah Nestalia mia, qué momento de tan inefable dicha para mí! ¡Ahora me parece que ya he recobrado mi perdida libertad!» Despues de esto, presenté á mi amiga los alimentos que la tornera me habia dado, y mientras comia, nos contamos mutuamente nuestras desgracias, y todo cuanto nos habia ocurrido

desde nuestra separacion. Los medios que los parientes de Lindana pusieron en práctica para prenderla, y las astucias y ardidés que empleé para procurarla la libertad, seria largo de contar; baste decirte, que auxiliada por mi compasiva amiga la tornera, restituí á la vida y al amor á mi querida Lindana, proporcionándola la fuga con su idolatrado Idamoro, el cual, despues de haber escapado de la prision en donde lo tenian encerrado, vino á buscar á su amada disfrazado con el traje de beduino. En este momento ambos esposos se acercan acompañando á mi padre, y esta circunstancia aumenta, Matilde mia, mi placer, pues anhelo estrechar de nuevo entre mis brazos á tan idolatrados objetos. En vista de lo que acabo de referirte, ¿cómo no he de estar loca de contento y alegría al contemplar la bondad y misericordia de Dios que me colma de tantos bienes y me dispensa tal cúmulo de favores? ¿Seríame, acaso, posible, el vivir por mas tiempo en un sitio en el cual Lindana ha vertido tantas lágrimas, y en el que yo misma hubiera finalizado mi existencia, sin tus consuelos y tierna amistad? No, Matilde, no.»

Conociendo entonces la princesa que las reflexiones que tratase de hacer á Nefalia serian inútiles, nada la dijo, y escuchó con el mas profundo silencio la conclusion de la historia, la cual se redujo á referir que despues de haber dado la libertad á Lindana, recayeron en ella todas las sospechas, por la amistad íntima que de algun tiempo habian observado tenia con la tornera; suspendiendo la abadesa el castigo que la hubiera impuesto, por estar Nefalia bajo la proteccion inmediata de la reina de Inglaterra, y ser al mismo tiempo la favorita de la princesa Matilde, contentándose entre tanto con que la vigilasen de cerca.

El ruido de los caballos de la comitiva del padre de Nefalia, y la voz de Cefalí que esta oyó distintamente, la impidieron sin duda á que continuase la relacion de algunas particularidades de su vida y las consecuencias de la fuga de Lindana. Trémula de gozo y anegada en llanto, abraza estrechamente á la princesa y la dice: «¡Oh bondadosa y tierna amiga! ya es fuerza el separarnos y.....» A este tiempo, es interrumpida por los repetidos golpes que dan á la puerta de la celda: abre Nefalia, y entra la

abadesa acompañada de varias religiosas. La venerable superiora se dirige á Nestalia , y con la voz entrecortada por los sollozos, la dice: «Jóven , ha llegado ya el momento que con tanto anhelo has deseado : vas á dejar este silencioso retiro , para engolfarte en el proceloso mar de las pasiones : desde hoy , dirigiré á Dios mis mas fervientes súplicas , con el objeto de que nunca tengas que arrepentirte de haber abandonado este sagrado asilo, do mora la inocencia y la virtud ; vas á entrar otra vez en ese borrascoso piélago que llaman mundo , y lo que es mas , á tomar un estado , que aunque ciertamente se tiene por el mas análogo á la naturaleza , trae tambien muchos y muy sagrados deberes que cumplir , requiriéndose para ello toda clase de virtudes. Ahora bien , mis únicos deseos y los de todas las religiosas que aqui habitamos , son el de que seas feliz con el esposo que has elegido ; asi lo pediremos en nuestras oraciones al Ser Supremo, mientras que yo espero no nos olvides en las tuyas : en este instante acaba de llegar tu padre al monasterio para sacarte de él, y yo vengo á participártelo y colocarte en sus brazos : ven, hija mia ; venid vos tambien , amada princesa , no dudando que experimentaréis una gran satisfaccion al contemplar la dicha de vuestra amiga , é igualmente en despediros de ella.» Al concluir las anteriores palabras , se cubre con el velo , tiende una mano á Nestalia , que la cubre de besos é inunda de lágrimas, y alarga la otra á Matilde : descende por la larga escalera con paso trémulo , acompañada de las dos amigas y el séquito de religiosas, llegando por último al locutorio , donde estaban aguardando el padre de Nestalia , Cefalí , otros dos caballeros y tres mugeres, la una anciana , y las otras dos jóvenes. En esta disposicion , la abadesa y su acompañamiento llegan al sitio en donde esperaban los recién venidos , y acercándose con Nestalia al padre de esta, le dice : «Aqui teneis , señor , á vuestra hija querida para que la recibais en vuestros brazos.» Efectivamente , Nestalia , descubriéndose , se arrojó en ellos , no oyéndose por espacio de mucho tiempo mas que estas solas palabras : «¡Padre mio ! ¡mi querida hija !» Entre tanto , Cefalí permanecia como estasiado , sin poder pronunciar tan siquiera una sílaba ; pero por otro lado,

sus ojos espresaban mucho mas de lo que sus labios podían decir. En fin , luego de transcurridos aquellos primeros momentos de natural desahogo , Neftalia le saludó indicándole con sus apasionadas miradas el intenso amor que sentia , manifestando tambien sus cariñosos afectos á todas sus amigas que habian venido en compañía de su padre , las cuales no se cansaban de abrazarla , felicitándola por el placer de volverse á reunir. Pasados estos dulces transportes , la respetable abadesa , tomando de nuevo de la mano á Neftalia , pronunció las palabras siguientes : «Hija mia , habiendo llegado el momento de nuestra separacion , es muy justo que imploremos ante el altar la misericordia de nuestro Divino Redentor , para que se digne preservarte de tantos peligros como pueden amenazarte en el mundo en que vas á entrar : ven , querida hija , ven por la última vez á orar con nosotras y á despedirte de este silencioso claustro.» Dicho esto , la conduce á la iglesia y llegan con efecto á la iglesia , en donde se postran todas las religiosas , las cuales , anegadas en lágrimas , ruegan á Dios por Neftalia : en seguida , esta las abraza una á una , y se despide de ellas ; mas al llegar á su amiga Matilde , la falta el valor y cae desvanecida en sus brazos : la princesa , que , llena de emocion , apenas puede articular una palabra , la estrecha dulcemente contra su corazon , haciendo volver en sí á Neftalia con el calor que la comunica. Finalmente salen del templo ; la amiga de Matilde se despoja del tosco sayal ; vuelve á ponerse los vestidos del siglo , y se dirige á la estancia donde la esperaba su padre con la mayor ansiedad , pues empezaba ya á rayar el alba , y temia con fundamento que si se retardaba la marcha y se adelantaba el dia , podian caer en manos de los musulmanes , y por consiguiente morir en la esclavitud. Neftalia abraza de nuevo á la abadesa y á Matilde sin poder pronunciar una sola palabra , monta á caballo y se aleja con precipitacion del monasterio , seguida de todos los suyos , volviendo de vez en cuando la cabeza hasta que lo pierde de vista internándose en el desierto.

La princesa quedó , por la ausencia de Neftalia , desposeida del dulce consuelo de la amistad , hallando solo algun alivio

cuando estaba junto al sepulcro de su esposo , del que casi nunca se separaba ; mas hasta este corto placer iba bien pronto á faltarla , y quizá para siempre , á causa de una catástrofe espantosa.

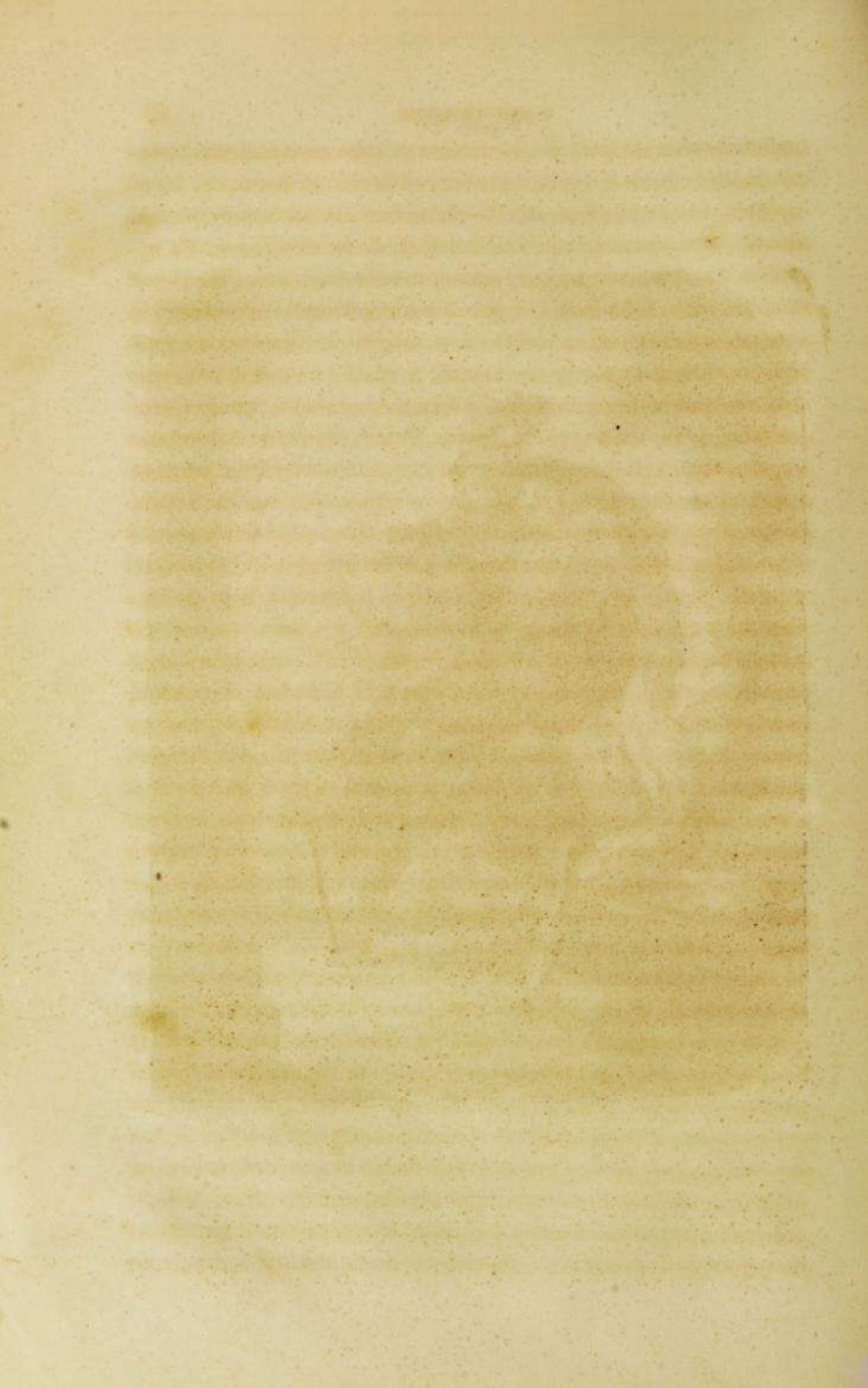
Un dia que las religiosas , segun costumbre , estaban orando , comenzó el cielo á encapotarse de negras nubes ; el lejano relámpago , el horrible y furioso huracan que levantaba inmensas columnas de arena en el desierto , y la oscuridad que reinaba por doquier , indicaban la tempestad mas horrorosa : el silbido del viento , el estampido del trueno y el deslumbrante fulgor de los relámpagos , esparcian el temor y la desolacion . Las cándidas vírgenes alzaban sus pálidos semblantes , inundados de lágrimas , al cielo , y juntaban sus manos implorando la misericordia divina : sus sagrados cánticos van á confundirse con el formidable estrépito de las centellas , y se pierden en las altas regiones atmosféricas . La tempestad , con todos sus horrores , arreciaba por momentos : la oscuridad era cada vez mayor , habiéndose convertido el mas hermoso dia en la noche mas tenebrosa , alumbrada solo por la viva y penetrante claridad del relámpago : en tan crítica situacion , un relámpago mucho mas vivo que todos los demas , y un horroroso trueno , llena la iglesia de humo ; y las religiosas huyen las unas despavoridas , y las otras caen sin conocimiento . La cruz de hierro , colocada sobre la cúpula del templo , habia atraído un rayo , cayendo sobre aquel con un espantoso ruido . La desdichada Matilde no quiso abandonar el sepulcro de su querido Malek-Adhel , ya fuese porque colocado en el santuario de Dios le miraba como el mas seguro asilo , ó ya porque esperando la muerte , creyó que esta llegaba para reunirse con su esposo , que era su único deseo . El rayo , no solo incendió la iglesia , sino que se propagó el fuego á todo el edificio , hundiéndose al punto una gran parte de la techumbre del templo . A tan espantoso ruido , creyendo Matilde que habia llegado su última hora , cayó al suelo desvanecida . Luego que recobró el uso de los sentidos , la parecia haber renacido en el otro mundo , aumentándose mucho mas su ilusion , cuando al abrir los ojos se halla en los brazos de un jóven musulman que aca-

baba de salvarla de la voracidad de las llamas con inminente riesgo de su propia vida, y la dejaba en manos de sus compañeras. ¿Podía acaso Matilde no equivocarse? El incógnito mancebo tenía las mismas facciones de Malek-Adhel: su elevada estatura, su gracia, su hermosura varonil, su bella y elegante apostura, y los nobles rasgos de dulzura é intrepidez que se retrataban en su semblante, todo, en fin, la traía á la memoria la verdadera imágen de su esposo. Para que la semejanza fuese mas completa, llevaba el mismo vestido, las mismas armas, y finalmente, hasta el penacho del yelmo era exactamente igual. Bien es verdad que tenía algunos años menos; pero ¿no debía Matilde creer que sus facciones resplandecían con la juventud eterna del cielo y con la brillante aureola con que aparecen todos los que moran en las celestes mansiones? Al divisar á este hermoso jóven, la princesa, llevada de su ilusion, cree que es Malek-Adhel el que vuelve á ver; piensa que van á disfrutar ambos las suaves y puras delicias de la inmortalidad: juzga que ya no pertenece á la tierra: cuenta ya con una dicha segura..... ¡Sueño fantástico y engañoso! todavía es mortal, y en un instante todo desaparece. Habiéndose afectado sobremanera con aquella aparicion, y no pudiendo á causa de su estremada debilidad soportar una agitacion tan viva, pierde de nuevo el sentido pronunciando el nombre de su adorado esposo Malek-Adhel. Al recobrarse por segunda vez se halla en los brazos de sus compañeras, amedrantadas y llorosas, en medio de las ruinas causadas por el incendio. La princesa, con ojos abatidos y miradas confusas, hacia todo lo posible para descubrir al generoso extranjero que la habia libertado de una muerte cierta, presentándose á su mente una ilusion que aun no podia desechar; mas el extranjero se habia retirado ya con los soldados que le acompañaban, no quedando á la princesa ni tan solo el consuelo de saber el nombre de aquel á quien era deudora de la existencia.

El mausoleo de Malek-Adhel habia sido destruido completamente, no permitiendo los numerosos escombros de que la iglesia estaba cubierta reedificarlo en el mismo sitio; por lo cual la princesa dispuso que se hiciera en un bosquecillo de cipreses y

(LÁMINA 2.ª)





sicómoros situado dentro del recinto perteneciente al monasterio, mandando despues de haberse construido el sepulcro, colocar en él los preciosos restos de su malogrado esposo. Tanto de dia como de noche encontrábase á Matilde en este paraje entregada á sus tristes y melancólicos pensamientos, suspirando por el postrer rasgo de felicidad que por un instante habia brillado ante sus ojos. Habíanse pasado mas de dos meses desde el fatal suceso ocasionado por la tempestad, y Matilde no podia borrar de su memoria la imágen del jóven desconocido: cuanto mas pensaba en él, tanto mas se convencía que era su mismo esposo á quien el cielo habia permitido que tomara otra vez la humana figura para venir á ampararla: habia reconocido sus facciones, el eco de su voz, sus vestidos, habiendo encontrado finalmente en sus afectuosos ojos las miradas del amor mismo. ¿Qué otro hombre, á no ser Malek-Adhel podia haberse atrevido á lanzarse al través de las maderas incendiadas y de las ruinas del templo que por todas partes se desplomaban, para salvarla? Cuanto mas se fijaba en esta idea, con mas facilidad su exaltada mente abrigaba la fantástica ilusion que tanto la halagaba su pecho. «¡Idolatrado esposo!» exclamaba en los paseos solitarios que daba en medio del silencio de la noche: «¿por qué te has presentado un fugaz instante, si sabes que habias de abrir de nuevo las mal cerradas llagas de mi corazon? ¿por qué esposo querido, me has vuelto otra vez á un mundo del cual no debes participar? ¡Ah! si visitas la tierra, ven á mezclar tu alma con la mia y volemós ambos á esa santa mansion que habitas.»

Si en estas circunstancias, Matilde hubiera tenido al menos el consuelo de poder desahogar sus penas en el seno de la amistad, segun le sucedia en otro tiempo cuando tenia á su amada Neftalia al lado, sus dolores se habrian mitigado algun tanto; mas la soledad y el aislamiento en que se veia, contribuia en gran manera á hacer sus padecimientos cada vez mas amargos.

Una noche que la princesa se dirigia, segun costumbre, á llorar sobre el sepulcro de su esposo, oyó que al través del espeso ramaje de los arbustos y plantas odoríferas que circundaban el mausoleo, salian los acordes y melancólicos sonidos de

una flauta que espresaba la música de la canción mas favorita de los musulmanes. En extremo sobrecogida Matilde, recordó al punto que la habia oido al mismo Malek-Adhel cuando atravesó con ella los abrasados desiertos de la Siria cantando la dicha de amar, para distraerla de sus penas. ¡Qué agitacion tan violenta conmovió su espíritu! ¡qué sinnúmero de recuerdos se renovaron en su alma, identificándose en cierto modo con aquellos sonidos tan amados! En aquel instante se presentó á su exaltada imaginacion todo cuanto habia padecido. Hay en la vida una edad en que el alma, aun la mas abatida por el dolor, víctima de todas las ilusiones, presta incesantemente á la naturaleza un dominio misterioso que corresponde á sus sentimientos: la naturaleza pierde despues el encanto, y la imaginacion, ya mas templada, renuncia por sí misma al placer de formarse ilusiones lisonjeras y engañosas. Entregada enteramente á las de la suya Matilde, ¡cuánto se aumentó su sorpresa y agitacion cuando adelantando sus trémulos pasos con los brazos abiertos, como en ademan de abarcar á una sombra adorada que temia se desvaneciese de su acalorada fantasía, reconoce en el que toca la flauta al jóven musulman que la salvó de las llamas, y vió de nuevo la fisonomía y trage de su esposo! A su aspecto, las rodillas de la princesa se doblan á la manera que se doblega el débil tronco de un tierno arbolillo azotado por el viento, y sin tener fuerzas para hablarle, ni valor suficiente para oirle, estiende sus brazos diciendo: «¡Malek-Adhel, Malek-Adhel!...» mas el jóven desaparece al través de la espesura, del mismo modo que huye volando un dulce sueño, dejándola en la creencia de que su aparicion no habia sido mas que una ilusion de su extraviada mente. Hacia ya mucho tiempo que habia desaparecido, y aun Matilde sorprendida procuraba reproducirla y verla. «No, no es una ilusion, no es un delirio; he visto, he reconocido sus facciones, el manto de púrpura bordado de oro; el casco con la media luna de topacios, ondulando movida por la brisa la garzota real de que siempre estaba adornado.... Pero si fuese él, ¿cómo es posible que huyese de mí? ¿Si me llamará acaso para que me reuna con él en las moradas eternas, y vendrá á anunciarme

que se acerca la hora de mi muerte? ¡Hora demasiado lenta, vuela, date prisa á llegar, pues que debe reunirnos!»

Matilde permanece por algunos instantes silenciosa y apoyando su brazo sobre la urna sepulcral de su esposo, queda sumergida en sus meditaciones, pensando en la supuesta aparicion que ha creído ver; mas al poco tiempo, por entre las ramas del bosquecillo inmediato, percibe una voz que la conmueve y cree reconocer, que cantaba un romance que ella misma habia repetido varias veces en su retiro, y el cual aprendió de un jóven bardo escocés, en su travesía de Europa á Asia. Le cantaba entonces acompañándose con el arpa cuando las noches empezaban á tender su negro manto, mientras que el navío surcaba magestuosamente las saladas aguas. Llenos de tierna emocion con el lamentable cántico sus compañeros de armas, repetian el estribillo dirigiendo sus tristes miradas hácia la patria que habian abandonado, creyendo que todavía no la habian perdido de vista y volvian á despedirse de ella. «¡Nestalia, Nestalia!» exclamó Matilde al punto en que percibió la voz, «¿no eres acaso tú á quien escucho? ¿Quizá mi estraviada imaginacion me reproduce todos los objetos de mi cariño, ó me encuentro en la *floresta encantada*? ¡Ah! véate yo, querida amiga, y te perdono el haberme abandonado y olvidado por tanto tiempo.» Al concluir la princesa de pronunciar estas palabras, la jóven Nestalia se presentó y se arrojó en sus brazos riendo con todas sus fuerzas. Matilde la acogió en ellos enagenada de alegría, no pudiendo sin embargo dejar de reconvenirla dulce y amigablemente por no haberla escrito desde su partida, haciéndola de este modo dudar de su existencia; pero Nestalia la respondió: «tiempo vendrá en que te refiera todo cuanto me ha sucedido desde que me separé de tí; séate suficiente por ahora para tu tranquilidad el saber que soy dichosa, y que el amor y el himeneo han coronado mis deseos: al pasar cerca de este sitio, la casualidad, ó mejor diré el cariño que te profeso, me ha conducido maquinalmente á ese bosquecillo inmediato, y al entrar en él oí con placer tus sentidas exclamaciones: mi corazon parecia que iba á salirse del pecho: he corrido en seguida á tus brazos y vuelvo á verme en

ellos y á bañar tu rostro con lágrimas de alegría. Tu suerte me interesa mas de lo que tú imaginas: mi único anhelo es al presente arrancar de tu corazon el gusano roedor que le devora.»

En seguida la princesa hizo una reseña de todo cuanto la habia acontecido desde su separacion, sin olvidar la aparente vision de la imagen de su esposo, preguntando á Nefstalia qué deducia de ella. «Hay en esa clase de ilusiones, la responde, mas realidad de la que tú crees. Podrá ser que el cielo compadecido de tus desgracias, querida Matilde mia, y movido por tus oraciones y lágrimas, haya producido un mortal semejante en un todo á Malek-Adhel; y si ha obrado este milagro en tu favor, añadió sonriéndose, no creo que cometas un crimen en amarle.

—¡Amar otra vez! ¡Dios mio! Nefstalia, ¿es posible que salgan de tu boca semejantes palabras? ¡Yo que no aspiro á otra felicidad que la de reunirme con mi esposo! ¡yo que estoy tan próxima á ser la esposa de Jesucristo! ¡que los vínculos de un solo amor profano que he tenido, no me han producido mas que dolores y tormentos! ¿Cómo puede caber en tu imaginacion la idea de que jamás se vuelva á introducir en mi alma el pensamiento sacrílego, por decirlo así, de una nueva pasion?

—No, querida amiga, mi intencion ha sido el indicarte únicamente lo que acaso el amor me hubiera obligado á hacer viéndome en tu lugar; porque al fin soy muger, y tú al contrario, eres un ángel: sin embargo, yo soy feliz al lado de un esposo adorado, mientras tú gimes abismada en la desgracia. Cierta clase de preocupaciones entre las cuales cuento la de guardar fidelidad eterna á un esposo que ya no existe, creyendo que se ofende su memoria formando otro enlace legítimo, las considero como un error, cuyo fundamento es muy laudable, lo confieso, pues emana de un gran exceso de virtud, pero.....

—No hablemos de eso, dijo Matilde interrumpiendo á su amiga, porque no nos entenderemos jamás.»

Despues de haber conversado ambas jóvenes largo rato sobre diferentes materias, Nefstalia se despidió de Matilde, prometiéndola que volveria á verla cuantas veces la trajese su esposo por las inmediaciones del Monte Carmelo. Acto continuo la pri-

mera fue á reunirse con Cefalí que la esperaba á la salida del bosque, y la segunda dió la vuelta al monasterio con el espíritu agitado á consecuencia de todo lo que acababa de oír y temiendo, aunque sin poderse dar cuenta á sí misma, que el incógnito mancebo fuese una realidad.

La princesa visitaba diariamente el sepulcro de Malek-Adhel; pero transcurrió mas de un mes sin que la aparición volviese á dejarse ver. Ya fuese que Matilde estuviera convencida de que aquella sombra era Malek-Adhel, ó ya que la animase el deseo de penetrar un misterio tan asombroso para ella, y ver si el que se la aparecía bajo la forma de su esposo era un ángel ó una criatura humana; lo cierto es que se afligia por su ausencia, buscándole sobre la tierra, en los cielos, y admirándose de llevar por doquier presente su imágen sin hallarla jamás. Muchos dias pasó llena de incertidumbre y zozobra, hasta que al fin una noche estando sentada junto al mausoleo con la imaginacion fija siempre en la misma idea, alumbrada por los melancólicos rayos del astro de la noche, á cuya pálida luz se la representaban multitud de vaporosos fantasmas, efecto sin duda de la estremada debilidad de su cerebro, la sacó del éxtasis en que se hallaba el melodioso sonido de la flauta. Matilde se estremece, y se acerca temerosa al sitio de donde sale, como si hubiese conocido que su curiosidad iba á abrirla un nuevo manantial de pesares; mas cediendo al impetuoso sentimiento que la anima, se decide en fin valerosamente, y se arroja con precipitacion, con los brazos extendidos en ademan de súplica, hácia la tan querida y deseada sombra. «¡Malek-Adhel, idolatrado esposo! esclama con aquel irresistible acento al cual todo cede. ¡Ah! no te ocultes, no te niegues por mas tiempo á mi afan y á mis lágrimas: condúceme al lugar en donde moras. En las altas horas de la noche, al través de su silencio y oscuridad, te busco, sombra querida; al rayar la aurora estás presente á mis ojos; y al mediodia pienso en tí: no seas insensible á mi llanto y no tortures mas mi destrozado corazon: si no eres otra cosa que una ilusion de mi acalorada fantasía: ven á lo menos á consolarme todos los dias: tú serás mi único apoyo en esta fragil vida.

—No, hermosa Matilde, respondió entonces un jóven musulman hincando una rodilla en tierra; no soy una ilusion que fascina tus sentidos; pero ¡ah! tampoco soy el mortal por quien suspiras, que yo quisiera poder restituirte á costa de mi vida, y cuya pérdida yo mismo lloro todavía.

—¿Pues quién eres, angel ó mortal? replicó la princesa conmovida; ¿por qué vienes á turbar mi reposo y me reproduces la fisonomía y la voz de mi esposo?

—¡Oh Matilde! no te cause estrañeza mi semejanza con él; soy uno de los fenómenos que de vez en cuando presenta la naturaleza, pues mi parecido es tan exacto al de Malek-Adhel, que hace que nos admiren y aun se equivoquen los que nos conocen mucho; finalmente, sabe que soy su hermano á quien llaman Selim. Teniendo vivos deseos de conocer una muger, de la cual Malek y la voz general me han hablado muchas veces, sabiendo que se hallaba aqui, habia establecido mi campo cerca del monasterio, con un cuerpo de genízaros que mando, cuando el rayo incendió aquel edificio. Una buena estrella me proporcionó la sin igual felicidad de hallar aquella ocasion de poder socorrerte, dando la casualidad que al pasar tu amiga Neftalia por donde yo estaba, acompañada de su esposo con objeto de verte, segun me indicaron, me manifestó sumamente agitada y trémula que ibas á perecer si no te se socorria al instante, con cuyo fin imploraba mi auxilio. Al saber, Matilde, el paraje en que te hallabas y el peligro que corrias, me lancé al través de las llamas, y tuve la dicha de salvarte. Habiendo comprendido despues la ilusion que te alucinaba, creyendo que veias en mí á tu esposo, calculé que debia aprovecharme de ella para mitigar tus penas, y hubiera prolongado por mas tiempo esta ficcion si fuese posible á un mortal el resistir á tus ruegos y lágrimas, y bajo el nombre de mi hermano Malek-Adhel habria sido una de mis mayores felicidades el aparecerme á tí con frecuencia, presentándole á tu vista cual lo tienes grabado en el corazon..... ¡Ah, Matilde, tú me inspirabas ya el mas tierno y vivo interés! ¿podia dejar de hacer menos de lo que hice por una hermana desgraciada á la cual me unian tantas simpatías? No, virtuosa Matilde, no. ¡Pluguiera

al cielo que por medio del sacrificio de mi vida, pudiera devolverte á tu caro esposo y mi adorado hermano Malek!»

Al oír esta narracion, la princesa queda estática de admiracion y sorpresa, mucho mas cuando trae á la memoria que Malek-Adhel la habia hablado, acompañándola al Carmelo, de que tenia un hermano de padre, algo mas jóven, que se hallaba en la corte del Sultan, y muy querido tambien de este, conocido bajo el nombre de Mohamet, aunque el primitivo y principal era el de *Selim-Adhel*; cuyo nombre, y tambien todas las particularidades y circunstancias de su nacimiento y parentesco con Saladino y Malek-Adhel, permanecian ocultas, y eran un secreto impenetrable para todos menos para ambos hermanos; por ser hijo Selim de una esclava cristiana muy noble y querida de Ayub, padre comun de los tres, que se habia criado secretamente en una aldea lejos de la corte, bajo la inmediata inspeccion de un célebre general llamado Mohamet, que fue el que le dió su nombre, el cual, á la muerte de Ayub y exaltacion al trono de Saladino, á instancias de este, sabedor ya del secreto, le presentó el jóven Selim, en quien vió reunido la nobleza y heroismo de su otro hermano Malek; mas con todo, sospechando Saladino que Selim habia sido educado en sus primeros años en la religion cristiana, segun informes que tenia, no juzgó oportuno darle á conocer, sin que antes diese pruebas de lo contrario: ademas temia que si en el ejército llegaba á traslucirse que no era un verdadero musulman podia infundir desconfianza, por cuyas razones permanecia como oscurecido, pasando solo por un simple y valiente gefe, llamado *Mohamet*; historia contada por Malek-Adhel á Matilde, y que esta recordó, por haberla encargado aquel el mayor sigilo por entonces. Tambien la princesa recordó que cuando Malek-Adhel vino al Carmelo con Kaleb, engañado por el impostor que mandó Lusignan á Cesárea dándole la fingida noticia de que Matilde iba á ser víctima de la violencia del infame rey de Jerusalem, obligándola á darle su mano, el príncipe la dijo que un hermano suyo de padre, llamado Selim, y conocido por Mohamet, quedaba con el mando interino encargado de la defensa de la misma plaza de Cesárea,

mientras aquel permaneciese ausente ; no teniendo la menor inquietud aun cuando los cruzados intentasen atacarla , porque el valor y fidelidad de su hermano era á toda prueba , no ignorando lo que podia esperar de él ; y por último , trajo igualmente Matilde á la memoria , de que en otra ocasion , hablándola Malek-Adhel de Selim , sonriéndose la dijo estas palabras : «cuando conozcas á mi hermano le amarás como á mí me amas, sin que yo tenga celos por esto.»

Matilde se hallaba completamente absorta y enagenada en estos pensamientos , cuando despues de un breve espacio , repeniéndose , y dominando la emocion que se habia apoderado de su espíritu , dirigiéndose á Selim , le dijo : «Príncipe, se ha desvanecido mi ilusion : pedia al cielo demasiado para que pudiese esperar ver realizados mis deseos ; sin embargo , por mas dulce que fuese para mí , no acierto á comprender por qué durante tanto tiempo me habeis privado del placer de conocer y manifestar mi agradecimiento al hermano de mi querido esposo ; pues cuanto mas me hubiese afirmado en el error en que me hallaba , era fácil comprender que mi sentimiento seria despues mucho mayor aun.

—Tal vez he obrado mal , respondió Selim ; mas no puedo deciros ahora , virtuosa princesa , todos los motivos que me han impelido á ello ; sin embargo , voy á manifestaros uno de los mas poderosos que me han traído á vuestra presencia. No fué únicamente el deseo de conocer á la muger celestial tan célebre en todo el Oriente , y que habia ejercido tan poderoso imperio sobre mi noble y esforzado hermano Malek-Adhel ; demasiado sabia que no apreciando los lisonjeros dones con que la pródiga naturaleza os ha adornado , lejos de serme útil semejante deseo , quizá ; oh Matilde ! os ofenderiais de él ; pero aun tenia otro mayor que en este momento os declararé con sinceridad : rogándoos ante todo que tomeis asiento , y me dispenseis vuestra atencion para oir la breve reseña de la historia de mi vida.» Verificándolo asi la princesa , aunque un tanto ruborizada , Selim continuó en los siguientes términos :

«Mi madre fué cristiana é inglesa como vos , Matilde ; su

nombre era Berta: en una batalla que se trabó entre los cruzados y los ejércitos de Nuredino, fué hecha cautiva por los musulmanes, y conducida á la presencia de mi padre Ayub, que aunque casado ya y con varios hijos, contándose entre estos á Saladino y Malek-Adhel, no pudo ser insensible á la prodigiosa hermosura é infinitas gracias de mi madre, y se enamoró de ella: fué tan grande su amor y tantos los sacrificios que hizo, que al fin logró ser correspondido; por lo cual la permitió seguir su culto como si estuviese en su pais: de este amor nació yo; pero no queriendo de ningun modo mi padre que fuese cristiano, ni aun que me criase en su palacio, por temor de que se descubriese su amor, cediendo á los ruegos de mi madre la concedió que eligiese una muger que me criase secretamente, como hijo suyo, hasta que fuese conveniente el darme á conocer; pues que habiendo ocultado mi padre mi nacimiento al sultan Atabek Nuredino, á cuyo servicio estaba entonces, y á su hermano Skirkuk, por no tener que responder á las preguntas que pudiesen hacerle tocante á mi madre, de quien el sultan estaba tambien enamorado perdidamente, habiendo aquella desdeñado su trono, sus regalos y aun las mismas promesas de permitirle en secreto seguir su religion, renegando solo en apariencia; era por lo tanto imposible de todo punto que yo me criase en su palacio, si no queria mi padre caer en la desgracia é indignacion de su soberano. Afortunadamente, no lejos de Damasco, vivia un matrimonio pobre, que tomando la cruz, habia venido de Europa á la Tierra Santa, hacia ya algunos años, y despues de haber sufrido numerosas penalidades y desgracias, no pudiendo el marido volverse á su patria por carecer totalmente de recursos, trató de disfrazarse adoptando el traje musulman y se avencindó en una aldea, donde estas buenas gentes, cargadas de familia, vivian en una felicidad tal como la que se refiere que gozaban Filemon y Baucis. Sabedores del favor que mi madre tenia con Ayub mi padre, primer ministro de Atabek Nuredino, y sobre todo que era cristiana, Ramiro é Isabel, que asi se llamaban mis fingidos padres, venian á ver á la princesa Berta, que á cada paso les socorria y favorecia en

cuanto necesitaban. Habiendo dado á luz Isabel un niño , que falleció á los seis dias de su nacimiento, vino apesadumbrada en extremo á noticiar esta desgracia á mi madre , que hacia tambien pocos dias que acababa de darme á luz ; con cuyo motivo esta pidió á Isabel que me criase como si fuera el hijo perdido , quedando de su cargo cuanto necesitase para mi manutencion y educacion ; lo cual, aceptado por Isabel, la mandó en seguida mi madre que se retirara y me esperase en su casa, adonde me llevarian. En efecto, Berta participó á Ayub que ya habia hallado quien me criase y ocultase de Nuredino ; pero que era preciso al mismo tiempo buscar una persona fiel que cuidase de mí todo el tiempo que debiese permanecer desconocido. Estas razones obligaron á mi padre á valerse de un íntimo amigo suyo y compañero de armas , con quien estaba tan estrechamente unido, que entre los dos no habia nada reservado: este era Mohamet, el cual me condujo á casa de Ramiro , y me entregó á Isabel , poniéndome su nombre , porque dijo no convenia siguiese por entonces con el mio verdadero de Selim: además dejó á Ramiro tres bolsas de zequíes de oro para mis alimentos , previniéndole se entendiese directamente con él cuando le hiciese falta alguna cosa ; presentándose lo menos posible, tanto él como Isabel, en el palacio de Ayub, con el objeto de alejar toda sospecha, pues entre los musulmanes se decia que eran cristianos, á pesar de usar el trage de aquellos. En su consecuençia me crié como hijo de Ramiro é Isabel en mis primeros años, los cuales procuraron inculcar en mi corazon los principios de la religion cristiana; pero ya fuese porque las mas veces no se atrevian á hacerlo delante de sus verdaderos hijos, temiendo lo descubriesen , ya porque con el transcurso del tiempo y la privacion en que se veian de ejercer públicamente las prácticas y ceremonias de su religion, ó ya en fin porque apenas tuve uso de razon Mohamet hizo rodearme de maestros mahometanos que me enseñasen no solo las artes y ciencias, sino tambien la religion del profeta; lo cierto es que á medida que fui creciendo olvidé poco á poco aquellos principios que mis padres adoptivos me habian inculcado, mucho mas despues que me separaron de estos, obli-

gándome al propio tiempo á practicar las doctrinas prescritas por el Alcorán. Por último, muertos mis padres, y habiendo ocupado el trono de los califas fatimitas que reinaban en el Cairo (1), mi hermano mayor Saladino, por fallecimiento de Ledin Allab, del cual era acérrimo partidario y defensor, de concierto con mi otro hermano Malek-Adhel, (informados por el anciano Mohamet, próximo á morir, de todas mis cualidades y del acendrado cariño que á ambos profesaba) mandó que me presentase en la corte. Al punto que me fue comunicada la orden, partí sumamente gozoso y con la mayor precipitacion al Cairo, donde me recibió Saladino sentado en su trono, teniendo á su derecha á Malek-Adhel. Despues de haberme hecho varias preguntas, entre las cuales me propusieron la de si queria servir bajo las órdenes de Malek, y darles yo las gracias por su generosa oferta, manifestándoles al mismo tiempo el anhelo que tenia de sacrificar mi vida en defensa de mi soberano Saladino, y de su esforzado hermano, se me mandó retirar á una pieza inmediata, previniéndome que esperase en ella hasta que se concluyese la audiencia. Finalizada esta, es de todo punto imposible espresar el pasmo que experimenté al ver entrar á Saladino y Malek-Adhel y correr hácia mí con los brazos abiertos exclamando: «¡Selim, Selim, querido hermano!» Me quedé estático de admiracion y sorpresa, é iba á arrojarme á sus pies, cuando ambos exclamaron de nuevo: «¡Idolatrado hermano, al fin te volvemos á ver! Tu serás el apoyo del trono de Saladino, y el fiel compañero de armas de Malek-Adhel.» En resumen, princesa, despues de pasados los primeros momentos de nuestro fraternal desahogo, me refirieron la historia de mi nacimiento, y otras muchas particularidades que hasta entonces habia ignorado. Transcurrido algun tiempo, tuve noti-

(1) *Cayro*: palabra árabe, cuya significacion en español equivale á *Ciudad de la Victoria*. Es la capital de Egipto, habiendo sido edificada por los califas fatimitas en el año de 961. Cuéntanse en su interior 300 mezquitas, y su poblacion consta de 200,000 habitantes entre moros, griegos, coptos y turcos. Ademas es memorable por verse aun en ella en el dia, los graneros y el pozo de José abierto en una roca, á la profundidad de 180 pies, teniendo sobre unos 40 de circunferencia. Finalmente, atraviesa la ciudad un gran canal que fertiliza tambien su rica y pintoresca campiña.

cias por varios papeles que obraban en poder del antiguo amigo de mi padre y mi protector, Mohamet, de una multitud de circunstancias que me interesaban sobre manera: derramé copiosas lágrimas por mi verdadera madre Berta, á quien sin conocerla ví tan solo tres veces que vino á casa de Ramiro secretamente á prodigarme sus caricias maternales, y la cual hacia muchos años que habia muerto, pues sobrevivió muy poco á nuestro padre, como asimismo Isabel y Ramiro, quienes fue tanto el cariño que me tomaron, que no pudieron soportar que Mohamet me separase de su lado, como lo verificó en el momento que cumplí los siete años. Desde que entré en la corte de Saladino he servido constantemente con el nombre de Mohamet bajo de sus banderas, y á las órdenes de vuestro esposo y mi malogrado hermano Malek-Adhel; asistí al sitio de Jerusalem y presencié la toma de esta ciudad; el llanto de los cristianos; los extremos que hacian de desesperacion por tener que abandonarla, y la vista de los Santos Lugares me conmovieron y trajeron á mi memoria los principios que Isabel y Ramiro inculcaron en mi alma en mi infancia: lloré con los cristianos, hubiera querido seguir su suerte, y esta fue menos amarga por mi intercesion. Luego, Matilde, caisteis prisionera en poder de mi hermano Malek, el cual os llevó á Damietta; á la simple vista de vuestra celestial belleza se enamoró de vos: yo estaba entonces con Saladino, adonde llegó la noticia de este amor: despues mi hermano perdió á Tolemaida por la sorpresa de los cristianos y valor del desgraciado Montmorency; y el pérfido Metchub que mandaba en aquella plaza culpó á mi hermano Malek-Adhel, suponiendo que la causa de semejante pérdida habia sido por haber dado libertad al venerable Guillermo, arzobispo de Tiro: por último, Matilde, no ignorais todo cuanto pasó despues hasta la desgraciada muerte del príncipe vuestro esposo, á quien todavía llorais: este me habló de vuestras virtudes, de vuestros poderosos é irresistibles atractivos, de la inclinacion que tenia á la religion cristiana, declarándome ademas que lo era de corazon desde el instante mismo en que en el desierto os salvó la vida defendiéndoos del furor de los Beduinos; me contó varias veces las reflexiones que le haciais, los sábios y

prudentes consejos que le dabais, las virtudes y consuelos de vuestra religion, y para decirlo de una vez, envidió su suerte: he llorado y lloro á mi hermano porque no llegó á ser feliz con vos: desde aquel momento, Matilde, os amé como á una hermana, y ansié de todo corazon que llegase un dia en que yo viese una muger tan célebre ya en toda el Asia, la cual pudiese ilustrarme con su religion, que verdaderamente es la mia primitiva, gracias á mi madre adoptiva Isabel: estoy poco satisfecho con las máximas de la secta de Mahoma, que mi razon no puede admitir, y deseaba perfeccionarme en los sagrados misterios de la vuestra; sí, sentíame apoderado de un afan irresistible por conocer del todo esa religion divina que ha obrado tan grandes prodigios, siendo uno de ellos la maravillosa conversion de mi hermano. Dignaos pues noble princesa anunciarme sus sublimes verdades; me juzgo con derecho de exigir este favor por ser el hermano de vuestro adorado esposo, y al propio tiempo vuestro hermano que desde el punto que tuvo noticia de vuestras escelentes prendas y relevantes cualidades, os amó y amará eternamente, consagrando su existencia á ser vuestro apoyo y defensor en esta tierra estraña, asegurándoos por último que mi alma está pronta y dispuesta á conocer y admitir las sublimes máximas de la religion de Jesucristo. ¿Y á quien podria yo dirigirme para conseguir esta gracia con mejores títulos que á vos, ni quien tiene mas motivo para ser mi guia y enseñármelas?»

Las palabras del príncipe llenaron á Matilde de un inefable gozo, cuyo sentimiento no habia experimentado desde la muerte de su esposo: el amor á su Dios y divino Salvador ocupaba todos sus momentos, absorbía todas las facultades de su alma, y no permitia ni aun al recuerdo mismo de Malek-Adhel mezclarse á su devocion sino como el de un espíritu puro y santo; y en fin no aspiraba mas que á estender y asegurar la gloria del Eterno y su omnipotencia sobre la tierra. Conmovidá Matilde por el celo de Dios y enternecida al mirar á Selim, y reconocer en él aquellas hermosas facciones que tanto habia amado, cedió á la súplica del príncipe, manifestándole que se conceptuaria por muy dichosa si conseguia su total conversion al cristianismo; le dijo

tambien que volveria al mismo sitio el dia siguiente, y empezaria á enseñarle las verdades de la religion.

Pasados algunos momentos, Matilde se levantó para irse, y dirigiéndose á Selim, le dijo: «A Dios, príncipe; desde ahora tenéis ya un derecho á mi amistad y estimacion; pero, ¡cuánto mayor será cuando tengamos un mismo Dios!

—¡Ah hermosa Matilde! contestó Selim con acento en que se manifestaba claramente el mas profundo agradecimiento; dignate aun conceder algunos momentos mas al deseo que tengo de instruirme y de permanecer en tu compañía; esplicame á lo menos tus últimas palabras: «cuando tengamos el mismo Dios has dicho..... yo adoro al mismo que tú, al que nos ha formado; lo que anhele aprender es el modo de servirle y conocerle con seguridad; en una palabra, la verdadera religion. Esta mañana al despuntar la aurora me puse á cazar, y llegué hasta las alturas que dominan el mar de Siria: desde alli contemplaba el magnífico y grandioso cuadro que se ofrecia á mi vista, cuando el refulgente astro del dia, abrazando con su inmensa luz todo el horizonte, se mostró de improviso como rey de los astros, magestuoso y resplandeciente en su vasto imperio, que inundaba con sus ardientes rayos. Salve, le dije, imágen maravillosa del que te ha criado: cuando me elevo en tus flamígeras alas me descubres en cierto modo al Supremo Hacedor que reproduciendo diariamente el milagro de la Creacion, repite tambien el sublime pensamiento que la precedió, el de la felicidad de los seres que la adorasen; la grandeza de tan esplendente espectáculo me asombra, me estasia, y me oprime al mismo tiempo: llena la tierra y los cielos de eternidad en eternidad, leen todas las generaciones el nombre del Dios Criador, y de mundo en mundo brilla su esplendor, su omnipotencia y su bondad infinita. Tal es, ¡oh Matilde! el Dios que reverencio: ¿es por ventura el tuyo diferente?

—No, príncipe, le responde Matilde conmovida de la piedad con que Selim habia hablado: conozco que nuestro Dios es el mismo; pero la voz de la naturaleza y la de nuestra débil razon son insuficientes para comprender su divina voluntad: los

medios que ha elegido para manifestarla forman la base de mi creencia , y son los que me propongo enseñarte : cuanto mas me admira y edifica la piedad natural con que te espresas , tanto mas digno me pareces de las instrucciones que deben completarla. »

Luego que Matilde hubo pronunciado las anteriores palabras, se retiró, y Selim la siguió mucho tiempo con la vista. La princesa, por su parte, tampoco pudo menos de volver la cabeza hácia adonde aquel quedaba , olvidándose acaso por la vez primera de dirigir los ojos al sepulcro de Malek-Adhel ; por casualidad se encontraron con los de Selim , y un vivo encarnado apareció sobre sus castas megillas.

LIBRO SEGUNDO.

Selim Adhel habia hablado á Matilde con el lenguaje de un corazon jóven y poderoso, que declara con energía las primeras impresiones que ha grabado en su espíritu el grandioso espectáculo de la naturaleza: era indudable que ansiaba sincera y ardorosamente conocer á fondo los principios de una religion que habia obrado tantos prodigios, sometido á sus preceptos tantos pueblos, y conmovido tan fuertemente su corazon en su niñez. ¿Y cuál es el mortal tan indiferente para consigo mismo que no desee ilustrarse acerca de los primeros intereses de su existencia, tratando de investigar todos los misterios que le asombran? Mas esta curiosidad é investigaciones, ¿eran por ventura el verdadero motivo de la conducta de Selim? ¿Habrà necesidad de esplicarlo? ¿Existirá acaso un corazon sensible que habiendo seguido á Matilde en la interesante historia de sus amores y de sus pesares, y en el cuadro fiel de sus virtudes y atractivos, que no adivine al punto el sentimiento que la sola vida de Matilde ha debido inspirar al jóven príncipe? Contando apenas diez y siete años de edad cuando tuvo la irreparable desgracia de perder á un esposo querido; dotada de una sensibilidad profunda, robando quizás á la frescura de su tez la viveza de los mas finos colores, habia sustituido en su lugar la dulce palidez melancólica que manifiesta los combates del amor con un destino desgraciado, y hace desear mas y mas la posesion de un corazon formado para amar: en sus ojos, en todo su semblante no solo se retrataban las virtudes de su alma, sino que tambien se reflejaba el sentimiento divino que continuamente la elevaba al

cielo de donde parecia descender el armonioso sonido de su voz. Por estas razones, pues, Selim, luego de haberla salvado de las llamas, en seguida que la contempló y que los acentos de aquella voz angelical llegaron á sus oidos, sintió en su interior la esperanza de renacer en un mundo mas venturoso, y percibió que se apoderaba de él una pasion naciente, con tal violencia, que hasta entonces no habia experimentado otra semejante. A pesar de representársele en toda su estension el abismo de males que se abria ante sus pies; á pesar de haber procurado huir con precipitacion del objeto que lo producía, todo fue en vano; el terrible y aguzado dardo del amor habia traspasado ya su corazon, advirtiéndole con el mayor enternecimiento que era el mismo que hirió á su hermano.

El servicio que Selim habia prestado al convento le proporcionó medios de adquirir conocimientos en él: por esta causa, habiendo llegado á su noticia el error en que estaba Matilde, aprovechóse de él para tener la dicha de volver á verla; pero convencido de que si la revelaba el secreto de la pasion amorosa que le profesaba se privaria para siempre de su vista, resolvió presentarse á ella como la sombra de Malek-Adhel, y gozar por algun tiempo del placer que le causaba su presencia. Acaso un secreto instinto le hacia concebir la esperanza de que Matilde acostumbrándose á amarle como una sombra, llegaria quizás algun dia á amarle por sí mismo como realidad.

El corazon no puede habituarse al vacío que deja en él el abandono de una grata y querida ilusion, viéndose con frecuencia que el amor se aprovecha de semejante disposicion; por lo mismo Selim, despues de su primera aparicion, obligado á alejarse del Carmelo de órden de Saladino, luego que le fue posible volver, voló á sus inmediaciones y se presentó de nuevo á Matilde bajo el nombre de Malek-Adhel; mas no pudiendo resistir á las súplicas y ruegos de la infortunada princesa que anegada en lágrimas y con los brazos estendidos hácia él le pedia que no la abandonase, faltóle el valor para fingir por mas tiempo prolongando la ilusion, dándose por lo tanto á conocer, prometiéndola convertirse al cristianismo, para por este medio ocultarla los

verdaderos sentimientos que le animaban, aunque por otro lado ansiaba conocer la religion de Jesucristo.

Además, Matilde, ¿podia mirar con indiferencia á un príncipe jóven que reproducia á sus ojos las facciones, la voz y todas las nobles cualidades que habian adornado al objeto que tanto habia idolatrado, y que como aquel parecia merecer toda su ternura? ¿Era la posible negar su amistad y un tierno agradecimiento al hermano de su esposo, que sin mas títulos la habia libertado del furor de las llamas arriesgando su vida? ¿Era mostrarse infiel á la memoria de un esposo, siempre adorado, amar á otro igual, su perfecta imágen, ó era mas bien amarle todavia? ¿Qué muger osaria fijar los límites en que deberia contenerse la aficion de Matilde y asegurar que los habia traspasado? Como quiera que sea, no comprendiendo Matilde el nuevo sentimiento que la animaba, no llegó á sospechar ni aun remotamente la profunda huella que habia dejado en su alma la sombra querida de un esposo realizada en las facciones de su hermano, atribuyendo el placer que disfrutaba contemplándola, solo al interés de la religion, al vínculo del parentesco, al agradecimiento de que le era deudora, y á la prodigiosa semejanza y conformidad que existia entre él y Malek-Adhel. ¿Cómo en medio de tantos y tan diversos sentimientos podia conocer á un engañador, el mas diestro, que se reviste con todas las apariencias de la realidad, que toma todos los disfraces de que es capaz un hombre, y se introduce en el alma á favor de ellos sin otro auxilio? Sin embargo, no queriendo aventurarse Matilde á cometer ninguna accion imprudente, aun con motivos que parecian tan legítimos, comunicó á la abadesa cuanto la habia sucedido, suplicándola, bañada en lágrimas, que la guiase en aquellas críticas y delicadas circunstancias. La venerable superiora, menos fácil en equivocarse acerca de los verdaderos sentimientos del príncipe, comprendió sin costarle gran trabajo la fuerte impresion que le habia hecho Matilde; mas confiada en la virtud de esta, admirada de un acontecimiento cuyas circunstancias todas presentaban las apariencias de un milagro, y atribuyéndolo interiormente á la suma bondad é infinita sabiduría de Dios, no titubeó un solo instante en creer

que la conversion del príncipe Selim era uno de los medios de que el cielo queria valerse para aliviar la desgraciada suerte y penosa esclavitud de los cristianos en Judea, y restablecer algun dia en Sion (1) el imperio de la cruz. Indudablemente en otras circunstancias la prudente abadesa hubiera apartado de sí con horror la idea de una sola entrevista en los solitarios jardines de aquel monasterio, entre una hermosa jóven que estaba en vísperas de profesar en la religion Carmelita, y un cuñado, aunque fuera cristiano.... ¡Cuál debia ser ahora que se trataba de un jóven é impetuoso musulman, hermoso y bizarro, de un hombre superior á cuantos conocia! pero además de que en la época de las cruzadas, los intereses de la religion y de la cristiandad se anteponian á cualquiera otro, observaremos de paso, que las costumbres de los siglos caballerescos no eran como las del dia: así se veian con frecuencia grandes princesas y tímidas vírgenes recorrer tierras y buscar aventuras montadas en sus hacaneas, acompañadas solo de sus paladines, haciendo de este modo largos viajes, sin que en su reputacion llegase á recaer la menor mancha ni sospecha. En la actualidad, por desgracia, estos viajes han caido en desuso á causa del tiránico imperio que ejerce la moda: los caminos son mas peligrosos á pesar de haberlos perfeccionado en alto grado la civilizacion, y ahora los tropiezos y dificultades serian mas frecuentes. Mas dejando estas observaciones y continuando nuestra relacion, diremos, que la abadesa impuso á Matilde por primera y principal condicion que el padre Crisóstomo, confesor del convento, la dirigiria con sus consejos. Este buen padre era indudablemente el mas á propósito para desempeñar semejante cargo, por su mucha sabiduría, virtud y esperiencia: su edad era muy avanzada, y aunque no disfrutaba de una salud robusta, poseia un espíritu fuerte y vigoroso. Bajo esta seguridad, la misma abadesa fue la que incitó á Matilde á proseguir la conversion del príncipe musulman, manifestándola

(1) *Sion*: monte que rodea á Jerusalem por la parte meridional á modo de anfiteatro, formando un semicírculo. En tiempo de Jesucristo estuvo una parte de la ciudad fundada sobre dicho monte: llamábase *Monte del Señor* ó *Monte Santo*. En la actualidad se ve lleno de ruinas, y yermo la mayor parte de él.

que la santidad de una empresa tan interesante á los progresos de la religion cristiana, justificaba por sí sola los medios que se pusieran en práctica para que tuviese un éxito favorable: «Sin embargo, hija mia, la dijo al concluir su discurso, si aconteciese, lo que juzgo casi imposible, que el príncipe te hablase de amor.... ¡De amor! exclamó la tímida Virgen, cubiertas sus mejillas del mas vivo carmin. ¿Seria posible que abrigáseis la sola idea de suponer, que pueda jamás acercar su corazon al mio un sentimiento profano, aun cuando fuese capaz de declararlo?

—Sin duda que no, respondió la abadesa: vuestro estado, Matilde, vuestros primeros vínculos, vuestras sublimes virtudes, sostenidas por la religion, y hasta vuestras mismas desgracias, han formado ante vos una muralla incapaz de ser abatida por mas tiros que asesten contra ella: todo os hace respetable aun para un infiel, y os coloca bajo la defensa y proteccion del cielo. Ninguna clase de sentimiento profano osaria acercarse, ni tendria motivo para ello. El amor, esta pasion mundana que tantos daños ha causado y causa, se reviste con frecuencia con las apariencias de la virtud, para seducir y ocultar sus designios, y se introduce hasta en las melancólicas sombras de los claustros.

—¡Cómo, madre mia! ¿juzgais, por ventura, dijo Matilde, sobrecogida de temor, que semejante pasion haya tomado para perderme las facciones de Selim-Adhel?

—Querida hija mia, nunca dejaria de ser mas que una astucia propia suya; por lo tanto, trata de elevarte sobre tí misma, y vive vigilante del mismo modo que si la sospecha fuese una realidad.»

Dichas las anteriores palabras, la abadesa fijó en el suelo sus ojos, y levantándolos despues al cielo cubiertos de lágrimas, añadió: «por fortuna, solo veo en todo esto la obra del Señor, y como en este sagrado recinto considero que no hay persona mas digna que tú para ser su instrumento, vé, hija mia, y quiera Dios que te acompañe la gracia eficaz que convirtió al noble Malek-Adhel.»

Tranquilizada un tanto Matilde con las reflexiones, y al pa-

recer prudentes consejos de la abadesa, se encaminó al día siguiente mucho mas temprano de lo que acostumbraba al sepulcro de Malek-Adhel, con el designio de meditar y penetrarse de los grandes objetos de que habia de hablar á Selim. Es difícil de espresar el fervor con que imploró el auxilio del Ser Supremo para que la inspirase una elocuencia capaz de persuadir y abrir los ojos del príncipe infiel á la verdadera luz: jamás se elevaron al escelso trono del Omnipotente votos mas puros y cándidos, y sin embargo, á la vista de Selim se estremeció: su alabastrina y modesta frente, y sus palidas mejillas, se coloraron vivamente al encontrarse sus miradas con las del jóven musulman, y las primeras palabras espiraron en sus labios sin que ella misma pudiese comprender la sensacion que de aquel modo la sobrecogia. Al contemplar Selim aquella belleza sobrenatural que jamás habia visto tan á su satisfaccion, incapaz de contener los primeros movimientos, ó mas bien los primeros arranques de su impetuoso corazon, levantó de improviso la visera que cubria su hermosa y altiva frente, y se adelantó pronunciando el nombre de Matilde. Esta fue tan sola la palabra que salió de su boca; pero el eco de su voz conmovió en extremo el alma de la princesa, pues se la representó la mirada de Malek-Adhel y su apasionado acento, cuando despues de una larga ausencia volvía á verla mas enamorado que nunca. «¡Ah Matilde! la dijo Selim reportándose: ¡cuán agradecido os estoy por el vivo interés que os tomáis por mi suerte! Derramad, os suplico, en mi alma la luz de las verdades celestiales á que aspiro; jamás habreis encontrado otra alguna mejor dispuesta á recibirlas y escucharlas.

—Señor, le responde Matilde bajando humildemente los ojos; el cargo que me imponeis seria para mí dulce y glorioso á la vez si me considerara capaz de desempeñarlo cumplidamente; pero ¿quién soy yo débil y miserable criatura para iniciaros en unos misterios tan sublimes, ante los cuales los pobres mortales solo debemos inclinarnos con la mas profunda veneracion? Reconoced sus verdades en las maravillas que han producido, mas bien que en la luz que las acompaña, y ojalá que la gracia di-

vina que en sus últimos instantes iluminó á Malek-Adhel pueda conseguir de vos el mismo triunfo.»

Al escuchar Selim aquella encantadora voz que hablando de los intereses del cielo parecia que este mismo la inspiraba y prestaba energía, juzgó sentir ya deslizarse en su corazón los efectos de la divina gracia, y estuvo para caer á los pies de aquel ser angelical que se la comunicaba: no obstante se contuvo por el temor de que una mirada ó una sola acción descubriese á la princesa los verdaderos sentimientos de que estaba poseido su corazón, disipando así sus esperanzas, y derramando la turbación de una sospecha en aquella alma inocente.

Tres meses se pasaron, en cuyo espacio Matilde tuvo frecuentes entrevistas y conversaciones con Selim, auxiliada por los consejos del padre Crisóstomo que asistió á muchas de ellas y cobró un gran afecto al príncipe por su docilidad y nobles prendas: en estas conversaciones le espusieron todos los dogmas y sagrados misterios de la religion católica y las pruebas irrecusables que siempre la acompañan: la gracia inefable, la unción y cariñosa piedad que el padre y en especial la princesa, mezclaban en sus lecciones, acrecian mas y mas la irresistible fuerza de sus raciocinios, y el alma de Selim, semejante á un trozo de blanda cera, recibia y conservaba todas sus impresiones, y aumentaba al mismo tiempo la violenta pasión que profesaba á Matilde. Esta por su parte, confundiendo el placer de lograr una conversión tan importante con el de ver y oír todos los dias á Selim, aspiraba inocentemente el veneno del amor; y aun cuando con frecuencia reflexionaba á solas acerca de su crítica situación y temblaba de pensar que pudiese amar á otro hombre que á su malogrado esposo, cuya tumba regaba con lágrimas incesantes, sin embargo, no podia ser insensible á sus facciones y demas prendas que adornaban y consideraba reunidas en Selim, calculando que al apreciar á este, que en realidad era una imagen de Malek-Adhel, le hacia, si es posible decirlo así, un doble obsequio, amando todo cuanto pudiese tocarle ó parecersele. El corazón se engaña y alucina con facilidad acerca de sus propios sentimientos cuando tiene interés en ello: cuanto mas se prolonga

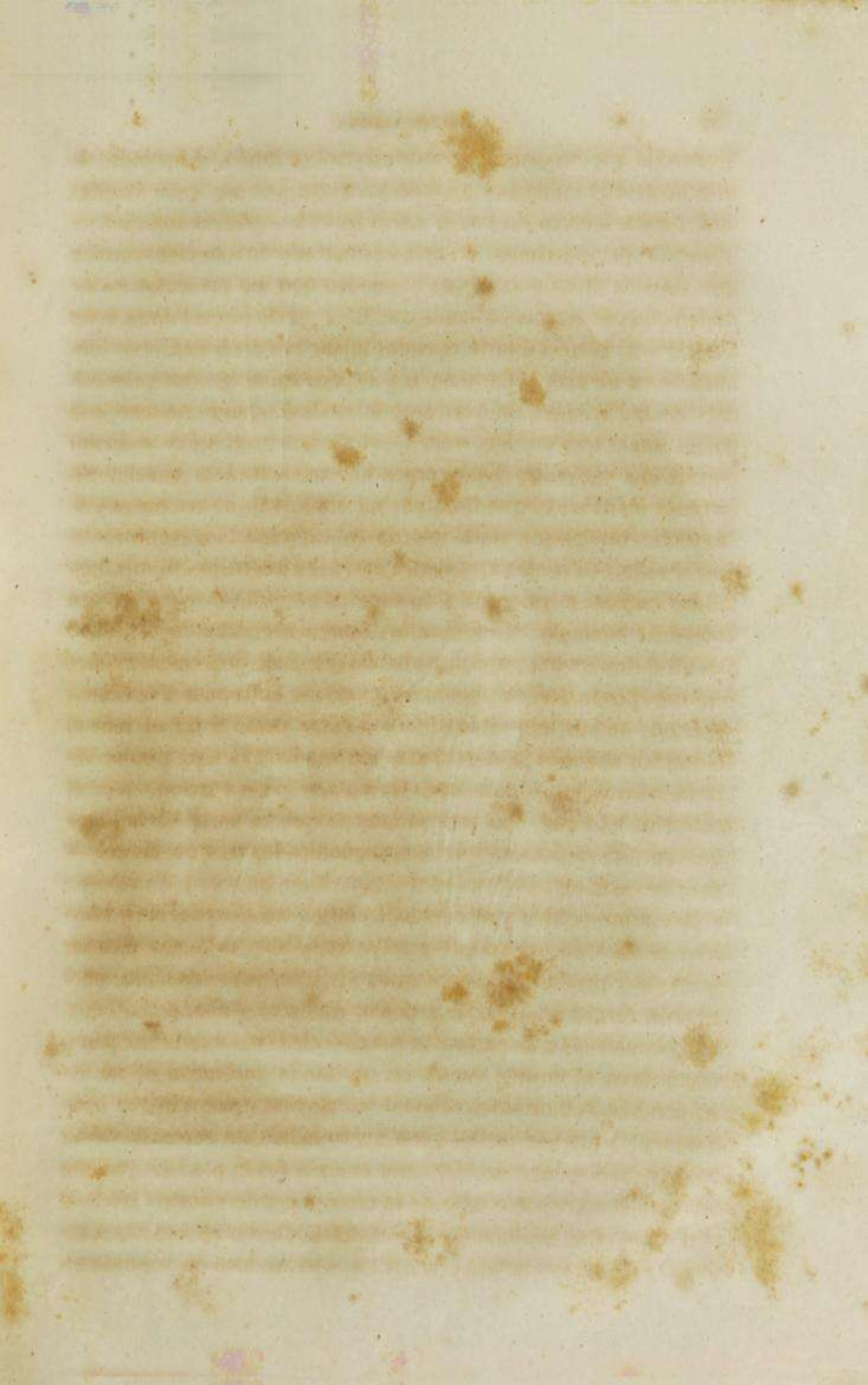
el error, tanto mas teme que llegue el tiempo de conocerlo y salir de él; y aun cuando lo consigue, permanece, le admite y se deja llevar de él; y á pesar de que los temores y remordimientos le asedian por todas partes y destrozan, sin embargo ya se encuentra sin fuerzas para rechazarle. Matilde empezaba á comprender que estando lejos de Selim experimentaba el mismo vacío que en otro tiempo la causaba la ausencia de Malek-Adhel: sentia al verle casi un placer igual; mas con todo su alma pura interponia siempre entre ella y este nuevo amante los intereses del cielo, y creia que únicamente se ocupaba en su conversion, porque para alcanzarla dirigia sin cesar sus preces al Eterno.

A la caída de una hermosa tarde de verano, cuando el plañido y melancólico astro de los amantes colora los objetos con una luz vaga y misteriosa; luz que inspira las ilusiones, convidando el silencio de la naturaleza toda á que el mortal se recoja interiormente y eleve á Dios su espíritu; Matilde concluia la esposicion de los principios de su religion divina pintando á Selim la suerte que aguardaba á los verdaderos cristianos en una eternidad insondable y bienaventurada, cuando exentos ya de las pasiones que los tiranizan en este valle de lágrimas, contemplarán con delicioso éxtasis á Dios en todo el lleno de su gloria y magestad, y se penetrarán de su sublime esencia; volviendo entonces sus ojos animados con un brillo celestial hácia el príncipe, que al parecer participaba ya de los bienes que ella le anunciaba: «¡Oh, Selim! le dijo: ¿no se decide ya vuestra alma á admitir enteramente las esperanzas que os da esta religion de caridad y amor? ¿No abrazais con fervor y entusiasmo un culto que domina en toda la superficie del globo y que particularmente ha conquistado por medio de la persuasion y dulzura la Europa entera, y no como vuestra secta que se ha estendido adoptando la fuerza, y valiéndose del filo de la espada? ¿No deseais con impaciencia el dia de poder residir en la mansion en donde reunidos á los que hemos amado en este mundo de dolores gozaremos de una felicidad eterna? ¡Dios mio! ¿cuándo me concedereis esos bienes que ya no hacen derramar lágrimas, esas

amistades que no causan pesadumbres? ¿cuándo, despojada de esta miserable cubierta de carne y sangre que me roba vuestra vista, gozaré cerca de vos la única felicidad que no engaña?

— ¡Ah, princesa! contestó Selim penetrado de una viva emoción que alejó de él toda reserva; el cuadro que me presentas es indudablemente el mas seductor que Dios puede ofrecer á sus fieles adoradores: pienso estarle oyendo hablar por tu boca: creo idolatrarle en su mas bella imágen y experimentar ya esa prometida felicidad.... pero demasiado débil todavía para caminar solo por la senda que me has trazado, dignate ser mi guia y dirigir en ella mis vacilantes pasos uniendo tu suerte á la mia.... Sí, virtuosa Matilde, tú que iluminas mi alma, tú que me haces gozar con anticipacion de la eterna y suprema bienaventuranza que el cielo nos prepara, óyeme, no seas insensible á mis humildes ruegos; mira en mí á tu esposo, ya que te reproduzco su imágen: contempla á tu hermano: finalmente, Matilde, te hago árbitra de mi suerte, no me abandones; haz que tus lecciones sublimes produzcan su debido fruto; no me entregues á la desesperacion; me es imposible vivir sin estar junto á tí: el mismo Malek-Adhel desde la eternal morada sancionará esta union; lejos de ofenderle, segun juzga la vulgar preocupacion, por el contrario, le darás una prueba mas de que tu amor hácia él es inmenso y durará hasta que nos reunamos los tres en las celestes mansiones.»

A tan inesperada y elocuente declaracion, sobrecogida y horrorizada Matilde, retrocede cual si viese abierto á sus pies un espantoso y profundo abismo: quiere hablar, pero sus lábios permanecen cerrados sin poder articular una sola sílaba: por último, transcurridos algunos instantes y habiéndose recobrado un poco, esforzándose al mismo tiempo en ocultar la turbacion de su alma, con voz balbuciente esclama: «¡Principe, que es lo que acabo de oir! ¿qué me pedís! ¿son acaso míos este corazon y esta mano para disponer de ellos aun cuando fuese posible que me pudiéseis vencer por medio de la elocuencia de vuestro afecto y del discurso que acabais de hacerme? Contemplad la crítica situacion en que me hallo, y juzgad.» Apoyándose en seguida en



(LÁMINA I.ª)



el mausoleo de Malek-Adhel comenzó á verter copiosas lágrimas.

«¡Desgraciada de mí! ¿qué esperaba, y qué es lo que he hecho?

—¡Oh, Matilde! respondió Selim postrándose ante ella en una actitud suplicante: confieso que soy un miserable abandonado para siempre á un tormento sin esperanza; me acuso como de un delito por haber venido á derramar la turbacion en una noble alma que tanto ha padecido y en la cual habia empezado á entrar de nuevo ya la paz del cielo; pero ¡ah! restituidme lo que me habeis robado, belleza fatal á mi familia: ¡cómo! ¿podia yo resistir á los mismos atractivos que vencieron á mi hermano? ¿me acriminareis acaso porque soy igual á él en un todo? Sí, princesa, apenas os ví, sentí circular por mis venas el mismo fuego que abrasó á aquel; como él conocí que habia de ser de tan larga duracion por mas tormentos que me esperasen é invencibles dificultades que se opusiesen. Cuando la religion y la virtud se valian de vuestra voz para convertirme, las contemplaba en vuestra persona, viendo en vos sus mas dulces atractivos, de tal manera que aun el amor mismo parecia una de sus inspiraciones. ¿Y cómo hubiera podido apartarlas de mi corazon? Me oponeis unos deberes hácia un esposo que ha muerto, un sepulcro regado con vuestras lágrimas por tanto tiempo..... ¡Ah Matilde! ¿os ha impuesto Malek-Adhel una constancia eterna? ¿no aplaudiria mi mismo hermano desde el seno de la divina morada en que descansa en paz el vínculo que uniera los dos objetos de su mas tierno cariño? Os ligan, decís, vínculos sagrados.... Princesa os ruego que me perdoneis, pero no puedo menos de deciros que no os comprendo.»

El jóven árabe prosiguió hablando con el ardor y entusiasmo de un alma impetuosa que no oye mas voz que la de las pasiones; y Matilde, cuyos principios religiosos eran ascéticos y puros, fingiendo una serenidad que estaba lejos de tener, estendió los brazos sumamente agitados hácia el sepulcro de su esposo, y elevando al cielo sus hermosos ojos imploró su asistencia, y se retiró al convento en seguida, firmemente resuelta á no salir de él, abrigando la esperanza de que encontraria allí la paz que acaso habia perdido para siempre.

LIBRO TERCERO.

El tono solemne de las palabras de Matilde, la magestad que se veia impresa en toda su persona, y la impresion de los amargos sentimientos que la oprimian, habian llenado el corazon de Selim de un sagrado respeto que le contuvo para no oponerse á su retirada; mas en el instante mismo que la perdió de vista, se abandonó á la impetuosidad de su pasion desahogando sus pesares y sus quejas, y estremeciéndose á la sola idea de verse privado para siempre de la presencia de la princesa: hubiera deseado que un nuevo incendio abrasase otra vez las paredes del monasterio que la ocultaban á su vista; y lo que es mas, se habria creido feliz en hallar alli el fin de sus tormentos, concluyendo su existencia juntamente con ella. No pasaba dia sin que volviera al mismo sitio, esperando encontrarla alli: diariamente interrumpia el pavoroso silencio que reinaba en aquellos alrededores con los sonidos de la flauta; en la oscuridad de la noche vagaba por ellos pálido y melancólico cual los poetas nos pintan á Orfeo recorriendo en vano los infiernos despues de la pérdida de su amada Eurídice. Esta terrible situacion hizo que á los pocos dias cayese en una insondable y profunda tristeza, de tal modo, que le inspiraba tédio hasta la existencia, por lo cual imaginó librarse de ella resueltamente, deseando solo el poder comunicar á Matilde tan funesto designio. El amor verdadero adivina al punto en otro corazon el amor que busca por mas denso que sea el velo que lo oculta. Un instinto secreto hacia comprender á Selim que la princesa tomaba un interés muy vivo por él, y por lo mismo no queria perder la vida sino despues de

haber conocido el efecto que causaria en su corazon su adios postrero.

Mas en tanto ¿qué hacia la desgraciada Matilde? desde que Selim le hizo la declaracion, en vano buscaba en la soledad del claustro una tranquilidad que parecia alejarse de ella cada vez mas; pues en su corazon se habia abierto ya una herida demasiado profunda para que se cicatrizase tan pronto: ademas veia-se asaltada de continuos y crueles remordimientos, pues que enterneciéndose al escuchar los pesares de Selim, creia ser infiel á la memoria del esposo á quien tan intensamente habia amado: alguna vez, sin embargo, juzgaba engañarse á sí misma aunque no lo conseguia: nada podia distraerla por un momento siquiera de aquella adorada imágen. No osando volver al sepulcro de Malek-Adhel, temiendo encontrar alli á Selim, ó de rendirle un tributo de culpables lágrimas, recorria indecisa á través de las bóvedas del templo, y de todos los sitios en donde estaba segura que no podria hallarle. Una noche, retirándose Matilde de sus solitarios paseos, se la figuró oir una voz lastimera que la llamaba: vuelve temblando la cabeza y divisa confusamente por entre los árboles del bosque una figura blanca (á la cual su exaltada fantasía prestó en seguida las facciones de Selim) semejante á una triste y fugitiva sombra internándose en un bosquecillo, y como despidiéndose de ella para siempre. Escápase de sus labios el nombre de Selim; pero ya no le percibe ni oye nada. Llena Matilde de pavor, cree que por medio de aquella aparente vision, el cielo la anuncia la muerte del príncipe: penetra en su celda con el corazon destrozado, y distingue sobre su reclinatorio la siguiente carta que una mano desconocida habia dejado en él.

«Matilde: estoy persuadido que esquivais mi presencia, en una palabra, que huis de mí: iluminando mi alma habeis encendido en ella un fuego abrasador que me devora, y cuyo tormento no puedo soportar. Durante el dia mis ojos os buscan en los mismos sitios en que el cielo me concedió la gracia de veros y oiros; y por la noche, errante en derredor del impenetrable asilo do morais, mi triste y melancólica voz os llama en vano.

A vuestro parecer, ¿soy acaso criminal porque amo á la que el mismo autor de la naturaleza ha adornado con todas las virtudes y atractivos para ser amada? Mas ya que por desgracia y contra mi voluntad he turbado la paz de que disfrutábais, por esta misma razon me considero culpable y debo castigarme: ódio la vida y únicamente aspiro á librarme de ella. Tal vez mi muerte os restituya la tranquilidad que intenté arrebatáros. Mañana, sí, mañana á mas tardar me sacrificaré sobre la tumba de vuestro esposo, y de este modo podreis decirle: «Malek-Adhel, te ofrezco en holocausto el hermano que tanto amabas; mi crueldad y mis desprecios le han privado de la existencia:» pero en nombre de su mismo hermano, á quien solo he ofendido involuntariamente, dignaos permitirme, si aun os queda algun resto de piedad, que me despida de vos por la última vez, y oir de vuestros lábios que me perdonais..... Mando que mis mortales despojos se sepulten en medio del bosque donde os he conocido; y cuando la fresca brisa de la tarde agite el follaje que cubra mis cenizas, ¡plegue al cielo que su melancólico susurro lleve á vuestros oídos los suspiros de mi doliente sombra, y os enternezca alguna vez la suerte de un desgraciado!»

Las terribles angustias que causaron á Matilde los fatales renglones de este billete, son imposibles de describir. Si volvía á ver á Selim, procurando apartarle de tan funesta resolución, oyéndole y contestando á sus quejas, es indudable que le abría su corazón, que confesaba un secreto que quería ocultarse aun á sí misma, y que habia resuelto guardar hasta la muerte; era por último hacer traicion á su esposo, á su memoria..... Y una vez dado el primer paso, ¿cuántos desaciertos podia cometer?.... Mas por otro lado, ¿tendria valor para dejar perecer á Selim, al hermano de Malek-Adhel, al que la habia salvado la vida á costa de la suya, sin haber cometido otra culpa que la de amarla apasionadamente? ¿Debia acaso mostrarse insensible y castigarle por no haber podido ser indiferente á sus gracias? Y si se atrevia á tenerle por insensato, ¿no debia procurar curarle de su demencia? «¡Ah, infortunada de mí! exclamaba dolorosamente, y la tuya ¿quién la curará? ¿Qué reconvencion harás á Selim que

con mas justicia no debas hacerte á tí misma? ¿Cómo le has de acusar de una pasion que no le es dado desechar? ¿Le podrás dar acaso las fuerzas que á tí te faltan? ¿No avivarás mas bien una llama de la cual las facciones de tu esposo estampadas en el rostro de su hermano te harán participar, aunque sea contra tu voluntad? Si te espones á oirle otra vez, á escuchar su armoniosa voz, cuyos apasionados acentos penetraron en tu alma, al encontrar de nuevo en su persona al mismo Malek-Adhel, ¿no te pierdes para siempre y completas el delito de tu infidelidad?..... Pero si perece, la infamia de su muerte recaerá sobre mí y me perseguirá incesantemente; yo seré quien le quite la vida..... Pero, ¡Dios mio! ¡he de causar yo su pérdida! vos no lo mandais, no, antes por el contrario me lo prohibís: me es imposible soportar una tan horrible idea, y corro, sí, corro á evitarla: deber, honor, amor, no me aterreis: voy á sacrificarme; nada soy ya para mí, y solo aliento para salvar á quien tan generosamente me salvó.»

Matilde luchó terriblemente consigo misma hasta el momento en que Selim habia de recibir el último adios. Al llegar al mausoleo la princesa le vió con el arma fatal en la mano. La alteracion de su semblante, su cadavérica palidez, y las señales del dolor impresas en toda su fisonomía, la dieron á conocer al punto que su desesperacion no era fingida; de suerte que no pudo menos de enternecerse. En seguida que Selim la divisó fue á arrojarse á sus pies, tributándola gracias por el último favor que se dignaba concederla: «dentro de pocos instantes, la dijo, ya nada absolutamente tendré que pedir: en breve dejaré de turbar la tranquilidad de vuestra vida; en breve mi muerte.....

—¡Vuestra muerte! exclamó la princesa, pálida de espanto y creyendo que podria emplear las armas de la razon: ¡ah Selim! me he engañado cruelmente al pensar que concediéndoos el cielo las facciones de Malek-Adhel y corriendo su misma sangre por vuestras venas, os habia transmitido aquellos nobles sentimientos, aquellas heróicas cualidades que le adornaban haciéndole superior á los reveses de la suerte: en vos no veo mas que un espíritu débil que cede cobardemente al pesar de no poder sedu-

cir á una muger: si vuestros deseos á lo menos fueran fundados, seria mas perdonable vuestro extravío: pero ¡quién es esa muger! una cristiana, la esposa de Malek-Adhel, de un hermano cuya memoria tanto os lisonjeais de amar y honrar. Aun cuando todas esas razones que os he espuesto, os permitiesen atentar á vuestra vida, ¿habeis olvidado ya los principios religiosos que varias veces en vuestras conversaciones me presentábais y os atrevíais á oponer á los míos? ¿No recordais ya esas leyes divinas que segun vos deciais bastaban al hombre que llevaba escritas en su corazon, y á la cual conformábais vuestros deberes? Si vuestra religion pierde su esplendor y fuerza en las adversidades de la vida, ¿de qué os sirve? La mia me ha sostenido, me ha vuelto á levantar del profundo abismo de crueles aflicciones en que yacia, ¡y la vuestra en el momento mismo del combate os abandona! Recuerdo haber oido decir que teniais por precepto inviolable la voluntad de Dios que se manifiesta en nuestros sentimientos íntimos, y que el mayor y el mas fuerte es el que nos une á la vida; pues si estos son vuestros verdaderos principios, manifestadme ahora claramente qué derechos son los vuestros para violar la órden, la voluntad de Dios, que pretendéis acatar: demostradme, si es que podeis, que vuestra vida ningun otro objeto tiene que el de satisfacer una pasion desenfrenada, y que habiendo nacido cerca del trono acaso para ocuparle algun dia y ser el protector y el padre de vuestros pueblos, podeis disponer de ella á vuestro antojo. ¡Ah, príncipe! aun cuando nada se opusiera, ni ningun obstáculo se presentara para corresponder á vuestros sentimientos, ¿cómo pretendiais conmover mi corazon mostrándoos tan débil y tan poco digno de vuestra ilustre sangre como os manifestais?

—Desengaños, Matilde, responde Selim con una indiferente y sombría desesperacion: los lazos que me ligaban á la vida están ya rotos; y este acero abreviará solamente algunos dias mi horrible padecer; ni intenteis prolongarlo, porque mi suerte está decidida y se cumplirá.

—No, esclama Matilde horrorizada y vertiendo copiosas lágrimas; no se cumplirá si es verdad que me teneis algun apre-

cio..... Si esto es cierto, respetad vuestros dias; respetadlos mas que los mios.... ¡Ah! la vergüenza que cubre mi frente os puede dar á conocer todo lo que sufro: miro en vuestro rostro á mi esposo, y en vuestra persona á su hermano y al mio: sed virtuoso como aquel y vuestra hermana se considerará feliz: demasiado os digo, Selim, delante de esta tumba que tal vez me acusa, y del cielo á quien juzgo que ultrajo; pero me habeis puesto en la cruel alternativa ó de privar de la vida al que salvó la mia, ó de dar algun consuelo á su dolor. ¿Por qué exijis de mí un imposible? ¿qué quereis que haga?.... Adios , príncipe; sobre el papel derramaré mis pesares, mis remordimientos, mis lágrimas y las súplicas que debo haceros; mañana sin falta hallareis un papel en este sitio..... ¿Jurais, Selim, por lo mas sagrado cumplir mi voluntad?....

—Sí, lo juro, replicó el jóven musulman con un enagenamiento imposible de espresarse, y como animado de una nueva existencia: lo juro por mi amor; ¡oh! ¡rogarme vos, cuando una mirada, una palabra de vuestra boca dispone de todo mi ser! ¡Gran Dios! ya que acaba de brillar para mí un rayo de felicidad, sostened, os ruego, mi espíritu desfallecido..... Matilde , jóven adorada , ¡cómo no he de amar ya una vida que acabo de recibir de vos!» A estas palabras la princesa temiendo el peligro de su situacion, ó por mejor decir, un arrebató inconsiderado nacido del frenesí de Selim , se retiró apresuradamente á su asilo. Una vez en él, reuniendo toda la fuerza de su alma agitada, escribió á Selim las siguientes líneas bañadas con su llanto.

«Los remordimientos que me devoran al tomar la pluma, y mi trémula mano, se niegan á formar estos caractéres..... ¿A quién voy á dirigirlos? al rival de un esposo querido á quien juré un eterno amor..... ¡Ah! mis pesares , mi temor, el recuerdo de los mas idolatrados vínculos, de los deberes mas sagrados, todo, todo me quiere borrar en vano la imágen del esposo que adoro, que se me representa en la persona de su hermano , que me hace olvidar lo que fuí y lo que debo de ser. ¡Dios y Señor mio! despues de tantas desgracias como hasta aqui me han agoviado; cuando me creia ya libre enteramente de las asechanzas

de las pasiones, y juzgaba mi espíritu purificado en su totalidad, ¡me aguardaba todavía el mas horrible de los tormentos, como el de apurar hasta las heces la amarga copa del infortunio! ¡Oh, Selim! á no ser por vuestra fatal semejanza con mi amado Malek, que me ha hecho ver en vos su adorada sombra, nunca habria alterado cosa alguna mi constancia, y yo descenderia á la tumba, inocente y fiel; pero para mayor desventura mia, cuando al veros mi exaltado corazon se entregó á una ilusion querida, al aparecer la realidad en toda su estension no he podido.... ¡qué digo! no me es posible separarme de ella. Sí; parece que mi suerte, siempre inexorable, ha querido reproducir en vos el mismo objeto para volverme el mismo amor. ¡Ah, infortunada de mí! ¡Qué culpa habré cometido para merecer tantos pesares! He creido de todo corazon, que atrayéndoos á la verdadera fé, favorecia los intereses del cielo; he sentido la mas indecible alegría al pensar que el hermano de Malek-Adhel iba á alistarse bajo las banderas de Jesucristo y gozar de la bienaventuranza eterna; pero al mismo tiempo no he reflexionado que acostumbrándome á veros y renovando vuestra imágen, me volvia á atraer las inquietudes que son consiguientes á las pasiones. Mas el miedo de que atentáseis á vuestra vida, la vergüenza de que se me tuviese por ingrata, con quien me habia salvado de una muerte cierta, y en particular vuestra fisonomía, me han hecho olvidar mis deberes, mi razon, á vuestro hermano, y en fin, á mí misma. ¡Oh, Ricardo! no me trajistes á estos ardientes arenales y horrorosos desiertos de la Tierra Santa para profanar en ella tal vez tu nombre y tu sangre. ¿Qué es lo que dirá mi patria y el mundo todo á quien debia yo servir de ejemplo, si llegan á saber esta pasion que es aun mismo tiempo un suplicio y un oprobio? ¡Ah, Selim! si es cierto pues que me amais, si conservais todavía alguna pequeña sombra de la generosidad de vuestro hermano, no dupliqueis los tormentos de vuestra desgraciada víctima; alejaos de ella, dejadla concebir la esperanza de que Dios siempre elemente y misericordioso derrame sobre sus heridas el divino bálsamo del consuelo, y la devuelva la tranquilidad que no puede hallar en este mundo de dolores.»

Esta sentida carta llenó de alegría y á la vez de dolor el corazón de Selim; pues no podía dejar de conocer que su amor hallaría obstáculos insuperables que vencer; ¿pero existe alguno que lo sea bastante ni por mucho tiempo á los ojos de un amante? ¿No acoge con el mayor entusiasmo las esperanzas mas ilusorias? Indudablemente que sí; y por lo tanto no veía que los temores y remordimientos de Matilde fuesen fundados, conservando la esperanza que algun dia llegaria á disiparlos el amor. Además, comprendió que aunque la princesa procuraba ocultarlo, era amado, y esta sola idea uniéndole al objeto de su ternura, era para él una dicha anticipada. «¡ Oh, Matilde! exclamaba enagenado de alegría, combatido al propio tiempo por mil sensaciones diversas; si yo no hubiera sido mas que un simple soldado, y mi nacimiento oscuro, como creí en mis primeros años, y te hubiese conocido, te amaria en silencio, y quizá moriría de dolor por no poder aspirar á tu mano; pero ser hermano del monarca mas poderoso del Oriente y aun del mundo; verme colocado en las gradas del trono; conocer lo que vales, y ahogar mis sentimientos, renunciando á tu amor, son cosas á las cuales no alcanza ni puede alcanzar mi poder.» Imbuido en semejantes ideas y regando la carta de Matilde con lágrimas de ternura, tomó Selim la pluma y escribió la contestacion siguiente:

«Mi amada Matilde: he leído una y mil veces la carta en que me pintas con tanta pesadumbre tus temores y sobresaltos, y á la par que tus penas, me declaras involuntariamente el aprecio que me profesas..... ¡El aprecio de Matilde!... ¡Felicidad suprema y de mí tan deseada! ¡Me apreciabas y yo queria morir!.... ¡Cuán preciosa es para mí la vida, desde el instante en que he sabido que tú la estimas, y puedo consagrártela toda entera! ¡Oh noble y generosa princesa! al contemplar estas líneas que inundo con lágrimas de alegría, me tengo por el mas dichoso de todos los mortales; ellas me aseguran tu amor, ó mas bien repitiendo tus mismas palabras, tu aprecio. Aun cuando tu primera mirada no hubiese sido suficiente para abrasar mi corazón con una inestinguible llama, ¿podia yo oír con indiferencia la espli-

cacion que me hacias de los sagrados dogmas de la divina religion de Jesucristo, sin que penetrasen en mi alma tan sublimes máximas, siendo especialmente transmitidas por medio de un órgano tan precioso para mí? No, no era posible, y creia tributar á todas las virtudes el mas puro reconocimiento amándote: sí, á tí sola soy deudor de la luz que has esparcido en mi alma, abrigando la lisonjera esperanza de que enlazados algun dia con los vínculos sagrados del matrimonio y de una misma creencia, disfrutaremos ambos de una suprema é inviolable dicha.»

LIBRO CUARTO.

Una estremada agitacion sobrecogió á Matilde al leer la apasionada carta de Selim, mas seducida por la lisonjera idea de haber ganado su alma para el cielo, osó acariciar en su imaginacion esperanzas profanas que á los pocos dias se disiparon. Cada vez que se acercaba á los sangrientos restos de su adorado esposo, de aquellos restos ante los cuales habia jurado una fidelidad inviolable y eterna, celebrando su milagrosa conversion; cada vez que llegaban á sus oidos los cánticos religiosos de las vírgenes del Carmelo, cuyas voces inocentes y puras elevaban sus preces al Señor, impetrando en ellas el triunfo de la fé y la conversion de los infieles; apoderándose de la princesa un santo terror, se la figuraba que veia levantarse la airada sombra de Malek-Adhel, y que la oia esclamar: «¡Matilde! ¿Es esta la fé que me debias y que me juraste? ¿No es nada para tí el grande prodigio de haber yo abandonado la religion de mis padres? ¿Infiel á tus primeros juramentos, apenas he tenido tiempo de descansar en las moradas eternas, cuando ya amas á Selim que aun no se ha convertido del todo? Abre los ojos, si te es posible ya, y arrepiéntete de tu perjurio é inconstancia.» Un sudor glacial inundaba su rostro, y con el corazon destrozado caia exánime al pié de los altares, donde únicamente hallaba el consuelo y el valor que necesitaba para alejar de sí ilusiones tan funestas. «¡Dios todopoderoso y clemente! vos, cuya sabiduría é infinitas perfecciones pueden guiarnos por las escabrosas sendas y sinuosidades de esta vida, no permitais que ninguna pasion vergon-

zosa me aparte jamás del verdadero camino que me dirige á vos: destruidla, destruidme á mí antes que la menor mancha empañe mi honor, impidiéndome concluir tranquilamente, y digna de vos la carrera de mi desgraciada existencia.» A esto se reducian todas las oraciones y súplicas de Matilde; y de seguro su alma no hubiera podido resistir por mucho tiempo estas continuas luchas, si la sacrosanta religion de Jesucristo, tan llena de uncion y caridad, no la hubiese sostenido. Muchas veces al escuchar los melodiosos cánticos de las hijas del Carmelo que ensalzaban la escelsa bondad y clemencia de Dios, muchas veces, repetimos, la sagrada armonía de aquellos cantos celestiales, y la esperanza del perdon de sus involuntarias faltas, reemplazaban en el corazon de la casta princesa á las lágrimas y tormentos que padecia: entonces se atrevia á alzar sus ojos á la divinidad, conocia que todavía era hija suya, y si despues de esto continuaban corriendo sus lágrimas, ya no era de desesperacion ni de temor.

Nuestros lectores habrán observado que hasta aqui solo hemos trazado la historia mas bien de los sentimientos de Matilde que la de los acontecimientos de su vida; porque nos ha parecido mas conveniente é importante manifestar cómo puede nacer naturalmente un segundo amor del primero, aun en una muger á quien las pruebas de toda clase, la mas viva ternura, y los juramentos mas inviolables parece habian consagrado ya á una constancia eterna hácia el primer objeto de su amor.

Habian transcurrido muchos dias que la princesa no veia á Selim; dando esto márgen á que hiciese mil reflexiones que incessantemente la tenian agitada. Varias veces inquieta y pensativa contemplaba con ávidas miradas las cercanías del monasterio, ó fijaba sus ojos melancólicos en el borrascoso mar, que menos combatido que su alma, rompía en los muros del convento sus espumosas olas, manifestándola á su parecer en su sordo murmullo y sombrío horizonte un funesto y doloroso porvenir. Mas ¡ah! ¿qué va á hacer ahora? ¿Volverá á ver á Selim, cometiendo una imprudencia que la será fatal acaso para toda la vida, sepultando en su corazon el puñal que queria arrancar de él, y

confirmando de este modo su debilidad? El haber prohibido al príncipe que se quitara la vida, ¿no era obligarse á volver á verle? Y ademas, ¿podia Matilde vivir ya, renunciando al consuelo de ver á su lado á su esposo, cuyas facciones y virtudes veia en Selim tan perfectamente retratadas? ¿Podria resignarse á estar separada de él para siempre?

La princesa estaba fluctuando en medio de estos terribles combates, cuando un acontecimiento imprevisto vino á decidirla no solamente de lo presente, sino tambien de su suerte futura, y de su pasion naciente á Selim, como retrato de su esposo. Una mañana entra la abadesa en el cuarto de Matilde con una carta en la mano, y el dolor impreso en su semblante y en todas sus acciones. «Hija mia, la dice con un acento penetrante y lastimero: te has lisonjeado de convertir á nuestra santa religion al príncipe Selim, é indudablemente el cielo se ha dignado bendecir tus nobles y piadosos esfuerzos: el instante de experimentar el efecto que estos han producido en su alma ha llegado: el arzobispo de Tiro me escribe que los Imanes (1) han imbuido á Saladino para que mande demoler el Santo Sepulcro, quitando de este modo á los cristianos el verdadero santuario de la fé, el objeto de su veneracion y de sus peregrinaciones: acaso teme que las naciones de Europa vuelvan á coligarse de nuevo todas, formando una cuarta cruzada con el objeto de reconquistarle, queriendo asi aniquilar, á su parecer, en el sepulcro del Salvador, hasta los mas pequeños vestigios de los santos monumentos de la cruz. El príncipe Selim es muy amado de Saladino, y con su mediacion puede lograr todo lo que quiera: por lo mismo, Matilde, hija mia, tú que ejerces sobre él el mayor imperio, es indispensable que emplees toda cuanta influencia hayas adquirido en su espíritu para empeñarle á que interceda en favor de la cristiandad con el sultan, y le aplaque: despliega pues, noble princesa, esa elocuencia persuasiva, esas virtudes, esas prendas que el cielo te ha concedido; gracias fatales que en el mundo no sirven generalmente mas que para corromper y llenarnos de un

(1) *Imanes*: ministros ó sacerdotes de la religion mahometana.

falso orgullo , y que en vos serán un medio de salvacion consagrándolas al servicio de la fé.»

Al oír Matilde este discurso , siente cierta alegría secreta por ser la encargada de una comision que tanto se conformaba con los sentimientos que no osaba manifestar , ni tenia suficiente fuerza para apartar lejos de sí: la pareció que el cielo los justificaba en algun modo, haciendo que sirviesen á la causa de la religion, no dudando por lo tanto en tomar á su cargo las órdenes de la superiora del Carmelo. Si hemos de creer á las crónicas de aquellos tiempos, ellas dicen que por la primera vez sintió en su interior Matilde un deseo de agradar y de dar á sus humildes vestidos la forma mas á propósito para realzar el esplendor de su belleza : por la primera vez tambien se atrevió á dirigir alguna que otra furtiva mirada á un espejo , que jamás consultaba aun cuando tuviese que ver á Selim; y por la primera vez en fin deseó poseer la elocuencia mas sublime, la persuasion y sensibilidad mas esquisita para conmover el corazon de aquel: solo recelaba que acaso bajo el pretesto de hacer una obra tan justa y meritoria queria ligarse al mundo por algunos de aquellos atractivos que no son para las mugeres piadosas mas que ceniza y polvo. Por último, esto es lo que refieren las crónicas, pero sin embargo no lo aseguran; pues temen que se suponga á Matilde algun átomo de vanidad; sospecha infundada, que á nuestro parecer, el bello sexo actual no admitirá de ningun modo. Como quiera que sea, Matilde elevando su corazon á Dios, llena de un santo zelo y una lisonjera esperanza, é invocando al propio tiempo el auxilio divino, se encaminó al sepulcro de su esposo sin calcular el motivo que la guiaba, y llegó á él á la misma hora que sabia iba el príncipe Selim á buscarla hacia ya muchos dias, aunque inútilmente.

El jóven musulman comprendia que, á pesar de los esfuerzos que habia hecho para vencer á Matilde, los terrores que la dominaban la hiciesen pagar tal vez con lágrimas la declaracion que la habia arrancado; pues este nombre daba él á la confesion de aprecio que hacia la princesa en su carta. No obstante, la violencia de su impetuoso amor, y un débil resto de esperanza, le

atraian á los sitios en que todavía podia encontrarla. Allí, irritado al considerar las dificultades que se oponian á su legítima pasión, juraba firmemente destruirlas todas, cuando Matilde se presentó ante él. A tan agradable como inesperada visita, no podia convencerse Selim de que fuese una realidad; sin embargo levántase precipitadamente, y se arroja á sus plantas besando con el mayor respeto la orla de su vestido. Espantada la tímida vírgen al ver la alteracion de las facciones de Selim, quiere huir, sintiendo el haber venido allí; pero ya fuese que la agitacion en que se hallaba, contuviese sus pasos, ó ya que se acordase al mismo tiempo de la importancia de la comision que la habian encargado, el príncipe logró detenerla fácilmente, tranquilizándola al momento, y aparentando la mayor sumision y respeto. «Perdonad, señora, la dijo; perdonad el primer impulso de un corazon que jamás esperaba la dicha de volver á veros, y que ha pasado de improviso desde el abismo del dolor al colmo de la alegría. ¡Oh, Matilde! vos, que sois la única esperanza de mi futura felicidad, vos, cuya cariñosa declaracion me enagena de gozo, decidme; ¿es por ventura á Selim á quien buscais en este sitio? ¡Ah! dignaos decirme de nuevo, si debo vivir ó morir!»

La princesa pudo ocultar con dificultad la sensacion que la causaba un discurso cuyos acentos penetraban su alma. «Selim, le dice con trémula voz, tratando de encubrir su turbacion: no vengo aqui á dar pábulo á un amor peligroso; os he suplicado que vivais..... Tal vez hice mas de lo que debia..... y no obstante vengo á este sitio á implorar vuestra proteccion, poder y favor.» Al concluir estas palabras, Matilde fue á arrodillarse; pero el príncipe deteniéndola sorprendido esclama: «¡Princesa! ¡qué intentais! ¡Vos postrada á los pies de un hombre que pasaria su vida entera, y se creeria el mortal mas feliz, en estar á los vuestros! ¡vos postrada ante quien una sola palabra de vuestros labios, una sola mirada de vuestros divinos ojos, le hará emprender todo cuanto esté al alcance humano! ¡Cuán poco conoceis vuestro imperio! Hablad, amada princesa, hablad, feliz yo si alcanzo la suprema dicha de haceros conocer la buena intencion y pureza de mis sentimientos.

—Príncipe, responde Matilde; lo que vengo á suplicaros está en vuestra mano; en una palabra, pongo en vuestro conocimiento que Saladino, seducido y mudado por el bárbaro celo de los Imanes, ó por las sugerencias de una cruel política, olvidándose ya de lo que habia prometido á los manes de Malek-Adhel y á mi misma, trata de arrebatár á los afligidos cristianos y destruir hasta los cimientos el sepulcro de nuestro Dios y Salvador: el único amparo que nosotros tenemos sois vos; socorrednos; sed nuestro ángel tutelar para con vuestro hermano; mediad con el sultan, ya que nos hallamos tan abandonados; emplead pues en favor de los cristianos el ascendiente que teneis sobre Saladino, hijo del cariñoso afecto que os profesa; procurad aconsejarle que deje subsistir el último monumento de la piedad cristiana, adonde tantos desgraciados, tantos fieles vienen todavía á aliviar sus penas, y á ofrecer á Dios el cuadro de sus miserias. ¡Cuán agradable será para vos, oh príncipe, el tomar á vuestro cargo la proteccion de un pueblo desventurado al que pertenezco, siendo quizás la parte de él menos digna de vuestros generosos y nobles esfuerzos!

—¿La parte menos digna, decís? exclamó Selim. ¡Qué es lo que pronuncian vuestros labios! Yo desearia erigir un trono superior á cuantos existen en el orbe entero para coronaros y sentaros en él. Mandad, princesa, mandad y sereis obedecida: intentaré todos los medios que estén á mi alcance para conseguir de Saladino la gracia, ó mejor dicho, la justicia que pedis. Sé cuán difícil es por desgracia el hacerle desistir de una resolucion ya decretada; mas no obstante, desde ahora me atrevo á aseguraros que lo lograré. En este mismo instante parto para presentarme á él; hablaré por vos y por todos los cristianos, y haré valer sus derechos. Nada temais acerca de la influencia que puedan ejercer en su espíritu los Imanes; Saladino es demasiado ilustrado para permitirles que se mezclen en los negocios del Estado. El interés y la felicidad de este es una ley suprema, y con todo, muchas veces la amistad ó la gloria le han hecho desatenderla; pero, princesa, ¿me dareis el permiso de que yo tambien á mi vez os pregunte si compadecereis mis pesares, y si me

será posible acariciar la esperanza de ocupar con el tiempo vuestro corazón?

—No, príncipe, jamás me atreveré..... jamás..... replicó vivamente la tierna vírgen; contentaos con saber que Matilde ha perdido la tranquilidad de su alma por vos, y que acaso los remordimientos ocupan su lugar.» Al pronunciar estas palabras, la tímida doncella bajó humildemente sus hermosos ojos, ruborizada en extremo, exhalando, sin apercibirse de ello, los mas profundos suspiros, con cuyo motivo no pudo menos de cerciorarse Selim de que era amado.

«¡Ah, señora! la dijo: no mezcléis esa afectuosa declaración con la amargura; teniendo como tengo un corazón tan parecido al de mi hermano y vuestro esposo, á vos es á quien debe amar; por él debéis vivir; arde en él la misma llama; por lo tanto dispensadle el mismo amor.....

—Malek-Adhel fué mi esposo cuando la divina luz del cristianismo iluminó su alma: ¿llegará para vos este momento?

—Adorada Matilde, ¿quién mejor que vos puede acelerarle y hacerme digno de merecerle? Un secreto instinto me liga á vos, y parece predecirme que sereis mia.

—¡Ah, Selim! ¿ese instinto que decis, no puede tal vez engañarse?..... De cuando en cuando el corazón suspira por una vaga felicidad cuya idea él mismo se forma dándola el nombre de amor como el mas á propósito, ó quizás el único para expresar lo que siente ó desea: si llega á encontrar un objeto que á su parecer le comprende y habla su lenguaje, al punto le acoge, le manifiesta sus sentimientos, las virtudes con que desea adornar esta quimera, ó por mejor decir esta ilusión..... mas ¡ah! ¿qué halla en el momento en que sembraba de flores todo su porvenir? Solo las imperfecciones de nuestra naturaleza y la vanidad de nuestros fugitivos goces.

—Pues bien, virtuosa Matilde; ya que vos sembráis mis dias de las flores halagüeñas de la vida, ya que no ha sido posible á muger alguna realizar como vos la felicidad cuya idea me habia yo formado, y en fin, que vos sola poseéis las virtudes dignas de eternizar el amor, prometo por el cielo que me es

testigo, de no amar jamás á otro objeto que á vos en este mundo, dejando de existir antes que renunciar al vínculo sagrado que confio nos una.» Luego que Selim concluyó de pronunciar estas palabras, se sintió arrebatado por una especie de delirio ó frenesí amoroso de tal modo, que acercándose á la princesa la llamaba á grandes gritos esposa suya: pero Matilde, sobrecogida de horror y espanto, retirándose del príncipe, exclama: «¡Tu esposa! ¡desventurada! ¿en dónde estoy? ¿qué crimen he cometido, ¡Dios mio! para merecer esto? Yo, la esposa de Malek-Adhel, á quien juré amor y fidelidad eterna, ¿puedo acaso serlo tuya?» Despues de esto, comenzó á correr de sus ojos un copioso raudal de lágrimas, viéndose al propio tiempo retratados en su bello rostro la vergüenza, el arrepentimiento y el amor. «No lloreis, noble Matilde, la dice Selim; voy á ser digno de vuestro afecto, voy á hablar á Saladino y á conmoverle; estando íntimamente convencido de que no os habrá olvidado, habiéndoos visto una sola vez.»

Al acabar estas palabras, se despidió respetuosamente de la princesa, la cual le rogó que se acordara de su promesa. En seguida el jóven árabe tomó sus armas, montó en un soberbio corcel magníficamente enjaezado, y partió como una saeta, volviendo á cada instante la vista al objeto querido de que se alejaba. Despues de haber desaparecido á los ojos de Matilde, escuchó esta por espacio de algunos momentos las pisadas del feroz bruto que se dirigia á Jerusalem, y dió la vuelta al convento triste y agoviada por la afliccion, á esperar con mucha menos fuerza de espíritu la imágen que jamás saldria ya de su lacerado corazon.

LIBRO QUINTO.

Estipulada y convenida entre Ricardo, Corazon de Leon, y Saladino una tregua de tres años, disfrutaba el último, despues del regreso á Europa del rey de Inglaterra, con la mayor tranquilidad del fruto de sus victorias. Señor y dueño absoluto el poderoso sultan de todo el Egipto, la Siria y las tres Arabias, temblaba el Oriente al oir solo su nombre, teniéndose por cosa imposible el que á lo menos en mucho tiempo pudiese turbarse la paz que á fuerza de victorias habia logrado conquistar. Sin embargo, las sangrientas y prolongadas guerras sostenidas con tanto teson, habian debilitado y disminuido sus ejércitos y agotado sus tesoros; lo cual dió márgen á que algunos príncipes ambiciosos que dominaban en aquella época el imperio del Mogol (1), creyesen deber aprovechar la ocasion de sacudir el yugo con que su colosal poder les amenazaba. No estando de acuerdo hasta entonces entre sí, habian ayudado débilmente á los cristianos; pero habiéndose coligado por último con el objeto de evitar el peligro comun y forzar á Saladino para que les entregase varias plazas fuertes que eran del todo indispensables á su seguridad, comprendian que si daban tiempo de que este leon de los

(1) El *Mogol*: llámase en el dia el *Indostan*. Antiguamente fué el imperio mayor del Asia, y superior á todos los del mundo en riquezas, poder y magnificencia, siendo su fundador el célebre Tamerlan. Está situado en el septentrion de la península, comprendiendo toda la parte acá del Ganges al Norte de Nerbuddah, pero hoy se aplica á toda la península. En la actualidad el Mogol ha decaido enteramente de su primitiva grandeza, estando dividido entre los ingleses y muchos príncipes del pais.

combates recobrase sus fuerzas un tanto apuradas, serian destruidos con facilidad, mayormente conociendo tambien su ambicion que cada dia iba mas en aumento, para ignorar que no se contendria en otros límites que los de toda el Asia. Además eran de parecer que las primeras ventajas que alcanzasen contra Saladino, reanimarian á los cristianos, y producirian nuevas cruzadas.

En tal estado las cosas, fue cuando Selim llegó á la presencia de su hermano. El sultan pasaba revista á su ejército, teniendo la satisfaccion de enseñar en persona los ejercicios militares á sus diez y siete hijos, que eran el ornato y la esperanza de su dinastía. Al divisar las tropas á Selim creyeron reconocer al inmortal gefe que en otro tiempo los condujo tantas veces á la victoria, y comenzaron á dar grandes gritos de alegría y sorpresa, haciendo resonar los aires con el preclaro y célebre nombre de Malek-Adhel. Nada tenia esto de estraño, si se considera que el jóven Selim reunia á las gracias de su hermano aquel continente noble y marcial que distinguia á este grande hombre entre todos los guerreros del Asia, aquel valor heróico y las mismas prendas generosas que le habian atraido el amor de todos los soldados. Saladino, que despues que hizo traer á su corte á Selim sacándolo de la oscuridad en que se habia criado y dándole á conocer por hermano suyo, le habia educado y tratado siempre como tal, y aun como un hijo; Saladino pues recibió al príncipe con los brazos abiertos, y luego que concluyó la revista le condujo á su tienda y le preguntó qué poderosos motivos le habian precisado á separarse del cuerpo de tropas que mandaba. «¡Oh, mi muy amado hermano y señor! le respondió Selim; tú que siempre te has dignado guiar mi inesperienza, perdona á uno de tus mas fieles vasallos que viene á hablarte en nombre del pueblo cristiano.» Una marcada señal de disgusto oscureció por un momento las facciones del sultan al oír en boca de Selim semejantes palabras: este comprendió que le traia á la memoria treinta años de batallas y tormentos crueles; y por lo mismo que tal recuerdo era el que excitaba su indignacion, acordándose sin embargo de que era por Matilde por quien hablaba, resuelto decididamente á

aventurarlo todo, continuó de este modo: «La esposa de nuestro heróico y malogrado hermano, la sin igual princesa Matilde, es quien me ha encargado que esponga á los pies de tu escelso trono sus temores y súplicas: tú la prometiste en obsequio á la memoria de su infortunado esposo, constituirte protector de su pueblo ya desarmado y vencido; suavizar por él los males de la esclavitud; respetar sus templos, y con especialidad el sepulcro de Cristo, que es el primer objeto de su veneracion, y por el cual la Europa entera tantas veces se ha levantado y caido en masa sobre nosotros y nuestros leales y esforzados musulmanes. Ilustrado por el Alcorán, tú no has visto en aquel santo templo, en aquel sepulcro adornado, mas que un vano trofeo que la victoria ha puesto en tus manos, y que te es indiferente que desaparezca de la faz de la tierra bajo tus triunfantes plantas, ó que los cristianos sigan adorándole y vengan á buscar en él su salud; mas como quiera que esto sea, se sabe que algunos Imanes envidiosos tratan de alejar de tu noble y elevado espíritu la indulgencia que hasta ahora has manifestado con los cristianos, la cual es una de las virtudes mas eminentes que rodean tu trono, y que los soberanos mas ilustrados tal vez no saben imitar: ¿será pues posible que quieras destruir el sepulcro respetado, y quitar á los cristianos ese último monumento de su culto y de sus conquistas? Yo te ruego encarecidamente, ¡oh hermano mio! que revoques esa cruel sentencia, si es que la has dado ya; con lo cual evitarás que el terrible grito de su desesperacion y del ultraje resuene hasta el mas remoto confin del imperio de la cruz, reanimando el furor cristiano en tu ruina. Continúa siendo fiel como hasta aqui, querido hermano, á tus palabras, á tus principios, y á los verdaderos intereses de tus pueblos y de tu gloria.»

Saladino, despues de haber reflexionado por espacio de algunos momentos, dijo al príncipe: «Efectivamente, Selim, he tratado de destruir hasta el último vestigio de unos monumentos que constantemente atraen á los cristianos á nuestros paises, y les manifiestan sin cesar un Dios oculto en las ruinas que mis armas han conquistado; pero tus palabras añaden una nueva

fuerza á los motivos que me han contenido hasta hoy para no destruir tales monumentos. Concedo la gracia que Matilde me pide á nombre de los cristianos; mas yo tenia oido que esta princesa se hallaba sepultada en la oscuridad de un claustro, é inaccesible á la vista de ningun profano, y en particular á la de un musulman. Dime, ¿cómo la has conocido? ¿En qué parte te ha encargado semejante comision?»

Estas observaciones que Saladino hacia á su hermano, provenian de que conservando en la memoria el ejemplo de Malek-Adhel, y considerando que si Selim habia visto á Matilde no era posible que la hubiese mirado con indiferencia, le aterraba la sola idea de las fatales consecuencias que podria traer otra passion igual.

Selim refirió sencillamente á su hermano la rara casualidad que le habia proporcionado salvar á Matilde de las llamas, no mencionando, sin embargo, lo que habia hecho la princesa para convertirle á la religion cristiana; pero su embarazo en algunos parajes de la narracion dieron á conocer á Saladino que no eran infundadas sus sospechas. «¿Has temblado alguna vez delante del enemigo? le preguntó el sultan.

—Por el profeta, que no, respondió Selim con arrogancia, alzando su noble y despejada frente; pero el enemigo ha temblado mas de una vez en mi presencia.» El sultan no pudo menos de sonreirse al ver el aire marcial con que el jóven héroe pronunció estas palabras, y luego, recobrando su tono grave; «pues bien, le dice, tiembla delante de la muger; es el enemigo mas peligroso del hombre; no te espongas jamás á sus asechanzas; á su vista he observado apagarse en el mismo corazon de los héroes los sentimientos de la gloria, de la religion y de la patria.....

—Nunca, señor, se apagarán en el mio, replicó inmediatamente Selim.

—¡Plegue á Mahoma, que el ejemplo de Malek-Adhel, continuó Saladino lanzando un profundo suspiro, te instruya y enseñe á no jurar nada! despues de esto guardó silencio por un breve espacio, y luego prosiguió: «¿Crees tú tener acaso una

armadura mas fuerte que la suya? Yo mismo, sir ir mas lejos, me he conmovido á una sola mirada de Matilde; casi me ví precisado á disculpar á mi hermano; y entonces comprendí que el hombre prudente necesita revestirse en su presencia de una coraza de triple acero: por lo tanto, sé cauto, si puedes serlo; pero lo mas acertado será que procures no volver á verla.»

Teniendo el gran Saladino un conocimiento perfecto del corazón humano para dejar de advertir que ningun efecto producirian las amenazas en el del príncipe su hermano, no le pareció conveniente sondearle mas, resolviendo valerse de otros medios que á su parecer conceptuó capaces para destruir una pasión naciente: «Selim, le dijo con cariñoso acento, deseaba con ánsia volverte á ver para hablarte de un proyecto favorable á tu elevacion. Me ha llegado á ser insuficiente el haber erigido mi trono sobre las ruinas del de los califas; trato de adquirir tambien, ó por mejor decir, quiero asegurar á mi familia un derecho legal á la vasta herencia que voy á dejar despues de mi muerte: dos de mis hijos han contraido ya matrimonio, que yo he dispuesto con este fin, no cabiéndome la menor duda que por tu parte contribuirás igualmente á él. La hermosa Safira, hija del califa de Bagdad (1) se halla dispuesta á unirse contigo, no queriendo ocultarte que por tu causa no la he pedido para uno de mis hijos: asi, pues, ¿no te considerarás dichoso en obtenerla?» Al oír Selim estas palabras, cayó postrado á los pies de Saladino, y procurando ocultar la turbacion en que semejante propuesta le habia sumergido; dijo:

«¡Cuántas gracias debo darte, oh querido hermano, por tu

(1) *Bagdad*: esta célebre ciudad edificada por el poderoso califa Abugiafar-Almanzor, en el año 762, está situada en la Turquía Asiática, en la orilla oriental del Tigris. Su poblacion consta de 80,000 habitantes, siendo árabes los 50,000. Cerca de Bagdad estuvo fundada la antigua Babilonia, capital de la Asiria, memorable en la Sagrada Escritura por la famosa torre que en los primitivos tiempos mandó fabricar Nembrod, y por los jardines y murallas que dispuso hacer Semíramis. Algunos viajeros aseguran, que aun se ven las ruinas de Babilonia. El terreno de que está circundada la ciudad de Bagdad, es sumamente estéril: es tambien el punto de reunion de las numerosas caravanas de Europa.

escesiva bondad! pero suplicote que me permitas el que este enlace se difiera todavía por algunos años; advierte que habiendo apenas llegado á la primavera de mi vida, aun no he hecho nada para la gloria, y que los vínculos que te dignas proponerme son muy incompatibles con la vida de un soldado: es indudable que una muger elegida por tí está mas exenta que otra de los afectos propios de su sexo; mas al fin es una muger, y tú mismo acabas de enseñarme á desconfiar de ellas. Ademas, aunque solo he visto de paso á la encantadora Safira, y es seguramente casi imposible hallar mayores atractivos; sin embargo, el orgullo de su carácter, que ha heredado con la sangre de sus abuelos, en vez de aficionarme á ella me ha intimidado..... Proporcioname, hermano mio, ocasiones en que pueda acreditar mi valor y mi zelo por tus intereses: la única carrera que por ahora deseo seguir es la de las armas.

—Mi amado Selim, le contesta Saladino sonriéndose al observar la sagacidad con que rebatía su proposición: creía asegurar tu felicidad por medio de un himeneo tan elevado como útil á tu futura suerte; mas ya que lo rechazas no es seguramente mi ánimo violentar tus inclinaciones, y mucho menos estando tan satisfecho del noble y ardiente deseo que te anima á seguir la senda que han recorrido los héroes: en su consecuencia, sabiendo que los mogoles tratan de hacer una irrupción en mis dominios, he dispuesto que conduzcas á las fronteras el cuerpo de tropas que he confiado á tu mando, y allí indudablemente hallarás la ocasión de ejercitar tu valor y mostrarte digno de mis favores.»

Despues que el sultan hubo pronunciado estas palabras, se levantó sin esperar que Selim le contestase, quedando este sumamente afligido al oír semejante orden, pues veía que se iba á alejar de Matilde por mucho tiempo; mas no obstante, no pudo menos de conformarse, considerando que no tenía otro partido mejor que tomar.

Saladino retuvo al príncipe muchas semanas á su lado, fingiendo necesitarle para la revista de sus tropas y ejecución de las órdenes que tenía que darle, relativas al nuevo cargo que le

acababa de confiar. Luego que tuvo con él la primera entrevista, llamó á Emrud, que era uno de sus mas fieles capitanes, y le habló asi: «ya sabes, querido Emrud, cuantos pesares me ha causado la pasion de Malek-Adhel á la princesa de Inglaterra; no solamente indujo su ciega pasion á aquel héroe, ornato de mi dinastía y fuerte columna de mi imperio, á contravenir abiertamente á mis órdenes supremas, sino tambien á faltar á la religion de Mahoma, abandonándola por el Dios de los cristianos. Pues bien; el cielo parece haber suscitado esa belleza fatal, esa Matilde, para introducir el desorden en mi familia. Selim-Adhel, mi otro hermano querido, y sucesor de Malek en el mando y en el amor de mis tropas, que ha reemplazado á su hermano en mi afecto prefiriéndole si es posible á mis propios hijos, pues que ninguno de ellos le aventaja ni aun le iguala en virtudes ni en valor; por desgracia ha visto á la princesa cristiana, y se halla apasionado del mismo modo, con el mismo frenesí que Malek-Adhel: por lo tanto, no encontrando pues otro medio mas oportuno para cortar de raiz esta pasion naciente, que el de enviar aquella á Europa, te confio como una prueba del elevado concepto que me mereces esta comision. Sin pérdida de momento marcha á Jaffa (1); tomarás en su puerto un navío velero; diríjete al Carmelo, y manda de mi parte á la abadesa de aquel monasterio, donde se halla encerrada Matilde, que te la entregue acto continuo. Di á esta princesa que vas á conducirla á Nápoles, y que estás encargado de suministrarla todo lo necesario para que pueda restituirse al seno de su familia: esta orden no podrá menos de mirarla como un efecto de mi bondad: guarda con esta augusta persona cuantas consideraciones se deben á su encumbrado nacimiento, y al sagrado título de esposa de Malek-Adhel. Cuida sobre todo de que Selim no llegue á penetrar jamás mis órdenes, pues que le retendré á mi lado hasta que las hayas ejecutado: marcha, Emrud, y ten presente que tu cabeza me res-

(1) *Yaffa* ó *Jaffa*: ciudad de Palestina, situada á once leguas Norte, un cuarto al Oeste de Jerusalem, y á diez y siete N. E. de Gaza. Todos los peregrinos que van á Jerusalem, desembarcan en esta ciudad, la cual está defendida por una fuerte muralla guarnecida de almenas.

ponderará de su cumplimiento; al paso que tu soberano por el contrario recompensará tus buenos servicios.»

Emrud se postró á los pies del sultan, jurándole al punto cumplir su voluntad. Con efecto, pasó á Jaffa, donde fletó un navío de guerra, y se hizo á la vela con direccion al monasterio del monte Carmelo. Habiendo soplado un viento favorable arribó á él al poco tiempo; mas ya no encontró á Matilde, pues hacia algunos dias que habia salido; lo cual fue motivado por el siguiente acontecimiento.

Transcurridos algunos dias de la partida de Selim, recibió Matilde una carta suya en que la comunicaba el feliz éxito de su peticion; y olvidándose de pedir la recompensa de tan importante servicio, la escribia en los términos mas apasionados de su profundo é intenso amor. Esta carta habia turbado mas y mas la conciencia de la princesa; y viéndose luchar entre el amor y el deber, temiendo la faltasen las fuerzas para resistir á la pasion naciente que ya ardia en su corazon, resolvió depositar sus penas en el seno de la abadesa, declarándola toda la estension y profundidad de su herida. La venerable superiora, que la amaba como hija, y veia en ella un ángel á quien el cielo queria someter á las mas dificiles pruebas para acrisolar mas su virtud, tembló al considerar el estado de Matilde, y queriendo rehuir la responsabilidad que podria pesar sobre ella por las consecuencias de un amor que habia favorecido con su imprudencia, juzgó que se debia acudir á un auxilio superior, cuya eficacia habia experimentado la princesa en otras ocasiones. Creyó pues que el arzobispo de Tiro, el prudente Guillermo, era el único que podia aplicar al mal el remedio conveniente. «Id, la dijo, id, hija mia, á Tiro á visitar á su santo y respetable prelado, el cual, como inspirado por el cielo, su elocuente palabra bastará por sí sola para tranquilizar vuestra conciencia y disipar la terrible borrasca de las pasiones que se agitan y tratan de apoderarse de vuestra alma; pues asi como Dios disipa con solo un átomo de su omnipotente voluntad las tempestades que amenazan nuestros solitarios claustros, de la misma manera alejará cualquier afecto mundano que pueda oprimiros: su activa y afectuosa piedad hará

descender á vuestro lacerado corazon la gracia que le reanimará, y la tierna amistad que os une por espacio de tanto tiempo, os volverá mas dócil á sus sábios consejos; no dudando, virtuosa hija mia, que Dios bendecirá desde su escelso trono vuestra peregrinacion, y os restituireis á este sagrado asilo con la pureza de los ángeles, que en vano quiere arrebatárosla el espíritu maligno.»

A consecuencia de este saludable discurso, Matilde, cubierta con el velo de la penitencia y protegida con el santo hábito de religiosa del monte Carmelo, llevando consigo un anillo de oro y piedras preciosas, donde se hallaba esculpido el sello imperial (cuyo anillo conservaba como prenda de su difunto esposo), se dirigió al puerto, donde debia embarcarse para Tiro. Seria en extremo prolijo el enumerar aqui los pormenores de su viaje, y únicamente nos concretaremos á referir un suceso que manifiesta con la mayor evidencia la bondad de su alma. Al llegar á una pobre y reducida aldea de la Palestina, la sorprendieron los desgarradores lamentos de una muger, que poco despues supo era una desconsolada madre, que estrechaba en sus brazos á dos jóvenes hijas, de estremada hermosura, á quienes intentaban arrancar de ellos unos ministros de justicia. Estas jóvenes se habian vendido á unos traficantes de esclavos para librar á su padre de un infamante castigo á que por su mala conducta se habia hecho acreedor, consagrando aquellas el producto entero de su venta á esta obra de caridad y amor filial, y se las veia anegadas en lágrimas, como igualmente su madre al tenerse que separar tal vez para siempre. Compadecida Matilde de su adverso destino y enternecida sobre manera al contemplar tan heróico sacrificio, no vaciló un instante en ofrecer á los mercaderes de esclavos algunas alhajas preciosas que conservaba todavía, para restituir á aquellas infortunadas á su angustiada familia, teniéndose por muy dichosa en haberlo conseguido. ¡Cuán feliz se consideró con las bendiciones que la prodigaban á porfía la madre y las hijas, que enagenadas de alegría abrazaban sus rodillas, regándolas con copiosas lágrimas producidas por el agradecimiento! Seme-

jante escena solo pueden apreciarla los corazones generosos y sensibles.

« ¡ Es una cristiana! decian sorprendidos los turcos y los judíos que la presenciaron.»

Despues de esta ocurrencia, Matilde prosiguió su viaje ; llegó al puerto, sin mas compañía que una hermana del convento del Carmelo y su confesor, que hablaba la lengua del pais, y se embarcó en el primer buque que se dió á la vela para Tiro. La navegacion fué feliz, teniendo la princesa el consuelo de ver muy pronto al anciano Guillermo, que la recibió con los brazos abiertos, y la manifestó el mas entrañable afecto. Un tropel de tiernas memorias se agolparon á su imaginacion al ver aquella viña del Señor que apenas se hallaba en los primeros destellos de su vida, y ya habia sufrido las mas crueles tempestades. Jamás el numeroso rebaño que el Ser Supremo habia confiado á su cuidado habia encontrado un neófito mas digno de los favores del cielo, ni que hubiese sido mas probado. El virtuoso y venerable prelado hablaba con el mayor cariño á la princesa. Esta, pasados los primeros momentos de alegría que la causaba el considerar aquellas facciones en las cuales resplandecia la virtud, contó con la mayor sencillez cuanto la habia sucedido con Selim, y el efecto que habian producido en ella sus generosas acciones, á la par que la idéntica semejanza del príncipe con su hermano Malek-Adhel, que fue la que produjo la primera ilusion en Matilde, creyendo ver en él la sombra de su esposo; y acabó tambien por confesar, aunque confusa y ruborizada, su reconocimiento (por no decir su amor ó su pasion) á Selim, mucho mas al ver la última gracia que habia alcanzado del sultan en favor de los cristianos.

El sábio y virtuoso Guillermo, despues de haber escuchado atentamente toda la relacion de la princesa, la dijo: «hija mia, por lo que acabas de manifestarme conozco á un mismo tiempo los sentimientos terrenos que sin cesar atraen la débil criatura al mundo, y las nobles virtudes que elevándola á una mansion mas digna, la revelan su divino origen: doy gracias al cielo porque

te conduce á mí antes que aquellos sentimientos hayan triunfado..... Sí, querida Matilde, este mundo y las vanas sombras que por él pasan, no deben contener tus miradas, ni impedirte que suban al Ser Supremo é inmutable, que nos aproxima á su naturaleza divina á medida que nuestros deseos se purifican y nuestro amor le busca..... Hija de reyes, tu ejemplo ha reanimado el zelo de los fieles, y ha manifestado la santidad de las cosas religiosas, ante las cuales doblan la cerviz las grandezas humanas y los afectos perecederos de los mortales. Advierte que cuantos mas pasos has dado hácia la senda de los únicos bienes verdaderos que nos esperan, tanto mas has sentido renacer en tu corazon la calma y el consuelo. ¿Por qué pues no has de volver á ese estado pacífico y acercarte al de los ángeles, adonde habias llegado ya hollando los débiles lazos que te ligaban á este mundo? Nada me ocultes, hija mia; háblame como á un padre que solo desea tu bien, porque este es el único medio de curarte. Tú que tantas veces triunfaste de Malek-Adhel, ¿serás acaso menos fuerte delante de Selim?

—¡Oh, padre mio! respondió la princesa, derramando un raudal de lágrimas y cayendo á los pies del santo arzobispo: tened piedad de una infortunada que no osa preguntar á su propio corazon, temiendo hallar en él motivos que reprender: ¿deseais que se regenere? pues bien, arrancad el fatal dardo que le traspasa: he llorado amargamente, he sostenido las mas espantosas luchas para rechazar de mi memoria las facciones de mi esposo pintadas sobre el rostro de Selim; pero esta imágen se alza siempre victoriosa, mucho mas cuando quien la lleva en sí es mi libertador, pues sin su auxilio hubiera perecido.» Al llegar aqui Matilde bajó á la tierra sus ojos bañados de lágrimas, permaneciendo como anonadada en el mismo sitio que regaba con su llanto.

«No dudes, hija mia, que el cielo la vencerá á su tiempo, la dijo el santo varon levantándola con afectuosa bondad: las lágrimas de una verdadera contricion y de un arrepentimiento sincero no serán inútiles: procura hacer de nuevo los sublimes esfuerzos que te sostuvieron en otro tiempo en una carrera sem-

brada de abrojos; Dios los vió, contó tus heridas y su piedad las curó; sigue ahora la misma senda, y cree que los mismos méritos tendrán igual recompensa. Dentro de algun tiempo ya no existiremos..... ¡Dichosa entonces el alma que despojándose de un polvo miserable vuelve al seno de su Criador, mas noble y pura que habia salido de él! Trata de que tu real prosapia, tu patria y toda la cristiandad, en fin, que tienen sus miradas fijadas en tí, no vean marchitarse el modelo que les has presentado, con la mas sutil mancha, y semejante al lirio de la mañana, cuya frescura y esplendor no ha alterado la tempestad pasajera, puedas oír la agradable voz del Señor que te diga: «Ven á mí; mi bendicion te espera; porque ha soplado sobre tí el viento del infortunio: hija de los hombres, has llorado, pero no te has abatido y me has buscado siempre.»

Tales eran las piadosas exhortaciones con las que el ministro del Señor procuraba reanimar el valor y fé de Matilde; no porque su nueva pasion hubiese debilitado sus sentimientos religiosos, sino porque era muy vehemente, y estaba en toda su fuerza. «Padre mio, le dijo un dia: si el Dios misericordioso que me habla por vuestra boca, y cuyas leyes acato y acataré siempre, me hubiese destinado para ser el apoyo y la protectora de los cristianos, ¿no serviria con mas mérito y eficacia á nuestra sagrada religion que al pié de los altares y en la soledad de un claustro?»

—Hija mia, respondió Guillermo, que comprendió al momento el objeto de semejante pregunta: esas mismas esperanzas han engañado á otras: huye sobre todo de Selim, inocente Matilde; quebranta con heroismo y valor los vínculos que te unen á él, y antes de que te espongas á rendirte á los peligros que te amenazan, vuelve á tu patria, y pon entre ambos la vasta estension de los mares.»

La sola idea de semejante separacion, que no habia entrado aun en la mente de la princesa, la heló de espanto, y la dió fuerzas para responder al santo prelado en los siguientes términos: «Todavía recuerdo los sabios y prudentes consejos que me inculcásteis, ¡oh padre mio! cuando el sultan Saladino pidió mi

mano á Ricardo para Malek-Adhel , ofreciéndole para favorecer este himeneo el trono de Jerusalem, y terminar de ese modo una guerra que ha sido tan funesta para nosotros, lo cual en realidad era volver la Palestina á poder de los cristianos, erigiendo allí de nuevo el imperio de Jesucristo. Conocía sobradamente el noble corazón de Malek-Adhel para no estar segura de que habria ejecutado mucho mas de lo que habia solemnemente prometido. Ya cristiano en el alma , como lo manifestó declarándolo á presencia de todos , ó por mejor decir, convirtiéndose públicamente antes de morir , ¿qué no hubiera hecho despues por su fé y por mí misma?.... Vos fuistes de parecer que debian desecharse las proposiciones del sultan , cuyo dictámen prevaleció en el consejo de los obispos. Juzgué, y aun juzgo, que fué el mas sabio ; mas no obstante , ¿qué efectos produjo esta decision? La pérdida total de la Palestina y de nuestras esperanzas para siempre. En la actualidad vuelve á presentársenos el mismo caso: aniquilada la salud de Saladino por las largas fatigas que ha padecido , Selim ha reemplazado á Malek-Adhel en el mando de los ejércitos y en el amor de su hermano ; superior en mérito á todos los hijos del sultan , la multitud de altas prendas que le adornan, le designan como el sucesor mas digno del vasto imperio de Saladino , despues del fallecimiento de este célebre y grande hombre. Selim, segun hasta ahora he comprendido, tiene para mí el mismo corazón que Malek-Adhel: él me ha manifestado los ardientes deseos que le animan de hacer por los cristianos cuanto habria hecho mi noble y malogrado esposo. En vista de esto, ya que el cielo parece querer servirse de mi débil brazo para levantar de nuevo la cruz abatida en Sion , ¿será conveniente acaso despreciar dos veces el único medio que resta todavía á los míseros cristianos ?

—Pero, hija mia , replicó el arzobispo , algun tanto conmovido ; admitiendo lo que jamás he creído, esto es, que el débil poder del amor venza en estos paises semibárbaros á los intereses de la ambicion, é influya en la suerte de los imperios , ¿puedes contar con la conversion de Selim ?

—No me es dado , padre mio, contesta la princesa , sondear

los corazones; pero por lo que hace al de Selim, me ha parecido que se halla enteramente dispuesto á recibir la luz del cristianismo: es hijo de cristiana, habiéndole inculcado en su infancia los principios de nuestra santa religion, y por lo tanto estoy íntimamente convencida de que será cristiano.

—Pues bien, hija mia, yo no quiero cargar con la responsabilidad de decidir dos veces sobre tu suerte en circunstancias tan críticas y delicadas. El legado del Santo Padre se encuentra en este momento en Tiro, y voy al punto á conferenciar con él sobre tan importante asunto.»

Al oír Matilde estas últimas palabras no pudo menos de experimentar una secreta alegría; porque el legado del Papa era precisamente el que se declaró abiertamente en el consejo de los obispos en favor de su matrimonio con Malek-Adhel; y la serie de acontecimientos ocurridos despues de la negativa que dió aquel consejo á las proposiciones de Saladino, habia hecho ver despues lo ventajoso que hubiera sido á los príncipes cruzados el aceptarlas. Efectivamente, Matilde no se equivocó en sus conjeturas, pues que el legado abrazó desde luego con satisfaccion la idea de proteger una union que algun dia podria ser de un precio inestimable para los cristianos; medida que segun la inflexibilidad de los austeros y rígidos principios del arzobispo, tal vez se habria atrevido á desaprobado por una exagerada preocupacion, prefiriendo acaso el interés ó suerte de un solo individuo al de la cristiandad en general que tan poderosamente clamaba por recobrar la tierra y lugares santos perdidos, quizás para siempre. «Princesa, dijo el respetable legado al terminar una conferencia que acerca del mismo asunto tuvo con ella: en el deplorable estado á que se hallan reducidos los fieles, es en extremo prudente preverlo todo para proporcionarles algun alivio; acaso podreis veros en circunstancias en que, peligrando los mismos intereses de la iglesia, exijan de vos que contengais el brazo de Selim-Adhel, á quien su extraordinario valor, su nacimiento y elevadas prendas pueden llamar algun dia al trono de los sultanes: por consiguiente en nombre del Sumo Pontífice Romano, para lo cual me ha conferido sus poderes, aprobaré cualquiera

cosa útil á los intereses de nuestra santa religion, y aun vuestra union con Selim, si fuese preciso, absolviéndoos de todos los votos que pudiérais haber hecho pública ó secretamente. Marchad, princesa; sed la protectora de la cristiandad; vuelvan los fieles á recobrar por vuestro medio á Jerusalem y la Palestina, y tal vez á un poderoso príncipe como Selim, viéndolo unido á vos y en el gremio de la iglesia para gloria y servicio de Dios y propagacion de la religion católica. Con todo, usad de prudencia y guardad el secreto de este permiso, que en nombre del vicario de Jesucristo os otorgo para el mejor bien de la fé y edificacion de los fieles, hasta que llegue la ocasion de que acaso podais usar de él.»

Llena Matilde de alegría con la prudente exhortacion del representante del Sumo Pontífice, le prometió que jamás se separaria un solo punto de la línea trazada á sus deberes; despidiéndose en seguida del prelado, manifestándole el mas grande reconocimiento por su bondad, y mostrando un respeto sin límites al alto y sagrado carácter de que estaba revestido.

La libertad de poder disponer de su corazon y de su mano la abria un nuevo camino que, penetrándola de un sentimiento indefinible de felicidad, la hacia temer y desconfiar mas de sí misma.

En este intervalo Emrud esperaba con la mayor impaciencia á Matilde en el monte Carmelo, donde apenas regresó la comunicó la órden que tenia de Saladino. Este acontecimiento tan inesperado estremeció á la princesa, demostrándola que sus llagas aun no se habian cicatrizado totalmente, y que todavía la faltaba que padecer mucho. Poner entre ella y Selim el espacio de los mares, regresar á Europa y sepultarse en su primitivo claustro, era verdaderamente el medio mas seguro de conseguir restablecer su tranquilidad, y lo que tal vez le convenia mas, sino hubiera tenido que separarse de las cenizas de su esposo; pero además de esto, que la era sumamente doloroso y cruel, tener ahora que renunciar para siempre al objeto que mas ocupaba su corazon, separarse de él por su propia voluntad, al parecer, é ir á arrastrar largos dias de arrepentimiento

y de aflicción en un silencio melancólico, era una cosa tan dura en las circunstancias en que se hallaba, que la era de todo punto imposible el familiarizarse con ella; de tal manera, que solo el meditarlo llenaba su corazón de amargura y de terror. ¡Ah! cuando el amor se ha apoderado de nuestro ser, cuando el corazón cuenta los días, las horas, y los instantes pasados y perdidos lejos del objeto de su cariño, ¿es posible que no mire un porvenir despojado de todas sus esperanzas é ilusiones, y de cuanto interesaba á su vida? Las lágrimas de Matilde corrían en abundancia, y mayormente recordando en aquel momento el consejo del arzobispo de Tiro sobre que se volviese á Europa para huir de su vencedor. Luego de haber implorado la asistencia del Ser Supremo, arrodillada al pié de los altares, reflexionando que este suceso era quizás un favor ó un mandato de la Providencia para regenerar su alma, se resolvió animosamente á consumir su sacrificio sin calcular si la resistencia podría retardarlo. La infortunada Matilde no solo tenía que lamentar su desgracia, sino también la de Selim, que era la que más la afligía. Se estremecía al considerar la desesperación en que iba á sumergirle su pérdida, y para evitarla en cuanto pudiese, creyó debía dejarle algunas palabras que le sirviesen de consuelo y una prenda de su reconocimiento que le hiciese comprender por lo menos que su viaje era forzado. Con este objeto, junto al sepulcro de Malek-Adhel, en el sitio destinado á su correspondencia, depositó un anillo que tenía su cifra, y un billete concebido en estos términos:

«Quedad con Dios, generoso príncipe; la suerte nos separa..... dignaos recibir en ese anillo que os dejo, una prenda de mi agradecimiento y de mi memoria. Una inesperada orden de Saladino me conduce á Europa. Acaso mi corazón necesitaba esta medida para olvidar cualquier sentimiento contrario á sus deberes. Selim-Adhel, el campo de la gloria está abierto para vos, no dudando que caminaréis por él siempre triunfante; mas á mí, ¿adónde me arrojarán los mares? ¡A otro hemisferio!... ¡Ah! ¡qué será de mí!... ¡Cuándo, cuándo acabarán las lágrimas que incesantemente estoy derramando, y que en este ins-

tante riegan este papel!.... Me es imposible continuar.... ¡Adios, noble príncipe!.... ¡Adios!»

Despues que Matilde pagó este último tributo á los sentimientos que laceraban su alma, la parecia que todo lo pasado se apartaba de su memoria como un sueño fugaz; abrazó afectuosamente á la abadesa y á sus compañeras, despidiéndose de todas con la mayor pesadumbre; y trasladándose en seguida al navío que la esperaba, tuvo clavada por mucho tiempo la vista en el sagrado asilo en que quedaban las cenizas de su adorado esposo, sobre cuyo sepulcro habia vertido tantas lágrimas, y que abandonaba quizás para siempre.

La noche tendia entonces su negro y fúnebre manto sobre el inmenso piélago; la pálida y melancólica luz de la luna reflejaba su plateado disco en las ondas, agitadas apenas por una ligera y fresca brisa, y sobre las cuales como en un espejo se dibujaban en lontananza los montes Carmelo, Tabor (1), y todos aquellos sitios llenos de los recuerdos mas augustos de la religion, y tan amados y reverenciados de los fieles. La inmensidad de los mares, teatro de las espantosas borrascas, en cuyo campo se aproximaba á un porvenir desconocido y sombrío como él: el sordo murmullo de las aguas; aquella triste y silenciosa oscuridad que reinaba en la naturaleza; aquellos santos lugares en donde la parecia residir un Dios á quien temia haber ofendido, y que se la figuraba irse retirando de ella á proporcion que se alejaba de su santuario; todo, todo la arrancaba lágrimas y la hacia exhalar profundos suspiros, que inútilmente trataba de contener; y volviendo la vista á lo pasado, comparaba su estado presente

(1) *El Monte Tabor*: se halla situado en Asia en la Siria, á 11 leguas S. E. de Acre, y á 24 N. de Jerusalem: se eleva en forma cónica en medio de una campiña aislada. Su altura es de unas ochocientas varas: tiene en su cima una hermosa llanura abundante en yerbas medicinales. Goza de una gran celebridad por la Transfiguracion del Señor ante los apóstoles san Pedro, san Juan y Santiago. En el año de 1799, cuando los franceses, mandados por Napoleon Bonaparte, pasaron á Egipto y Siria, se dió una famosa batalla, conocida con el nombre de Esdrelon ó del Tabor, en la que cuatro mil de aquellos vencieron y derrotaron á veinte mil turcos. Desde la cumbre del Monte Tabor se goza de las mas bellas perspectivas de la Siria.

con el de su alma, en el dia que conducida por el rey Ricardo en medio del mundo, y despues á aquel que por la vez primera abandonó el santo asilo en donde su infancia habia corrido serena y tranquila: es cierto que volvía á él: pero ¿qué traía? un corazon vencido, destrozado por las continuas luchas de las pasiones, y el cual no habia de disfrutar ya jamás tranquilidad. «¡Oh, Dios mio! esclamaba: si en aquellos mismos sitios mas llenos de vuestra magestad, en donde vuestra voz terrible, la de Jesus Crucificado, hablan tan poderosamente al alma y la advierten vuestra presencia, me he desviado de vos, apartando á pesar mio un corazon que os pertenecia, si me veo abandonada á mis propias fuerzas, ¿qué será de mí en los instantes de mi debilidad? ¿qué haré encerrada en un claustro, rodeada de aflicciones, donde todo me acusará desprovista de todo objeto que me sirva de consuelo?» Al hacer la tímida jóven estas reflexiones, las lágrimas corrian de sus ojos regando el navío en cuyo mástil se apoyaba con mano trémula. Pero mientras Matilde se hallaba sumergida en tan tristes pensamientos, el soberbio buque, impelido por un viento favorable, dirijia su raudo vuelo hácia las costas de Nápoles, y las aguas levemente agitadas, parecia que con su sordo susurro gemian con la infortunada princesa, á quien alejaban violentamente de aquellos tan amados climas.

LIBRO SESTO.

El viento que hasta entonces habia soplado favorablemente, cesó de todo punto; una horrorosa calma sucedió á la fresca brisa. Ya hacia dos dias que navegaban, y apenas habian perdido de vista Matilde y los que la acompañaban, las costas de Palestina. Amaneció el tercer dia, y la aurora prestando sus primeros resplandores á las nubes que circundaban los límites del horizonte, y las cumbres de las montañas de la isla de Chipre (1) iluminadas por los nacientes rayos del sol, se asemejaban desde lejos á un volcan que salia de las aguas. Al poco tiempo de haber aparecido el astro radiante y vivificador de la naturaleza, un centinela que se hallaba colocado en lo mas alto del castillo de proa, avisó que se descubria una nave armada de guerra, que los seguia á toda vela y parecia adelantar con intenciones hostiles. Emrud mandó al punto tocar alarma y prepararse para el combate, juzgando venia á atacarle alguno de los muchos piratas que infestaban aquellos mares; pero sus temores se calmaron en el momento en que reconoció el soberbio pabe-

(1) *Chipre*: algunos autores la llaman tambien *Cipre*. Es una grande isla del Mediterráneo, situada al Norte del Egipto, al Poniente de la Siria y al Sur de la Caramania. En el dia pertenece á los turcos. Su capital es *Nicosia*. Tiene 75 leguas de largo, y 30 de ancho: su poblacion consta de 8,000 habitantes. La celebridad de esta isla, data desde la mas remota antigüedad, pues ya la Mitología la consagró á Venus. Es estremadamente rica en productos; y sobre todo el algodón es el mejor y mas hermoso de todo el Oriente.

llon de Saladino. Luego que la nave se acercó á una regular distancia, su capitan, cuyas facciones aun no habia distinguido Emrud por tener aquel calada la visera, le sacó al punto de su incertidumbre, intimándole con imperioso ademán que pasase á su bordo y entregase la princesa de Inglaterra confiada á su custodia. La sola respuesta de Emrud á tan orgullosa y arrogante demanda, fue mostrar la órden del Sultan y decirle no entregaria á Matilde sino perdiendo la vida. Apenas el capitan del buque enemigo oye esta respuesta, ordena á los suyos el abordaje, el cual Emrud resiste con valor: empéñase un furioso combate sobre la cubierta; la sangre corre por todas partes; los combatientes, tan pronto vencidos como vencedores, se abordan sucesivamente, é imitan á los vaivenes de las espumosas olas: la muerte armada de su feroz guadaña vuela sobre sus cabezas, y la tumba se abre ante sus pies: por ambas partes es igual el encarnizamiento; por ambas partes se respira estragos y muertes; pero todo el furor cesa como por encanto al notar que se encuentran los capitanes y principian á combatir cuerpo á cuerpo. Ambas tripulaciones conocen que su resultado va á decidir de la victoria, y dejan de derramar la sangre inútilmente. Emrud y el incógnito capitan se acometen furiosamente, y manifiestan á cuanto puede llegar el valor, la fuerza y la destreza de los mortales; pero Matilde al ver brillar el casco de oro, y el ondulante penacho que adornaba al capitan contrario, reconoce á Selim, y su agitado corazón le conoce aun mas en la atrevida empresa que ha intentado para libertarla. Al ver tambien á cada momento el filo de la cimitarra de Emrud amenazar la cabeza del príncipe, se turba, y en el momento en que Selim trata de parar un formidable golpe de su contrario, se coloca entre los dos; se apodera del brazo de Emrud y queda asida á él con toda su fuerza. Selim, á tan agradable é inesperada vista, se postra de rodillas, y Emrud se detiene de improviso. «Cesad, les dice la princesa, en un combate que me horroriza, ó dadme antes la muerte.»

El encantador y lastimero acento de aquel ángel de belleza, que su dolor y sus lágrimas contribuian á hacer mas interesante, es deja atónitos, cayéndoseles las armas de las manos. «Em-

rud, dice Selim, ya ves que pocos soldados te quedan; soy mas fuerte que tú en número, y debes conocer que una resistencia mas obstinada te conduciria á una muerte, contraria á los mismos intereses que defiendes: solo te pido que tengamos una hora de conferencia á bordo de mi navío con la princesa, y concluido este plazo, te ofrezco mi palabra de que podrás cumplir tu comision, dejándote entre tanto una parte de mis soldados en rehenes.» Emrud accedió desde luego á esta proposion con tanto mas placer cuanto que habia reconocido á Selim, y peleaba con disgusto contra el esforzado hermano de su sultan. Matilde se trasladó pues á la nave del príncipe, y luego que se halló á solas con ella, se alzó Selim la visera suplicándola humildemente le perdonase lo que acababa de hacer para libertarla, y recobrar por sí mismo un bien, ó á lo menos una esperanza que jamás podia resolverse á perder. En seguida la rogó encarecidamente, con las espresiones mas apasionadas, que cambiase sus vestidos con los de una jóven inglesa, que se pondria en su lugar en el navío de Emrud, y de este modo serviria para que pudiese cumplir el encargo que llevaba. Al oír Matilde esta proposicion se estremeció; mas por último, creyendo que toda resistencia seria inútil, y que Selim volveria á renovar el combate antes que ceder á un enemigo medio vencido, juzgó deber escuchar los sentimientos de gratitud y afecto que le hablaban en favor del príncipe, condescendiendo por fin á lo que este pedia: pero, ¡cuál no seria el asombro de Matilde al hallarse en los brazos de su querida Nestalia, la cariñosa y sensible amiga del monasterio del Carmelo! Es sumamente difícil espresar el efecto que causó en ambas esta agradable sorpresa. Pasados los primeros transportes de gozo, Nestalia refirió brevemente á Matilde lo que no pudo decirle la última vez que la vió, á saber: que despues que salió del convento acompañada de su padre y Cefalí, llegó á su casa y á los brazos de su adorada madre; que habiéndose verificado su matrimonio á los pocos dias, la habia conducido su esposo á la ciudad y puerto de Jaffa, en donde residian bajo los auspicios y disfrutando los beneficios de Selim, viviendo en la mas venturosa paz, cuando este príncipe fue á verles para suplicarles se

prestasen á una inocente astucia que habia de salvar á Matilde y á él mismo. Neftalia la aseguró ademas, que aunque en el momento era indispensable separarse, no tardarian sin embargo en volverse ambas á reunir. Dicho esto, cambiando de vestido y cubriéndose la cabeza con el velo de Matilde, pasó la generosa amiga á bordo del navío de Emrud, el cual, engañado por la semejanza de estatura y vestido de Matilde, y deseando sobre todo servir al príncipe, de quien estaba muy lejos de creer un engaño, no dudó un momento que fuese la princesa la que se le devolvía, entregando en su consecuencia los rehenes, y dirigiendo su rumbo á Nápoles.

Selim trató de justificarse para con su amada del paso que acababa de dar, cuyos resultados podian en lo sucesivo ser muy funestos á ambos. Entre tanto, Saladino, persuadido de que Emrud ya habia tenido tiempo suficiente para ejecutar sus órdenes, y no creyendo de ningun modo que Selim tuviese la osadía de quebrantarlas, habia permitido á este el volver á Palestina, disponiendo que entregase á otros capitanes el mando de las plazas confiadas á su cuidado. Desde alli debia el príncipe encaminarse hácia las fronteras del imperio, á causa de que la irrupcion de los mogoles, exigia su presencia cuanto antes. En lugar de cumplir Selim con lo que su hermano le habia mandado, pasó al Monte Carmelo, en donde halló la carta de Matilde que hemos visto antes. Ademas, por las confidencias de los emisarios que tenia destinados para que le diesen parte de cuanto ocurriese, supo la repentina resolucion del sultan. Arrebatado de cólera, y sin atender á otra cosa, mas que á su amor y esperanza, que de tal manera habia sabido burlar Saladino, abrumado de pesar y lleno de desesperacion, marchó apresuradamente á Jaffa, en donde por su autoridad y elevada clase se proporcionó los medios de que se habia valido para arrancar á Matilde del poder de Emrud.

En tal estado las cosas, reflexionó que el volver á llevar á la princesa á Judea donde era tan conocida, seria muy poco prudente, y á la vez peligroso; por lo tanto, prefirió hacerse á la vela para Egipto, no tardando en desembarcar en Damietta, en cuyo

punto trató de ocultar su nombre y sus designios con el mayor sigilo. Allí se embarcaron en el famoso rio que baña los jardines de aquel hermoso pais, con objeto de atravesar las llanuras del Delta (1) y llegar al gran Cayro. Las orillas del Nilo (2) entapizadas del mas hermoso verde, cortadas por deliciosas sombras, bosquecillos de jazmines, lilas, y las famosas rosas de Alejandria y de la Arabia; llanuras inmensas cubiertas de multitud de naranjos, palmeras y limoneros cargados de flores y frutos de todos colores que adornaban todas las estaciones; todo embriagaba los sentidos con su fragancia, é infundia en el alma pensamientos tan tiernos y agradables como la mañana de un bello dia en la primera y mas fogosa edad de la vida. «¡Yo te saludo, tierra de abundancia y de delicias, donde se derraman el rocío del cielo y los mas puros rayos del soberano astro del dia! ¡Tierra privilegiada que anualmente te vivificas con las inundaciones del Nilo, adornándote y fecundando como una madre tierna, nuevas flores, con las que te coronas y ostentas todas tus gracias y atractivos! ¡Yo te saludo una y mil veces tierra feliz, que tan gratos recuerdos escitas en los corazones sensibles!» Matilde saludaba poco mas ó menos en estos términos aquellas florestas, aunque

(1) *Delta*: es una parte del *Bajo-Egipto* que se halla comprendida entre los dos brazos del Nilo, y se estiende hasta el Mediterráneo. Su circuito tiene cerca de 85 leguas, y su fertilidad la debe á la creciente periódica del Nilo. Créese que ha tomado el nombre de *Delta*, por la forma ó configuracion que presenta, semejante á la cuarta letra del alfabeto griego llamada *Delta*, que es un triángulo en esta forma \triangle .

(2) *El Nilo*: gran rio de Africa, que nace en la Abisinia, atraviesa la Nubia y el Egipto, y entra en el Mediterráneo, por siete bocas; siendo las dos principales las de Damietta y Roseta. El Nilo sale de madre regularmente todos los años desde el 13 de junio al 17 de setiembre, que empieza á menguar. La fertilidad del Egipto depende de esto, porque el rio se estiende por todo él, y no solo riega las tierras, sino que tambien las abona. Para poder graduar cuando el año es bueno ó malo han colocado una columna: si la avenida es menor de 14 codos ó pasa de 18, el año es malo, y los egipcios no pagan contribucion; y cuando llega á 16 codos es bueno, lo cual celebran con muchas diversiones y regocijos. Estas avenidas provienen de las continuas lluvias que caen en la Abisinia: sus aguas se ven turbias seis meses del año; pero cuando están claras son deliciosas. Se crian en el Nilo enormes y feroces cocodrilos, como tambien es sumamente abundante en buena pesca.

poseida de la mas profunda tristeza, pues aquel viaje tan delicioso la traia á la memoria el que en otro tiempo hizo por las mismas riberas con Malek-Adhel, abriéndose su corazon por primera vez al amor: no podia menos de recordar sus tiernas expresiones, su delicadeza y sus finas atenciones con ella, y la pasion que tan ardientemente y con tanta honestidad la habia profesado despues: este recuerdo y la pasion naciente que la enlazaba ya á Selim, abismaban á Matilde en una suave melancolía difícil de esplicarse. Advirtiéndolo Selim su tristeza, trató de disiparla, y para ello principió á emplear aquel lenguaje tierno y sensible que jamás emplea el amor inútilmente, aun cuando el corazon desengañado de las ilusiones de la vida ya no cuente con sus promesas. Mientras hablaba, los últimos destellos del dia se iban apagando insensiblemente en las ondas de aquellas hermosas riberas; el balido de las ovejas que entraban en sus retilles; los dulces ecos de las flautas y caramillos de los pastores; todo el rumor en fin que indica en el campo la aproximacion de la noche, se perdia en la distancia. La fresca y ligera brisa cargada de esquisita fragancia susurraba todavía entre las arboledas de papiros y nenúfares esparcidos entre las aguas, y ya no sonaba sino como los suspiros de una naturaleza pensativa que se duerme bajo el pavoroso velo de la noche: hasta el mismo Nilo parecia que adormecido acariciaba aquella fértil campiña. Matilde y Selim conmovidos á la vista de semejante espectáculo, suspendieron por un momento su conversacion para gozar mejor de aquellas deliciosas impresiones, y participar en silencio del reposo en que yacian todos los seres de la naturaleza.

Selim durante el viaje trató á Matilde con el respeto mas profundo, teniendo con ella las mas distinguidas consideraciones; pero en medio de esta especie de sujecion, ¡cuántas delicias disfrutó en verla á cada instante! Con el traje de Nestalia parecia mas hermosa á sus ojos: por su parte Matilde, sumergida siempre en sus reflexiones melancólicas, estaba como avergonzada al verse en poder del príncipe, á pesar de la tierna pasion que ya le profesaba, y no pudo menos de verter algunas lágrimas.

Al poco tiempo arribaron al gran Cayro, en donde ambos

príncipes descansaron algunos dias; mas conociendo Selim que no podia retardar ya mas el pasar á desempeñar el cargo honorífico que le habia confiado Saladino, y que una larga ausencia podia tambien hacerle sospechar, resolvió dejar á Matilde, luego que Neftalia y Cefalí regresasen de Nápoles, adonde este último habia ido á buscar á aquella. Afortunadamente la astucia de que se habia valido Selim, produjo el éxito mas feliz; pues Emrud entregó al rey de Nápoles á Neftalia bajo el nombre de la princesa de Inglaterra, siendo tratada como tal, respecto de que Matilde no era conocida mas que de nombre en aquella corte, y Neftalia se asemejaba bastante á la princesa en su estatura, edad, y aun tambien en la belleza, á pesar de que no llegaba con mucho á la de esta. Se hicieron á la fingida princesa todos los honores debidos á su alto rango, y se trató de suministrarla todos los medios para su regreso á Inglaterra. Entre tanto esto se verificaba, á instancia y eleccion suya, pretestando querer descansar de las fatigas del viaje, y disfrutar de silencio y reposo, se la proporcionó una de las muchas casas de campo pertenecientes á aquella célebre capital, situada á orillas del mar, adonde habiendo llegado la nave enviada por Selim en su busca bajo el mando de Cefalí, trató de verificar su reunion con este embarcándose nuevamente para el Cayro, donde les aguardaban el príncipe y Matilde. Al partir Neftalia dejó una carta dirigida al rey de Nápoles, á la sazón ausente, en la cual dándole las mas expresivas gracias por la grata acogida y beneficios que la habia dispensado durante su permanencia en la corte, le manifestaba haber recibido una carta de su hermano Ricardo, en la que la prevenia partiese inmediatamente á reunirse con él para restituirse á su antiguo y primitivo claustro, lo que habia prometido á la abadesa que la esperaba con impaciencia; y en caso de que no fuese su voluntad contraer los votos religiosos, se trasladaria al punto á la corte de Inglaterra, donde tenia que comunicarle cosas importantes. Y ademas de esta carta dejó tambien Neftalia otra supuesta del rey Ricardo, tributando igualmente al monarca napolitano las mas rendidas gracias por sus bondades y buen recibimiento hecho á su hermana; suplicándole la permi-

tiese trasladarse al punto á Inglaterra en una nave que enviaba al efecto, omitiendo hacerla los honores de despedida y demas que pudiese dar publicidad á su salida, la que se haria de incógnito porque así era conveniente por entonces.

Tomadas estas precauciones que tanto perfeccionaban el plan y astucia de Selim, dando todos los visos de verdad á la suposicion de Neftalia en lugar de Matilde, evitando cuantas consecuencias desagradables podrian haberse seguido, y aun á la persecucion del mismo Ricardo si hubiese llegado á su noticia la inesperada llegada á Nápoles de su hermana (á quien creia para siempre encerrada en el monasterio del Monte Carmelo); Neftalia se embarcó dando la vela para el Cayro, en compañía de su esposo Cefalí, y se reunió con Matilde y Selim que los deseaban con vehemencia, haciéndosele cada dia de los que pasaban un siglo. En seguida, penetrado del talento y buena amistad de Cefalí y su esposa, les confió la princesa, despues de haber alcanzado que esta le prometiese que jamás regresaria á Europa sin su consentimiento. Es imposible describir la pena que experimentó Selim al despedirse de la princesa, y esta tampoco pudo verificarlo sin derramar copiosas lágrimas, que no dejaron de prestar algun consuelo al jóven amante, pues que ellas le descubrian que era amado y cuantas afecciones pesaban en el corazon de la noble y sensible Matilde.

Despues de la partida de Selim, la princesa formó la resolucion de vivir en el Cayro, en el mas profundo retiro, esperando en compañía de su amiga que variasen las circunstancias, ó que estas la indicasen el camino mas prudente que debiese seguir en una situacion tan crítica y peligrosa como la en que se hallaba, mucho mas si siendo conocida volvia á caer en poder de Saladino y comprometia ó causaba la pérdida de Selim y la suya; pues no era fácil calcular las consecuencias que tendria la cólera del sultan.

Por este tiempo mandaba en el Cayro uno de los hijos de Saladino llamado Alaziz, quien sin poseer las eminentes prendas ni las virtudes de su padre, le escedia en ambicion. Este príncipe, entregado totalmente á sus pasiones, en nada pensaba mas

que en satisfacerlas de cualquier modo que fuese. Era arrebatado é imprudente; y si alguna vez se contenia en los límites del deber y la justicia, y ponía algun freno á sus deseos, era solo por temor á su padre, por no deshorrar su sangre y atraerse, á lo menos en la apariencia, el respeto si no el amor de sus súbditos.

A la llegada de Matilde al Cayro, Alaziz acababa de conseguir algunos pequeños triunfos contra los árabes del Alto Egipto, los que habian aumentado su vanidad en grado tan superlativo, que instigado por sus aduladores cortesanos, resolvió entrar en triunfo, como los romanos en su capital. El dia que esto debia verificarse, todas las calles del Cayro, y particularmente las de la carrera por donde debia pasar, se sembraron de flores, colgándose las casas con ricos tapices de Persia y otras telas magníficas. Un numeroso y lucido ejército de todas armas precedia al soberbio príncipe, que sentado en una magnífica carroza de plata y oro, tirada por elefantes, ostentaba todo el lleno de su orgullosa gloria, cubierto de una multitud de diamantes y otras piedras preciosas: en seguida venian algunas columnas de prisioneros, precediéndolos sus gefes, encadenados á la carroza. Circuian esta los heraldos y reyes de armas, que escitaban al pueblo para que gritase: *¡Viva Alaziz, digno hijo del gran Saladino, la espada de la religion, y el predilecto del Profeta!* Varios coros de jóvenes de ambos sexos entonaban las mas alegres canciones en alabanza del vencedor, refiriendo al mismo tiempo todas las hazañas de los conquistadores desde el primero hasta el jóven señor que entonces triunfaba: seguian las mas hermosas esclavas formando bellísimos grupos; iban todas vestidas de blanco y coronadas de flores, pulsando las mas de ellas preciosas y doradas liras, y otros instrumentos: los mas esquisitos aromas del Asia perfumaban el ambiente; y por último, cerraba esta grandiosa comitiva, en que brillaba todo el lujo, esplendor y riquezas del Oriente, otro cuerpo de ejército de caballería, cuyos magníficos turbantes y doradas cotas en que se reflejaban los rayos del sol, deslumbraban la vista del inmenso concurso

de espectadores que habian venido á esta funcion de todos los pueblos del Egipto.

Matilde misma, á pesar de la afliccion en que estaba, y del profundo retiro en que vivia, no pudo menos, atraida por la música y aclamaciones que resonaban por todas partes, de desear conocer al príncipe á quien iban dirigidas; y abriendo un poco la ventana de su gabinete, echó una mirada sobre la resplandiente carroza, que fue lo primero que hirió su vista, y vió á Alaziz sentado sobre ella, cuyo turbante deslumbraba por el brillo de la pedrería que despedia rayos de luz como el sol, cuya imágen tenia figurada tambien de piedras la misma carroza: sin embargo, Matilde procuró no manifestarse del todo, y acaso fue una imprudencia, como veremos despues, el haberlo hecho, aunque tan recatadamente. Lo primero que Selim la habia encargado muy particularmente al tiempo de marcharse fue que no se mostrase á nadie. «Princesa, la dijo, en todas partes hallareis corazones que os adoren, pero no que os respeten como yo.» Parecia que Selim preveia lo que iba á suceder: pero al fin Matilde (que no hizo mas que dar una una rápida mirada creyendo no ser vista), á pesar de la superioridad que gozaba sobre todo su sexo, no pudo sin embargo desnudarse totalmente y prescindir de la pasion que mas domina á las mugeres, que es la curiosidad.

El ostentoso y magnífico aparato del triunfo de Alaziz no habia hecho impresion alguna sobre la princesa; y solo sirvió para recordarla los torneos y otras funciones caballerescas, de que ella misma habia sido objeto y testigo en tiempos mas felices, á pesar de las turbulencias de la guerra; representándosela por doquier la adorada imágen de Malek-Adhel, aquel gran campeón y vencedor en todas partes, que veia reproducida en su hermano Selim. Al mismo tiempo un sueño lisonjero vino tambien á ocupar su fantasía: en él vió á su amado príncipe lleno de gloria y esplendor ocupando el lugar de Alaziz, y que habiendo sometido por su valor el Egipto, la Siria y las tres Arabias, ofrecia á sus pies el trono de todas estas provincias: su ilusion la hacia ver

mas aun, á saber: que el arzobispo de Tiro sancionaba su enlace con Selim, enlazando á ambos con los sagrados vínculos del matrimonio; y por último creía oír que la música mas dulce y armoniosa celebraba su himeneo. Poseida de esta ilusion tan lisonjera, Matilde despertó y creyó oír efectivamente la música que tan dulcemente habia suspendido sus sentidos: pensó que todavia soñaba; pero prestando mas atencion, se convenció de que era en realidad una música la que oia, de lo que se alegró porque hacia mucho tiempo que no habia disfrutado una situacion tan deliciosa como la que la inspiraban aquellos armoniosos acentos, los cuales escitaban toda su sensibilidad haciéndola verter lágrimas de ternura, promoviendo en su alma sensaciones y recuerdos que tal vez se dirigian á Selim. ¡Quién es el ser que oyendo una música dulce y melancólica en medio del pavoroso silencio de la noche no ha experimentado iguales conmociones, y mucho mas si es un amante ó algun desgraciado! La música, enagenando nuestros sentidos, calmando nuestros dolores y haciéndonos olvidar nuestras penas, excita tambien nuestra sensibilidad con su misterioso é incomprensible lenguaje, y nos hace gozar anticipadamente los placeres mas puros de otra vida celestial; la música, este don divino con que el cielo quiso comunicar á los débiles mortales una parte de su gloria y de los goces eternos, hace derramar lágrimas sin amargura, y es el mayor consuelo que puede recibir un corazon.

Tan encantadora felicidad no podia durar mucho para Matilde, y la tristeza debia volver á ocupar su corazon. Al punto que Cefali se enteró de que la música habia sido á Matilde, no le quedó la menor duda que era por orden de Alaziz, y previó que seria un funesto precursor de sus proyectos, lo que le hizo adoptar la resolucion de abandonar el Cayro; pero por desgracia no tuvo tiempo para verificarlo; porque aquella misma mañana se presentó en su casa un agá del príncipe, de cuya orden le mandó se presentase en palacio con cuantas personas tuviese en su compañía, con el objeto de identificar su persona y los motivos que le detenian en el Cayro. El agá habia tomado la precaucion de cercar exactamente la casa con tropa, de modo que

cualquiera tentativa de fuga era inútil ; por lo cual Cefalí tuvo que ceder á la imperiosa necesidad , presentándose en palacio con Matilde y Nestalia. El jóven Alaziz los recibió á solas en su gabinete con la mayor benignidad , y les preguntó qué causas los habian conducido á sus estados.

«Señor , le dijo Cefalí inclinándose profundamente : soy un oficial al servicio del gran Saladino , tu padre ; el deseo que abrigaba mucho tiempo hacia , de ver la capital de Egipto y arreglar algunos negocios que tengo pendientes , han hecho que me detenga aquí unos dias : vivo tranquilo con mi esposa y mi hermana , que ambas como yo respetan tu glorioso nombre ; creo que estos motivos tan sencillos y puros no son capaces de escitar sospechas en tu grandeza.

—Servidor del gran Saladino , replicó Alaziz , quedo satisfecho de tu respuesta : te permito que te retires con tu esposa ; pero al propio tiempo detengo á tu hermana en mi corte y á mi lado , porque la juzgo digna de una suerte mas magnífica ; por lo tanto desde este momento la coloco en la clase de mis esposas.

—¡Ah, señor ! exclamó Matilde penetrada del mayor dolor ; por mas gloriosa que pueda ser la suerte que me reservais , permitidme que no la acepte , y que vaya con una amiga de quien no podré separarme jamás sin que me cueste la existencia.

—No , respondió Alaziz con una ligera sonrisa , no morireis ; vuestra amiga si gusta puede quedarse con vos : vivireis en mi serrallo ; mas no os sobresalteis , porque os trataré con el respeto y consideracion que mereceis.»

Cefalí al ver esto , tomó el partido de dejar á Nestalia con Matilde , pues conocia muy bien la inutilidad y aun el peligro que habia en intentar que Alaziz mudase de resolucion. En su consecuencia , al punto que llegó á su casa despachó un esclavo fiel para que fuese á instruir á Selim de tan contrario y desagradable acontecimiento.

Habiéndose apoderado Alaziz , como hemos visto , de Matilde , y descubriendo por los modales , lenguaje , pundonor y delicadeza de la princesa que pertenecia á una clase superior , quiso

deslumbrarla sin duda haciendo ostentacion de sus riquezas, y seducirla con sus beneficios. Mandó la colocasen en la habitacion principal del serrallo por su hermosura y magnificencia: por do quier brillaba el oro, las piedras preciosas, los jaspes y mármoles mas bellos, los soberbios tapices de Persia (1), las fuentes de alabastro y los surtidores de agua cristalina y pura formando los mas vistosos juegos, presentaban el espectáculo mas encantador y grandioso, conservando una eterna frescura en medio de los ardores escesivos de aquel clima abrasador: el incienso, la mirra, y otros aromas, unidos á la fragancia de las flores mas caprichosas del Asia y de los arbustos mas olorosos que exhalaban los jardines, eran una especie de tributo que la naturaleza pagaba á aquellos sitios: las jóvenes odaliscas, de una extraordinaria hermosura, parecia que querian adivinar los deseos de Alaziz, y no pudiendo aspirar al amor de su dueño, hacian los mayores esfuerzos para captarse la voluntad y proteccion de su principal favorita. Finalmente, Alaziz nada dejó por ostentar del lujo oriental ante Matilde; y creyendo que no podria menos de haber producido en la princesa el efecto que estaba acostumbrado á ver en otros casos, se presentó en su habitacion una mañana, y comenzó á hablarla de su amor en el tono de un dueño, que al manifestar su deseo de ser amado, esperaba y queria ser obedecido; pero ¡cuál fué su sorpresa al ver que Matilde oia con indignacion su declaracion amorosa, y despreciaba sus magnificas ofertas! Del asombro en que permaneció un rato como petrificado, no tardó en pasar á la cólera y á las amenazas, y clavando en ella sus ojos que brotaban llamas de furor, «¿quién sois, la dice, para despreciar aqui mi poder y desechar los obsequios de un sultan, de un hijo del gran Saladino?

(1) *Persia*: gran reino de Asia, de 500 leguas de largo y 350 de ancho. Confina al N. con la Turquía de Asia; con el golfo Pérsico al O.; con el Indostan al E. y con el Océano al S. Tiene 88,889 leguas cuadradas, y consta su poblacion de 10 millones de habitantes. Su clima es frio y sano al N. y cálido al S. Hay innumerables minas de piedras preciosas y de metales. Desde tiempo inmemorial se fabrican alli las tan afamadas alfombras, tapices y otras telas de seda, hilo y algodón. Sus caballos son los mas hermosos del Oriente: se crían tambien buenas mulas y muchos camellos.

—Señor, responde la princesa, justos motivos me obligan á callar mi nacimiento y mi nombre; pero sabed que cuando menos soy igual á vos: dignaos, pues, respetar mis desgracias.»

Alaziz comprendió que su tono imperioso no era el mas conveniente para lograr sus deseos, y creyó que convirtiéndolo en el de un amante apasionado y rendido surtiria mejor efecto; en su consecuencia, desde entonces empezó á tratar á Matilde como tal, tributándola cuantos obsequios y demostraciones afectuosas eran posibles, á que se agregaba la confianza que tenia el príncipe en su bella figura y otras prendas á que jamás habia resistido muger alguna; mas siempre tuvo el mismo éxito, y su passion fue igualmente desatendida. Desesperado y sin saber qué partido tomar, Alaziz adoptó por fin el de la sorpresa y la violencia, y disponiendo que sus eunucos le franqueasen en el silencio de la noche la entrada en el dormitorio de Matilde, se presentó ante la princesa, que sorprendida, pero no descuidada, previendo este caso, procuró por todos los medios disuadir de sus deseos al obcecado príncipe: no obstante, viendo que nada conseguia, y que era insensible á las súplicas de la inocencia, variando de tono, elevando su corazon á Dios, se reviste con el aire de dignidad y firmeza que siempre inspira la virtud, y pintada una noble indignacion en su rostro, con voz severa esclama: «¡Mónstruo insensible, respeta en mí á la esposa de Malek-Adhel!.... Yo soy Matilde; tiembla que su sombra me vengue: huye, si no quieres terminar tu miserable existencia al rayo de la justicia divina que pende sobre tu cabeza.... Tu mismo padre, de quien eres un hijo indigno, se ha compadecido de mis infortunios, y ha honrado en mí á la hija de los reyes.... Si aun persistieses en tus depravados intentos, y la voz de la humanidad y de la inocencia no te hiciese fuerza, tiembla tambien que el rey de Inglaterra venga á buscarte á tu capital y á vengar la muerte de su hermana ultrajada.» Al decir esto, Matilde tenia inflamado el rostro, y toda su actitud presentaba una deidad celestial que inspiraba respeto y terror, escitando al mismo tiempo sensaciones difíciles de esplicar. El soberbio Alaziz cae á sus pies, y permanece por largo tiempo como petrificado de admi-

racion ; mas volviendo en sí , y mirando fijamente á la princesa , la dice : «¡Vos sois Matilde! ¡vos la esposa de Malek-Adhel! ¡Ah señora , ya no me admiro de su amor!.....» Despues de una breve pausa , continúa : «pues bien , la mano del hijo de Saladin vale tal vez tanto como la de su hermano; yo os adoro como él , y poseo una corona mas rica , la cual os ofrezco con mi fé; y para que os decidais , os concedo dos dias de término : mi resolucion dependerá de la vuestra.»

En seguida se retiró dejando á Matilde abismada en la mas profunda meditacion acerca de la suerte que debia temer.

LIBRO SÉTIMO.

Habiendo conservado Neftalia la libertad de ver á su esposo, pudo con esto referirle al dia siguiente todo cuanto habia pasado, rogándole de parte de Matilde pusiese en juego inmediatamente todos los resortes que estuviesen en su arbitrio para sacarla de las garras de Alaziz, pues que la tardanza de un solo dia podria quizás causar su desgracia si la Providencia no la socorria. Conociendo Cefalí el carácter de Alaziz, que viéndose despreciado de Matilde, si una vez el respeto y la sorpresa le habian contenido, en una segunda negativa abusaria de la fuerza para violentar á la princesa, y comprendiendo que esta preferiria la muerte á sucumbir, se decidió á aventurarlo todo por salvar á aquella á quien su amigo el príncipe amaba tanto. Con este objeto trabajó con tal ahinco, que logró ganar á fuerza de dádivas y promesas á dos eunucos del serrallo que estaban descontentos de Alaziz y debian estar de guardia en la próxima noche.

Creendo el príncipe ganarse la voluntad y adelantar algo en el corazon de Matilde, envió á esta en aquel mismo dia una diadema de oro guarnecida de brillantes y otras piedras preciosas, como una muestra de su respeto y de la magnífica suerte que la preparaba, acompañando ademas un billete en que la suplicaba le perdonase lo ocurrido en la noche anterior, atribuyéndolo todo al exceso de amor que la profesaba, manifestándola sus esperanzas de ver colmados sus deseos.

Nestalia entregó despues á Matilde un objeto que la interesaba mas, y fue una escala de seda que le habia dado Cefali, por la cual la princesa debia bajar á media noche á los jardines y pasar desde allí á una puerta del serrallo, cuyas llaves tenian los eunucos.

¡Cuán largo se hizo á la jóven princesa aquel dia! ¡Con qué impaciencia y afan contaba las horas! Llega por fin la convenida y tan deseada: dan las doce: dentro de algunos instantes se va á ver libre del mas terrible riesgo que en toda su vida la ha amenazado: aparta la vista de la diadema de piedras preciosas y cuantas joyas la habia ofrecido Alaziz durante su cautiverio, y escribe un billete concebido en estos términos: «Si mi corazon aspirase alguna vez á una corona, seria solo á la de las virtudes.» Despues de esto, abre la ventana de su aposento, eleva su vista al cielo tachonado de brillantes estrellas, y que parece presagiarla un éxito feliz. Echa Matilde la escala; baja primero Nestalia para animarla con su ejemplo, y llega felizmente al suelo. Dispónese Matilde á seguirla; se pone á escuchar antes con atencion; adelanta con timidez su trémulo pié y retrocede; pero reflexionando en su crítica situacion, saca fuerzas de flaqueza y vuelve á pisar la frágil escala; mas en aquel mismo momento oye abrir una puerta secreta de su habitacion; hiéla-sela la sangre, y pierde hasta la facultad de moverse. A la vista de una especie de fantasma, que con una luz en una mano y un puñal en la otra avanza hácia ella, se persuade la princesa que no puede ser nadie mas que Alaziz; y por lo tanto, apresurándose á salir por la ventana, esclama con penetrante voz: «¡Infame tirano! te desprecio altamente á tí y á tu corona, prefiriendo arrojarme y perecer á tu presencia, antes que ceder á tu inmunda pasion.

—Infortunada estrangera, la responde la persona desconocida, descubriéndose y deteniendo á Matilde para que no se precipite por la ventana, ¿será verdad que desprecies el amor de Alaziz, juntamente con la corona que te ofrece? Noble y generosa princesa, perdóname, pues venia á castigar en tí el haberte pretendido aquel, vengándome tambien en su sangre de la

afrenta que he recibido de él, negándome su fé por dártela á tí.... Mas, ¿qué importa que le desprecies si su corazon te ama? ¡Desgraciada de mí! ¡contra mi pecho es contra quien debo dirigir este acero que venia destinado al tuyo.

—Tranquilizaos, señora, responde Matilde; aun no se ha perdido todo: mi presencia es la única causa de vuestra desgracia, y esta iba á cesar en el momento; de modo que si no hubieseis llegado, ya estaria lejos de estos fatales lugares.»

Enagenada de alegría la jóven odalisca al oir semejante discurso, se ofrece al punto á favorecer la fuga de la princesa. Un eunuco la habia instruido de la escena que pasó entre Matilde y el príncipe; y concibió el funesto proyecto de evitar sus consecuencias asesinando á aquella y achacándolo despues al mismo Alaziz. Finalmente, la princesa auxiliada de la odalisca, se abandonó á la escala que era su salvacion, y llegó sin el menor tropiezo al suelo, donde la aguardaban con la mayor inquietud por su tardanza, Cefalí, Nestalia y los dos eunucos, los cuales se perdian en las mas terribles congeturas. Sin pérdida de momento se dirigieron á la única salida que tenian abierta. Caminaban recelosos, estremeciéndose al menor ruido de una hoja, pensando que si los descubriesen se entregaban á una muerte segura. Ademas tenian un horrible y reciente ejemplo: habiendo intentado fugarse del serrallo con su amante, en aquellos dias, una jóven odalisca, habian sido presos en el acto de emprender la fuga, pereciendo en seguida ambos á manos de un verdugo, sin que las lágrimas de la hermosura, ni la juventud, ni el antiguo amor, hubiesen sido bastantes á conmover al inhumano Alaziz, que habia aterrado al serrallo con tan bárbaro suplicio.

Ya se hallaban Matilde y Cefalí á treinta pasos de la última muralla: ya creian ver el campo de su libertad, cuando de repente quedaron sobrecogidos de espanto al oir una voz que gritaba. *¡La guardia! ¡La guardia!* Era Alaziz que se paseaba en los jardines, acompañado de uno de sus favoritos, gozando el fresco de la noche, tan delicioso en aquellos climas. «Somos perdidos,» dijo Cefalí en voz baja á Matilde exhalando un doloroso suspiro y sacando su cimitarra con el objeto de vender cara

su vida. La princesa estuvo á punto de desmayarse, y habria caido á los pies de su compañero si este no la hubiese sostenido: el sagrado nombre de Dios, cuyo auxilio imploraba en aquel amargo trance, fue la sola palabra que pudo pronunciar: en seguida, acordándose acaso por la última vez de Selim, una densa nube cubrió sus ojos; se apoyó sobre el hombro de Cefalí, y en esta angustiosa posicion, casi sin sentido, se preparó á recibir la sentencia de muerte.

¡De qué hilo tan sutil pende á veces nuestra mísera existencia! ¡Qué poca serenidad nos acompaña, para dejarla con tranquilidad, si es preciso! A la sola voz de Alaziz, Matilde y Cefalí se creen perdidos, se llenan de temor, y se les representa la imágen del mas horroroso suplicio; pero aun no era llegado el tiempo en que tuviesen fin las desgracias de la princesa. Afortunadamente uno de los eunucos que guiaba esta temerosa compañía, no perdió la presencia de espíritu al grito de su dueño; antes al contrario se adelanta animoso en busca de Alaziz, que le pregunta donde iba, y qué causa la ha obligado á abandonar su puesto. El eunuco le responde que habiendo atraído cierto ruido una patrulla hácia aquel lado, daba reunido con ella una vuelta á los jardines de órden del agá.

«Me engañé, dijo Alaziz á su favorito, dando una carcajada: creí haber visto una muger con ellos: desde que amo á Matilde, tengo siempre delante de mí su sombra.

—Lo mismo creí yo haber visto, contestó el favorito; avancemos algo mas y confirmaremos la verdad de la asercion de vuestro eunuco.»

Alaziz dudó por algunos instantes, dió un paso y retrocedió de repente: «no, dijo, si es un traidor, es perdido; y en este caso ¿no debo quizás temer su puñal? ¿Ignoras á quien mando, y que la espada de Damocles me sigue por doquier?» Dice, y se dirige á un pabellon situado en medio de los jardines é iluminado con la mayor magnificencia: treinta columnas de pórfido sostenian su cúpula; sobre ella se hallaban colocados varios músicos y cantores que poblaban el aire con sus melodiosas armonías; y todas las noches venian á ostentar allí sus gracias en ligeras y vo-

luptuosas danzas, una multitud de hermosas odaliscas con el objeto de distraer el tédio del sultan.

Volvió el eunuco á reunirse tranquilamente con su afligida compañía, y procuraron ganar con precipitacion la última puerta de las murallas del serrallo, y respiraron por fin en el campo con toda libertad. A muy poca distancia hallaron preparados caballos árabes de los mas veloces, en los que emprendieron apresuradamente la fuga. No obstante, Cefalí se puso á reflexionar de qué modo se podrian librar del furor y de las persecuciones de Alaziz, y cuál seria su suerte si la fatalidad les hiciese caer en sus manos. Llegar á la orilla del mar sin tener una seguridad de hallar pronta una nave en que hacerse á la vela al instante, hubiera sido en extremo peligroso; y Alaziz no dejaria de dar orden á todos los puertos para que vigilasen y no permitiesen la salida de embarcacion alguna sin prévio registro y reconocimiento de los pasajeros. En su consecuencia, despues que Cefalí lo hubo meditado todo, el único partido que le pareció prudente tomar, fue refugiarse en una de las célebres pirámides, de las que conservaba una llave, y permanecer allí ocultos, hasta que Alaziz hubiese cesado en sus pesquisas.

Pareciendo extraño que Cefalí tuviese en su poder una llave de las pirámides, siendo asi que solo tenian el derecho de poseerla los sultanes de Egipto ó príncipes de la sangre, es indispensable que sepamos que entre las preciosas alhajas de Malek-Adhel habia encontrado esta llave su hermano Selim; el cual, calculando lo que podria suceder, se la entregó á Cefalí al tiempo de separarse de él y de Matilde, para que si llegase un caso apurado se valiesen de ella y tuviesen un asilo sagrado y seguro.

Efectivamente, Cefalí y su compañía se dirigieron á las áridas y solitarias llanuras en donde se elevan las pirámides, á las que llegaron al cabo de algunas horas, habiendo hecho antes acopio de provisiones para poderse sostener por espacio de tres meses. Matilde no pudo menos de contemplar con asombro aquellas maravillas del ingenio humano, las cuales han resistido á la destruccion de los tiempos despues de transcurridos tantos si-

glos, y que parecen desafiar á los elementos y deben ser tan duraderas como el mundo.

Cefalí abrió pues una de las pirámides, y entraron. Matilde, abismada en sus profundos y melancólicos pensamientos, consideraba con dolor su nueva prision: paseábase por las estensas galerías, recorría varios aposentos en donde se veían algunas inscripciones que manifestaban haber servido de refugio á grandes personajes, que por semejante medio se habian librado del furor de las revoluciones. A medida que las iba leyendo, la princesa se preguntaba si habia existido algun mortal mas desgraciado que ella: hija de reyes, su nacimiento, su clase, la hermosura que le atribuían, sus sentimientos, su piedad, sus virtudes mismas, solo habian sido para ella un manantial de dolorosos combates..... Lo único que la quedaba de las grandezas de su nombre y de las esperanzas de su amor, era el sepultarse viva en una tumba. De este modo se esplicaba Matilde el enigma de su suerte; y, como la mayor parte de los mortales, solo encontraba por respuesta suspiros y lágrimas. Distraida en tales meditaciones, traspasó en su paseo los límites que Cefalí la habia prevenido guardase, y se entró en un confuso laberinto de corredores y de oscuras bóvedas, en las que se extravió. Cuando lo echó de ver, hizo todos los esfuerzos imaginables por hallar el camino perdido, y solo consiguió extraviarse mas y mas. En vano llamó repetidas veces en su auxilio á Cefalí y Nestalia; pero por mas gritos que dió, todo fue inútil. Ultimamente, rendida de cansancio se sienta sobre una piedra que encuentra á su paso, y meditando sobre su desgraciada situacion, y creyendo era llegada su hora, y que habia encontrado su sepulcro, recogiendo su alma y dirigiendo una fervorosa oracion al Ser Supremo, en que le daba gracias porque se dignaba poner término á sus padecimientos, se resignó con la mayor tranquilidad á esperar la muerte. Asi permaneció algunos momentos anegada en lágrimas y llena de afliccion, porque á pesar de todo, traía á la memoria el recuerdo de su esposo Malek-Adhel, de Selim, y de Ricardo y Berenguela, á quienes ni aun siquiera podia enviarles su postrer adios. Esto la hizo volver á hacer resonar sus gritos en aquellos

subterráneos: veíase además amenazada de tantas penas como la combatían, á pasar una larga y terrible agonía, y por último á morir de hambre; pero de improviso una idea consoladora vino á iluminar su alma, á saber: que las miradas de un Dios protector y amante de sus hijos podían alcanzarla, aunque se hallase sepultada en los mas espantosos abismos. Con esta idea se postró de hinojos; y en el momento en que volvía á formular una nueva plegaria, hirieron sus oídos los armoniosos acordes de un laud. Al principio creyó que era una ilusión de su acalorada mente, ó mas bien de la debilidad de su cerebro; pero habiendo prestado mayor atención, se cercioró de que aquellos sonidos lejanos eran ciertos y positivos. Se dirigió al través de la oscuridad de donde salían, temblando de que cesasen; y por último llegó á una pequeña puerta que se abrió á un muy leve impulso suyo, y la dejó ver un salón magníficamente alhajado, alumbrado por una grande araña de cristal, cuyo pavimento le cubrían las mas bellas alcatifas y los mas ricos tapices de Persia, y en fin, adornado con tal profusión y riqueza, que desde luego anunciaba ser la habitación de un elevado personaje. En el fondo de la sala se ostentaba una especie de trono, y junto á él un turbante régio y los demas atributos de la dignidad real de los califas del oriente. Reclinado muellemente en un sofá y muy próximo á ella, divisó tambien Matilde un jóven que tenia un laud en las manos, cuyos sonidos eran los que le habian atraído allí, y que al percibirla se quedó mudo y sorprendido en estremo.

«Jóven, le pregunta la princesa, con la mayor timidez, ¿sois vos tal vez el dueño de esta habitación?»

—Angel ó deidad, contestó el jóven postrándose á sus pies, no soy aquí mas que un esclavo, y voy á anunciar á mi dueño vuestra venida.»

En efecto, no pasó mucho tiempo en presentarse un anciano de figura augusta y venerable, cuya blanca barba, semejante á la nieve, le caía hasta la cintura, y las arrugas de su frente mostraban sensibles señales de una larga adversidad, al paso que su fisonomía serena y tranquila manifestaba el valor y grandeza de alma con que la habia superado. Al descubrir Matilde al anciano,

sintió renacer inmediatamente en su corazón la perdida tranquilidad, y se llenó de un profundo respeto. Si Matilde hubiera sido supersticiosa y no hubiera estado iluminada con la luz del cristianismo, es indudable que hubiera tomado al anciano por el Génio de la Pirámide, ó por algun sábio nigromántico que en aquel ignorado y silencioso retiro trataba de profundizar los misterios de la ciencia cabalística; pero afortunadamente los tiempos de la ignorancia habian pasado ya, y Matilde era demasiado ilustrada para dar crédito á preocupaciones ridículas. Por otro lado, la vista de un anciano respetable presenta un sacerdote del tiempo, cuya instruccion y prudencia es el modelo de la juventud y la esperiencia personificada.

«Eli (1) me ha anunciado, dijo el anciano á Matilde, que ha visto mi espíritu celeste hablando por vos, y al veros, señora, juzgo que no se ha equivocado: compadecido el cielo de mis infortunios, ¿os envia tal vez á terminarlos? Dignaos pues, bella jóven, esplicarme el motivo de vuestra aparicion en un sitio tan oculto y vedado á todos los humanos.

—No soy, señor, contestó Matilde, mas que una infeliz mortal á quien sus desgracias y las persecuciones de un tirano han obligado á refugiarse en el mismo sitio que vos: perdida en las sinuosidades de esta grandiosa pirámide, he acudido á implorar vuestro favor, guiado de los armoniosos acentos que han herido mis oidos, para volverme á mi estancia, y reunirme á las personas que me acompañan en mi cautiverio.

—¿Acaso, sereis vos, señora, otra de las muchas víctimas de Saladino?.... Hablad, pues, con toda seguridad, y no temais confiaros á mí: he llegado ya casi al término de mi vida, y ningun interés me liga al mundo, por lo que nada podria inducirme á faltar á vuestra confianza. Mi alma dispuesta ya á volver á su primitivo origen, y despojada de las pasiones que la esclavizaban, es mas digna de Dios, en cuyo misericordioso seno va á sumergirse ya.

—Señor, le replicó Matilde con una sonrisa candorosa; si no

(1) *Eli*: en idioma persa significa *felicidad*.

atendiese mas que á los sentimientos de respeto, el interés que vuestra persona me inspira bastaria por sí solo para confiaros el secreto de mi destino; pero este se halla unido al de personas que amo y cuyo permiso debo conseguir primero, no dudando que estas se apresurarán á conoceros y á pedirnos vuestros sábios consejos.»

Sumamente satisfecho el anciano con semejante respuesta, no volvió á instar mas; y despues de haberse informado de la parte de la pirámide que habitaba la princesa, mandó al esclavo que la acompañase, no sin haberla invitado antes á que lo volviese á ver. Sobresaltado Cefalí por una ausencia tan larga, salió á buscarla, cuando la encontró en el camino. Despues que Matilde le informó del extraordinario encuentro que habia tenido, creyó no habia riesgo en aprovecharse de la vecindad del anciano desconocido, y aun juzgó que podria darles noticias útiles á la residencia que se veian obligados á hacer en aquella vasta prision. En su virtud le visitaron al siguiente dia, y no queriendo hablarle mas que de sí mismo, participaron de sus penas, se compadecieron de su suerte, y se captaron de tal modo su amistad y confianza, que no tardó en ofrecer á su vista el cuadro entero de su vida.

«Han transcurrido ya veinte años, les dijo el venerable anciano, desde que habito esta triste y silenciosa mansion, en donde jamás ha venido á mitigar el peso de mis infortunios ninguna sonrisa benéfica, ninguna lágrima compasiva, ningun consuelo de la amistad, hasta ahora que habeis vosotros llegado. El hombre que padece solo, padece duplicadamente; cuanto mas acompañado se haya visto, tanto mas le entristece la soledad; ¿y quién puede haberlo experimentado mas que yo?»

Al llegar aqui de su discurso, el anciano suspiró profundamente, y elevó al cielo sus ojos ya apagados, que ya no inundaban con lágrimas sus pesares; pero cuyas señales se veian sin embargo marcadas todavía. Esta especie de introduccion aumentó el interés que Cefalí tenia de oirle, con lo cual, animado el anciano, hizo un esfuerzo para reunir sus ideas y recordar lo pa-

sado, prosiguiendo despues su narracion en los términos siguientes:

«¡Terrible y memorable ejemplo de las grandezas humanas! ¡todas se reducen al polvo y á la nada! En otro tiempo poseí el Egipto, la Siria y las tres Arabias, habiendo sido dueño del imperio mas grande y poderoso del Oriente. Una numerosa familia parecia afirmar de nuevo mi poder, y hacia que se me citase como el mas dichoso de los mortales. ¡Ah! trono, dicha, riquezas, parientes, amigos, todo lo he perdido; y de tanto esplendor, de tantas adulaciones de la tierra, hace veinte y cinco años que ya nada me queda mas que la lobreguez de un sepulcro..... en una palabra, lo diré todo: ¡soy Nuredino!.....» Al oir este nombre tan célebre, temido y respetado en el Oriente durante tanto tiempo, Matilde se quedó anonadada y como herida de un rayo á vista de tanta desventura, y olvidando por un momento sus propios pesares, contempló con una admiracion mezclada de respeto y piedad, aquellos restos vivos de tan gran naufragio. Cefalí no pudo menos de postrarse ante el anciano, y derramar algunas lágrimas, lleno del mas profundo respeto.

» Los talentos de Ayub, prosiguió Nuredino, le valieron mi confianza; mas desgraciadamente abusó de ella para apoderarse del Egipto y abrir á su sobrino Saladino la carrera de las conquistas. Este, mas ambicioso todavía que su tio, me lanzó del trono, que sacrilegamente ocupó él mismo. En vano procuré oponerme con todas mis fuerzas á la fortuna de sus hechos de armas, porque los placeres de una vida voluptuosa habian afeeminado mi brazo, y el ejemplo de mi corte habia viciado y debilitado tambien á mi ejército. En la última batalla que decidió de la suerte del imperio, quedé por muerto en el campo, de donde me sacaron algunos servidores leales, conduciéndome á una cabaña retirada y oculta, en la que me restituyeron á la vida, que en verdad fue una desgracia; porque, ¿adónde habia yo de refugiarme estando en aquel sitio? Veíame rodeado por todas partes de espías, mis enemigos me perseguian sin tregua ni descanso, y si caia en su poder, mi suerte no era dudosa. En tan

terribles circunstancias, no me quedó mas arbitrio que tomar el partido de retirarme á este asilo, lugar sagrado é inviolable, aun para los mismos sultanes, como las cenizas de los reyes que en él reposan. Penetrado ademas de la inestabilidad de las cosas humanas, y los frágiles apoyos sobre que se sostienen los tronos, en especialidad los de Oriente, hacia ya mucho tiempo que habia hecho preparar secretamente cuanto pudiese dulcificar aqui mi residencia, si alguna vez llegaba el caso de verme obligado á tenerme que sepultar vivo para siempre en este sepulcro: y con efecto, habiendo, por desgracia mia, llegado, me aproveché de las tinieblas de la noche para evitar que me persiguiesen, esperando aqui que una segunda revolucion me restituyese lo que la primera me habia arrebatado; mas por mi mala suerte, Saladino era un grande hombre, y habiendo consolidado los años mas y mas su poder, perdí al fin la esperanza de variar de fortuna. Reconcentrado en mí mismo, encontré medios que al través de las ilusiones que me agitaban sin cesar, no habia encontrado antes: me dediqué al estudio de la sabiduría, que ya debia haberlo hecho antes de subir al trono, el cual, suavizando enteramente el sentimiento de lo que habia perdido, me hizo mucho mas amargo el de mis faltas y el de todo el mal que habia causado en lugar del bien que hubiera podido hacer. De seguro habria muerto de tristeza y de desesperacion, si el constante estudio de la verdadera filosofía, ilustrándome sobre los límites de nuestra débil razon y la vanidad de nuestros pasajeros bienes, no hubiese debilitado mis remordimientos, sosteniéndome en mi vasta afliccion: por otra parte, la esperanza que jamás abandona al hombre aun cuando la crea enteramente perdida, seguia persuadiéndome que la gloria y triunfos del usurpador no siempre serian constantes ni someterian la tierra á su dominio, y que la justicia eterna..... pero ¡ah! yo mismo habia olvidado demasiado esa justicia que erige ó derriba los tronos á su voluntad, y mi mas cruel tormento era comprender que no podia reclamarla en mi favor. Mas al presente, que las duras lecciones del tiempo y de la esperiencia, el hielo de la

edad y la muda elocuencia de mi sepulcro que se abre ante mis pies, me dejan apreciar las cosas en su verdadero valor, la vanidad de los reyes que atestiguan estos vastos mausoleos, acaba de hundirse para mí en el centro de sus frias cenizas.»

Habiendo Nuredino acabado de confiar á Matilde el secreto de sus largos padecimientos, la princesa en su compensacion le comunicó tambien los suyos, con el objeto de oir de los venerables labios del desgraciado sultan los consejos de la edad y de la prudencia.

«Princesa, la dijo aquel hombre respetable, os doy las mas sinceras gracias por la confianza que de mí haceis; pero solo soy un hombre cuya mitad de su existencia fue un tejido de errores, de los cuales he aprendido á arrepentirme en esta soledad.»

Muchas fueron las conversaciones que Matilde tuvo con el infortunado Nuredino en los tres meses que permaneció encerrada con él en la pirámide; los cuales concluidos, convencido Cefalí de que Alaziz, distraido ya en nuevos placeres y cuidados, se habria olvidado de Matilde, y por consiguiente suspendido su persecucion, salió de su retiro despues de haber besado la mano del respetable monarca que alli quedaba sepultado, y se despidió de él, como igualmente Matilde y Nestalia, no sin derramar copiosas lágrimas, pensando que ya no volverian á verle mas.

«Todo nos advierte, dijo el anciano, en esta frágil tierra que no somos mas que unas sombras errantes y fugitivas; y sin embargo, el corazon no puede sin gemir dirigirse al Dios de la Eternidad pidiendo por la sombra á quien disipan ya las horribles tinieblas del sepulcro; la sombra que queda, comunmente llora por la que vuela. ¿Cuál de ambas es mas digna de compasion? ¿A cuál de las dos le quedan que padecer mas penas?»

Finalmente, participando del mismo modo Nuredino del enternecimiento de Matilde y sus compañeros, les tributó tambien sus últimas lágrimas, á pesar de la diferencia que habia de la suerte de uno á la de los otros. El anciano monarca se veia ya muy próximo á descansar de sus largos y crueles sufrimientos,

y Matilde iba á lanzarse nuevamente á una carrera de infortunios , mayores tal vez que los que llevaba padecidos.

Calculando Cefalí que lo mejor de todo seria dirigirse á Damietta , aconsejó á Matilde para que no se viese espuesta á ser conocida con facilidad , que se disfrazase de hombre; y viendo esta que era el único medio de caminar con alguna seguridad, lo verificó , costándola sin embargo bastante repugnancia.

LIBRO OCTAVO.

Mientras que la princesa Matilde permanecía encerrada en el serrallo de Alaziz, segun ya sabemos, viéndose abrumada de pesares, y consumida de tristeza, perdida toda esperanza de sustraerse á los peligros que la amenazaban, ansiando, aunque inútilmente, tener noticias de Selim; este desplegaba contra los mogoles un valor tan heróico, en términos que llegó á encerrar á sus enemigos en sus atrincheramientos, en los cuales aun no se tenían por seguros; contribuyendo semejantes hechos de armas, unidos á los que hasta entonces habia conseguido, el que lograrse tan inmensa fama como su difunto hermano Malek-Adhel. Embelesado uno de aquellos príncipes mas poderosos de las relevantes prendas que tanto realzaban al esforzado guerrero, le ofreció la mano de una hija suya única, de la mas deslumbrante hermosura, prometiéndole al mismo tiempo que le colocaria en el trono de Delhi; pero Selim, que por no ser infiel á Matilde habria rehusado el dominio del universo entero renunció la proposicion, sin que nada fuese capaz de mover su constancia.

Amedrantados los mogoles con las derrotas sufridas, trataban ya de entablar las negociaciones para pedir la paz, cuando Selim recibió las cartas que Cefalí le dirigió desde el Cayro, no habiendo antes llegado á sus manos, porque por una funesta casualidad detuvieron como espía al portador de ellas en una de las ciudades por donde debia pasar; de consiguiente no le fue

dado cumplir su mision hasta despues de algunos meses. El príncipe cogió con cierto estremecimiento la carta de Cefalí, y leyó lleno de asombro estas palabras: «Señor, la princesa ha caido en manos terribles; venid lo mas pronto que os sea posible, pues de lo contrario está perdida: vos solo podeis librarla de las asechanzas y peligros que la rodean: ella misma implora vuestro auxilio, y apenas es suficiente á sostenerla en tanta desventura la esperanza de conseguirlo.»

Temiendo Cefalí que los emisarios de Alaziz interceptasen sus cartas, no escribió con mas estension; pero aquellas breves líneas bastaron para que Selim, olvidando por un instante hasta su propia gloria y el bien del Estado, volase al socorro de Matilde, atendiendo solo á sacarla del duro trance en que se hallaba. En su consecuencia, dejó el mando del ejército á uno de los generales de su mayor confianza, encargándole negociase en caso necesario la paz con el enemigo; despues de la cual se puso en marcha para el Cayro, en donde buscó inútilmente á Matilde. La causa de esto fue que tratando Cefalí de ocultar su fuga bajo el mas profundo secreto, tomó tales precauciones, que el príncipe, por mas que hizo, no pudo adquirir conocimiento alguno acerca de la ruta que habia seguido. Como era natural fue á hospedarse en el palacio de Alaziz, con quien se hallaba unido por los vínculos de la sangre y de la amistad, mas no juzgó conveniente descubrirle el motivo de su venida al Cayro. Los dos príncipes visitaban un dia juntos las curiosidades mas dignas de verse y observarse, las que Selim miraba con la mas triste indiferencia; pero cuando entre otras cosas que le enseñó Alaziz en su palacio, vió la corona de diamantes que este príncipe envió á Matilde con el objeto de deslumbrarla y seducirla, y que esta habia dejado al tiempo de verificar su fuga, no pudo menos Selim de preguntar á Alaziz sonriéndose, ¿cómo era que el amor no habia dispuesto todavía de alhaja tan preciosa?

«Ya lo he intentado, le contestó Alaziz; pero leed el billete que notais prendido á la misma diadema, y sacareis en conclusion que he tropezado con una muger sumamente cruel.»

Tomó Selim el billete, y al reconocer la letra de Matilde,

por ser igual á la de la carta que le dirigió á él en otro tiempo, se inmutó.

«¡Gran Dios! exclamó lleno de una consternacion que no le fué posible disimular, ¿de quién habeis recibido este billete?

—De la princesa de Inglaterra, le responde Alaziz; ¿pero de qué proviene la agitacion en que os veo? ¿la conoceis?

—¡Si la conozco!.... pronto lo juzgareis vos mismo.

—Segun eso no podreis menos de confesarme que es una atolondrada sin igual.

—¿Qué es lo que quereis decir con eso?

—¿Qué es lo que quiero decir? que la juzgué de un corazon semejante al de todas las demas mugeres, pero me engañé, pues que nada pude adelantar con ella. ¡Muger singular! Desdeñándome siempre, ignoro qué virtud no vista en nuestros climas la obligaba á rechazar constantemente todas mis dádivas. ¡Virtud sin ejemplo! ó mas bien diré, locura estraña, pues que indudablemente lo era el rehusar mis mas seductoras ofertas. ¡Princesa divina! ¡despreciabas mi corazon, mi mano, una corona! ¡constancia adorable! solo mi presencia la causaba horror; ¿habeis visto Selim una demencia igual? ¿tengo motivos para llamarla atolondrada y loca?»

Selim enagenado, sin poderse contener, y poseido de un delirio que Alaziz no comprendia ni sabia á qué atribuirlo, exclamaba:

«¡No puede darse amor mas tierno!

—La sola palabra de amor, continuó Alaziz, la ocasionaba terribles vértigos, y jamás pude lograr de ella el mas pequeño favor.

—¡Oh, cuánto mas amable me es ahora! le interrumpió Selim; ¿en dónde está? ¿qué es de ella? satisfaced la impaciencia que me devora.

—Presumo, replicó Alaziz, que os divertis á costa mia, Selim, y creeis que me chanco; pero os lo repito, ha llegado su singularidad hasta el extremo de desechar y despreciar con orgullo esta corona de diamantes, ante la cual se han humillado siempre y se humillan todas las hermosuras del Egipto y de las

tres Arabias : decidme Selim , ¿son por ventura las europeas de un carácter distinto del de las bellezas de nuestros países , ó no es acaso favorable al amor la libertad de que disfrutan ?

—Tocante á este punto nada puedo deciros , repuso Selim , y tal vez Matilde es en el universo una especialidad ; pero en fin , sacadme de dudas , ¿adónde ha ido ?

—Lo ignoro ; me ha burlado .

—¿Princesa querida !

—¿Qué decis ? ¿Seria posible que vos la amáseis ?

—La adoro , y por ella he venido únicamente al Cayro .»

Entonces Alaziz contó á Selim que se habia prendado de Matilde , sin saber quién era , el dia en que él entró triunfante en la ciudad ; refirióle igualmente las ofertas y promesas que la habia hecho para inducirla á que le amara ; la resistencia que habia hallado ; sus muchos desprecios y su fuga , sin que hasta entonces hubiese conseguido saber su paradero á pesar de las esquisitas diligencias y vivas pesquisas que habia practicado para descubrirlo .

Selim por su parte refirió á su sobrino , correspondiendo de este modo á su confianza , todos los pormenores de su historia y su intimidad con Matilde , rogándole continuase sus indagaciones á fin de poder recobrar la que amaba .

«Mi deber y mi honor , añadió , me llaman al ejército , sin que me sea posible detenerme un solo instante ; dejo en vuestras manos lo que mas amo en el mundo , y por lo que me es preciosa la existencia : ved que el amor que profesásteis á Matilde no puede llamarse asi , sino una ilusion pasajera ; y ademas vos , indudablemente , hallareis otras muchas bellezas que os indemnicen de su pérdida ; pero yo que la adoro mas que á mi vida , mi gloria y un trono brillante que acabo de despreciar por ella , y que sobre todo me veo correspondido , no hay cosa que me consuele de tan irreparable desgracia si no la encuentro .»

Despues que Selim hubo pronunciado estas palabras , quedó sumergido en la mayor tristeza .

«¿Con que es amado ! dijo para sí Alaziz furioso despidiéndose del príncipe ; y yo..... yo me he visto despreciado.....» A esta

sola idea se manifestó en su semblante todo el furor de un amor desdeñado y del amor propio ofendido; pero sin embargo, procuró serenarse, concentrando en su bajo corazón todos los horrores del ódio, y formó la enérgica resolución de disimular, esperando ocasión oportuna para satisfacer su venganza.

Aburrido y desesperado Selim de la inutilidad de las diligencias que había practicado para buscar á su amada, se disponía ya para marchar al ejército, cuando le vino á la memoria la llave de oro de las pirámides entregada á Cefalí, previniéndole que en el último apuro se refugiase en ellas; semejante recuerdo fue para el príncipe un rayo de luz; y así se apresuró á pedir á Alaziz la otra llave que conservaba, dando por pretesto el deseo de visitar interiormente aquellos monumentos que le eran del todo desconocidos. El pérfido y astuto Alaziz fingió no ver en esta demanda otra cosa que una mera curiosidad; pero lleno de oculto despecho al considerar en su tío un rival preferido, y poseído de furor conociendo era causa de los desprecios y fuga de Matilde, determinó espiar los pasos del príncipe, y por último perderle en la confianza de Saladino.

En el momento en que Selim hubo llegado á la gran Pirámide, descubrió con facilidad el retiro en el cual se había ocultado la princesa, mas esto le hubiera sido enteramente inútil si en la parte mas visible de él no hubiese notado que se hallaban escritas estas palabras: «Dirige tus pasos á Damieta, donde encontrarás el tesoro que buscas.» Al punto reconoció Selim en esta inscripción la mano de Cefalí; y en efecto, diciendo á Alaziz que regresaba al ejército, salió realmente para Damieta, sin manifestar á su sobrino la causa de haber variado de camino. Alaziz solo podía sospechar una cosa, á saber: que Selim había descubierto el asilo en donde se ocultaba su amada; y llevado de semejante sospecha mando rodear á Selim de espías, previniéndoles le siguiesen por todas partes y le informasen del resultado de su viaje.

Volviendo ahora á nuestros fugitivos, á quienes dejamos al salir de la Pirámide, diremos; que el primer cuidado de Cefalí al llegar á Damieta fue tomar cuantas medidas juzgó precisas

para proporcionar que Selim , si pasaba por alli , le viese , como en efecto lo consiguió; pero, ¡cuán grande fue el desconsuelo del príncipe al abrazar á su fiel servidor! pues supo de su boca, que hallándose Matilde ya dispuesta á encaminarse á la colonia cristiana mas inmediata , habia sido arrebatada, sin que hasta entonces le hubiese sido posible averiguar la mas leve noticia acerca de su paradero. Despues de muchas aunque vanas pesquisas, Selim se persuadió que los emisarios de Alaziz habian sido los raptos; y en efecto, he aqui lo que habia tenido lugar.

Presumiendo Alaziz, luego que se verificó la fuga de Matilde, que esta se dirigiria á Damietta para pasar desde alli á alguna colonia cristiana de las muchas que habia en Palestina , dispuso que se apostaran gran número de emisarios en aquella ciudad y sus alrededores, con órden espresa de vigilar y observar á cuantos extranjeros llegasen á ella : les dió tan perfectamente las señas de Matilde , y la hacia tan notable y distinguida su extraordinaria hermosura, que no obstante hallarse vestida de hombre y del cuidado que tuvo de ocultarse, la reconocieron en una caravanera (1) situada á la orilla del mar , á corta distancia de la ciudad , en cuyo sitio creyó Cefalí estaria menos espuesta que dentro de sus murallas. Despues de descansar dos dias , temiendo Cefalí permanecer mas tiempo en tan peligrosos lugares, resolvió embarcarse sin pérdida de momento para la Palestina; pero como le hiciesen falta varias cosas necesarias para el viaje, le fue preciso volver á Damietta con Neftalia para proporcionárselas. Los emisarios de Alaziz acechaban todas estas operaciones, y aprovechándose de la ausencia de Cefalí, robaron á Matilde, que indefensa , abandonada en una casa aislada , no pudo ser socorrida. Orgullosos los satélites de Alaziz con su presa, y tratando de evitar que les siguiesen, fingieron por de pronto conducirla á Damietta ; mas cambiando muy luego de direccion retrocedieron dirigiéndose hácia el mar, donde se embarcaron precipitadamente en un esquife que tenian preparado al efecto.

(1) *Caravaneras*: llámanse asi en Oriente las posadas públicas, en donde se hospedan gratuitamente los viajeros, aunque tienen que proveerse de todo lo necesario; porque solo disfrutan en ellas del único beneficio de dormir á cubierto de la intemperie.

Selim logró saber á fuerza de oro y amenazas todos estos pormenores del posadero en donde Matilde habia estado; pues los emisarios de Alaziz le habian prevenido guardase sobre este asunto el mas profundo silencio, so pena de ser terriblemente castigado. Sin embargo, estas noticias fueron bastantes para confirmar al príncipe en la sospecha de que tan pérfido golpe habia venido indudablemente de Alaziz; pero siempre permaneció indeciso y en la incertidumbre, sin tener luz alguna acerca de la suerte de Matilde. En esta situacion, no quedándole otro recurso que el de dirigirse al mismo Alaziz y reclamar de él la muger que consideraba ya como suya, dejó á Cefalí en Damietta, encargándole con ahinco que continuase sus investigaciones, despues de lo cual se dirigió volando al Cayro, en donde juzgaba encontrar ya á Matilde; mas inspirándole poca confianza la amistad de Alaziz (por mirar en él un rival resentido, temor que hasta entonces no habia hallado cabida en su noble y generoso pecho), trató de hablarle al principio con dulzura á fin de obligarle por este medio á que le volviese su adorada princesa, que llamaba ya su esposa; pero viendo que aquel infame déspota negaba con la mayor seriedad é impudencia haber vuelto á tener noticia alguna de ella, no pudo contenerse por mas tiempo, y desahogó su cólera prorumpiendo en amenazas contra su perseguidor, quien quiera que fuese. Alaziz le escuchó con tranquilidad y con una fria indiferencia que contrastaba con su natural orgullo y con la violencia de sus pasiones; mas ahora veremos la causa por qué obraba de este modo. Como en verdad no se sentia aun culpado del robo de Matilde, pues que todavía no tenia noticia de él, su amor propio se lisonjeaba de aquella especie de superioridad que infunde la calma de la inocencia sobre una falsa acusacion; por lo tanto, despues de haber dejado á Selim que desahogara su ira, le dijo:

«Presumo que olvidais, Selim, á la persona á quien hablais y el paraje donde os hallais: os he ofrecido abriros todas las puertas de mi serrallo con el objeto de desvanecer vuestras sospechas; y ademas, os juro por Alá, que nada he sabido antes, ni sé ahora de la princesa.

—Y yo tambien os juro, respondió Selim furioso, que vuestros emisarios, de órden vuestra sin duda, la han arrebatado; pero aun cuando se hallase en el centro de la tierra sabré arrancarla de vuestro poder.

—Dad gracias, Selim, á los vínculos de amistad y parentesco que aun me hablan en vuestro favor, y sobre todo al cariño que os profesa vuestro hermano y mi padre Saladino; porque ningun otro mortal se habria atrevido á reconvenirme del modo que lo habeis hecho mas de una sola vez, que seria la primera y la última. ¡Qué! ¿sabeis si acaso el mismo Saladino, irritado de vuestra conducta, ha mandado que os roben á Matilde? Volved, volved al puesto que habeis abandonado, y dejadme la gloria de haber sabido ahogar mi resentimiento mejor que vos.»

Semejante razonamiento, que envolvia en sí tanta consideracion, contuvo á Selim, quien no pudo menos de conocer que hallándose en poder de Alaziz, le interesaba tanto por sí mismo cuanto por Matilde no irritarle; en su consecuencia, suavizando la voz y variando de tono, le dijo tristemente no considerase en su arrebató sino el esceso de su dolor y de una desgraciada passion, encargándole el secreto para con su hermano Saladino acerca de lo que habia pasado entre ambos; lo que le prometió Alaziz, partiendo Selim para el ejército colmado de desesperacion.

Luego que llegó, encontró que durante su ausencia los negocios habian variado mucho de aspecto. Despues de su partida, habia llegado al campo, Afdal, hijo mayor de Saladino, y no hallando en él á Selim, tomó el mando del ejército; pero los soldados, viéndose mandados por un gefe que no amaban, desconfiaron de sus propias fuerzas y se relajaron en la disciplina, que siempre es pesada y aborrecida de los musulmanes. Los mogoles lo advirtieron, aunque sin penetrar la causa, y animados por otro lado con nuevos refuerzos que les llegaron, intentaron probar, como lo habian hecho, la suerte de las armas; y con efecto, aprovechándose de la oscuridad de una noche, sorprendieron el campo de las tropas de Saladino; les infundieron un terror pánico, é hicieron una cruel matanza, dispersando á cuantos no alcanzaron el filo de sus cimitarras. Afdal quedó prisio-

nero en su misma tienda, y el dia siguiente fue conducido á la de Mahamud, príncipe soberano del Mogol, que equivocándole y teniéndole por Selim, le hizo una magnífica acogida, dirigiéndole momentos despues de recibirle el siguiente razonamiento:

«Esforzado Selim, no os lamenteis de un revés que no ha provenido de la falta de vuestro valor, de lo cual estoy íntimamente convencido; y voy á daros una prueba de que no por esta desgracia habeis desmerecido del alto concepto en que os tengo: vuestras elevadas prendas y eminentes cualidades me impulsaron desde luego á ofreceros mi hija y mi trono como al príncipe mas digno de poseer una y otro; vos sin embargo rehusásteis mi proposicion, lo que no estrañé, porque no conociais á mi hija, á mi amada Oneyda. Hoy os renuevo mi oferta, la que creo no desecheis cuando veais la muger que os propongo, que quiero sea ahora mismo.» Dice, y en el momento manda comparecer á su hija y que se levante el velo que la cubria toda: la jóven princesa obedece llena de rubor, y con trémula mano descubre á los ojos de Afdal una belleza celestial, adornada de todas las gracias de la juventud, y hermoseada ademas con los vivos matices del pudor. Una corona de gruesas perlas adornaba su espaciosa frente, y todo justificaba en ella el título que se la daba de Rosa del Profeta y hermana de las Houris. Conociendo su padre la situacion tan embarazosa en que se encontraba, la hizo seña de que volviese á dejar caer el velo, y la permitió retirarse.

Luego que salió la princesa, dijo Afdal á su padre: «Señor, ¡feliz aquel que sea dueño de tantas gracias! yo no soy de ellas sino por mi nacimiento y la admiracion que me inspiran: no soy Selim, como pensais, sino Afdal, hijo de Saladino, que en ausencia de aquel he tomado el mando del ejército: estoy pronto á tratar con vos sobre la paz y á pagaros mi rescate: aprovechaos de vuestro primer triunfo, en inteligencia que no os será fácil conseguir el segundo; pues habeis de saber que Saladino solo os ha puesto hasta ahora la parte mas débil de sus tropas, y que si os resistis, os oprimirá con todo el lleno de su gran poder.»

Orgullosa Mahamud con la primera ventaja conseguida, des-

preció toda proposición, determinó aprovecharse del triunfo conseguido, confiado en que la ausencia de Selim le aseguraba de la victoria; pero por desgracia se engañó en su cálculo; pues recobrados los soldados de Saladino de su primer terror, se reunieron á la voz del general que les habia dejado Selim, y en este momento fué cuando llegó al campo él mismo. Al verle el ejército, resonó su amado nombre por todas las filas reanimando la esperanza y el valor. ; *Viva Selim-Adhel!* hé aqui la exclamación general: su regreso parecia seguramente un prodigio obrado por el cielo en favor del ejército, ardiendo todo él por vengar la afrenta recibida en su primera derrota.

Selim se aprovechó hábilmente de tan noble entusiasmo, y consigue atraer otra vez la fortuna con la victoria; pero las inmensas pérdidas del ejército durante su ausencia y la superioridad de fuerzas que le opuso el enemigo, no le prometian conseguir tan brillantes triunfos como los primeros. Esto le decidió á concluir con los mogoles una paz, que aunque sin duda fué muy gloriosa, sin embargo no lo fué tanto como lo habria sido á no haber abandonado á sus soldados. Los enemigos exigieron un subido rescate por Afdal, y este quedó lleno de furor por haber sido hecho prisionero á causa de la ausencia de Selim, debiendo su libertad á las victorias de este; por lo que concibió desde entonces contra él un zeloso rencor, del que le dió sobradas pruebas en lo sucesivo.

Selim, llamado por Saladino, volvió á Damasco, en donde le recibió el pueblo con aclamaciones de alegría, conduciéndole en triunfo hasta el palacio del sultan; mas no bien hubo llegado á él, cuando se presenta un agá, le pide la espada, y le enseña una orden de Saladino, en que le mandaba pasase á las cárceles de la ciudadela y aguardase alli su destino.

Al punto no pudo menos de conocer Selim que habia faltado esencialmente á sus deberes, abandonando el ejército cabalmente cuando era mas necesaria su presencia para conseguir la victoria, y que á nadie podian atribuirse sino á él los reveses que habia sufrido; pero sin embargo, estaba tambien muy penetrado de que Saladino le amaba tiernamente, y de que en él

tenia otro Malek-Adhel, y creia que no se comportaria asi con él como no hubiese tenido que reconvenirle de otras faltas mas graves: mas ¿qué otro origen ó motivo podia haber para ello sino las revelaciones de Alaziz? Al considerar esto, se dió por perdido para con su hermano; pues no dudó que aquel déspota feroz jamás le perdonaria el haber contravenido por tanto tiempo y con tanto descuido á sus órdenes, en cuanto habia intentado respecto á Matilde; pero por fortuna á Selim le era ya indiferente cualquiera calamidad que le pudiese ocurrir, y se resignó sin murmurar á sufrir todos los castigos que le impusiese Saladino, que tenia tan bien merecidos.

Con efecto, Alaziz no habia manifestado á Selim tanta moderacion, sino porque en aquel acto juzgaba que Matilde habia vuelto á su poder, y se gozaba en el dolor de Selim por su pérdida, y en el placer anticipado de habérsela arrebatado á su rival; pero cuando pasado algun tiempo vió su esperanza frustrada, suponiéndose burlado por Selim, dió libre curso á su resentimiento, y sin descubrirse, participó á Saladino cuanto aquel le habia confiado.

No quiso Saladino tener á su hermano dudoso de su destino; pues que mirándole como culpable de alta traicion, le entregó á su consejo para que le sentenciase á muerte, como lo hizo. Escuchó Selim su sentencia sin dar la mas leve señal de flaqueza y sin inmutársele el rostro, pues que la vida era ya para él mas pesada que la muerte. Solo el pensar Selim que no podia ya arrancar á Matilde de las manos de Alaziz, era lo único que le hacia hervir la sangre, sumergiéndole en una desesperacion mas cruel que todos los suplicios del universo juntos. Por otro lado, aun cuando hubiese tenido todos los medios necesarios para conseguir su fin, ya no era tiempo de usar de ellos, ni evitar la pérdida de la princesa, sustrayéndola á las violencias de un rival tan cruel como poderoso. ¿Qué atractivos pues podia tener ya para él la vida? es verdad que iba á morir en la flor de su vida, y ceñida ya su frente de gloriosos laureles; pero habia perdido á Matilde, estrañándose ademas de la carta de un hermano que siempre le habia amado como á sus propios hijos, colmándole

de beneficios; y así, le parecía el sepulcro el único asilo de sus pesares, mirando ya sus últimos momentos de vida como una densa niebla, ó mas bien como el humo que sucede á una brillante llama sobre cenizas todavía calientes. «¡Oh, amada Matilde mia, exclamaba en medio de su dolor; sin duda ya no existes!.... y yo debo morir: bendeciré la helada mano de la muerte, puesto que ella debe reunirnos en otra mejor vida que jamás tendrá fin; pero ¿y si acaso fuese cierto que no hubieses vuelto á caer en manos de un tirano detestable, ó aun cuando hayas caído, el Todopoderoso, protector de la inocencia, sostiene tu debilidad?.... quiero probar por si esto fuese cierto el serte todavía útil, y que mis últimos momentos sean un tributo debido á nuestro amor.»

Enagenado con esta idea toma Selim la pluma y dirige á su hermano la carta siguiente:

Soberano dueño de los Creyentes.

«Me habeis condenado, aunque sin oirme: no obstante, he merecido mi muerte, y por lo mismo no pretendo aplacar vuestra justicia; pero, pues que me encuentro ya próximo á sufrir una muerte, que siento no haber hallado en los combates, vertiendo mi sangre por vos; permitidme, querido hermano, si aun me es lícito honrarme con este nombre, que conociéndome como me conoceis indigno de cuanto en el curso de mi vida habeis hecho por mí, cuidándome en mi infancia y sacándome de la oscuridad á que sin duda estaba destinado para siempre, os dé las gracias por el desvelo con que despues habeis cuidado de mi juventud, y por todos los bienes y favores que me habeis prodigado y á que tan mal he correspondido. ¡Ah! sin duda hubiera sido siempre acreedor á ellos sin una fatal pasion, que transformándome en otro ser distinto, me ha impelido á ultrajar á mi dueño y bienhechor, y que me olvide hasta de mi propia gloria. Tal vez mis faltas serán excusables para con aquellos que han visto esa encantadora mujer, á cuyo ascendiente no he podido resistir; porque, ¿cómo seria posible verla y no amarla? ¿Y quién podria amarla, sin consagrarla toda su existencia? La sangre de Malek-Adhel circulaba por mis venas: el mismo fuego que á él

le abrasó se encendió en mi corazón, y ha consumido todas las pasiones nobles que intentaban oponerle. Hermano mio, ese ángel no tiene culpa alguna de mis desaciertos: lo he sacrificado todo por volar á su auxilio y salvarla de un peligro mayor y mas eminente que el de perder la vida: si aun existe, espero que yo no sea causa de arrastrarla al precipicio. Pura como las Houris del Profeta, ha caído en manos de Alaziz; sin duda va á perecer víctima de una pasión menospreciada, si vos no la socorreis generosamente. Olvide vuestra alma, grande y clemente, los males que esa desgraciada princesa ha atraído á vuestra familia, privándoos de dos hermanos queridos, y que os amaban como á sí mismos, y esperimente y se convenza de que el cielo os constituyó constante protector de la virtud oprimida. Vuelva á su patria, é ignore si es posible la suerte del desgraciado Selim. ¡Ojalá que vos, hermano y señor mio, podais en medio de las prosperidades de un largo reinado, olvidar los errores y debilidades de un hermano á quien, si no le intimida la muerte, siente y llora la pérdida de vuestro afecto y de los vínculos que le han unido á vos desde su infancia! = *Selim Adhel.*»

Concluida esta carta la dirigió Selim á su hermano por medio de los guardias que le custodiaban, y se resignó tranquilo á esperar la muerte. La noche precedente al dia en que debia sufrirla, oyó abrirse la puerta de su prision; y creyendo que su hora era llegada, alzó su abatida frente como para despedirse de Matilde; mas ¡cuál fue su sorpresa y su consuelo cuando en vez de ver al verdugo reconoce á su amigo Cefalí, á aquel amigo fiel que jamás esperaba ya ver, y que acaso le traia nuevas del objeto de sus penas!

«¡Amigo querido! exclamó abrazándole; la muerte me aguarda; pero ya muero menos infeliz, pues que puedo aun abrazarte y darte gracias por tantos desvelos como te ha merecido la mujer á quien tanto amo. Háblame pues, ¿nada has vuelto á saber de ella?

—Señor, respondió Cefalí dando un profundo suspiro: solo puedo daros noticias tristes, á saber: Matilde no existe ya.... trataba de ocultarlo; pero he juzgado que os seria menos dolo-

roso el saber su naufragio y muerte, que la sola idea de que se hallase en poder de Alaziz.

—¡Matilde no existe!.... ¡Dios mio!....» el desventurado Selim volvió á caer en su lecho privado de todos sus sentidos; pero recobrando á muy breve rato todo su valor: «sí, exclamó, prefiero mil veces que descanse en la paz del sepulcro, que el que se hallase espuesta á los ultrajes de un bárbaro..... Ahora todo se ha acabado para mí: caiga ya el rayo sobre mi cabeza: venga la muerte: mi alma y mi conciencia, puras como los primeros rayos de la aurora, no la temen: nada me une ya al mundo, y moriré sin pesadumbre; mas Cefalí acaba, ¿qué golpe funesto me ha arrebatado á mi Matilde? ¿á quién debo acusar de su muerte?

—Unos espías de Alaziz, respondió Cefalí, habian logrado robarla de una caravanera próxima á Damietta, situada á orillas del mar, y embarcándose con ella la llevaron á su perseguidor, cuando una borrasca sumergió el esquife en que iban y perecieron todos.

—¡Oh, Matilde! ¿por qué no me hallé yo allí para salvarte ó perecer contigo en las olas? Entrelazados mis brazos con los tuyos, un solo momento habria sido el último para los dos, y nuestros corazones hubieran dejado de latir unidos; y pronunciando tiernas espresiones de cariño, hubiéramos traspasado juntos las barreras de la muerte..... Pero ya que no tengo este consuelo, tengo al menos el de haberte sobrevivido pocos dias, y que ceso de gemir, pues que no tengo que hacerlo por tí.

—Señor, replicó Cefalí: todavía no está todo perdido, y de vos solo depende el sustraeros á la muerte.

—¿Qué dices? ¡Mas que me importa si ya no existe aquella por quien yo vivia!

—Reflexionad, príncipe, que Saladino es mas temido que amado: vuestro valor, vuestras heróicas acciones, vuestras desventuras y la misma semejanza que teneis con Malek-Adhel os ha granjeado el amor del pueblo y del ejército que os idolatra: tengo reunido un suficiente número de amigos que os aguardan para tremolar el estandarte á vuestro favor: decidios, señor: yo

os respondo del feliz éxito: Saladino va á caer del solio, y vos subis á ocuparle.

—Oye, Cefalí, contestó el guerrero levantándose con aire magestuoso, y poniendo su mano sobre su corazon: ¿conoces bien á Selim?

—Pero señor.....

—Sabe pues que este pecho jamás ha cubierto el corazon de un traidor: podrá herirme el hierro de la muerte, pero no hará que sea infiel á Saladino, aunque se me ofreciese el trono de todo el universo.

—Atended á que solo os queda un instante y.....

—Pues en ese instante quiero hallarme lo mismo que he sido toda mi vida. Te pido, Cefalí, que no me hables de este particular; pues no te perdonaré segunda vez el haberme hecho la injuria de creer que pueda faltar al honor, dudando de quien soy.»

Lleno Cefalí de admiracion, y persuadido de que serian inútiles todos sus esfuerzos para vencer una firmeza que era característica en Selim, se retiró despues de haberse despedido de este tiernamente dándole el último abrazo.

A poco rato vino á buscar al principe un grueso destacamento de los guardias del sultan para conducirle al cadalso, y Selim le siguió pensando lo que queria decir al pueblo para exhortarles á que, á imitacion suya, jamás olvidase los intereses de la patria y la obediencia al soberano; pero, ¡oh prodigio! en el momento en que al salir de las lóbregas bóvedas de palacio creyó hallarse en la plaza pública, una puerta se abre, y se halla Selim en el salon de audiencia de Saladino, que sentado en un trono de oro y piedras preciosas, le aguardaba rodeado de todos los principales gefes y grandeza del imperio.

«Selim, le dice el sultan, al punto que le vió: me habias ofendido olvidando mis mas caros intereses, los de mis pueblos y tu propia gloria: debia castigarte, y lo hubieras sido; pero hoy he sabido que con la mayor constancia y virtud has despreciado promesas que sin duda habrian hecho vacilar á otro que no fuese el noble hermano del heróico Malek-Adhel, el fiel Selim: esta magnánima accion me ha dado á conocer que arde

siempre la noble llama del honor en tu corazón, y el amor y fidelidad á mi persona y autoridad: por lo tanto, te perdono tus extravíos, propios de tu juventud: ven á mis brazos: vuelve de nuevo á ser mi hermano, á recobrar el lugar que ocupabas en mi corazón, y á mostrarte mas digno de mandar las tropas mas escogidas de mi ejército.» Dice Saladino y abre los brazos á Selim, que enagenado se arroja en ellos; ambos derraman lágrimas de ternura y ambos merecen que las viertan cuantos los ven, y el aplauso universal.

Una cosa estoy viendo que mis lectores estrañan en este momento, á saber: ¿por qué se verificó en el corazón de Saladino tan repentina y favorable mutacion á favor de Selim? ¿Será quizá la última carta que este le dirigió la que la produjo? No señor: antes por el contrario, pues aunque enterneció algun tanto al sultan, no pudo vencer la firmeza de su carácter, que hacia no se dejase persuadir tan fácilmente. Sepa, pues, el lector que quien obró este prodigio fue la amistad, que supo manejar otros resortes en favor de Selim. Ya hemos visto lo que pasó en la prision entre este y Cefalí; pues ahora es de saberse que desesperado este fiel amigo de no haber podido salvar al príncipe, resolvió sacrificar su vida, si fuese necesario, en su obsequio; y para conseguir su intento, y penetrado como por otra parte se hallaba de la magnánima generosidad de Saladino, y que sabia apreciar los rasgos de generosidad y de valor, no titubeó en ir á echarse á sus pies y declararle francamente lo que acababa de pasar en la prision: la repulsa de Selim á sus proposiciones, y la indignacion que habia mostrado al escucharlas en boca de Cefalí; y en efecto, el sultan al oír esta narracion no pudo menos de dejar escapar una lágrima involuntaria de sorpresa y admiracion, convirtiéndose en favor de Selim toda la nobleza de su alma.

«¡Por el profeta! esclamó, que en su lugar tal vez yo no habria hecho otro tanto. Su generosidad merece que yo la pague con otra igual. Retírate, Cefalí, dijo, tocándole con el cetro en señal de perdon: te perdono la criminal audacia, el delito horroroso en que has incurrido por el placer que me haces experi-

mentar: Selim estaba ya absuelto en mi corazón: solo el deber me tenia indeciso, y tú has decidido de mi resolución.»

Luego que Saladino acabó de pronunciar estas palabras, ordenó los preparativos para la ceremonia referida, y el pueblo y el ejército, al punto que supieron este suceso, en sus aclamaciones manifestaron el delirio de la alegría, adquiriendo la clemencia del soldan un título eterno á la gratitud de sus súbditos.

LIBRO NOVENO.

Mientras tenían lugar en la corte de Saladino los sucesos que acabamos de referir, Matilde, embarcada por sus raptores en un ligero esquife, despues de haber perdido de vista el puerto de Damietta y sus costas, se aproximaba al Cayro, cuando hallándose ya cerca de él apareció en el horizonte una nubecilla semejante á un punto negro, siempre precursora de las borrascas. Esta nube se ensancha y dilata por momentos: comienza un furioso huracan mezclado de granizo: relámpagos brillantes surcan la atmósfera cenicienta; el mar deja oír un sordo ruido al que se une el horrísono estampido del trueno: las espumosas olas azotan la navecilla, que impelida por el fuerte viento vuela con la rapidez del ave que gira en medio de las tempestades: el mar encapota ya el cielo y la tierra con sus oscuras y montuosas olas, y parece oírse un lúgubre grito entre los silbidos de los desencadenados vientos. Elevado el esquife sucesivamente por aquellas hasta las nubes, y sumergido hasta la profundidad del abismo, anunciaba á los espantados marineros la muerte con todos sus horrores: el piloto, sobrecogido de pavor, deslumbrado é inerte, abandona el timon y se postra en actitud de orar: á su ejemplo la tripulacion entera hace lo mismo, dejándose ver la palidez de la muerte y del terror en todos los rostros vueltos al cielo fervorosamente. Solo Matilde llena de fortaleza con su inocencia aguarda sin experimentar la mas leve emocion su último instante; lejos de acusar á los elementos, da gracias á Dios de

que por este medio la liberte del feroz Alaziz. ¡Oh! tú, religion sacrosanta, hija del cielo, cadena misteriosa que enlazas á todos los seres sensibles con el Omnipotente y divino Señor, proporcionándoles un apoyo aun en las circunstancias mas apuradas! tú eras la única que en aquel terrible momento sostenias á Matilde que vacilaba al borde de la eternidad; tú eras la que colocando sobre su cabeza virginal tu corona de vida ocultabas á sus ojos los abismos de la muerte, haciéndola que arrostrase con serenidad los vaivenes del frágil barco, los estampidos del rayo y el furor de los elementos reunidos, y señalabas á su vista la senda que debía unirla con su Dios al través de los sombríos vislumbres de tan deshecha borrasca.

Cubiertos de espanto los satélites de Alaziz al aspecto de la muerte inevitable que se presentaba ante su vista, se arrojan á los pies de la princesa, y la suplican humildemente implore por ellos la clemencia del cielo, prometiéndola que la dejarían libre si sus ruegos eran oídos. En efecto, Matilde elevó los ojos y las manos á la bóveda celeste, y oró por aquellos desgraciados instrumentos del pérfido Alaziz; pero ya fuese que la mano del Padre celestial quisiese castigarlos, ó ya que la súplica no fuese tal vez hecha con todo el piadoso fervor de un corazón cristiano, contrito y arrepentido, sino por el interés de librarse de la muerte ó de la persecucion y calamidades que la esperaban, lo cierto es que el esquife choca contra las rocas, se hace mil pedazos, y las olas arrojan á Matilde moribunda sobre las playas de la isla de Chipre.

Reinaba á la sazón en dicha isla Lusiñan, la cual le fue cedida por Ricardo, rey de Inglaterra, al abandonar la Tierra Santa para restituirse á su reino. Decaido el ex-monarca de Jerusalem de su primitiva grandeza, procuraba sobrellevar la pérdida de la Palestina y la de Matilde, cuyo corazón disputó por tan largo tiempo al esforzado Malek-Adhel. Despojado de su trono, debía bastar á su ambicion el que por una gracia especial de Ricardo poseia; mas no se creia seguro en él, y por otra parte el ardor de su ambicioso y vengativo corazón llamaba siempre su atención á aquel que perdió, y hacia que despreciase cualquiera otro.

Ya habian transcurrido cerca de tres años desde aquel singular combate en que el auxilio de un cobarde asesino proporcionó á Lusignan el deshacerse de un generoso y noble rival que acababa de concederle la vida (1), lo que sin embargo no pudo impedir que el invicto Malek-Adhel muriese esposo de Matilde. Desde aquella época, como es natural, habia perdido Lusignan la estimacion de la princesa y cuantos derechos hubiera tal vez podido pretender á su corazon; ya no escitaba su memoria otra cosa que el pesar de una pasion desgraciada, y los remordimientos de un crimen, que como una muralla impene-trable le separaba para siempre de ella. Tratando de disipar el dolor que experimentaba al acordarse de su desventurado amor, iba muchas veces á respirar la fresca brisa de la tarde á una quinta que poseia en medio de un ameno bosque, sitio verdaderamente delicioso en otros tiempos, consagrado á Venus por los poetas, y en donde el lujo oriental ostentaba entonces toda su magnificencia, compitiendo en cierto modo con la naturaleza, descubriéndose todavía en el centro de un hermoso valle cubierto de flores y olorosos arbustos, los restos del suntuoso y célebre templo de aquella diosa.

La quinta de Lusignan, tan agradablemente situada, daba por uno de sus costados sobre el mar y junto á una estensa bahía. El rey solia pasearse con frecuencia por la playa, fijando su vista en el horizonte, creyendo divisar aun el navío que conducia á Inglaterra á Ricardo y su esposa Berenguela, cuya despedida le habia hecho derramar muchas lágrimas: otras veces volvía los ojos al Oriente; traia á la memoria el recuerdo de Jerusalem y de sus glorias; creia oír aun á los cruzados, y se le erizaba el cabello cuando se acordaba de su terrible enemigo Malek-Adhel, cuya sombra ensangrentada parecia perseguirle incesantemente echándole en cara su infame perfidia: otras veces se le representaba dando su mano á Matilde, á quien la unia Guillermo, bendiciendo este enlace, y reconviniendo á Lusignan con semblante severo por haber privado á la cristiandad de un

(1) Véase el fragmento cuarto de Matilde.

héroe que habria sido el mas firme apoyo de la religion de Jesucristo, que siempre hubiera reinado en la Palestina, alejando de ella á los infieles y conservando á Jerusalem y demas lugares santos en poder de los cristianos. Por último, Lusiñan, como todos los malvados, sentia ese cúmulo de horrores causados por la desesperacion, viéndose agitado sin cesar por los tardíos remordimientos, á los cuales iba mezclada una rabia impotente que le hacia insoportable y aun odiosa su existencia. Un dia que este malhadado monarca se paseaba tristemente por las orillas del mar, meditando sobre sus pasadas glorias y en los favores de que en otro tiempo le habia colmado la fortuna, de la que se veia tan abandonado y abatido, y ajados y marchitos aquellos laureles que tantas veces adornaron su orgullosa frente, volvió, segun tenia de costumbre, sus ojos hácia la inmensa playa, y descubrió á lo lejos una embarcacion que fluctuaba al través de las furiosas olas, impelida por una horrorosa borrasca; pero en breve la pierde de vista, y no duda que ha sido sepultada en los abismos del mar. Inmediatamente da sus órdenes para que se acuda á su socorro y se salve, si es posible, á la combatida nave, ó al menos su tripulacion y gente que conduzca á bordo: con efecto, se acudió con la mayor presteza al auxilio de los desgraciados náufragos, de los cuales solo uno pudo salvarse, que fue el que llevó la infausta noticia de tan funesto suceso. Habiendo registrado cuidadosamente las gentes de Lusiñan el sitio del naufragio, hallaron en la playa el cuerpo de una jóven vestida de hombre, que no daba ninguna señal de vida; cuyo cuerpo condujeron á la presencia de su señor, entregándole ademas un retrato guarnecido de diamantes que la habian encontrado en un bolsillo, y una cadena de oro que pendia de su cuello. Sorprendido Lusiñan á vista de una alhaja que indicaba ser su poseedora persona de alta gerarquía, examina el retrato con atencion y percibe desde luego unas facciones que le ponen en la mayor confusion: estas facciones eran las de Malek-Adhel. Lusiñan suponía á Matilde encerrada en el monasterio del Monte Carmelo, y asi no podia imaginarse fuese la jóven que la tempestad y el naufragio ponian en sus manos; pero habiéndole insinuado uno

de los presentes, que á pesar de la palidez de la muerte que cubria el rostro de aquella muger se distinguia haber sido de una extraordinaria hermosura, corre adonde la habian depositado de órden suya, que era en su palacio, y á la primera ojeada reconoce á Matilde.

«¡Salvadla! ¡salvadla! esclama, y todos mis tesoros son vuestros.» Al punto se buscan los mas hábiles facultativos; vienen, y á fuerza de diligencias y multitud de medicamentos, vuelve á palpitar el corazón de Matilde y á reanimarse su semblante. ¡Con qué interés observa Lusiñan en este momento en los rasgos de aquella tan interesante fisonomía todos los progresos de su restitucion á la vida! ¡Qué placer experimenta al verla recobrar el suave calor que la anima, comenzando á existir nuevamente aquella belleza celestial, cuya primera mirada, envuelta aun en las sombras de la muerte, habia vuelto otra vez á decidir de su destino encendiendo nuevamente con mas ardor la mal estinguida llama que devoró su corazón! Con el mismo entusiasmo vió sin duda el dichoso Pigmalion animarse con el soplo de la vida y palpitar el corazón de la estatua de Galatea. Y sin embargo, ¿qué esperaba Lusiñan de Matilde sino que le mirase con desprecio y aversion? Demasiado bien lo conocia, y por lo mismo, despues que se aseguró de que vivia, la confió á unas mugeres de cuya inteligencia y fidelidad estaba bien penetrado, ordenándolas ocultasen su nombre á la princesa y el pais donde se hallaba: ademas hizo se vistiesen el traje musulman para darle á entender que habia sido arrojada por la tempestad á las costas de Siria, y que se la habia restituido á la vida por el cuidado y desvelos del dueño de aquel palacio; que no exigiria de ella mas condescendencia que la de no salir de los límites de sus dominios, con la promesa de conducirla inmediatamente al paraje que quisiese habitar.

Matilde no volvió totalmente en sí del letargo en que se habia hasta el dia siguiente por la mañana; y al recobrar el uso habitual de sus ideas, recordando la horrible escena del dia anterior en que el mar se la habia tragado, creyó que renacia en aquel mundo que la religion promete á los fieles, y por el cual

habia siempre suspirado: mil objetos concurrían á mantenerla en esta ilusion, pues cuanto podia lisonjear los sentidos, hablar á la imaginacion y representar á su vista una existencia celestial, todo se hallaba reunido en el sitio en que volvió en sí. Los sonidos de una música armoniosa que heria sus oidos, le parecia salian del coro de los ángeles que con sus harpas de oro entonaban las alabanzas del Criador: las ventanas del gabinete abiertas ofrecian á su vista campiñas adornadas por los agradables matices de la aurora y de una primavera eterna: colinas esmaltadas de flores y arbustos de un verdor sumamente hermoso coronaban una bahía inmensa en que los blandos céfiros habian reemplazado á las borrascas, y esparcian sus aromas embalsamando la atmósfera. Jóvenes pastoras vestidas á la griega, coronadas sus frentes de rosas, de concierto con una multitud de cantores pajarillos, festejaban al parecer la venida de aquel bellissimo dia en los climas mas favorecidos del cielo, y bailaban con los zagales sobre la verde yerba, figurando en sus juegos las dichas sombras de los Campos Elíseos: el naranjo, el limonero, el catalpa; en fin, toda la pompa y belleza vegetal de ambos mundos embellecian aquella isla encantadora, y recordaban que en otro tiempo fue consagrada á la diosa de la hermosura y madre de los amores. ¿Quién en vista de todo esto no se engañaria como Matilde? Alli se veian los frescos y frondosos bosques en donde las mas bellas ninfas de la Grecia concurrían á celebrar sus misterios de todas partes: los templos de Pafos y Amatunta, en que por decirlo asi, se siente todavia la presencia de la divinidad, se veian alli: las aguas cristalinas de sus arroyos murmuran aun los nombres de Adonis y Citerea; parecen oirse mil suspiros que salen de lo mas profundo de las selvas, y la dulce languidez que en aquellos deliciosos parajes se adquiere, prueba que la voluptuosidad ha conservado en ella su amable imperio. ¡Salve, oh tierra antigua de las mas risueñas ilusiones que ha producido el genio del hombre y que aun parece las produces en tu rejuvenecido seno! ¡Salve, fecundo origen de las maravillas de la naturaleza y eterno asiento de los placeres! ¡los siglos, que destruyen los imperios y trastornan el mundo, han respetado

tu antigua belleza y no han podido arrancarte un solo arbusto aromático de los que te cubren, ni una flor de tus pensiles! Ilustre hija de los mares, ostenta siempre en ellos el rico adorno de tus riberas, de modo que encantado el navegante diga al ver surcar las ondas tus bellas ninfas en una ligera navecilla: «sí, esta es la concha de Venus: la deidad vuelve á presentarse en ella y las gracias forman su corte: su vestido ha variado de forma; pero sus atractivos son los mismos é inspiran el mismo amor.»

«¡En dónde me hallo! exclamó Matilde, mirando en rededor con asombrados ojos, ¿no es el que oigo el coro de los ángeles? ayer dejé la vida mortal: sí, no es un sueño: el mar me tragó, y en el momento de espirar encomendé mi alma al Ser Supremo: me hallé en el fondo del abismo y ahora me hallo en el fondo del paraíso. ¡Qué aire tan suave y perfumado! ¡Cuánto mas bella es aqui la naturaleza que en la tierra! ¡Y qué idea tan imperfecta me formaba yo de esta morada celestial! ¡Recibidme, Dios mio! vuestra soberana presencia me restituye la paz que habia perdido, y esta mansion de delicias llena mis sentidos y penetra mi alma del mas puro placer: aqui me hallo al fin al abrigo de las pasiones, y voy á reunirme con los objetos de mi mayor afecto y á gozar de una nueva vida.... ¡Cuán largo se me hace el tiempo que tardo en verlos! ¡Oh, Dios! ¡á quien debo tan dulces esperanzas! adelantadme este feliz momento, y gocemos todos en tí la verdadera y suprema felicidad..... Pero ¿cómo se ha verificado tan extraño tránsito? Creia yo que al morir, solo el alma era llamada á esta morada divina, y sin embargo me creo resucitada tambien en el cuerpo.... ¡Ah, yo suspiro!.... ¿He conservado acaso alguna cosa terrena? ¿Podrán ser aqui conocidos los suspiros y pesares?» En estas reflexiones, hijas de la turbacion y enagenamiento en que se hallaba Matilde, creyéndose muerta y resucitada en el Paraíso, abrió la princesa la puerta para cerciorarse de la libertad de que gozaba y conocer el nuevo mundo en que se figuraba haber entrado, cual se nos pinta á Eva nuestra primera muger al despertar en la mañana de la vida, ensayándose en el goce de cuantos objetos fijaban su aten-

cion. Procuraba, pues, Matilde reconocer cuáles eran las felices sombras que vagaban á lo lejos en las márgenes de la bahía ó en las selvas que la rodeaban, y su sencillo é inquieto corazón suspiraba porque no encontraba aquello por quien habia sufrido tantas penas, temblando al mismo tiempo de hallarla, cuando vió que se adelantaba hácia ella, saliendo de lo interior de aquellos bosques, un guerrero de alta estatura, bajada la visera, y cuyo traje anunciaba un sectario de Mahoma: la princesa se estremece á su vista, y su corazón palpita con violencia de amor y de terror á un tiempo. ¿Seria Malek-Adhel? ¿Qué otro sino él podia esperarla y buscarla en aquel sitio? ¿Podia acaso ignorar que le habia sido infiel reemplazando un segundo amor al que ella le juró tantas veces? En vano una fatal semejanza parecia no haber hecho mas que reproducir la misma llama: en vano creia no amar en Selim mas que á Malek-Adhel: su hermosa frente, á la vista del guerrero, que creyó ser este, se cubrió de un súbito rubor: los remordimientos nacieron en su corazón: el paraíso desapareció á sus ojos.

«Señora, la dijo el desconocido, dirigiendo la palabra con voz, al parecer fingida, y en lengua árabe, que Matilde sabia perfectamente: ¿me permitireis que venga á saber de vos, á enterarme de si vuestra salud no se resiente ya del pasado naufragio, y si echais aqui de menos alguna cosa?»

Matilde al oír aquella voz que no era estraña á sus oídos, pero que sin embargo no acababa de reconocer, se desengañó en el momento de lo que pensaba acerca del caballero encubierto, concibiendo en cierto modo un cruel presentimiento que la afligió en extremo, á saber: que se hallaba en presencia de uno de sus mas crueles perseguidores. «Dignaos, señor, le contestó la princesa, permitirme igualmente que os pregunte ¿en qué region me encuentro, y á quién debo mi salvacion del peligro en que me he visto? Entregada á las olas por la tempestad, creia haber sido su víctima y renacer en un mundo mas feliz; y aun cuando tantas bellezas como me rodean podrian conservarme en tan dulce ilusion, veo que por desgracia me hallo todavía en la tierra y que no se han acabado mis padecimientos.

—Señora, replicó el caballero, hubiera querido con toda mi alma prolongar vuestro error, pues que sin duda estais destinada al cielo y para hacer la felicidad del mortal á quien ameis; pero aunque permanezcais todavía en la tierra, podreis encontrar la ventura, ó cuando menos el reposo en esta parte de la Siria en que mando, donde todos os obedecerán.

—Si es cierto que me hallo en Siria, solo tengo, señor, que pedir os una gracia, á saber, que me restituyais al convento del Carmelo, del que me han arrancado circunstancias bien tristes, cuya narracion seria larga, fastidiosa y difícil de hacerse; y alli solamente puedo alcanzar la tranquilidad que parece huir de mí.

—¿Y qué causa puede impedir os que la alcanceis aqui? ¿Por qué quereis sepultar en la oscuridad las gracias que deben ser el mas bello ornato de la sociedad, y someter á vuestro imperio todos los corazones?

—¡Ah, señor! he conocido demasiado el trato engañoso que se llama *mundo*, y solo he experimentado en él sinsabores y amarguras, al paso que en las soledades sagradas solo se ofrece la ausencia de los placeres y el vacío de la vida, el alma se sobrepone á las pasiones que la atormentan, cuando en el mundo todo la abate hácia la tierra y la entrega á locos errores.

—¡Ah, señora! la replicó el incógnito sonriéndose, si pensasen asi todas las personas de vuestra edad, aspirando á una perfeccion que no es dada á todos, ¿qué seria del mundo? pero ya que tan preocupada os hallais con esa eleccion, descansad por algun tiempo en estos tranquilos sitios antes de sacrificar á ella vuestra lozana juventud: en ellos nadie perturbará vuestra soledad, y yo mismo no exigiré de vos otra gracia que la de que me permitais venir de cuando en cuando á gozar de vuestra compañía; despues podreis disponer libremente de vuestro destino.»

El tono imperioso, y al propio tiempo cortés y político con que pronunció estas últimas palabras Lusiñan (que era el incógnito), dió á conocer á Matilde que mas bien que pedirla una gracia la dictaba una órden, y que debia resignarse con su suerte, procurando sacar el mejor partido posible de ella.

Lusiñan por otro lado aguzaba su artificioso ingenio tratando de hallar en él los medios de manifestarse á Matilde y hacerla tolerable su presencia; pues se habia vuelto á encender todo el furor de su antigua pasion mal apagada, al considerarla mas hermosa que nunca, y libre bajo todos aspectos de disponer de su persona; pero temblaba al pensar que no podria oir su nombre ó reconocerle sin llenarse de espanto y mirarle con un profundo horror.

«¡Oh qué rabia! ¡oh qué cruel tormento! esclamaba arrebatado, arrojando terribles miradas á todas partes, haciéndole el sentimiento de sus penas intolerables y sumamente áridos aquellos sitios deliciosos: Matilde se halla en mi poder, la adoro, puede libremente declararse mia, la he salvado de la muerte; ¿y para qué me sirve todo esto? Para redoblar mi perpétua desventura, pues que no me es permitido descubrirme á ella, ni mostrarle mi despedazado corazon sin llenarla de espanto. El suyo me ha cerrado la entrada para siempre: su esposo me persigue desde el sepulcro, interponiéndose como una furia sedienta de venganza entre ella y yo. Pues que no me queda ya recurso, lancemos la delicadeza á un lado: ¡inspírame, amor desdeñado! ¡dame todos tus furores! ¡Tiemble Matilde á solo mi nombre, y arrastrándola el terror al altar, me pague tres años de tormentos!..... ¿Pero cómo podré ser tan bárbaro con un ángel de virtud y de hermosura? ¿Cómo en la persona de su hermana me atreveré á ofender á un monarca á quien debo la corona que me queda, y lo que todavía soy? ¡Oh Dios! ¿No me concedísteis la gracia de salvarla de la muerte sino para sumergirme de nuevo en un abismo de males de que apenas habia salido?»

En fin, despues de haber fluctuado Lusiñan entre diversas opiniones, sin adherirse á ninguna, resolvió ganar tiempo y valerse de un medio, cuyo ascendiente sobre los corazones sencillos y tímidos conocia. Habia tomado sus precauciones con tanta sagacidad, que hacia ya dos meses que Matilde habitaba en su palacio, y aun ignoraba el nombre de su dueño y el sitio en que se encontraba. Para evitar toda sospecha se abstenia de verla, haciéndolo solo muy de tarde en tarde y siempre con la visera

calada, pretestando ocultar una herida que le desfiguraba y cierto voto que habia hecho de no descubrirse jamás hasta que se hallase enteramente curado; pero no obstante, cuanto mas veia á Matilde, tanto mas conocia aumentarse su pasion, exasperándole los obstáculos que se le oponian. Cada vez que la princesa le suplicaba que la enviase al Monte Carmelo, se mostraba como indiferente haciéndose el desentendido, hallando siempre motivos para no acceder á sus ruegos ó para dilatar su deseo. Contemplándose feliz en verla y en tenerla en su poder, procuraba prolongar su dicha sin aspirar á mas temiendo perderla. Además le parecia que acostumbrada á vivir en su compañía, la seria menos doloroso el instante en que se descubriese y le reconociese, y que el amor tan respetuoso que encubierto con el velo del incógnito la manifestaba, la familiarizara con su lenguaje. Al fin, no hallando ya motivo alguno decoroso que oponerla, y pensando que solo la voz de la fe podria influir eficazmente á su favor en aquel espíritu tímido y religioso, empeñó al obispo de Nicosia (1), capital de sus estados, y muy afecto á su persona, para que favoreciese sus deseos, empleando cuantos medios estuviesen á su alcance para persuadir á Matilde que accediese á ser su esposa. El obispo pensó deber coadyuvar á los designios del rey favoreciendo un enlace á su parecer útil á la religion, pues que debia autorizar mas y mas á Ricardo para emprender una nueva cruzada, en cuyo caso la reconquista de Jerusalem habria sido elegir el trono que debia ocupar su hermana; y así no titubeó en prestarse á ver á Matilde y hablarla del asunto.

Así dispuestas las cosas, Lusiñan anunció á la princesa la visita del obispo, como de un prelado condecorado con las primeras dignidades de la iglesia, encargado por el Sumo Pontífice de la direccion de la Siria y Palestina, y comisionado por él para reanimar el abatido valor de los fieles, noticiándoles la nueva

(1) *Nicosia*: grande y hermosa ciudad, capital de la isla de Chipre, en la cual residian antiguamente sus reyes, y en la actualidad solo un bajá. Véase en ella bellas mezquitas, y tambien varias iglesias griegas, por lo cual es arzobispado. Produce láudano, algodón, seda y otra infinidad de artículos que la hacen uno de los puntos mas comerciales de aquellos paises.

cruzada que se estaba preparando en Europa en su auxilio. En efecto, todas estas particularidades eran ciertas, pues que toda la Alemania se ponía de nuevo en movimiento para reconquistar el Santo Sepulcro, atravesando ya los mares sus ejércitos. Matilde al oír este anuncio de Lusignan, se sintió penetrada de alegría, no tan solo por los esfuerzos que hacia la Europa en favor de la cristiandad, sino tambien por la esperanza que concebía de que variase su suerte; pues cualesquiera que fuesen las atenciones respetuosas que con ella tuviese Lusignan, al fin se veía privada de su libertad y en poder de un hombre cuyo misterioso proceder daba márgen á formar sospechas; á lo que ademas se agregaba que, aunque aquel príncipe artificioso no habia omitido medio alguno para que ella se equivocase ó desconociese su persona, experimentaba un cierto presentimiento secreto que la atemorizaba é impelia á que se alejase de él. Por otro lado, temblaba tambien de que el amor, que hasta entonces habia sido causa de todos sus padecimientos, no la preparase otros nuevos, haciéndola hallar en el desconocido príncipe otro Alaziz decidido á retenerla en una perpétua esclavitud. Se lisonjeaba de que por la mediacion del obispo lograria el permiso de restituirse al Monte Carmelo ó á Tiro, bajo la proteccion del de aquella ciudad, y no dudaba de que manifestando al respetable prelado su nombre y nacimiento (el que habia ocultado hasta entonces cuidadosamente) no perdonaria diligencias para romper sus cadenas.

Pero al mismo tiempo pensaba tambien Matilde que restituida al Carmelo, se sepultaba viva en aquel claustro donde volveria á consagrar á Dios sus dias tan agitados con tantas tempestades; y aunque de esto se regocijaba, sin embargo, madura ya con la reflexion y la esperiencia, y desengañada con las sabias lecciones de Nuredino en la Pirámide, no podia tampoco dejar de oír, con mayor placer aun, la voz de un corazon sensible que la ofrecia otro destino, y le hacia mirar á Selim digno de volver á Dios por sus virtudes, y de ella por la delicadeza y constancia de sus sentimientos. Pensando en esto daba profundos suspiros, que Lusignan atribuía á su piedad: la amable imagen de Selim seguía á Matilde por todas partes en aquellos deli-

ciosos sitios, en donde todo parece hablar á un alma tierna, y todo lo sumerge en sueños engañosos, pero seductores; en relámpagos de felicidad que serpentean á lo lejos en la senda de la vida, meciéndola con esperanzas. Se la ponía delante aquella imágen en los bosques de mirto y naranjos que hermoseaban cristalinos arroyuelos, cuyo dulce susurro, confundiendo con el del fresco céfiro, formaba una especie de lenguaje melancólico muy acorde con el sentimiento de Matilde, y que parecia alternar con sus lágrimas y suspiros. Su piedad, siempre pura, habia adquirido un carácter mas tierno, el cual comunicaba á toda la naturaleza. En Dios veia un padre que la prescribia buscase su felicidad en las virtudes y la paz del alma como el principal de sus beneficios, recobrando un nuevo aliento con la idea de no tener que luchar sino con los recursos humanos. ¡Oh, qué encanto tan consolador derrama en todas existencias semejante piedad!

De todo necesitaba Matilde para resistir al asalto que iba á sufrir del obispo de Nicosia, ó á los nuevos infortunios que la esperaban. Aquel prelado, llevado de su buena fé, iba á presentarla su enlace con Lusiñan como una orden del cielo. Por lo tanto, á su venerable aspecto, Matilde creyó hallarse en medio de los fieles, y al pié de los altares donde habia pasado la mayor parte de su vida dedicada á ejercicios de piedad.

Al presentarse el obispo, la princesa, penetrada de un santo respeto, se arrojó á sus pies, bañándolos con su llanto, y eleva hácia él sus manos trémulas en ademan de suplicar al salvador que aguardaba. El prelado al verla en esta postura la dice:

«Levantaos, hija mia, no os aflijais: vengo á participar de vuestras penas y á traerlos consuelos de la religion, mostrándoos que sois acreedora á ellos.

—Bien los necesito, padre mio, responde Matilde; y no dudo mereceré vuestra indulgencia y compasion luego que sepais mi desgraciada suerte, declarándoos quién soy.

—Lo sé, hija mia, repuso el prelado con gravedad á la asombrada Matilde (que no podia concebir cómo el obispo habia adquirido tales noticias): lo sé, y toda la historia de vuestra

desgracia. ¡Ah, princesa! cuántos pesares os habriais ahorrado si hubiéseis resistido á una ciega pasion , y dócil á la voz de vuestro hermano y al dictámen de los obispos, os hubiéseis unido en matrimonio con Lusiñan , monarca de Jerusalem, y apoyo el mas firme de la cristiandad.

—Largo y muy doloroso seria para mí, señor, el referiros por menor los motivos de aversion que me asistieron, y aun en el dia me asisten contra el ex-rey de Jerusalem, y mi inclinacion á otro enlace que el suyo, cuya narracion, si la hiciese, me lisonjeo me tendriais por mas digna de compasion que culpable: por otro lado creí, y aun creo, fuese mas ventajoso á la cristiandad el hacer de su mas terrible enemigo un defensor de ella; y la conversion de mi esposo Malek-Adhel me ha disculpado sin duda, parece, con el cielo.

—¡Ah señora! la conversion de Malek-Adhel ninguna ventaja ha producido á nuestros hermanos, y el cielo no podia bendecir tal union. La santa ciudad gime mas que nunca bajo el yugo de la esclavitud: la consternacion reina en Judea, y los fieles lloran inútilmente en derredor del Santo Sepulcro, al que apenas se atreven á aproximarse temblando. Los cristianos, esparcidos por toda la Palestina y la Siria, ya no presentan mas que una sombra de su pasada gloria; y si tan deplorable situacion continúa, aun este nombre habrá ya desaparecido.... pero no: el Eterno ha oido los clamores de la cristiandad: ha levantado de nuevo su brazo vengador: subleva la Europa en auxilio de sus desgraciados hijos, y los ejércitos de Alemania vuelan ya á su socorro. Y vos, hija de monarcas cristianos; vos, la hermana de uno de los mas ilustres defensores de la fé, destinada sin duda para ejemplo de una ardiente piedad, de una adhesion á ella sin límites, y para restaurar en la tierra el imperio de Jesucristo muerto en una cruz por salvar á los hombres, ¿no hareis algo en su nombre y por tan santa causa? ¿Habrá algun sacrificio que os pueda parecer costoso por la gloria de Dios y la libertad de nuestros atribulados hermanos? ¿No os tendreis por feliz si la religion de Jesucristo vuelve á dominar por vuestro medio en toda la Siria, y á tremolar los estandartes de la fé sobre las mu-

rallas de Jerusalem, de aquella ciudad, depósito del Sepulcro del Salvador del mundo? ¿No sois deudora á este Señor del mas dulce de vuestros sentimientos.....» Matilde sorprendida y enagenada, pero sobre todo confusa por no saber á qué se dirigia respecto de ella este fervoroso discurso, le escuchaba con el mayor silencio; lo cual visto por el prelado, alzando la voz, exclamó, llevado al parecer de un santo entusiasmo y estendiendo sus brazos: «Muros sagrados de Jerusalem, vosotros á quienes aun santifica la existencia del sepulcro santo del Redentor, ¿no producireis otra Ester, otra Judit, prontas á inmolarse por salvar á su pueblo?»

—¡Ah, señor! interrumpió ya Matilde como aterrada; ¿podrian acaso dirigirse á mí en alguna manera vuestras espresiones y deseos? En este caso, ¿qué podria yo hacer, débil criatura, estando como estoy gimiendo bajo el peso del infortunio, y que al presente recurro á vos para obtener mi libertad?

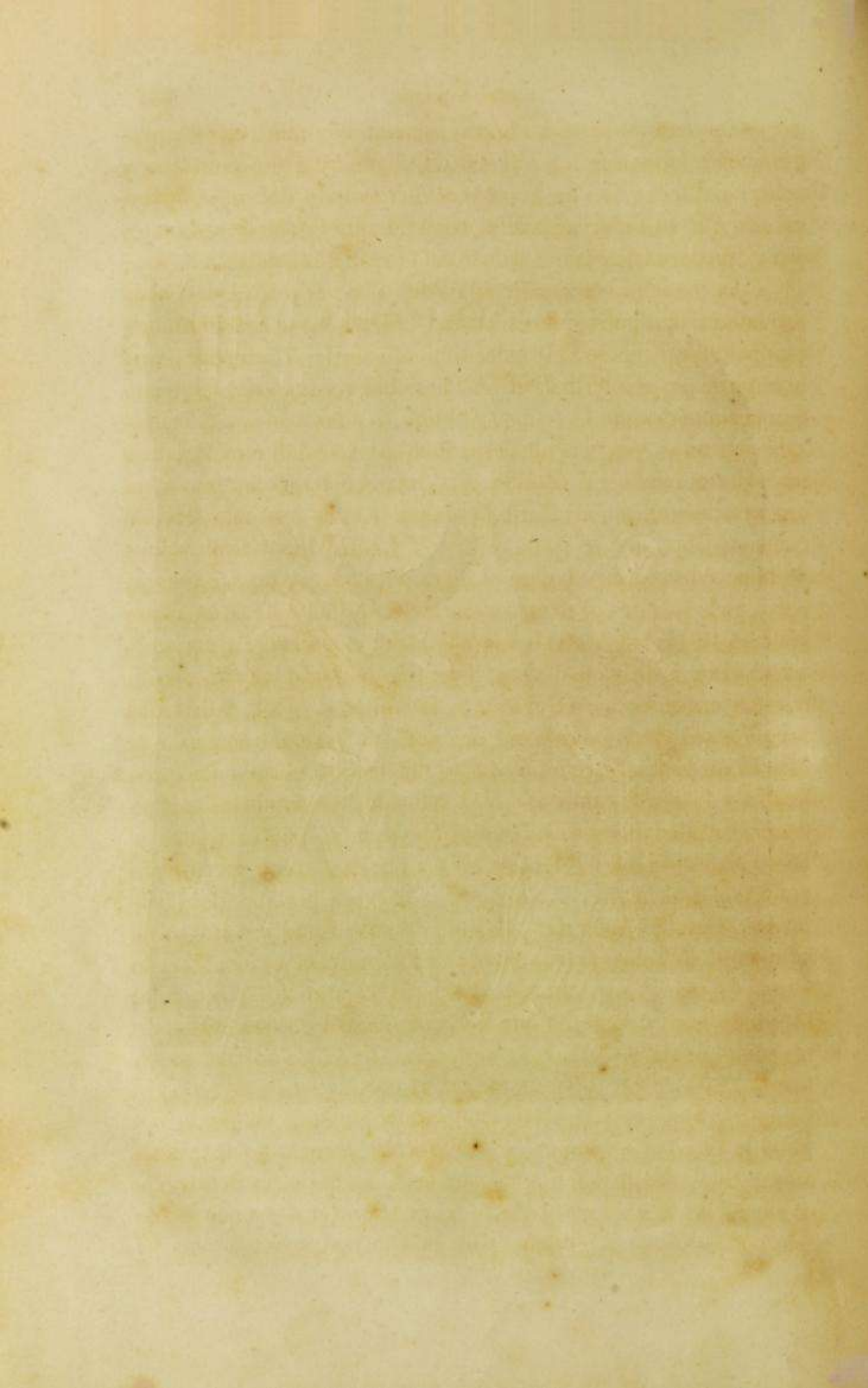
—Hija, contestó el obispo, la mas débil caña en la mano de Dios, se hace la vara fuerte con que hiere y castiga á sus enemigos, y vos me pareceis esa caña elevada á tan alto destino. El rey de Jerusalem os ama siempre: consentid en uniros á él, y este himeneo que por tanto tiempo ha deseado vuestro hermano, reanimará el valor de los cristianos y dará al valiente Ricardo nuevos motivos para reconquistar á Jerusalem.»

Matilde, al oír una proposicion que tan distante se hallaba de esperar, quedó tan petrificada y sorprendida, como si hubiese caído un rayo á sus pies; pero como ya tenia el don de la esperiencia, de que en otro tiempo carecia, y que las desgracias y perfidias á que tantas veces se habia visto espuesta, la habian hecho aprender á desconfiar de todo, volviendo al punto sobre sí:

«¿Qué es lo que me proponeis, señor? dijo enérgicamente levantándose y dando un paso atrás para tomar la actitud conveniente á la esposa de Malek-Adhel. ¡Yo unir mi mano con la que está teñida con la sangre de mi esposo! ¡Esta mano que aun en el sepulcro le pertenece! Jamás; no, no es posible que vos lo hayais pensado ni creído, si sabeis el proceder de Lusignan, ni que este haya osado esperarlo.»

(LÁMINA 3.^a)





—Lusiñan no mató á vuestro esposo, hija mia, como tan ligeramente le acusais: peleó con él como guerrero cristiano y noble caballero: uno de los suyos, arrebatado del zelo, y temiendo que su señor pereciese, cometió aquel cobarde asesinato: el rey de Jerusalem jamás habria sido capaz de semejante bajeza.

—La mancha sin embargo recae sobre él, sin que jamás pueda lavarla, pues que él mismo ordenó á su escudero que asesinase á mi esposo: el remordimiento de la conciencia, que es el tormento mas cruel, el mas horrible verdugo del malvado despues que comete el crimen, obligó á aquel infeliz á confesarlo entre las congojas mas espantosas; y Lusiñan jamás, jamás pudo desmentirlo. ¿Y cuándo este hombre feroz asesina á mi esposo? cuando este acaba de perdonar la vida á su mas terrible enemigo. Mas ¿qué se podia esperar del cobarde, que valiéndose de la perfidia, contra todas las leyes del honor y de la guerra, habia atraído antes al magnánimo Malek-Adhel á Cesarea, cargándole de cadenas como al mas indigno esclavo, queriendo asesinarle y á mí violentarme; y ya que no pudo hacerlo por la resistencia del virtuoso Guillermo, arzobispo de Tiro, y de todos los gefes del ejército cristiano (del que mi hermano Ricardo se hallaba ausente), le remitió con las mismas cadenas á los profundos y lóbregos calabozos de Tolemaida, enviando al mismo tiempo agentes suyos para que sublevasen el pueblo contra el héroe Malek-Adhel y pereciese en su prision, como se hubiera verificado (quedando de este modo cubierta la perfidia de Lusiñan) si el mismo Guillermo, llevado de su caridad y á riesgo de su vida no le hubiese dado libertad? ¿Y quereis, señor, que la misma esposa de su víctima participe de su oprobio? ¡Dios mio! Dios todo justo y lleno de bondad, que en el lecho de la muerte me unió á Malek-Adhel, ¿pretendeis exija de mí tal sacrificio?

—Sí, hija mia, tiene derecho á exigíroslo, pudiendo ser útil á la Iglesia; y cuanto mayor sea de vuestra parte, tanto mas os lo tendrá presente y os será mas meritorio y glorioso. No os engaños: la verdadera gloria no es la que nos ensalza ó envilece á los ojos del mundo, sino la que nos ilustra á los del

cielo: contrayendo el matrimonio que os propongo, no solamente os desposais con Lusiñan, sino con los intereses del Salvador, de aquel Dios á quien os debeis toda.

—Y semejante union, ¿podria sustraerme á la afrenta de ser la muger del asesino del esposo que eligió mi corazon? ¿me libertaria de la invencible aversion que le profeso, como á mi enemigo y mi perseguidor, cuyo enlace seria para mí un infierno continuo?

—¡El enemigo y perseguidor vuestro! ¡Cuán poco merece semejantes nombres! Vos, Matilde, veo os lo representais siempre teñido de la sangre de vuestro esposo; ¿pero no ha quedado limpio de esta mancha para con vuestro hermano, que le ha colocado despues en el trono de Chipre? ¿Creeis que hubiera colocado en él á un asesino?

—Le cegó la excesiva amistad que le profesaba y aun le profesará.

—¿Y no os ciegan tambien á vos el amor y el resentimiento? ¿Podeis llamar persecucion á la ternura con que siempre os ha respetado? ¿Es vuestro enemigo aquel cuyo crimen no es otro que su constancia y el deseo de colocaros en su trono, aquel por cuyos generosos cuidados habeis sido últimamente sacada de las olas y vuelta á la vida?

—¡Qué, padre mio! ¿es á Lusiñan á quien debo la vida y en cuyo poder me hallo? ¡Dios mio! ¿me reservabais todavía esta desgracia?

—Hija mia, estais en el palacio de Lusiñan, que por un efecto de su delicadeza os ha ocultado hasta ahora su nombre y el paraje que habitais.

—Pues que vuelva á recoger sus beneficios y la vida que le debo; mas no espere jamás que la amenaza, la fuerza, ni todo el poder humano sea capaz de comprometerme á darle mi mano; y vos, señor, apóstol de Jesucristo, é intérprete de la voluntad de un Dios de bondad, si os conmueve mi desgraciada suerte, si os interesa la infeliz hermana de Ricardo, obtened de Lusiñan el que me restituya al Monte Carmelo; que la voz de la gratitud le hable en favor de la hermana de su bienhechor; que

acabe ya de tenerla aquí prisionera, y aproveche la ocasion de manifestarla que aun le queda algun átomo de generosidad.

—¡Princesa! ¿qué es lo que pensais exigir de él? ¿Que os vuelva á enviar á Saladino y á poner os bajo el dominio del azote de la cristiandad? ¿Conservaria acaso algun respeto hácia vos quien jamás ha tenido consideracion alguna, ni aun con su propia sangre, dando de esto ahora una prueba, pues acaba de hacer perecer á su hermano Selim-Adhel?

—¡Qué! padre mio, exclamó Matilde cubierta de una palidez mortal y oprimida en tal grado que apenas podia respirar, ¿Selim-Adhel ha muerto de orden de Saladino?

—Sí: ese tirano le ha castigado por haber abandonado el ejército por seguir el objeto de una ciega pasion, malogrando de este modo el fruto de sus victorias.....»

El obispo trataba de continuar su relacion; pero Matilde, no pudiendo ya resistir por mas tiempo á las terribles emociones que experimentaba, perdió el uso de sus sentidos y cayó á sus pies desmayada. A pesar de los prontos socorros del arte que se la administraron, se apoderó de ella una ardiente fiebre, y por espacio de muchas semanas luchó entre la vida y la muerte: la triste imágen de Selim, muriendo por ella, se presentaba á su imaginacion en medio de su delirio; involuntariamente se escapaba este nombre de sus lábios, y su corazon, convertido en blanco de todas las angustias, pedia al cielo la concediese no sobrevivirle.

Sin embargo, la juventud de Matilde, su buena constitucion física, y sobre todo las exhortaciones religiosas que tanto ascendiente tenian sobre ella, la arrancaron de las puertas de la muerte; por otro lado, el pensamiento de que lo de Selim tal vez podria ser un falso rumor, se presentaba tambien á su imaginacion, aunque como una débil vislumbre de esperanza, coadyuvó á que recobrase la perdida salud; y el obispo de Nicosia que se interesaba vivamente por ella desde que supo sus desgracias, iba frecuentemente á consolarla y animarla.

Juzgando este prelado que la enfermedad de Matilde provenia de las persecuciones de Lusñan, habia hecho presente á

este la inutilidad de sus esperanzas, los derechos de la princesa á todas sus atenciones; y de consiguiente pidió y obtuvo permiso de trasladarla á un convento de Carmelitas situado á alguna distancia de Nicosia; á lo cual habia accedido fácilmente Lusiñan, por considerarla perdida para él, pero conservando la intencion de volver á apoderarse de su presa luego que se restableciese.

La mudanza de habitacion y residencia causó á Matilde una verdadera satisfaccion, pareciéndola que al abrigo de los altares se sustraeria al poder de Lusiñan; mas sin embargo, la negra melancolía en que la sumergia la pérdida demasiado verosímil de Selim y el porvenir que se presentaba á su vista, despojado de toda esperanza, sin duda la habrian vuelto en breve á conducir al sepulcro, si el obispo de Nicosia no la hubiese dado noticias que la reconciliaran con la vida.

«Princesa, alegraos, la dijo un dia con un semblante en que se veian retratados el gozo y la esperanza: el cielo se apiada de nuestros males y nos ofrece socorros poderosos; acaba de anclar en la rada de esta isla una flota europea que conduce un grueso ejército de alemanes. Los duques de Sajonia y del Bravante la mandan: no tardarán otros pueblos cristianos en seguir tan heroico ejemplo; y todo, todo nos presagia el éxito mas feliz.

—¡Ah, padre mio! contestó Matilde, ¡ojalá me engañe! pero os confieso que mi alma, cerrada á toda esperanza, no participa de la vuestra. ¿Harán otros guerreros lo que no ha podido hacer mi hermano? Para vengar la gloria de su nombre, ¿necesita Dios del esfuerzo humano, cuando depende de sí mismo, y puede aniquilar el mundo con un soplo? ¿No ha dado á conocer (por sus justos é incomprensibles juicios) que no quiere favorecer los esfuerzos de los cristianos en lo inútiles que han sido estos mismos esfuerzos hechos por ellos? Y desde que se hicieron últimamente, ¿podrá mirarse una nueva cruzada sino como un medio de inundar mas de sangre y de lágrimas una region que los cristianos ya no pueden conservar?

—Hija mia, rectificad, ó mas bien reformad vuestras ideas en este punto; los caminos y los designios del Señor no son los nuestros; y cuando no protege los esfuerzos que algunas veces

hacemos, no es porque no los aprueba, sino porque quiere experimentar nuestras fuerzas y dejarnos el mérito de nuestras acciones.

—Padre mio, no dudo que será segun lo decis; pero permitidme os haga observar que con tales argumentos pueden justificarse toda clase de empresas, y que la justicia y bondad de Dios protege igualmente á todos los pueblos del mundo.

—Dejémonos, señora, de estos inútiles argumentos que para nada sirven, y lo que sí os diré es que me lisonjeo de que el resultado de esta nueva cruzada confirmará dentro de poco mis esperanzas. Esta isla quizá no tardará en convertirse en teatro de la guerra; pues se dice que para quitar á los cristianos este punto de reunion, quiere Saladino enviar á Selim-Adhel.

—¿A quién, padre mio? preguntó Matilde, toda alterada y cubiertas sus mejillas del mas vivo encarnado, creyendo haber oido mal.

—A un jóven héroe, que en todo semejante á vuestro esposo, llena ya todo el Oriente con la celebridad de su nombre, y á quien el ejército ama tanto como amó á su anterior gefe.

—¿Pues no me dijísteis, padre mio, que habia perecido Selim de órden de Saladino?

—Es verdad, princesa; pero seria falso, ó quizá le habrá perdonado el sultan, atendiendo á sus altas prendas, y á que es el único apoyo en que por nuestra desgracia se afirma su imperio..... Pero sin duda que vos le habeis conocido: en este caso, decidme, ¿poseia en efecto las heróicas virtudes de su hermano Malek-Adhel? Y si vive, ¿deberemos tener todavía á este héroe en la persona de Selim?»

Haciendo estas preguntas, al parecer sencillas, el prelado observaba á Matilde con ojos perspicaces, procurando leer en su corazon por los movimientos de su rostro; por lo que la princesa, toda turbada, solo le contestó:

«No me toca, señor, graduar el mérito de ese guerrero: en el Monte Carmelo me salvó la vida, y quizá esto podria hacer que le juzgase con demasiada indulgencia; pero sin embargo, no puedo menos de decir que creo no hay otro infiel mas digno

por su gran corazón, su generosidad y sus virtudes políticas y morales de ser cristiapo.»

Desde el día en que pasó esta conversacion, fué restableciéndose conocidamente la salud de Matilde, y á muy poco tiempo se halló fuera de peligro: lo que prueba que la fuente ó el manantial de la vida en una muger está en su corazón, centro de todos sus afectos los mas íntimos, y adonde vienen á parar sus penas ó sus placeres, y la diversidad de sentimientos resaltan, si nos es permitido decirlo así, en su semblante, dejando ver en él la hermosura y contento, si es una pasión dichosa la que los inspira, ó el dolor y el abatimiento, cual un lirio ajado por la tempestad, si provienen de una pasión desgraciada. Selim vivía: Matilde ya no podía dudarlo, y por lo mismo debía también vivir; pero ¿qué motivo podía haberle obligado á abandonar el ejército, á no ser el de salvarla del bárbaro Alaziz? Al pensar en este sacrificio, esto es, en que por hacerlo en su obsequio le había costado la vida, se horrorizaba algún tiempo antes, y no hallaba consuelo; pero ahora vertía solo lágrimas de gozo y de agradecimiento al pintarla su corazón á Selim vivo y dichoso..... ¿Podría serlo sin ella? no, seguramente; su amor sin duda la buscaba: la llamaba sin cesar, y tal vez no había tenido otro objeto al pedir á su hermano que dirigiese sus armas contra Chipre, sino para volar en su auxilio y arrancarla del poder de Lusñan. Tales eran las dulces ilusiones con que se alimentaba Matilde, sin reflexionar que Selim no podía tener noticia alguna de ella por el excesivo cuidado que Lusñan ponía en evitarlo por todos los medios que estaban á su alcance.

El convento en que moraba la princesa se hallaba situado en un deliciosísimo valle, donde una naturaleza brillante y placentera, lejos de inspirarla melancolía, la alegraba y hacía renacer en su corazón pensamientos de felicidad. A veces subía á una colina cercana, y tendiendo su vista por la inmensidad del Mediterráneo, parecía querer divisar el navío que debía traer á Selim; pero al mismo tiempo que lo deseaba, temblaba; porque considerándolo bien, ¿no venía á pelear contra los cristianos?

¿no venia á destruir el imperio de la Cruz? ¿Cómo, pues, podria ella verle sin estremecerse pelear con los defensores del cristianismo y de la Ciudad Santa? ¡Por qué fatal encadenamiento de circunstancias crueles se habia de hallar siempre su amor luchando con sus remordimientos! Verdaderamente no podia mirar á Selim como culpable por obedecer las órdenes de su hermano; pero ¿no lo era en venir á atacar la religion de Matilde, que esta habia procurado infundir tan de veras en su corazon, y que el mismo Selim habia mamado con la leche cuando se crió en la oscuridad y al cuidado de sus fingidos padres Ramiro é Isabel? Estas reflexiones amargaban las dulzuras de sus agradables recuerdos y de sus esperanzas, y eran muy á propósito para hacerla recaer en su pasada melancolía. Sin embargo de todo, ¿no podia Matilde prometerse de Selim, atendiendo á las pruebas tan indudables de amor sin límites que la habia dado tan repetida y constantemente, que oiria la voz, mal apagada sin duda en su pecho, de la religion de Jesucristo, y que se convertiria públicamente al cristianismo? Si tenia para ella el corazon de Malek-Adhel, ¿no le dominaria del mismo modo que á este? ¿No podria ser á lo menos un instrumento de que Dios quisiese valerle algun dia en beneficio de los cristianos, desarmando acaso el brazo de su hermano? Asi fluctuaba Matilde entre el temor y la esperanza, fomentando en su pecho una pasion que en lo sucesivo debia ser inestinguible por mas esfuerzos que hiciese.

Un dia, al fin, la princesa supo que la armada de Saladino habia llegado y peleaba con la de los cristianos: al momento, seguida de la abadesa y algunas religiosas, sube á la cumbre de la colina, desde donde se percibia la batalla naval, aunque algo confusamente. ¡Qué afectos tan varios se apoderaron del corazon de Matilde al presenciar semejante espectáculo! Por un lado se la figuraba que todos los aceros de los cristianos se dirigian contra el pecho de Selim; y por otro, mientras las piadosas religiosas pedian al cielo el triunfo de los cristianos y la destruccion de su mas terrible enemigo, Matilde le suplicaba alejase la muerte de aquel objeto querido, y se estableciese la paz entre ambos partidos.

En efecto, Selim era el que mandaba la flota mahometana, el cual, como hubiese llegado á entender que en Europa se organizaba una nueva cruzada, y que los alemanes debian ser los primeros que desembarcasen en Chipre, juzgó sumamente preciso y útil tomar á los cristianos aquel puesto tan ventajoso, que le serviria de punto de reunion y favoreceria todos sus desig- nios; y Saladino le encargó esta empresa; pero por mas activi- dad que empleó, no pudo precaver Selim la llegada antes que él de la escuadra enemiga, que encontró ya en aquel punto pronto preparada á recibirle. Sin embargo, no dudó un mo- mento en atacarla, aunque se veia muy inferior en buques y gente; y con efecto, se trabó un sangriento combate, en el que por dos veces apresó y volvió á perder la nave capitana ó prin- cipal de los cristianos; mas á pesar de los prodigiosos esfuerzos de su valor, se vió en la dura aunque forzosa precision de ceder á la superioridad de la marina europea, y retirarse con gran pérdida; y se fué á esperar refuerzos á un puerto de la misma isla, protegido por una fortaleza de que al paso se habian apo- derado. Los cristianos celebraron el éxito de aquel combate, como la primera victoria que en cierto modo les vaticinaba la conquista de la Palestina y la proteccion del Dios de los ejércitos.

LIBRO DÉCIMO.

Lusiñan quiso aprovecharse de una tregua que se estipuló entre cristianos y musulmanes por algunos dias para dar una magnífica funcion caballeresca á los príncipes cruzados, en la que pudiese ostentar sus fuerzas y destreza á los ojos de Matilde. Con efecto, ningun caballero cristiano habia sobresalido como él en los torneos y demas diversiones caballerescas; y aun se acordaba con pesar del torneo celebrado en otro tiempo en Tolomaida por el rey Ricardo á instancia de Matilde, en que Lusiñan, despues de haber triunfado por muchos dias consecutivos de cuantos caballeros cristianos y sarracenos se le presentaron, tuvo que ceder á Malek-Adhel. ¡Oh brillantes tiempos de la caballería, en que se animaba el valor y el honor á la vista de la belleza con sus amorosas miradas y con la esperanza de obtener el premio de una mano querida, desplegando todos sus recursos y esplendor que sin costar una sola lágrima á la humanidad, á menos que no fuese de placer; tiempos en que hermoseedada la gloria con todos sus mas seductores prestigios, coronándola la pompa de las artes con palmas puras, sin mancha alguna de sangre; tiempos en que el desvalido hallaba por doquier un defensor; tiempos, en fin, en que los oprimidos encontraban en cada caballero un protector contra el opresor! ¿Dónde estais? ¿por qué no deberiais renacer, y con vosotros las virtudes de aquella edad inocente y sencilla, de aquella edad de oro? ¡Cuán nobles sentimientos produciais, tiempos dichosos, en los pechos

de los guerreros! ¡De qué afectos de amor y honor no los llenabais! ¿Por qué la industria humana que ha llegado hasta dominar el rayo, no cuenta ya con vuestras justas, con vuestros torneos, con vuestras coronas, y en fin, con las virtudes heróicas que os inspiraban?

Lusiñan pues, prometiéndose obtener siempre iguales triunfos, hizo publicar un torneo, al son de los clarines y trompetas, al que convidaba á todos los caballeros de Europa y Asia sin distincion de clase ni culto. Se alzó el palenque en un sitio cercano á la antigua Amatunta, y en un ameno y delicioso valle donde se veian las ruinas de un templo dedicado en otro tiempo á Venus, y que Lusiñan habia mandado reedificar. Cercaban este valle risueñas colinas que iban aplanándose gradualmente é inclinándose hasta las orillas del mar, formando un verdadero y magnífico anfiteatro, pudiéndose pasear libremente la vista en la vasta estension de las aguas y examinar los muchos edificios de que estaban sembrados aquellos sitios encantadores, desde cualesquiera de esos puntos. Todavía se dejaban ver en la eminencia de las colinas y entre los bosques de cedros y naranjos, varios templetos dedicados á la madre de los amores. Uno de ellos confinaba con el edificio en que vivia Matilde, y desde cuyas rejas debian ver el torneo la abadesa y sus compañeras, y de consiguiente la princesa, que era cabalmente el verdadero motivo de haber escogido Lusiñan aquel sitio para celebrarle.

En cada una de las principales cimas de aquellos collados que se elevaban en derredor del circo, se desplegaban tiendas adornadas de banderas y gallardetes, segun los colores adoptados por las diversas naciones ó pueblos, cuyos caballeros debian entrar en el torneo. Guardaban estas tiendas los heraldos y escuderos vestidos igualmente al uso de sus respectivas naciones; se interpolaba entre las tiendas una gradería y galerías dilatadas para las damas y la nobleza. Las tiendas del rey de Chipre, de los duques de Sajonia y Brandemburgo, se distinguian por la riqueza de sus colgaduras y el brillo del lujo oriental que decoraban los estrados y doseles en que debian sentarse; pero lo que sobre todo realizaba el encanto de aquel espectáculo, era la

vista del templo de Amatunta, adornado con todos los emblemas de la antigua mitología, y sobre cuyo peristilo se elevaba el trono en que debía sentarse la diosa de la belleza, rodeada de las divinidades mas amables del paganismo, y de todo el séquito que la acompañó cuando en todo el brillo de su juventud y hermosura llegó por primera vez á aquellas deliciosas riberas en su azulada concha, echando en ella los cimientos á su eterno imperio sobre los mortales. Esta diosa la representaba la mas bella de las jóvenes de Chipre, debiendo figurar á su lado como sus sacerdotisas varias jóvenes georgianas y circasianas, notables por su hermosura, y algunas damas de los caballeros. Se da por supuesto que en esta fiesta no se quedó olvidado el amor, porque se celebraba por él. Lusiñan, pues, halló reunido en aquel torneo todo lo mas galante y festivo que la imaginacion de los griegos y los juegos de aquel tiempo daban entre sí.

Apenas principió la aurora á colorear el horizonte de la isla con un viso de púrpura y oro, cuando ya ocupaba todas las alturas una inmensa porcion de pueblo: muy en breve se hallaron cubiertas todas las gradas y galerías de damas y caballeros de todas las naciones, en cuyos trages, tan ricos como variados, competian entre sí en brillo y elegancia: á poco rato principieron á desfilar al son de una escogida y numerosa música militar muchas y brillantes cabalgatas de caballeros cristianos y sarracenos, que se fueron colocando al frente de sus respectivas tiendas. En seguida llegó una magnífica carroza tirada por los amores, y Venus con todas las divinidades del Olimpo y las ninfas de su comitiva. Una multitud de niños vestidos como Cupido, esto es, con el arco en las manos y la aljaba á las espaldas, rodeaban la carroza, vagaban por las tiendas y disparaban sus doradas flechas: ya una de ellas iba á embotarse en una acerada cota; ya otra se enredaba en el velo que cubria una tierna beldad, promoviendo este incidente la risa general y el aplauso del numeroso concurso. En fin, al notar el efecto que hacia sobre los caballeros el encanto de tantas bellezas reunidas, hubiera podido decirse que los habian herido con sus saetas aquellos malignos amores. Enagenados los espectadores con el pom-

posó aparato de aquella magnífica fiesta, y el armonioso concierto de tantas voces é instrumentos, parecia que retrocedian veinte siglos, y que habian renacido los tiempos y dias de Pafos y Citerés en aquellos mismos sitios en que tanto dominaron.

A la diosa seguian los caballeros cipriotas que representaban los dioses del Olimpo, llevando sus nombres y divisas en su bandera. Los dos principales eran Júpiter y Marte, representados por dos hermanos de una estatura gigantesca, Aquileo y Comorin, cuyas fuerzas y valor habian admirado hasta el mismo Ricardo cuando conquistó la isla de Chipre. El casco de Aquileo se veia coronado por un águila con las alas abiertas, en sus garras llevaba un cetro de oro, y delante de él iba Mercurio con su lanza, en que estaba grabado el rayo. Las armas del que representaba á Marte, eran damasquinas, de oro, grabadas en ellas los atributos del dios de las batallas, cediendo solo en riqueza á las de Apolo. Orimei, uno de los mas gallardos caballeros de Chipre, representaba el dios de la luz, sentado sobre un magnífico y resplandeciente carro de púrpura, azul y oro, tirado por cuatro caballos blancos como la nieve: de sus hombros pendia un carcaj, su escudo presentaba un sol radiante, saliendo de entre nubes; en sus manos llevaba el arco y caminaba con la visera levantada, hablando con las nueve musas igualmente representadas por hermosas doncellas.

Entre los caballeros cristianos se distinguia Othon, marqués de Brandemburgo, que por segunda vez conducia á Tierra-Santa sus numerosos vasallos. Despues del desgraciado éxito se habia algun tanto resfriado su zelo, no queriendo esponerlos á perecer en los ardientes desiertos de la Palestina; pero animado nuevamente por la gloria de la religion, se puso en camino con un brillante ejército, acompañando al emperador de Alemania, Federico.

Despues de Othon, se distinguian los dos Enriques, de Sajonia y de Bravante, del mismo modo que los dos Ajax que nos pinta Homero en su Iliada. Ambos se arrojaban á los combates con igual valor, debiendo ser muy en breve testigos de sus hazañas los campos de la Siria: hijos de dos hermanas íntimamente unidas, eran compañeros y rivales en el amor de la gloria: cada

uno de ellos cuidaba de la vida del otro mas que de la suya propia, y se envanecía mas de los triunfos de su compañero que de los suyos mismos.

¿Pero quién es aquel jóven caballero que sigue y acompaña siempre al duque de Baviera? A pesar de la palidez de su semblante, las gracias de la juventud y la hermosura templan el aire marcial que se advierte en su persona, como nos representan á Adonis con la armadura de Venus, cubriéndose con la egida de Marte: si la felicidad se uniese á las prendas naturales y nobles, y á los títulos que la anuncian, desde luego debiera haber sido feliz; pero solo arroja miradas melancólicas que aumentan el interés que inspira. Este supuesto caballero era Olimpia de Baviera, hija del duque de este nombre, que lleno de dolor por no tener hijo alguno varon, quiso que su hija única hiciese veces de tal, habiéndola por consiguiente instruido desde la infancia en los ejercicios varoniles y en el manejo de las armas. Por fortuna la naturaleza parece quiso contribuir á las intenciones del duque, dotando á su hija de una estatura y fuerzas propias del otro sexo. Olimpia se habia ya distinguido en los torneos, y mas de un caballero vencido por su valor, lo habia sido tambien por sus gracias. Se habia empeñado en seguir á su padre á los campos de Palestina, movida no solo del amor filial, de que era un vivo modelo, sino animada tambien como su padre del entusiasmo de la religion y de la gloria, y no tanto por ganar laureles, cuanto por proteger su preciosa vida; y asi se embarcó con él á bordo del navío almirante que conducia á los duques de Sajonia y de Bravante. Cabalmente alli la esperaba el amor que constantemente habia despreciado, pareciéndole muy inferior á sus nobles sentimientos; pero por desgracia Olimpia, que hasta entonces no habia conocido los dardos de esta terrible pasion, vió á Enrique de Baviera. El amor ultrajado por el corazón altivo y desdeñoso de aquella beldad, asestó contra él una de sus inflamadas flechas, y quedó completamente vengado: Olimpia, la insensible Olimpia, no pudo ver á Enrique sin amarle, ni presenciar como aquel valiente jóven arrostraba los peligros de la guerra sin admirar sus grandes y brillantes cua-

lidades, sintiendo arder en su pecho un fuego que la era desconocido en un principio. El amor se introduce en el alma bajo toda especie de formas, y esto sucedió en la suya; mas al conocer que su ternura no era correspondida, quiso en vano apagar una llama inestinguible, y cicatrizar una herida mortal, si el mismo amor que la ha encendido no la apaga ó cura. Cada dia formaba Olimpia la resolucion de no volver á ver mas á Enrique, ni pensar remotamente en él, desechando de su corazon hasta su idea; pero en el mismo hecho de no querer pensar en él, pensaba ya, y con cierto placer; y por otra parte, ¿cómo era posible evitar su vista cuando se hallaban reunidos incesantemente en el buque en que navegaban? Si el cielo se nublabá, si daba señales de alguna borrasca, solo por Enrique temblaba la amorosa Olimpia: olvidaba sus propios peligros, y se asombraba y llenaba de pavor al reflexionar que pensaba mas en la conservacion de los dias de Enrique que en los de su padre; pero sin embargo, se proponia que luego que saliese del navío (en el que se juzgaba demasiado próxima á él cuando veia su indiferencia, y demasiado apartada algunas veces cuando creia percibir en él algun interés), lograria olvidarlo con la constancia de sus esfuerzos; pero ¡oh vanas esperanzas! Luego que llegó á Chipre, conoció que la naturaleza misma parecia conjurarse contra ella, y la hablaba en un idioma que hasta entonces no habia entendido. Su hermoso cielo, la frescura de sus selvas, el murmullo de los arroyos, el aire voluptuoso que allí respiraba, distraia los continuos esfuerzos con que luchaba, proviniendo de esta lucha interior la melancolía habitual que se veia retratada en todas sus facciones. Olimpia, semejante á la azucena que inclina á la tierra su cáliz todavía húmedo con el rocío de la mañana, inclinaba tambien su hermoso rostro sobre su seno para ocultar sus ojos que frecuentemente se hallaban inundados de lágrimas, y en los que temia se leyese la oculta pena que le agitaba. Su padre conocia demasiado bien el estado del corazon de su hija; pero aguardando á que ella se lo descubriese, disimulaba, temblando saber algun secreto fatal, ó alguna inclinacion que su amor paternal no pudiese satisfacer.

Entre los príncipes cruzados se distinguian tambien Herman Landgrave de Thuringia y Valeriano de Limburgo. El primero, dotado de un carácter severo é inflexible, no creia ver en los infieles mas que una manada de brutos, que solo tenian de humano la figura; y era tal su aversion hácia ellos, que hasta desconocia la virtud si la hallaba en un infiel; pero á pesar de este indiscreto y mal entendido zelo, no se le podia negar mucho valor y prendas naturales. El segundo, es decir, Valeriano de Limburgo, á los atractivos de su persona reunia un valor ya acreditado en los torneos y toda la amable urbanidad de un caballero: impaciente por esceder en zelo y valor á todos en los campos de Tierra-Santa, se habia desprendido de los brazos de la bella Flora de Maguncia al dia siguiente á su himeneo, pudiendo con él menos las quejas de su desconsolada esposa que los ecos del marcial clarin y los riesgos que amenazaban al imperio de la Cruz: sin embargo, jamás unió el amor dos corazones mas tiernos, mas fieles, ni con vínculos mas estrechos; y aunque esta union varias veces se habia visto amenazada por la rivalidad de diversos príncipes, hasta el exceso apasionados de la bella Flora, la constancia del decidido Palatino y sus prendas tan extraordinarias, le habian hecho salir vencedor de todos sus rivales; pero era tal en aquellos tiempos el entusiasmo que reinaba por las cruzadas, que á este solo objeto cedian los mas dulces y tiernos afectos.

Mas allá, y delante de la tienda de Lusiñan, se veian formados los caballeros templarios y los del órden de San Juan, conocidos por la cruz grabada en los escudos, y la capa de escarlata bordada de oro, que sobre la armadura ondeaba con las plumas del capacete, que eran de los mismos colores que las del rey de Jerusalem. Este, el altanero Lusiñan, sobresalia entre tantos campeones, como la encina sobre los demas arbustos, montado sobre un soberbio corcel árabe, y cubierto de unas armas tan brillantes que deslumbraban: todo su continuo estudio en el discurso de su vida habia sido el encubrir bajo un exterior amable y seductor los impulsos de un alma siempre agitada por alguna violenta pasion; pero un ojo observador y pers-

picaz hubiera podido descubrir inmediatamente toda la espresion de un carácter atrevido y orgulloso que jamás sufría contradiccion. Su escudo representaba un águila volando entre dos figuras simbólicas de la buena y la mala suerte con este lema: *Domino á las dos.*

Volvamos ahora la vista hácia los sarracenos, cuyas tiendas no atraían menos la atencion universal que la de los cruzados. El aspecto firme de los guerreros y su alta estatura, así como el lujo de sus ostentosos trages, y el brillo y hechura de sus lucientes armas orientales, los hacían notables entre todo el numeroso concurso. Mahomet, príncipe descendiente de los Califas, llevaba esculpido en su escudo un leon conducido por un amorcillo con una cadena de flores, y por debajo este lema: *Nadie puede romperla*: además se distinguían otros infinitos musulmanes llenos de juventud y valor, y de las primeras familias y dignidades del vasto imperio de Saladino, que sería sumamente prolijo enumerar, los que estaban impacientes por dar pruebas de su arrogancia y destreza en los torneos en competencia con los cristianos; pero todos los guerreros, tanto de uno como de otro partido, quedaban eclipsados por Selim-Adhel, á pesar de que por tener la visera calada no se distinguían sus facciones; mas la magestad y gracia de sus modales, desde luego le daban á conocer por gefe de los valerosos caballeros musulmanes, tanto como las plumas del ave de los sultanes que ondeaban sobre su augusta cabeza, y que solo en semejantes circunstancias podían llevar.

La diosa de los amores se veía cubierta con un velo, el cual solo tendría derecho á levantarlo el vencedor del torneo, proporcionando de este modo su vista á la asamblea; en lo que parece se temía que el aspecto de sus gracias distrajese á los caballeros de la atencion de la justa.

Los premios destinados al vencedor, eran una armadura del mas esquisito trabajo y de inestimable valor, y un soberbio caballo para la guerra, que por su velocidad merecía el justo título que llevaba de *el Eolo de la Arabia.*

El primer día del torneo debían celebrarse los antiguos jue-

gos del arco, la lucha y la carrera, adjudicándose el premio al caballero que saliese vencedor en ellos; y habiendo tenido noticias Selim de que Lusiñan no iba á tomar parte, creyó deber hacer otro tanto, reservándose el entrar en el torneo el dia siguiente.

Llegó el primer dia del torneo, y á la hora señalada, al toque de los clarines, trompetas y atabales, se abrió el palenque, entrando en él multitud de caballeros armados de arco y flechas para disputarse el premio. En lo mas alto de un cedro, despojado enteramente de sus ramas, y al cual en el mismo Líbano (1) tal vez no habia otro que le igualase en elevacion, estaba sujeta con un cordon una águila, que giraba en torno del árbol con las alas desplegadas, debiendo adjudicarse el premio al que la abatiese de un flechazo.

Varios caballeros acometieron la empresa y manifestaron su destreza consiguiendo hacerla saltar algunas plumas. El príncipe Mahomet fue el primero que la hirió obligándola á posarse sobre el cedro: en el mismo instante estallaron vivos y estrepitosos aplausos de la numerosa concurrencia, celebrando tan certero tiro y designándole ya como vencedor; pero la régia ave no por eso vacilaba; sacudia sus alas, y como indignada de su herida, volvía á lanzarse de nuevo en los aires, cuando una flecha disparada por el Apolo de los juegos rompió el cordon que la sujetaba y la restituyó su libertad. Aprovechóse entonces Valeriano de aquel breve momento para asestarla otro tiro mas decisivo: en efecto, la saeta parte dejando oír una especie de sonido casi metálico, atraviesa la cabeza de la noble ave y la hiere mortalmente, se para, da un postrer chillido, y cae desplomada sobre la arena batiendo sus débiles alas. El circo resonó con miles aclamaciones, y se adjudicó el premio á Valeriano.

Sucedió al juego del arco el de la lucha: presentóse el primero en la arena Herman, Landgrave del Rhin, paseándose con ademan altivo y desdeñoso, dando bien á entender lo poco que

(1) *El Líbano*: célebre cordillera de montañas situada en la Siria, que principia en Tripoli, y concluye mas allá de Damasco. El monte mas alto tiene 9,600 pies de elevacion.

temia á sus rivales: era tan conocida de los caballeros cristianos su destreza en aquel ejercicio, que ninguno quiso salir á luchar con él: atreviéronse algunos musulmanes; pero á pesar de todos sus valerosos esfuerzos, quedó victorioso. Ya celebraban su triunfo los instrumentos, y semejante al terrible monarca de las selvas, cuya superioridad reconocen todos los animales, Herman miraba por doquier con orgullo, cuando Lusñan dijo á sus caballeros: «cuando los hombres ya no pueden, es preciso acudir á los dioses del Olimpo:» dicho esto llamó al que representaba á Júpiter; y al instante descende del carro el gefe de los dioses, viéndose en él á un atleta digno de disputar el premio al soberbio mantenedor. A las hermosas proporciones de un verdadero Hércules, reunia Aquileo una agilidad que duplicaba sus fuerzas, y una serenidad imperturbable que le hacia aprovecharse de los menores descuidos de su adversario.

«Mejor habrias hecho, le dijo Herman con una sonrisa insultante y provocadora, en permanecer en tu carro celestial, mas bien que comprometer tu dignidad, sucumbiendo como sucumbirás, bajo el débil brazo de un mortal.

—Eso es lo que ahora vamos á ver, le responde Aquileo con la mayor indiferencia y frialdad; acuérdate de la suerte de los Titanes, y procura no participar de su destino.»

Dichas estas palabras los dos valientes atletas, clavados recíprocamente sus ojos en cada movimiento de su contrario, el cuerpo firme, estendidos los brazos de modo que les sirviesen á un tiempo de escudo y de arma ofensiva; los pies como fijos en la tierra, y prontos á entrelazarse con la agilidad de las serpientes, se median de alto á bajo, se agarraban y oprimian sus nerviosos miembros, y se impelian y repelian alternativamente, sin poder alcanzar uno de otro la mas pequeña ventaja; removidos infinitas veces con increíbles esfuerzos, se doblaban algun tanto, y en su inclinacion hácia la tierra parecia que iban á caer sobre la arena; pero semejantes á las encinas, cuya ancha copa combatida por el huracan se abate y vuelve alzarse, ambos campeones conservan el equilibrio, y resisten con fuerza y prodigiosa destreza á las sacudidas de su bravo competidor. Cansado ya

Herman de una tan larga resistencia, quiso terminarla de un solo golpe, y descargó uno tan terrible sobre la cabeza de Aquileo, que el de un martillo manejado por el mismo Vulcano no hubiera podido ser mayor; mas Aquileo, replegándose de repente con una maravillosa ligereza, logra evitar este golpe, y mientras su enemigo se halla todavía inclinado hácia él, cogiéndole por medio del cuerpo le levanta, á pesar de su colosal estatura, como si fuese un niño, y le arroja por encima de su cabeza, viniendo Herman á medir la tierra cuan largo era. Mil gritos se levantan á un tiempo de entre el inmenso concurso celebrando aquel asombroso rasgo de fuerza, y los jueces del campo, atónitos tambien, doblaron el valor del premio ganado por Aquileo. Herman se levanta sumamente confuso y aturdido de una caída tan violenta, acompañada de la risa general, y se retira á su tienda confesando que no debe medir sus fuerzas con el padre de los dioses, mientras el valiente Cipriota vuelve á montar en su carro, y goza sin orgullo, antes por el contrario, con la mayor modestia, de su victoria. En la tarde de aquel mismo dia le envió Herman una espada con puño de oro en manifestacion de su aprecio, cuyo acto de galantería fue universalmente aplaudido, y sobre todo de los caballeros.

Siguiéronse á este otros varios juegos que seria en extremo prolijo enumerar, concluyendo todos por el de la carrera. Mas de cincuenta caballeros de gentil talle y apuesto continente se despojan de sus armas y se aprestan para disputar el premio. Empezaba á temerse que no habiendo llevado ninguno de los competidores mas que un solo premio, no habria quien ganase el grande de las justas, y el incomparable honor de alzar el velo á la diosa Venus. Entre tanto las damas se hallaban tambien impacientes por saber quien seria la que habia merecido que el rey de Chipre la adjudicase la representacion de la hermosura; y mas de una de ellas, segun aseguran las crónicas de aquel tiempo, la envidiaban en secreto, se la disputaban de antemano, y por lo mismo ya se disponian á poner alguna falta en sus facciones, y á mezclar maliciosamente entre sus elogios, si se hablaba de su mérito, alguna maligna reticencia, mas bien que á

admirar con sinceridad su belleza y gracias. No vayan ahora á creer los lectores que todas estas suposiciones son nuestras, sino de la crónica, que en aquellos tiempos, como en estos, la habia tambien escandalosa; por lo tanto, nosotros, meros é imparciales narradores, solamente nos concretamos á ella.

Entre la multitud de caballeros de diversos paises que habian concurrido á disputarse el premio de la carrera, se hallaba uno á quien la voz general se lo adjudicaba ya: este era un jóven persa llamado Aboul-Alí, cuyo nombre era ya célebre en esta clase de justas por mas de veinte triunfos: el cabritillo de los Apalaches (1) no le igualaba en agilidad, habiendo solo estado indecisa su victoria, y al fin tenido que sucumbir al invicto y malogrado Malek-Adhel.

Pusiéronse pues en fila los aspirantes en uno de los extremos del campo, y á la señal de los clarines partieron todos con la rapidez del rayo, menos Aboul-Alí, que despreciando una victoria demasiado fácil, aguardó para empezar su carrera que sus rivales le llevasen una ventaja de mas de diez pasos. Esto no dejó de asombrar á la reunion; pero bien pronto acreditó que no en vano presumia de sus fuerzas, pues se lanzó con la velocidad de la chispa eléctrica, y llegó á la señal que indicaba el término de la carrera en el momento mismo en que iba á tocarla Valeriano; pero con el mayor asombro de los espectadores, en vez de tocarla él mismo, levanta en sus brazos al único rival que podia temer, y le hace tocar á la señal el primero. Un sacrificio tan generoso obtuvo, como era muy justo, millares de aplausos: Aboul-Alí ganó, es verdad, todo el honor de la victoria; pero Valeriano habia ganado dos premios, y por lo mismo fue proclamado vencedor.

Rodeado este último de la flor de los caballeros y precedido de una música marcial, fue conducido por Lusiñan y el duque de Baviera ante la diosa de la hermosura, que debia adjudicarle el premio. Luego que llegó á su presencia, dobló la rodilla y

(1) *Los Apalaches*: grande y estensa cadena de montañas que dividen los Estados-Unidos de América de Norte á Sur, en una cordillera de cerca de 300 leguas de largo, y de 50 á 60 de ancho aproximadamente.

besó con el mas profundo respeto la orla de su vestido, pidiéndola por el primer galardón de su triunfo, le permitiese levantar el velo que la cubria.

«Noble caballero, le responde la diosa, no es para mí menos conocido vuestro valor que vuestra constancia, y me tengo por dichosa en haber de recompensarlos; pues hace ya demasiado tiempo que nada puedo negaros.»

Valeriano, al oír el eco de aquella voz, se llena de turbación; y así, lleva temblando su mano al velo misterioso de Venus: le alza, y reconoce en esta diosa á Flora de Maguncia, su esposa. A la inesperada vista de aquella muger adorada, que habia dejado en Europa, sus ojos se inundaron de lágrimas de ternura; enagenado, y como fuera de sí de contento, la estrecha contra su corazón, sin poder apenas expresar los sentimientos que le agitan con estas interrumpidas palabras:

«¿Es posible, mi muy idolatrada esposa; es posible, repito, que hayas podido atravesar los mares para reunirme conmigo? ¿y es posible tambien que te veo sin que te haya arredrado peligro alguno para darme este placer? ¡Cómo pagas lo mucho que te amo!

—Querido Valeriano mio, responde Flora, tus súplicas fueron únicamente las que pudieron obligarme á dejarte partir solo para la Palestina; pero no bien te separaste de mí, conocí que no podia vivir sin estar á tu lado, y que para no morir de cuidado é inquietud, era necesario que compartiese tus peligros; y por lo tanto he venido á reunirme contigo, que eres la mitad de mi existencia, y ya ves como la suerte empieza á recompensar mi amor.»

Efectivamente, Flora de Maguncia habia arribado á la isla de Chipre la víspera del torneo; y el duque de Baviera, su pariente, de acuerdo con Lusiñan, la habia empeñado á que representase á Venus, con el objeto de proporcionar á su esposo una sorpresa que aumentaria para él el premio de las justas, si, como era de esperar de su acreditada destreza, salia victorioso, como salió, por haber Lusiñan empeñado á Aboul-Alí á que cediese á Valeriano el premio de la carrera, para que esta

doble palma le proporcionase igualmente la sin igual ventura de recibir el primer premio de manos de su esposa.

Matilde, desde la capilla del convento que dominaba la llanura, habia gozado del brillante espectáculo de aquel dia; mas no habiendo podido descubrir á Selim-Adhel entre los caballeros que justaban, los miraba solo con tristeza é indiferencia. En vano la voz pública la aseguraba que el príncipe estaba allí y mandaba la flota enemiga: hubiera querido cerciorarse por sí misma, pues que no podia convencerse de que viviese y dejase perder ocasion alguna de triunfo; pero la princesa no se hacia cargo de que asi como ella no veia sino á Selim en toda la naturaleza, habiendo tributado lágrimas sin fin al rumor de su muerte, asi tambien el mismo sentimiento de tristeza, del que apenas estaba curada, hacia indiferentes á Selim las mas preciosas palmas, no teniendo ya para él prestigio alguno la ambicion y la gloria, desde que la presencia ó recuerdos de Matilde no se lo comunicaban. Solo sí abrigaba en su corazon un deseo, á saber: el de vengar en Lusiñan los males que su princesa y su hermano Malek habian padecido; y la ocasion de ver realizado este deseo, no debia estar ya muy distante.

El segundo dia del torneo empezaron los combates de lanza: todos los caballeros se dividieron en dos bandos iguales en número, y semejantes á dos cuerpos de ejército, se movieron al sonido de los clarines: arrójanse unos contra otros con la mayor impetuosidad: estremécese la tierra bajo los pies de los caballos, que todos son belicosos y de raza árabe: repite el eco de los bosques el ruido de las armas, y podria decirse que un horrísono trueno salia del centro de la nube de polvo que los cubria. Varios caballeros hubieran dejado de existir si no se hubiese prevenido este riesgo, prohibiendo el combate con lanza que no estuviese embotada, dejando sin embargo la libertad de poder llamar á combate particular el caballero que tuviese motivo para ello y quisiese arriesgar la vida. Perdidas sus sillas muchos de los combatientes, ó gravemente estropeados, se fueron retirando, y mas de uno de ellos fué sacado del palenque privado de conocimiento. Los demas se retiraron á sus respectivos puestos,

y rompieron nuevas lanzas. En este segundo torneo quedaron fuera de combate casi todos los caballeros cristianos y algunos sarracenos, siendo estos los menos, ya porque estuviesen mas habituados á semejante clase de justas, ó ya porque estuviesen mejor montados que los cristianos. Lusiñan era el gefe de estos, y lleno de rabia é indignacion al ver un resultado que consideraba como una terrible afrenta, provocó á Selim-Adhel, que estaba al frente de los musulmanes, y contra el cual se habia hecho pedazos la lanza del rey de Chipre, como si fuese una delgada caña, y le dirigió estas palabras:

«Gefe de los musulmanes, ya que te atreves á gloriarte de un nombre temido en otro tiempo en toda Asia, ven á probarme que eres digno de él: en vano te alabarás de un combate como el pasado, en que el éxito se debe mas á la suerte que al valor. Te reto á toda especie de armas y combates que elijas; esperando, como espero, convencerte de que todo caballero cristiano ha nacido para triunfar en combates, cuyo resultado no depende sino de su valor.»

—Admito gustoso tu desafío, le responde Selim con frialdad; te desafío á toda arma, prometiéndome tambien probarte que la suerte no influye jamás en los triunfos alcanzados por los caballeros de Mahoma.»

La numerosa asamblea oye temblando este duelo á muerte de los dos guerreros mas valientes de los dos ejércitos, interesándose tanto los caballeros de ambos partidos en su resultado, como si se tratase de una victoria ó de una completa derrota. El duque de Baviera y el príncipe Mohamet, nombrados jueces del campo, emplean inútilmente su mediacion para evitar una lucha tan terrible, y que cualquiera que fuese su éxito debia ser funesta á ambos partidos. Estaba ya aceptado por una y otra parte el desafío, y se hallaba sumamente interesado en sostenerlo el honor de los dos contrarios. Esta noticia no tardó en llegar á los oidos de Matilde, siendo difícil de describir la atencion con que se fijaron sus miradas en el palenque. Malek-Adhel habia perecido traidoramente por los artificios de Lusiñan. Selim, mas jóven, y por consiguiente de menos experiencia, ¿no podria tal

vez sufrir la misma suerte? y ademas, ¿cómo podria prometerse la princesa que triunfase de tan terrible enemigo? Abrumada por estos crueles pensamientos, se postra de rodillas y dirige sus votos al cielo á favor de quien ama, ínterin la abadesa y sus compañeras oran por Lusignan.

Por último, óyense los clarines: parten el campo los dos fieros combatientes con las lanzas en ristre, y volviendo despues uno contra otro á toda la carrera de sus caballos, se acometen con el mayor denuedo: vuelan hechas mil pedazos las lanzas; los caballos, no pudiendo resistir la violencia del encuentro, retroceden y doblan las ancas; pero obligados por la espuela á levantarse, los adversarios con cimitarra en mano vuelven á embestirse con igual ímpetu: las armas despiden vivas centellas á los terribles golpes de los aceros que se cruzan, y los espectadores temen á cada momento ver descargar el golpe que debe decidir de la victoria. El rey de Chipre estaba cubierto con las armas de Alfredo el Grande, que Ricardo Corazon de Leon le habia regalado cuando renunció á la conquista de la Palestina, y se creian que estaban benditas, sin que ni aun el rayo pudiese hacer mella alguna en ellas. Selim iba tambien armado de una cimitarra llamada el *acero de Marte*, y una cota del mas fino acero damasquino, labrada á punta de diamante, é imitando por su dureza á esta piedra preciosa. Mahomet, que acababa de entregarle la cimitarra, aseguró á Selim que la habia recibido de Saladino en el mismo campo de batalla, despues de una accion en que salvó la vida al sultan, y que se decia haber sido fabricada como por encanto, habiéndose hallado en las aras de un antiguo templo del dios de la guerra. Los combatientes se descargaban los golpes mas terribles, sin otro efecto que el de manifestar su fuerza y destreza, pareciendo que cada uno decidia la victoria. Finalmente, Lusignan presenta su cimitarra á los ojos de Selim como si quisiese dirigirla á su cabeza; mas al ir este príncipe á parar el golpe, Lusignan la vuelve prontamente y da á su contrario un golpe de revés en el lado, que acaso le habria dividido por medio á no ser por su diamantina cota. Selim vacila un instante por la violencia del golpe, mientras la cimitarra contraria salta rechazada por el ace-

ro; pero volviendo sobre sí, coge la accion á su enemigo y descarga un formidable golpe sobre su cabeza, que por fortuna suya resbala tambien el acero sobre el capacete de Alfredo, no sin quedar resentida su armadura; habiendo terminado un segundo golpe irremisiblemente la vida de Lusiñan, si su caballo, espantado y aturdido como el ginete del primero, no hubiese echado á correr por la arena; mas no por eso el rey de Chipre perdió los estribos, sino que, dominando su corcel, se revolvió y pudo renovar el combate; pero los jueces del campo, que mutuamente se habian convenido en suspenderle á la primera ocasion que se presentase, mandaron poner término, declarando se repartiria el premio entre ambos combatientes; y con efecto asi se hizo, adjudicando el caballo á Lusiñan para reemplazar el suyo, que suponian vicioso sus partidarios, y la armadura se dió á Selim: La asamblea aprobó esta sentencia, pues que estaba á favor del rey de Chipre; pero no obstante, las personas prudentes no dejaron de conocer que la gloria del combate pertenecia esclusivamente á Selim-Adhel.

Desde el momento en que Matilde supo que los combatientes eran Lusiñan y el gefe de los musulmanes, seguia todos los movimientos de este con una turbacion tal, que el observador menos perspicaz habria desde luego conocido cuanto pasaba en su alma. Hallábase por otro lado indecisa por si el tal gefe musulman era efectivamente Selim, pues le veia cubierto con otras armas que las que ella habia visto usar á este príncipe; mas sin embargo notaba su misma estatura, la gallardía de su persona, su gentileza y valor; y asi, cuando vió que la cimitarra de Lusiñan le habia hecho vacilar algun tanto, dió un grito de terror como si aquel golpe la hubiese herido á ella misma.

«Noble caballero, dijo á un templario que se hallaba en el convento mirando el combate á su lado: ¿habeis observado el escudo y divisa del fiero sarraceno que pelea con el monarca de Chipre?

—Señora, le respondió el caballero: he examinado á ese guerrero con toda detencion, y por consiguiente puedo deciros que sobre su escudo lleva pintado un amor, que apoyado sobre

un sepulcro, rompe las flechas y apaga la tea, con este lema: *ya no tengo mas para otra.*»

Al oír esto Matilde, se la escapa un suspiro involuntario que apenas puede reprimir: no duda ya de que el guerrero sea Selim; pero al mismo tiempo la ocurre preguntar al templario qué pluma es la mas notable entre las que adornan su penacho.

«La pluma imperial, le responde el caballero, la del Heron (1); pues se dice es hermano ó hijo de Saladino.

— «¡Ah! ¡él es!» esclama Matilde, y su rostro se enciende de rubor por las palabras que se le habian escapado involuntariamente. Vuelve su espantada vista hácia el sitio del combate, y tiene el placer de ver en él á Selim solo. Poco despues repara en Lusiñan, que acompañado de la flor de sus caballeros, se adelanta hácia el estrado de Venus, y recibe de sus manos la parte del premio que se le habia adjudicado. Matilde estaba como asombrada y procuraba hallar la razon de lo que observaba, cuando reparó que Selim se aproximaba tambien al mismo sitio y se postraba á los pies de Venus, alzándose la visera para recibir el premio que tan justamente habia ganado. A la vista de sus nobles facciones voló de boca en boca el nombre de Malek-Adhel, escitando en cuantos habian conocido á este héroe un movimiento de sorpresa y admiracion la semejanza de su hermano Selim; menos en Lusiñan, que al momento que recibió el premio, se retiró. ¿Cómo podrá describirse la turbacion de Matilde al reconocer de repente á su amante (cuya pérdida habia llorado por tanto tiempo) en aquel guerrero ilustre á quien coronaba la victoria? ¡Cuán envidiable la fue el papel que representaba Flora de Maguncia! ¡Cómo hubiera querido dar á conocer á Selim el tropel de sentimientos que la oprimian; aquellos tiernos recuerdos y aquellos afectos que no puede espresar la pluma, ni hay otros términos que los de un eterno amor! Pero ¡ah! todo separa á Matilde de lo que ama, y aun no ha llegado el momento de que obtenga el premio de sus largos y crueles sufrimientos.

(1) *El Heron*: ave rarísima, cuyo plumaje es enteramente negro.

LIBRO UNDÉCIMO.

Matilde recibió á los pocos dias de haberse verificado el torneo, un perfumado billete concebido en estos términos:

«Querida Matilde mia: ¡con qué júbilo he sabido que os habeis salvado del naufragio y que puedo aun volver á veros! Sin embargo, os hallais en poder de Lusiñan, y será imposible arrancaros de él si vos misma no contribuis á ello. Inútilmente se declarará la victoria en favor de mis armas; pues jamás arriesgará este pérfido y artificioso monarca un lance en que pueda perderos y veros pasar á otras manos; además, le sobran medios para sustraeros á mis pesquisas y enviaros á Europa acaso con vuestro hermano. Es indispensable, pues, que os anticipéis á sus proyectos, amada princesa, y que os fieis á mi amor. Esta misma noche abandonareis vuestro retiro, del que saldreis por el paraje que os indicará el portador de esta carta, al que os dignareis señalar hora para verificar la fuga, y os conducirá á la fortaleza de que me he apoderado. Todo se ejecutará con el mayor sigilo, sin quedar comprometidos en lo mas mínimo vuestro honor y delicadeza, por lo que tanto se interesa vuestro = *Selim-Adhel.*»

Fácil es de conocer la conmocion que Matilde experimentaria al recibir esta carta y reconocer unos caractéres tan queridos, y la lucha que se movió en su interior con la propuesta que Selim la hacia. Si accedia á ella, se escapaba para siempre del poder de Lusiñan, y volvía á recobrar su libertad. Pensando en esto,

ya no tenia aliciente alguno para ella la vida solitaria, pues que la imágen de Selim la seguia á todas partes, y ni el monte Carmelo ni todos los sitios del mundo en su ausencia le hubieran parecido otra cosa que unos inmensos desiertos; por otra parte reflexionaba que si el proyecto de fuga se la frustraba, comprometia su reputacion y decoro. Además, ¿no era en cierto modo vender la causa de los cristianos el entregarse al partido de los infieles? ¿qué dirian la Europa y Asia? Que Matilde, la hermana de Ricardo, se habia olvidado de su religion y de sí misma.

Estas reflexiones la tuvieron perpleja por algun tiempo; pero en último resultado era forzoso escoger entre la tiranía de Lusignan y el amor de Selim, entre los peligros ciertos á que iba á esponerse perseguida por un rey tan implacable en su ódio como en su amor, y los inciertos de una evasion justa, terminándose al fin esta lucha de sentimientos, como regularmente sucede, en favor de la pasion dominante. El amor de Matilde á Selim se aumentaba por el ódio que la inspiraba Lusignan, y el temor de ser víctima de su resentimiento y artificios, y asi prometió al mensajero que le seguiria, señalándole para ello la hora de media noche.

Llegada esta, vuela presurosa Matilde al lugar de la cita: la noche está oscura, y parece favorecer su fuga; mas á pesar de los muchos motivos que justifican este paso, todavía se siente agitada su conciencia de una especie de terror que no puede definir: tiene que atravesar el cementerio del convento, y su imaginacion exaltada parece decirla que viola el santuario de la divinidad y el asilo de la muerte; el silbido del viento en las desmanteladas torres del monasterio y el graznido de las aves nocturnas, la parecen otros tantos fatales agüeros que el amor la prepara. Abismada en estos lúgubres pensamientos caminaba, cuando de improviso, al débil y pavoroso resplandor que la luna recién salida de una parda nube despedia, divisa en el mismo cementerio una sombra blanca que se acercaba: esta sombra estienda una mano sobre un sepulcro, y suspira y gime profundamente. A tan repentina operacion, Matilde quiere huir, pero ¡oh nuevo terror! sus vestidos se unen á la tierra como si una mano

invisible la sujetase: báñasele la frente de un sudor frio, siente helársele la sangre en las venas, y va á caer sin sentido.

«¡Oh, Dios! esclama la infortunada jóven cayendo de rodillas; ¿evocas las sombras de los sepulcros para anunciarme tu venganza? No; tú conoces la pureza de mis sentimientos: pon un término á las borrascas de mi vida, ó dame en cambio la paz que no he podido obtener ni aun en la oscuridad de un claustro y al abrigo de tus altares.»

Esta oracion reanimó el valor de Matilde, y recordándola que las miradas del Padre de los mortales bajan sobre ellos como el rocío de la mañana que derrama beneficios, y que sus males solo provienen de sus imperfecciones, se levantó, reconoció con serenidad la causa que la retenia, y desprendió sus vestidos que estaban agarrados á una cruz de madera puesta sobre una tumba. La sombra que le habia parecido ver, ó que en efecto vió, habia ido á aquel sitio á plantar otra cruz igual en obsequio de una compañera suya, cuyo sepulcro visitaba.

Desengañada, pues, Matilde de sus vanos terrores, llegó por fin á las cercas del monasterio, y montó en un carruaje, que con la mayor velocidad, en menos de dos horas, la condujo al lugar que se la habia indicado. Despues que hubo pasado el puente levadizo de una fortaleza que dominaba campiñas inmensas, la introdujeron en un salon iluminado con profusion; no tardó mucho en sentir los pasos de un guerrero: cree reconocer en ellos á Selim, y su corazon palpita con violencia de alegría, queriendo salirse del pecho á encontrarse con el objeto amado. Un rayo de felicidad brilla ya en los ojos de Matilde que van á hallarse con los de Selim-Adhel; pero ¡cuál es su sorpresa y horror al verse en presencia de Lusiñan! La cabeza de Medusa con sus horrendas serpientes, no la habria dejado mas aterrada.

«Señora, la dice el rey de Chipre con tono respetuoso; perdonad este ardid de que se vale un monarca que os adora para atraeros á su lado inutilizando las tentativas que un infiel podria emprender contra vos; sé que vuestro alucinado corazon me acusa de la muerte de un príncipe á quien amábais, y me ha jurado un ódio eterno, pero injusto en extremo; mas demasiado

orgullosa para abatirme hasta justificarme de una vileza que me ultraja, continuaré dándoos pruebas de mi constancia y zelo, velando sobre vuestra suerte é impidiendo que volvais á caer en poder del mas peligroso enemigo de la cristiandad. Vuestra virtud, añadió con un tono irónico, es demasiado sincera y pura para no aprobar mis intenciones.»

Herida Matilde como de un rayo á vista de Lusiñan, habia casi perdido el sentido; pero la indignacion de verse hecha juguete suyo, hizo que recobrase al momento el uso de la palabra para manifestarle todo el horror y desprecio que la inspiraba.

«Mónstruo de iniquidad y de artificio, exclamó mirándole con severidad, ¿no basta que tu bajeza criminal me haya privado de un esposo amado, llenando de penas mi existencia, sino que aun quieres acabar de hacerme tu víctima y justificar todo el horror que mereces? Sí, no te lo oculto; he querido huir de tí, ponerme al abrigo de tu perfidia y locos intentos; y habria implorado el socorro de nuestros mismos enemigos para lograrlo: tan segura y convencida estoy de no hallar otro mas cruel que tú. ¿Con qué derecho me retienes aqui prisionera? ¿Desde cuándo la hermana del rey de Inglaterra debe ser tu esclava sometiéndose á tus indignas traiciones? ¿Es este el respeto, ó á lo menos el agradecimiento que debes á Ricardo? ¿He caido en tu poder solo para que me sumerjas en nuevos infortunios?

—Señora, la contesta Lusiñan procurando reprimir la cólera y resentimiento que le causaba tan terrible discurso: ignoro el motivo por qué merezco tantas injurias y tanto ódio, á no ser que sea mi delito á vuestros ojos el amor mas respetuoso y constante, y el haber querido colocaros en mi trono: sí, creo haber manifestado al rey Ricardo mi gratitud en los desvelos y cuidado que me he tomado por vuestra vida, y por el que aun me tomo para evitar caigais en los lazos de un infiel, y tal vez para que vos misma no os arrojais á ellos. No, señora, no; el noble Ricardo, el mas ilustre defensor de la fé, jamás sufrirá el doloroso bochorno de que su hermana, que debia ser modelo y dar ejemplo á la cristiandad siguiendo sus huellas, se vea arrastrada por

segunda vez á un amor culpable, y á vender los intereses y el honor de la iglesia, confiando su suerte al mas enemigo suyo.

—¿Y quién os ha dicho, rey de Chipre, cuáles son mis intenciones? ¿Y quién sois vos para juzgar de mis sentimientos? El confiarme á la magnanimidad de mi cuñado Selim-Adhel para volver á mi antiguo asilo del Carmelo ó á cualquier otro que me libertase de tus persecuciones, ¿era acaso abrazar su causa? ¿No os he pedido repetidas veces mi libertad, que me habeis negado? Y en tal situacion, ¿no debia solicitar de alguna mano generosa lo que no podia obtener de vos? Yo no buscaba á Selim, sino que queria huir de tí; y en este momento acabas de acreditarme con cuán justa razon recelaba de tus intrigas y artificios. Pero ¿qué es lo que intentas con semejante deslealtad? ¿Juzgas que este desacato quedará para siempre impune? ¿Crees que jamás se alzaré en mi favor ningun brazo, ni que nunca saldrán mis lamentos fuera de los muros de mi prision?

—Espero, señora, que el tiempo hará que me conozcais mejor y os convenza de que mi amor es acaso preferible al de un musulman, al de un enemigo, que no puede menos de arrastraros al oprobio de su culto y de un himeneo que tendriais que compartir con sus concubinas. Si, lo que no espero, continuais en abrigar unos sentimientos indignos de vos y de la nobleza de vuestros padres, escribiré al rey, vuestro hermano, para que juzgue de mi conducta y decida de vuestro destino. Entre tanto, señora, es preciso que os guarde en esta fortaleza, como en el único sitio seguro en donde nada podeis temer de los designios de un infiel: sereis servida con cuantos miramientos se os deben, y luego que esta isla se vea libre de sus ataques, podreis elegir el sitio que mas os convenga.»

Despues de haber pronunciado Lusiñan estas palabras, con el objeto de evitar toda contestacion, se retira, dejando á Matilde sumergida en la desesperacion que la causaba, tanto su cautiverio, quanto el haber dado á su tirano algun motivo plausible para vituperar su conducta.

Para poder conocer mejor estos sucesos, es preciso instruir al lector de los motivos que los produjeron; á saber: el obispo

de Nicosia participó al rey de Chipre la impresion que la muerte de Selim-Adhel habia causado en la princesa Matilde. Tambien habia sabido Lusiñan que en su delirio habia salido de los labios de aquella el nombre del príncipe, y no necesitó mas para penetrar el afecto que unia á ambos; y lleno de furor, propuso vengarse.

«¡Oh, Dios! exclamó con el mayor despecho; yo amo á la ingrata, ó mas bien la idolatro: la he ofrecido por dos veces mi mano y trono, y ambas ha preferido un vil infiel, á mí: á mí, el primero de los caballeros de Tierra-Santa por mi valor, y que aunque desposeido momentáneamente del trono de Jerusalem, estoy reconocido por su único y legítimo poseedor: me veo despreciado é insultado por una jóven imprudente que me debe la vida; pues que á no haber sido por mí la habria servido de sepultura la orilla del mar: mas, pues lo quiere asi, justifiquemos su aversion y desprecio sin escuchar ya mas que la voz del amor ultrajado; pero empecemos por asegurarnos de la ingrata; perdamos el trono, y si necesario fuese, la existencia, antes que volverla á su amante, ó proporcionarla los medios de volverse á reunir con él. La fortuna, mas voluble é inconstante que los vientos que agitan estos mares, puede aun engañarnos; y por lo mismo es preciso precaver sus contingencias, servir á la religion, á Ricardo, y á su misma gloria; oponerme á un amor impío y á una union que seria el escándalo y oprobio de toda la cristiandad.»

Una pasion celosa sabe colorar los objetos segun la conviene; y por lo tanto Lusiñan se determinó bien pronto en seguida de las antecedentes reflexiones á emplear el artificio para sacar á Matilde de su convento y aprisionarla, fingiendo para conseguirlo la carta de Selim-Adhel, que, como hemos visto, produjo el efecto que deseaba, é hizo caer á Matilde en el lazo.

Lusiñan rodeó de guardias la fortaleza en que puso á esta princesa, y tomó cuantas precauciones le parecieron precisas para que su prisionera no pudiese hacer sabedor de su suerte á Selim ó á alguno de los caballeros del ejército cristiano: habria querido ocultarla á todos los mortales; pero sin embargo, no se

atrevió á prohibirla enteramente que se pasease por los jardines de la fortaleza, temiendo que falta de respirar un aire puro y de un moderado ejercicio combinado con el sentimiento de su cautividad la hiciera recaer en la enfermedad de que apenas habia salido.

Un dia en que Matilde, sumergida en las ideas mas melancólicas, se paseaba por los jardines envidiando la felicidad de las libresavecillas que revoloteaban entre los árboles, y pensando como podria lograr hacer saber su fatal destino á alguna persona que se interesase en él, notó que el centinela del torreón que dominaba los bastiones del fuerte, se habia dormido teniendo á su lado el arco que era el arma: inmediatamente corre la princesa hácia el torreón y divisa en el camino real, no lejos de los muros, un caballero cubierto de lucientes armas, que conducia un cuerpo de tropas con direccion á aquel sitio. Al ver esto Matilde, no dudó un momento en agitar en el aire un pañuelo blanco, como en ademán de pedir auxilio; y advirtiendo que habian reparado esta señal, toma un dardo de la aljaba del centinela, y sacando un poco de papel de su libro de memorias, escribe con un lapicero estas palabras: *«noble guerrero, quien quiera que seais, en nombre de Dios, de la inocencia oprimida y de la orden de caballeria que profesais, libertad á Matilde, hermana de Ricardo de Inglaterra, á quien tiene aquí prisionera Lusignan.»* En seguida ata este papel á la flecha, y la dispara hácia donde desfilaba la tropa. El caballero era Othon, marques de Brandemburgo, gefe del batallón que pasaba por bajo de la fortaleza, el cual tomó la flecha, y leyendo el papel dió á entender á la princesa por señas que la socorreria. Aun cuando la belleza de esta señora, su noble presencia, y lo magestuoso de toda su persona no hubiesen inspirado el mas vivo interés al noble caballero, los solos nombres de Ricardo y Matilde, tan conocidos y admirados en todo el Oriente, bastaban para inspirárselo; y así es que no bien hubo llegado al campo, cuando seguido de los príncipes cruzados, á quienes interesó en favor de Matilde, pasó á ver á Lusignan, y le intimó pusiese en libertad á esta princesa, que tenia cautiva. El rey, aunque irritado de tal

peticion, creyó deber disimular su resentimiento recurriendo segun costumbre á sus ardides y cautelas; por lo cual, despues de manifestar una gran sorpresa de que se le sospechase autor de la prision de Matilde, la hermana de su amigo, de su bienhechor, del ilustre Ricardo, en fin, á quien era deudor de su corona, aseguró que aquella princesa debia estar en el Monte-Carmelo, siendo un absurdo suponer que él hubiese querido sustraerla á los votos que habia contraido en aquel santo lugar; añadiendo que la muger que el noble marqués habia visto era vástago de una ilustre familia, cuyo nombre no le era dado manifestar; que se la habia privado de su libertad á fin de prevenir las consecuencias de una culpable pasion al gefe de los sarracenos, y que ella se daba el nombre de Matilde, bien fuese por un trastorno de su corazon, ó bien para interesar en su favor á los caballeros que no la conocian, concluyendo su artificioso discurso diciendo que daria pruebas de la verdad de cuanto habia manifestado.

Los caballeros quedaron al parecer satisfechos con tal esplicacion: solo Othon, que conocia perfectamente el astuto y falso carácter de Lusignan, aunque aparentó dar crédito á sus palabras, se propuso exigir las pruebas prometidas; pero juzgó al mismo tiempo que seria una cosa imprudente hacerlo en aquella ocasion en que los cristianos necesitaban tener reunidas todas sus fuerzas contra Selim, evitando todo pretesto de division; por lo tanto, pues, se limitó á pedir permiso á Lusignan al dia siguiente para visitar á la jóven prisionera, aunque sin insistir demasiado en ello; pero con gran sorpresa de Othon le respondió aquel príncipe, que el fuerte en que la señora se hallaba encerrada estaria abierto siempre para él. A pesar de esta respuesta, un resto de desconfianza impelió á Othon á pasar á la fortaleza aquel mismo dia. Con efecto, llegado al pié del muro, pidió ver á la prisionera: inmediatamente se le franqueó la entrada, y hallándola allí con efecto, la hace varias preguntas con el mayor interés, y por sus respuestas se convence de que es cierto cuanto Lusignan habia dicho.

Esto indudablemente deberá parecer extraño á los lectores;

pero para su desengaño debemos decir, que aquel príncipe, por la petición del marqués de Brandemburgo, previó lo que este haría á pesar de la satisfaccion que habia procurado dar, tanto á él como á los demas caballeros; y para acabar de hacer creer todo lo que habia supuesto, empeñó á una de sus cortesanas á representar el papel de Matilde. Por fortuna de Lusiñan, aquella jóven, cuya estatura y facciones tenian alguna leve semejanza con las de la princesa, desempeñó con tanta perfeccion su cometido, que Othon, que solo habia visto de lejos á Matilde, quedó engañado, y no pudo menos de justificar á Lusiñan con aquellos caballeros, que como él dudaban de la veracidad de sus palabras.

A pesar del sigilo y precaucion con que todo esto se hizo, no pudo sin embargo verificarse con tanto silencio que no llegase el rumor á los oidos de Selim, que á la sola idea de que Matilde vivia, y de que gemia entre las cadenas de Lusiñan, no pudo ya contenerse; y por lo mismo, consultando mas bien con su amor que con el número de sus soldados, muy disminuido por el último combate, reúne á los mas escogidos, los anima, atraviesa una parte de la isla á favor de las sombras de la noche, y al salir el sol la mañana siguiente, presenta la accion á los cristianos, lisonjeándose de que la victoria le proporcionaria apoderarse del fuerte en que estaba prisionera Matilde.

Atónitos los cruzados, creen que Selim ha recibido grandes refuerzos y procuran ganar tiempo sin empeñar totalmente la accion, con el fin de conocer á fondo cuales son las fuerzas musulmanas, y Selim tiene el desconsuelo de que se pase el dia sin que se haya trabado una batalla formal y decisiva. A la noche siguiente, cerciorados los gefes del ejército cristiano de las fuerzas de su contrario, creyeron deber aprovecharse de la temeridad del enemigo, determinando atacarle al rayar el dia; mas afortunadamente Selim habia sabido la falsedad del rumor que se habia estendido acerca de Matilde, y desengañado de una ilusoria esperanza, comprendiendo todo el riesgo de su posicion se retiró apresuradamente, lo cual observado por Lusiñan le persiguió de modo, que el príncipe tuvo que empeñar la accion con su retaguardia al apuntar la aurora.

Selim llegó á un valle cuyo estrecho paso daba alguna seguridad á sus tropas contra el desarrollo é incremento de las de su enemigo, muy superiores en número, y que hacian por consiguiente retirar á aquellas. Al ver el príncipe esto, las arengó, las anima y consigue reunir las. Llevado del deseo de vengar la muerte de su hermano, y todas las desgracias de Matilde, busca ansioso á Lusignan, y semejante á un leon hambriento á quien los cazadores quieren arrancar su presa, mira á todas partes con ojos centelleantes, reconoce al punto al rey de Chipre por el penacho rojo y blanco que ondeaba sobre su yelmo de oro, y mucho mas por los terribles golpes de su espada.

Un monton de cadáveres le rodeaba, y el terror le precedia y seguia sus pasos: solo se le oponia Osmalik, musulman de una estatura y fuerzas hercúleas, el cual acababa de lanzar contra Lusignan una roca que debia sepultarle: el rey evita el golpe; pero Valeriano de Limburgo que peleaba á su lado quedó herido mortalmente y cae en tierra, soltando de su moribunda mano aquella espada que acababa de cubrirle de gloria: su vida sale con su sangre; por última vez abre sus ojos, que jamás habian ya de ver los campos de la Palestina, por los que lo habia abandonado todo: eleva su vista al cielo invocando la ayuda del Padre celestial en aquel terrible y doloroso trance, y pronunciando una breve oracion, exhala su alma. Asi dejó de existir aquel jóven guerrero á quien la mano de su tierna esposa pocos dias antes habia ceñido su frente con una doble corona. ¡Infortunada jóven, con cuán amargas lágrimas bañaste aquel sangriento y desfigurado cadáver! ¡Con qué desconsuelo buscabas afanosamente aquellas dulces miradas de un esposo adorado, por quien acababas de atravesar los mares en medio de los mayores peligros! ¡Cuánto habias llorado el celo que le arrancó de tus brazos para morir en tan remotas regiones! ¡Feliz al menos en no tener que llorarle por mucho tiempo! el dolor acortó tus dias, y muy en breve la tierra de Chipre abrió su seno, y recibió en él á dos esposos á quienes el amor y el himeneo habrian dado en su patria una corona de flores que no se marchitan, y una larga série de dias felices.

A la falda de una colina que domina el mar, y bajo una roca entapizada de enredadera pendiente de pámpanos y flores silvestres, á cuyo alrededor la naturaleza misma ha derramado frescas sombras, y plantado los amantes algunos cipreses y llorones sauces, se ven aun los restos de un sepulcro sobre cuya losa están inscritos los nombres de *Valeriano* y *Flora de Maguncia*. Cuando los vientos principian á agitar las olas, el ruido de las que se estrellan al pié de la roca y el susurro del céfiro entre las hojas, forman gemidos que la opinion vulgar atribuye á las sombras de los dos esposos que andan vagando por aquellos solitarios sitios. La jóven y tierna doncella suspira al oirlos y derrama copiosas lágrimas, y las desgracias y la tumba de Flora hacen desaparecer por un momento de la imaginacion la isla de Citéres, del mismo modo que las mas ligeras nubes suelen á veces oscurecer los risueños dias de primavera. Todo inspira alli la mas profunda melancolía, propia del íntimo sentimiento de la instabilidad de nuestros goces y de la corta duracion de nuestros bienes. Todo tambien convida alli á los amantes á que se digan: «sé mi Valeriano; sé mi Flora.» Pero abandonemos estas lúgubres ideas y prosigamos nuestra historia.

Lusiñan, ébrio de furor al ver el golpe que habia acabado con Valeriano, le venga inmediatamente, dejando caer como un rayo su cortante espada sobre la cabeza de Osmalik: á tan formidable tajo las armas de este quedan muy mal tratadas, y brota la sangre en abundancia por la herida que ha recibido. Vacila, pues, el guerrero y cae, llamando en su socorro á Selim: sus compañeros se asombran y tratan de buscar con la fuga su seguridad; pero Selim ha oido el grito desgarrador de Osmalik; le ha visto caer, es su mas íntimo amigo, la flor de los guerreros de Asia, y sobre todo es Lusiñan quien le ha herido.

«Ven hácia mí, exclamó el príncipe con voz de trueno; ven hácia mí, fiero enemigo: Lusiñan, yo te busco, y en vano te escaparás ya de mis manos.»

Diciendo estas palabras, á las que el rey da por respuesta una insultante risa de desprecio, Selim descarga sobre él su cimitarra que hace saltar centellas de su armadura, pero cuyo

golpe, parado con destreza por la espada y escudo de Lusiñan, no hace mas que atolondrarle por un momento.

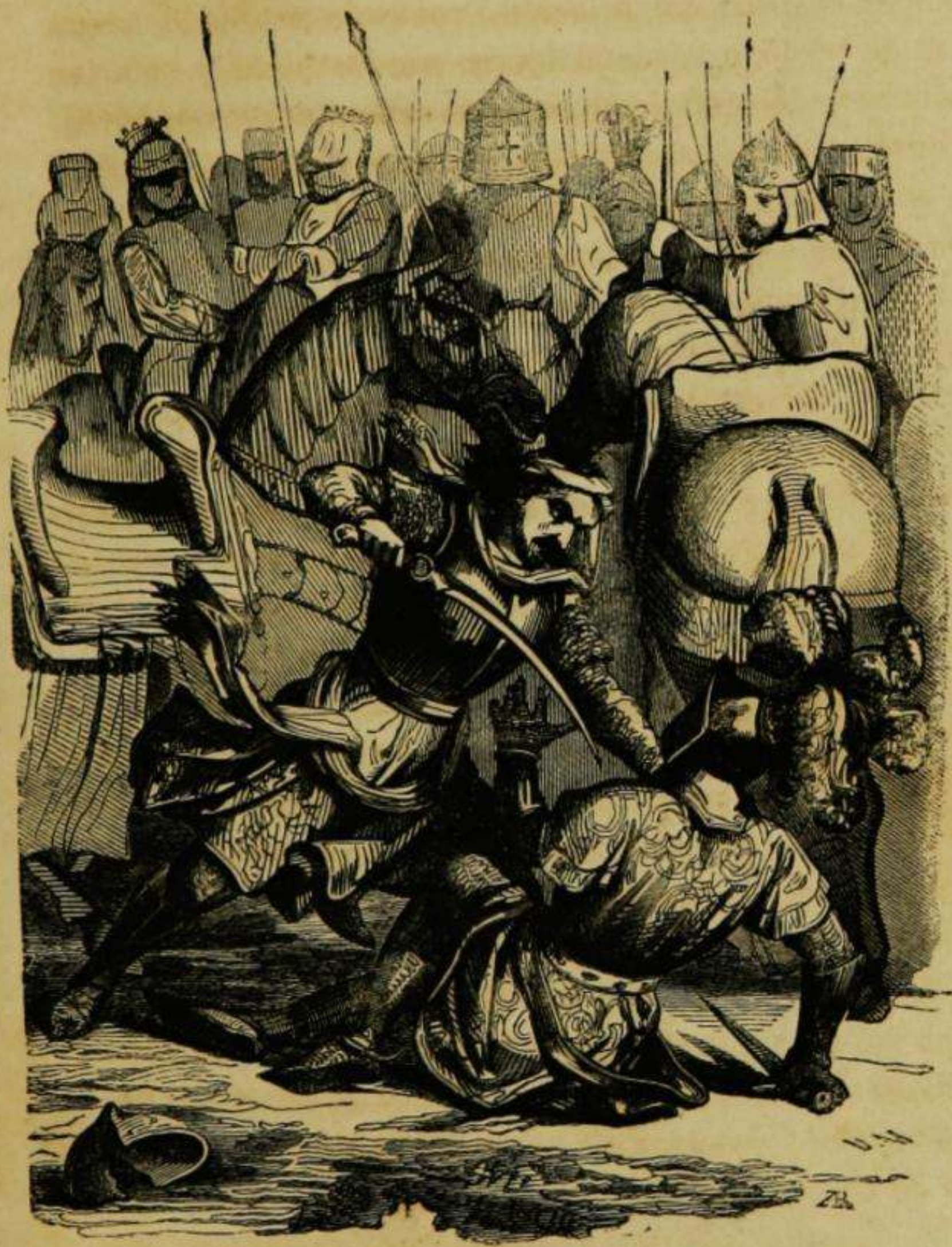
«Vas á juzgar por tí mismo, le dice este, cual de nuestros dos aceros es mas terrible al otro;» y descarga sobre Selim un furioso golpe: el casco del príncipe, como de un acero menos fino que el de Lusiñan, cede al hierro que le hiere y salta en menudos trozos, dejando descubierta la cabeza del jóven héroe. Lusiñan queda á esta vista sorprendido: cree ver á Malek-Adhel: se turba, y su corazon se llena de un negro presentimiento. Selim, cuya cabeza se habia inclinado algun tanto al golpe, aunque momentáneamente, ya no escucha á la prudencia: se arroja á su enemigo; le coge por la mitad del cuerpo; lo saca del arzon y cae en tierra sobre él: lucha ventajosamente; oprime á Lusiñan con su nervudo brazo, ya le intima que se rinda. Aquel recurre como siempre á la astucia; y mientras implora la generosidad de su vencedor, cuya formidable cimitarra ve levantada sobre su cabeza, saca un puñal y trata de herirle; pero sujetado su brazo no sirve á su furor, y asi es que apenas hiere al príncipe; indignado este, le introduce la espada por el costado, y creyendo haberle herido mortalmente, se retira por entre una multitud de combatientes que acuden al socorro de su rey, sin que estos se atrevan á impedir su retirada. La caida de Lusiñan reanimó el valor de los musulmanes; aquel triunfo equivale á una victoria: rehacen sus filas en buen órden y celebran el valor de su general cantando himnos de triunfo. Osmalik, que á este tiempo habia sido conducido á su fila, alzando su abatida frente esclama:

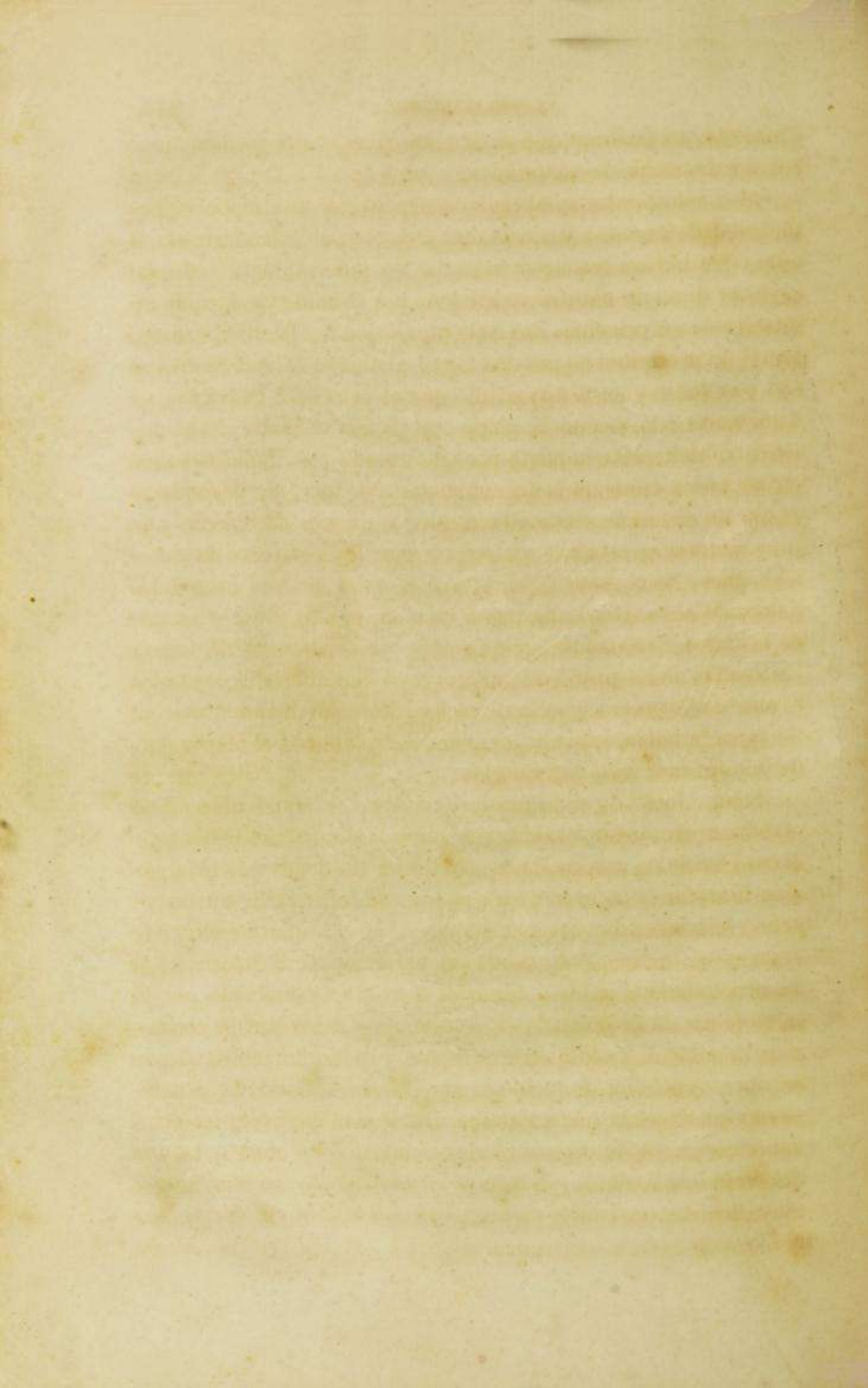
«Amigos míos, vosotros me reanimais: mi corazon parece sustraerse de la muerte de tal modo, que ya no siento mis heridas.»

Avergonzados los dos Enriques de Sajonia y de Bravante de que se les fuese de entre las manos una victoria que habian contado ya como segura, tratan de reconquistarla á todo trance, y para ello se arrojan con la mayor intrepidez sobre los batallones invitando á sus tropas á que los siguiesen.

«¡Oh, Dios! esclaman: si es vuestra divina voluntad que pe-

(LÁVINA 4.º)





rezcamos, os pedimos que sea en las riberas del Jordan; pero concedednos aqui la victoria.»

Al concluir estas palabras, esgrimen con una mano su ensangrentada espada, y con la otra tremolan el estandarte de la cruz, que habian vuelto á tomar á los infieles. A la vista del sagrado signo de nuestra redencion, y á la noble y esforzada invitacion de su príncipe, los valientes sajones, llenos de nuevo ardor, se precipitan en pos de él, y el combate vuelve á renovarse con mas furor y encarnizamiento que al principio. Quizá iba ya á sucumbir y disiparse la gloria que Selim acababa de adquirirse, si Mohamet, inquieto por su ausencia, no hubiese salido en su busca para apoyarle con todas sus fuerzas, llegando al campo en el mismo momento en que los duques de Sajonia y de Bravante recuperaban la victoria que se les escapaba de entre las manos. No obstante, Selim tuvo el pesar de ver caer á los golpes de sus cortantes aceros á Eliadon, el mas jóven y amable de los hijos de Saladino, y que daba ya esperanzas de seguir las huellas de su padre. El sultan creyó que no podia aprender el arte de la guerra bajo la direccion de mejor maestro que su tio, y se lo habia confiado, exigiéndole velase con el mayor cuidado sobre una vida tan querida.

Selim, fuera de sí de furor al contemplar aquel tierno lirio segado en su mayor lozanía, y á quien la naturaleza habia prodigado todas las gracias de la juventud y los dones que mas podian lisonjear el corazon de un padre, cubierto ya de un nuevo yelmo se lanza sobre los dos duques, hiere á uno de ellos, le desarma y le hace prisionero. Su fiel compañero de armas, al advertirlo quiere morir ó librarle. Terrible, y animado por el sacro fuego de la amistad, sigue á Selim y á los que le conducen; derribando cuanto se le presenta y quiere impedirle el paso, pero oprimido muy luego por la muchedumbre, experimenta igual suerte que su amigo. Desde este momento los cristianos pierden toda esperanza de triunfar, se reunen á la voz del duque de Baviera, y huyen precipitadamente, teniéndose por muy dichosos en poder restituirse á sus reales sin ser perseguidos.

Los sarracenos perdieron en tan sangrienta acción tanta gente cuando menos como sus enemigos; pero además de haber quedado Lusignan fuera de combate, la prisión de los más valientes gefes del ejército cristiano les daba incontestablemente una gran ventaja. No creyéndose facultado Selim para disponer de unos prisioneros de tan elevada clase, los envió á Saladino con una muy buena escolta, dándole cuenta al mismo tiempo de la desgraciada suerte de su hijo, pero sin poder decirle cuál de los dos príncipes era el que le había privado de la vida.

Desesperado Saladino con tal pérdida, quiso inmolar en venganza sobre el sepulcro de su hijo al que le había muerto; mas á pesar de sus más terribles amenazas, no pudo averiguar la verdad entre los dos; porque deseando cada uno de ellos salvar la vida de su amigo á costa de la suya propia, se acusaba de la muerte de Eliadon. El sultán, aunque conmovido al ver tan generosa lucha, cedió al grito de la naturaleza, y condenó á los dos al último suplicio. En vano Enrique de Sajonia, que era el que verdaderamente había descargado el golpe mortal, se arrojó derramando lágrimas en los brazos de su amigo, conjurándole en nombre de su familia, de la religion y de la patria, que le dejase perecer solo, y no quisiese verter inútilmente su sangre.

«Querido amigo, le decia, mientras tú vivas, yo no habré muerto del todo; y cuando lleves á mi anciano padre mi cruz y mi retrato, creerá no haberlo perdido todo, volviendo á ver la mitad de sí mismo.»

Enrique de Bravante se mantenía inflexible á sus ruegos, con la esperanza siempre de salvar los dias de su amigo, atrayendo sobre sí solo la venganza del sultán. ¡Divina amistad! tú eras la que derramabas tu noble entusiasmo en el alma de estos bravos caballeros, mezclado con el amor de la gloria, de la religion y de la patria, que aumentaban su intensidad. Todavía, santa amistad, te alabamos en estos tiempos; pero podría decirse que te sucede lo que á los rayos de la luz, que desde lo más alto de la bóveda celeste llegan á nosotros, que atravesando el espacio, se quiebran ó pierden mucha parte de su resplandor;

así tú también con el transcurso de los siglos has perdido mucha parte de tu fuerza. ¡Ah! ¿serás verdaderamente la débil llama de las lámparas funerarias que arden sobre los sepulcros?

Quando ambos héroes se disputaban á porfía la muerte á presencia de Saladino, una de las mugeres de este, que tenia sobre él la mayor influencia, presenciaba el amistoso combate; y conmovida, hizo que retardase el sultan la sentencia, diciéndole averiguaria ella el verdadero matador de su hijo. Penetrada esta princesa de tanto heroismo, no habia podido menos de concebir hácia Enrique de Bravante un sentimiento mas vivo que el de la admiracion, y mas profundo que el de la compasion: resuelta á ver á este, logró que se la franqueasen las puertas de su prision; y con efecto, Evarina, que así se llamaba, habló á Enrique, y le prometió salvarle si queria darla su corazon y su ternura, y huir con ella.

«¿Y mi amigo? la dijo Enrique.

—No puedo salvar, contestó Evarina, mas que á uno de los dos.

—Pues siendo así, replicó tristemente el duque de Bravante señalándola la prision en que se hallaba encerrado su compañero de armas, salvadle: yo soy el que me quedo aquí.»

Llegó por fin la víspera del dia de la ejecución de la sentencia, y Saladino mandó comparecer ante sí á los dos paladines, y habiéndose verificado, con la mayor sorpresa de estos, les dijo:

«Id, nobles caballeros, yo os dejo libres; no culpo á la sangre que habeis vertido, sino á los azares de la guerra; y ya que no puedo ofreceros mi amistad, llevareis á lo menos mi estimacion: volved á vuestros reales, y continuad siendo el modelo de un sentimiento que ha desarmado mi cólera. La sombra de mi amado hijo gemiria por vuestro suplicio, y yo mismo me avergonzaria de tomar venganza de vosotros de otro modo que en el campo de batalla y con las armas en la mano.»

—Generoso sultan, le respondió Enrique de Sajonia, ¡cuánto te realza á nuestros ojos esa consideracion! Tú nos convences de que la verdadera grandeza de alma.....

—Príncipes, no os engañéis, le interrumpe Saladino; si me veis restituido á sentimientos mas nobles que el de la venganza, no creais que han nacido de mí mismo. Duque de Bravante, ved aqui vuestro libertador: oculto bajo un traje musulman, que no es el de su sexo, él es el que te ha prodigado sus desvelos en la prision, quien te ha consolado en tus males, y quien la víspera del dia de vuestro suplicio ha venido á echarse á mis pies; me ha pedido la muerte para sí mismo, descubriéndome, bajo sus facciones descoloridas por el dolor, la noble hija del duque de Baviera. Mi corazon no es insensible, y no he sido dueño de resistir á tanto amor y amistad. Esta princesa queria asimismo obligarme á que callase lo que vos la debeis; pero no he tenido por conveniente hacerlo, creyendo que os tendreis por sumamente dichoso en vivir, puesto que el cielo os conserva un amigo verdadero, y un corazon como el suyo.»

El duque de Bravante oyendo estas palabras no pudo menos de arrojarse á los pies de la hermosa Olimpia, vertiendo lágrimas de gratitud y de ternura; y en seguida lo hicieron los tres á los de Saladino para espresarle su reconocimiento. El generoso sultan los levantó, dirigiéndoles las mas afectuosas espresiones con una bondad escesiva, haciendo se les tributasen todos los honores debidos á su distinguida alcurnia, y mandando se fletase inmediatamente una embarcacion en que volviesen á la isla de Chipre.

«Señor, dijo Enrique de Bravante al duque de Baviera, presentándole su hija: os devuelvo vuestra hija querida y digna de serlo, cuya pérdida creyó deber llorar vuestro paternal corazon. Dignaos perdonarla su ausencia, puesto que solo una accion generosa puede excusarla. A su poderosa mediacion con Saladino debo mi vida, y lo que es mas, la de mi amigo. Resistí por mucho tiempo á sus gracias; pero al fin me ha vencido con sus virtudes, que son el primero de sus atractivos y el que me ha cautivado: la amo, señor, la adoro; y el mas venturoso dia de mi vida será aquel en que vos confirmeis la entrega de su corazon, que sin duda me ha hecho, porque sabia vuestro consentimiento.

—¿Cómo sería posible, responde el duque, que yo negase mi hija al que acaba de restituírmela? No, no, dijo estrechándola contra su corazón, lleno de gozo y derramando abundantes y tiernas lágrimas: vivid, hijos míos, unidos, y ¡quiera Dios recompensar así los dos corazones mas nobles que existen sobre la faz de la tierra!»

LIBRO DUODÉCIMO.

Volvamos ahora al campo de batalla donde Lusiñan quedó tendido y casi muerto á impulsos del fuerte brazo de Selim, que creyó haber dado fin á su existencia; pero no fue así: bañado en su sangre, y casi sin vida, se le condujo al campo cristiano, donde al poco rato volvió en sí, y registrada su herida para curarla no se la reputó mortal, gracias á la cota que habia debilitado el golpe; pero el rey, al recobrar el uso de sus sentidos, conoció que si el hilo de sus dias no estaba roto, tampoco podia ser de larga duracion, y que ya se le cerraba para siempre la carrera de la ambicion y de la gloria. ¡Qué cruel convencimiento era este para su orgullo! ¿No le hubiera valido cien veces mas no volver á abrir los ojos á la luz? La justicia eterna parece frecuentemente que suspende su espada vengadora sobre el criminal para hacerle expiar sus delitos mas horrorosamente. Al momento de la llegada de los numerosos batallones nuevamente vomitados por la Europa sobre el Asia; á la vista del heróico ardor de que se hallaban animados para la restauracion ó rescate de los Santos Lugares; y en fin, al recibir la noticia de los ejércitos que debian seguirlos, habian revivido todas las esperanzas de Lusiñan: creia que muy en breve ceñiria su frente la corona de Jerusalem, mas brillante que nunca; veia ya destruido el colosal poder de Saladino; engrandecia y realzaba su primer reinado con los despojos de su enemigo, y hasta la misma Matilde ya no podia negar su corazon y su mano al conquistador

del primer trono del Asia, al primer héroe de la cristiandad..... Mas ¿qué le habia quedado de un sueño tan lisonjero? Nada, absolutamente nada; solo algunos dias de padecimientos y un sepulcro sin honor; si á lo menos hubiese animado su brazo el zelo de la fé, si hubiese combatido verdaderamente por la gloria y servicio de Dios, habria hallado algun consuelo en sus propias ideas, y se podria prometer que el Todopoderoso le diese en el otro mundo una corona de mas valor que la mas bella que pudiese conseguir en este; pero conocia muy bien cuán injusto é irreligioso era que sirviesen de pretesto para el pillaje y la desolacion los sentimientos de generosidad, zelo y heroismo, únicos que la religion puede inspirar.

Sin duda es la mayor gloria á que el hombre puede aspirar la de llevar á cabo, digámoslo asi, ó cumplir las intenciones claras de su Criador, cumpliendo las leyes de la naturaleza corregidas por la religion, y poner en práctica la moral sublime del cristianismo, contribuyendo á la felicidad de sus hermanos sin distincion de individuos ni naciones. En esto fundaron su principal gloria los Titos, los Trajanos y los Marco-Aurelios; pero no era esta de ningun modo la moral de Lusiñan: el blanco de sus acciones era la ambicion, revestida de todos los colores; y la pérdida de todas sus ilusiones de grandeza y gloria, el menosprecio de Matilde, su derrota en un combate en que creyó segura la victoria, y el triunfo de un rival que odiaba; todas estas ideas, pues, eran otros tantos buitres que se le ponian delante para devorarle las entrañas. No pudiendo tolerar la sola idea de ver á Matilde libre corriendo á los brazos del victorioso Selim, resolvió enviar á aquella princesa á Inglaterra, é hizo preparar para ello un ligero buque, muy á propósito para el fin que se proponia; y para evitar los riesgos á que podria esponerse al atravesar por varios puntos del mar, cubiertos de bajeles enemigos y llenos de piratas, dió orden al capitan y tripulacion de que enarbolasen la bandera musulmana, vistiendo tambien el traje sarraceno.

Efectivamente, se condujo con el mayor secreto á Matilde á la embarcacion, sin participarla cual era su destino; por lo que

no pudo menos de creer que Lusiñan la trasladaba á alguna otra fortaleza de sus dominios. Impelida la nave de un viento favorable, navegaba á todas velas, atravesando la escuadra enemiga sin que se la inquietase, cuando volviendo Matilde la vista casualmente desde el camarote enrejado (en donde se la habia puesto rodeándola de centinelas de vista) hácia el navío almirante de dicha escuadra, reconoció á Selim, que en pié sobre cubierta, y teniendo la lanza en la mano, daba las órdenes para la partida. ¡Oh, qué situacion tan cruel! Fijos sus ojos desde las rejas de su prision, Matilde ve y reconoce á su amante, del que tal vez se aleja para siempre. Una palabra, una sola seña que pudiese hacerle, cambiaba de repente su destino; pero por desgracia no le son permitidos ni una palabra, ni una seña. Ella le habla, le llama en el fondo de su corazon; le llama con los ojos ya que no puede hacerlo con los labios, pareciéndola que el príncipe debe responderla á cada una de sus palabras. ¿Dónde la conducia Lusiñan? A algun solitario asilo, sin duda, en donde no pudiese penetrar Selim aun cuando llegase á descubrirlo. ¿Y cuántos serian los años que tendria que sufrir sus persecuciones, sus rigores y su impetuoso amor, antes que una mano benéfica y protectora pudiese arrancarla de su cautiverio?....

Tales eran las reflexiones en que se abismaba; pero sin murmurar por eso contra la inflexibilidad de la suerte que se obstinaba en perseguirla; mas ¡cuán lejos se hallaba todavía de preveer las vicisitudes y desgracias que la aguardaban! Felizmente para los mortales tienen siempre corrido el velo del porvenir y cerrada siempre la vista, perdiéndose en sus investigaciones en el vago horizonte de lo futuro, sin poder entrever las nubes borrascosas que le ocultan; y si divisan un rayo de luz que los deslumbra, creen que su resplandor será eterno y se olvidan de que los escollos que les aguardan deben terminarse únicamente en el sepulcro. Matilde volvía á Europa, pero su destino era el de no volverla á ver jamás. ¿Seria esta una de las desgracias que mas debia temer? No, porque la patria verdadera es á la que mas se aficiona el corazon y en donde le es permitido amar, si no para ser feliz, á lo menos para hacerse agradable

la existencia. Podrá tal vez hallarse un infierno en los sitios mas agradables y hermosos que nos han visto nacer, y el Elíseo en un pais extranjero; pero será porque estos tormentos nacen comunmente de los errores ó de la ignorancia.

Aunque las medidas y precauciones que habia tomado Lusignan para preparar el buque que debia conducir á Matilde habian sido con el mayor sigilo, sin embargo no lo fueron tanto, que no llegasen á los oidos del público, que juzgó al momento se destinaba para salvar las riquezas de aquel monarca de los accidentes y contingencias de la guerra: ademas, este rumor llegó tambien hasta unos piratas bárbaros que cruzaban por aquellos mares; y asi es que no bien habia pasado la nave las costas de la Siria, cuando se vió acometida por dos navíos de los mismos piratas, que la obligaron á rendirse. Apenas la registraron, viéndose engañados en sus esperanzas y errado el golpe, llenos de furor resolvieron sacar todo el partido posible de su presa, y dieron la vela para un puerto de la misma Siria, á fin de vender en él como esclavos todos los que iban en la nave de Matilde, y á esta misma; cuyo proyecto se puso en ejecucion, y Matilde fue vendida á un proveedor del califa de Bagdad, que la compró á un gran precio, atendida su grande hermosura. En vano la princesa trató de persuadir á su nuevo amo la dirigiese á Selim-Adhel, asegurándole daria por ella un inmenso rescate; porque aquel hombre inflexible temió que sus palabras no le armasen algun lazo en que quisieran hacerle caer: habia aprendido á conocer lo arriesgado que es tratar con un déspota, y aun con el último de sus agentes, y esto le hacia desconfiar.

Luego que llegó Matilde á Bagdad, se la condujo al palacio de los califas con otras esclavas, y quedó como deslumbrada al ver todo el brillo del lujo oriental. Aunque muy decaido el poder de los califas, y muy distante de su antiguo esplendor y grandeza, aun conservaba toda la apariencia de ella: se recibió á la princesa bajo un pabellon de figura octógona, sostenido por diez y seis columnas de pórfido: los capiteles, el artesonado, el arquitrave y la cúpula de este cenador, brillaban con el oro; y

la pintura y escultura ofrecian, por doquiera que se volviese la vista, todas las principales hazañas de los califas: se hallaba situado en el centro de los jardines del palacio; tenia un terrado cubierto de fragantes arbustos y flores de mil colores y clases, y desde él se descubrian hasta un horizonte inmenso las vastas y magníficas campiñas de Bagdad. Lo interior del pabellon competia en amenidad y riqueza con la naturaleza; y cuando las odaliscas bailaban alli, formando los mas interesantes grupos, coronadas con preciosas guirnaldas de vistosas flores, ó juguetaban con las siempre frescas y cristalinas aguas que caian de todas las pilastras de las columnas, que cada una era una fuente, en los bellos tazones de alabastro, se le hubiera sin duda tenido por un templo de Venus, servido por sus sacerdotisas, y en torno del cual ardian continuamente los mas esquisitos perfumes é incienso de las tres Arabias en riquísimos pebeteros de oro.

En este sitio esperaba Matilde que se presentase el califa, preparándose á descubrirle su nombre, clase y largos infortunios, ó á morir antes que verse contada entre el número de sus mugeres; pero el califa era un viejo que ya no se ocupaba en su serrallo, y solo frecuentaba las mezquitas. Matilde, pues, quedó dulcemente sorprendida, cuando esperando al califa vió aparecer en su lugar á su hija Záfira, aquella princesa, ídolo de su poder, con todo el brillo de su juventud, que sobre el turbante llevaba una corona de perlas, y al pecho un medallon guarnecido de piedras preciosas, en el que se hallaban grabados con el mayor primor los símbolos reverenciados por el islamismo. La espresion de su fisonomía ofrecia una mezcla de magestad y de dulzura, que al paso que imponia respeto, parecia animar á la desgracia siempre tímida, anunciando un corazon compasivo; pero las cualidades naturales de Záfira no eran á propósito para luchar con esta misma desgracia, ó si se quiere llamar mejor, pruebas de la vida; porque era semejante á aquellas flores tiernas y delicadas, sin raiz, cuyo desarrollo favorece el soplo de la prosperidad, pero que se marchitan y ceden al de las pasiones. ¡Cuántas mugeres hay que, siempre dichosas, se complacen en hacer bien, y sienten con viveza los males agenos; pero que una

sola vez que sean desgraciadas, se consideran como solas y abandonadas en medio de la inmensidad de la naturaleza, y sacrificadas enteramente al infortunio! Además, parece que intentan vengar en otros sus propios males ó errores, y que su mal humor es el resultado de sus virtudes ó de las circunstancias. Záfira, pues, hechó una mirada sobre las jóvenes esclavas que se la presentaron, y apenas fijó sus ojos en Matilde, cuando prendada de su figura y noble porte, al mismo tiempo tierno é interesante, la eligió para su servicio y la hizo la mas bondadosa acogida. Bien pronto, cediendo á aquel encanto interesante y siempre victorioso que ganaba los corazones, Záfira tuvo en Matilde mas bien una amiga que una esclava, haciéndose ambas inseparables.

No sabiendo bien Matilde el modo con que se conduciria respecto de la amistad con una princesa que á sus buenas cualidades personales reunia la ligereza é inconstancia de su edad, y cuyas inclinaciones, como sucede con frecuencia, podian ser mas bien un pasatiempo ó un desahogo alegre, que un sentimiento verdadero y profundo; temerosa tambien por otra parte de que su nombre llegase á los oidos de Saladino, y contenta con el estado de tranquilidad de que gozaba despues de tantos dias de tristeza y sentimientos, no quiso descubrir á Záfira quién era, contentándose solo con interesarla á su favor con la relacion de algunas de sus desgracias. El mismo califa se complacia en preguntarla acerca de los príncipes cristianos, y gustaba tanto de su conversacion, que á instancias de su hija restituyó á Matilde su libertad, mirándola únicamente como una amiga de Záfira.

Habiendo advertido esta que Matilde, á lo que parecia, la ocultaba grandes secretos (á pesar de que la habia prometido contarla toda la historia de su vida cuando el califa, su padre, la casase con un príncipe jóven y gallardo); palpitándola el corazon de gozo, la buscó un dia, y confidencialmente la participó que ya habia encontrado tal esposo, ofreciéndosela un matrimonio que colmaria sus deseos: que su prometido era un jóven completo, y que aunque no le habia visto mas que una

sola vez en un torneo, ella le adoraba; que el tal, segun la expresion de uno de sus mejores poetas, era la estrella de la mañana que mezcla sus fulgores á los de la nueva aurora.

«¿Y cómo se llama? dijo Matilde con una especie de estremecimiento involuntario.

—Aquí está su retrato: ¿no pensais lo mismo que yo?»

Matilde mira el retrato y reconoce al punto todas las facciones de Selim. Un funesto presentimiento se lo habia casi anunciado desde el elogio que de él hizo Záfira; pero como no obstante se hallaba muy distante de sospechar infidelidad en aquel príncipe, habia desechado de sí semejante idea, y solamente contempló repetidas veces el retrato para convencerse de que sus ojos no la engañaban; mas á pesar de su presencia de espíritu y de su disimulo, se sucedian en su semblante la palidez y el encendido carmin, de tal suerte que cualquiera otra que la jóven Záfira lo hubiera echado de ver.

«Y bien, mi querida Emma, (pues asi llamaba á Matilde); ¿no apreciariais un esposo como este? ¿Temeis hablarme con franqueza? ¿Callais?

—¡ Ah, amiga mia! la contesta Matilde; si su corazon corresponde con su semblante, ¡ feliz la esposa que le llame suyo! Por lo demas, ¡ sois tan digna de ser amada!.... Sin duda que este príncipe.....

—¿Cómo sabeis que es príncipe? la replica Záfira.

—Porque supongo que solo siéndolo puede aspirar á vuestra mano, y que sin duda no habrá podido sustraerse á vuestro imperio; creyendo tambien que estareis segura de poseer su corazon.

—Selim-Adhel no me ha visto mas que una vez siendo yo muy jóven; es cierto, que sus ojos me hablaban el lenguaje del amor, pero yo no comprendia entonces este lenguaje; creo que actualmente lo entenderé mejor; y por otra parte, añadió con una sonrisa, os tengo á vos para que seais mi intérprete.

—Dispensadme, señora mia: el príncipe Selim es el mayor enemigo de mi patria, religion y familia; admiro seguramente sus buenas prendas: pero ha sido causa de que pierda lo que

mas amaba sobre la tierra, y no podria verle sin que volviesen á abrirse mis mal cicatrizadas heridas.

—Sí, Emma, contestó Záfira: accedo á lo que pides, tanto mas voluntariamente (añadió con la mayor sencillez), cuanto que si deseo ser amada exclusivamente, es preciso que no te vea.»

Permítasenos aqui dudar un momento de la sinceridad de Záfira: era muger, jóven, hermosa y princesa; y con estas cualidades, ¿cómo podremos persuadirnos que se creyese formalmente inferior á Matilde, y que esta mereciese la preferencia? Mas de una vez habia hablado del mismo asunto con sus camareras, y todas se la habian manifestado algun tanto sorprendidas, de que ni aun siquiera la hubiese ocurrido semejante duda. Una la decia que era sin comparacion mas jóven que Matilde.

«Es verdad, la decia Záfira, que yo tengo dos años menos.»

Otra la manifestaba que era ella infinitamente mas amable que aquella princesa, decidiendo que solo una natural alegría era capaz de escitar el amor.

«Sí, con efecto, replicaba Záfira; tiene Emma cierto aire melancólico, que al fin no puede menos de cansar á un amante; pero á veces he tratado yo de imitarla en esto mismo.

—Guardaos, señora, exclamaban todas á una voz; guardaos de imitar ni querer asemejaros sino á vos misma.»

¿Qué muger nacida y criada en el Oriente no se rendiria á tan poderosos argumentos? Por estas razones, pues parece que en este punto de la historia debe haber alguna inexactitud; pero de cualquier modo que sea, se deja conocer que Záfira queria y deseaba aparentar un sentimiento de modestia que conocia se desaprobaba muy en breve; mas perdonando los lectores esta digresion, les suplicaremos que vuelvan con nosotros á proseguir la historia.

«¡Ah! señora, contestó Matilde á Záfira al oir el ligero sentimiento de esta. ¡Cuánta indulgencia os inspira la amistad á mi favor!

—No: segun se dice, el corazon de los hombres es tan inconstante, á lo menos entre nosotros (no sé si en Europa será

lo mismo), que una muger no debe preocuparse con sus atractivos hasta creer que posee sola á cuantos llega á enamorar.»

Terminada esta conversacion, á la que nada quedaba ya que responder á Matilde, esta se retiró abismada en las mas tristes reflexiones. ¿Será posible, decia entre sí, que Selim sea infiel? ¿Selim esposo de Záfira! Esta idea la trastornaba á pesar de los esfuerzos que hacia para combatirla. Tan cierto es que cuando el corazon procura justificar al objeto que ama, se halla muy cerca de perdonarle: por lo tanto Matilde trataba de persuadirse, y aun se lo creia, que podria muy bien haber llegado á los oidos de Selim la noticia de su naufragio y con ella la de su muerte; y en este caso no se creia la princesa con derecho alguno para exigir de él una constancia eterna, mucho mas cuando es sumamente rara la que llega hasta el sepulcro; y una prueba de esta verdad era ella misma respecto de Malek-Adhel. Por otro lado reflexionaba que Záfira era hermosa y que sus atractivos se aumentaban considerablemente con el resplandor de un trono; y por último pensaba tambien que Selim obedecia sin duda las órdenes de Saladino, y no habria podido negarse á un enlace dictado por la política ambiciosa de su hermano.

Estas reflexiones calmaron algun tanto á Matilde conociendo cuán justas eran; pero sin embargo, hubiera querido mejor que Selim no hubiese dado motivo á hacerlas; y por último, antes de condenarlo quiso observar cual se conducia con Záfira y qué sentimiento le inclinaba hácia ella, ocultándose entre tanto Matilde cuidadosamente de modo que jamás pudiese aquel príncipe descubrirla.

Por muy comunes que sean las ilusiones amorosas, aun entre mugeres que por su rango y otras circunstancias deberian contarse por exentas de ellas, no alucinaron á Matilde entonces; pero vengamos ahora á lo que realmente habia pasado en todo este tiempo á Selim.

Considerando Saladino que las fuerzas navales con que contaba Selim no eran suficientes para destruir la escuadra de los cruzados ni aun oponerse á sus empresas, le habia llamado á Palestina para reconcentrar sus ejércitos y esperar alli al ene-

migo. Este plan le salió perfectamente, y los felices sucesos de Selim le libertaron en muy poco tiempo de los riesgos en que le habia puesto aquella cruzada. Queriendo despues atraerse la alianza del califa de Bagdad, á fin de que emplease todo su poder para precaver sus estados en lo sucesivo de otra invasion, habia puesto los ojos en Selim como el príncipe de su sangre mas acreedor á su gratitud y que reputaba mas digno de obtener la mano de la bella Záfira. Ademas de estas ventajas, tal enlace le aseguraba un trono sin perjuicio de sus estados ni de sus propios hijos. Por tanto, intimó á Selim y trató de persuadirle á que se prestase á sus miras; y este, no teniendo ya motivo alguno plausible de resistirlas, sobre todo despues de la pérdida de Matilde, no habia querido incurrir de nuevo en la desgracia de un hermano á quien debia tantos beneficios; y ademas, por mucha constancia que mereciese la memoria de Matilde, su corazon estaba totalmente cerrado á cierta especie de ambicion, y mas pudiendo prometerse como se prometia, accediendo á las proposiciones de su hermano, ocupar uno de los tronós de Oriente, que á pesar de su decadencia brillaba con grande esplendor; y con efecto, bien meditado todo, sin embargo de que aun experimentaba cierta repugnancia involuntaria y una especie de remordimiento interior á obedecer las órdenes del sultan, pretendiendo la mano de una princesa de la que solo conservaba un lejano é indiferente recuerdo, se presentó en Bagdad, esperando que una de aquellas revoluciones tan frecuentes en los paises sujetos al islamismo le permitiese eludir, ó cuando menos dilatar su matrimonio con Záfira, si las facciones y demas prendas de esta no le causaban la misma ilusion que las de Matilde; pero por fortuna de esta, aun cuando á la vista de aquella princesa quedó deslumbrado, no experimentó en su corazon cosa alguna que se pareciese á su primer amor, de lo que el mismo Selim no dejaba de sorprenderse. Záfira, por su parte, experimentó un efecto contrario á la presencia de Selim, pues no pudo menos de amarle al punto con pasion, dejándose al mismo tiempo engañar por su amor propio, creyendo que sus gracias habian inspirado igual pasion á aquel príncipe.

Quedó, pues, resuelto el enlace, dando motivo los preparativos de las bodas para las fiestas mas magníficas, en las que, consiguiente á lo dicho antes, no se dejó ver Matilde, pero que sin embargo, durante ellas pudo esta observar cómo se conducia Selim con Záfira. Seguramente debia serle doloroso el ver á los dos pasearse por entre los bosques de naranjos y limoneros, enlazados sus brazos con toda la intimidad del amor, pero sin embargo no dejaba de advertir tambien con mucha satisfaccion suya que el semblante de Selim manifestaba cierto aire de tristeza y melancolía que no son propios á un amor dichoso, como efectivamente era asi, pues que Matilde era el solo objeto que ocupaba el corazon de Selim; y en mútua correspondencia, Matilde al ver esto, y leyendo por decirlo asi en el corazon del príncipe, no podia menos de dejarle ocupar en el suyo el mismo lugar que antes, y aun quizá mayor.

Selim no apresuraba mucho el feliz dia de su enlace; Záfira atribuia esta tibieza á una inoportuna timidez, y no cesaba de preguntar á Matilde de qué medios se valdria para que sin comprometer su honor y delicadeza pudiese abreviar su deseada union; pero al fin el califa señaló para verificarla la víspera del dia fatal en que debia consumarse el sacrificio de Matilde y la destruccion de todas sus esperanzas.

Las calles se sembraron de flores; las mezquitas humeaban el mas oloroso incienso, y numerosos coros de músicos y bailarines recorrían las calles, llenando el aire con los repetidos nombres de Záfira y Selim. En la misma noche dió el califa una fiesta en la que la diosa de la hermosura debia ceñir con una corona de flores las sienes de ambos esposos y anunciarles una felicidad sin límites. Matilde hasta entonces no se habia dejado ver; pero el califa exigió imperiosamente de ella que hiciese el papel de Venus, en lo que consintió la princesa, con la condicion de que la cubriese el rostro un velo de gasa, sin que por eso se ocultase á los que quisiesen verla, y Záfira aprobó aquella tímida reserva, tal vez tambien porque temia que el rostro descubierto de Matilde pudiese eclipsar algun tanto la belleza del suyo.

Apareció pues la princesa de Inglaterra en medio de la fiesta, vestida con el traje de Venus, y llevando al amor por la mano; mas cuando tuvo que bajar las gradas del templo para llegar á unir á Selim y Záfira con la cadena de flores, sintió que la flaqueaban sus rodillas, y apoyándose sobre el ara en que ardia el incienso que se la tributaba, dirigió al príncipe árabe estas palabras: «¡Selim, Selim, puedo contar con vuestros juramentos! ¿no me habeis hecho otros en algun tiempo?»

A la voz penetrante, que Selim no pudo desconocer, y á la vista de aquellas facciones que el transparente velo le permitia distinguir, Selim queda como petrificado, conoce á Matilde, y ni aun se atreve á nombrarla ni espresar en aquel momento lo que experimenta; mas al cabo de algun tiempo, volviendo en sí é hincando una rodilla en tierra, dirigiéndose á la supuesta Venus la dijo: «No, encantadora deidad, no he profanado jamás vuestros altares; jamás he sido inconstante, y vos reinareis para siempre en mi corazon.»

¡Ah! la divinidad á quien Selim se dirigia era mortal; y conociendo que la emocion que experimentaba iba aumentándose por momentos, temiendo descubrirse desapareció repentinamente, dejando al amor que hiciese su oficio con respecto á los dos esposos.

Pocas horas despues de esta escena recibió Záfira un billete de Matilde concebido en estos términos:

«Permitid, amable princesa, que use de la libertad que os dignásteis restituirme, para que vaya á buscar lejos de vuestro lado una paz que necesito y acercarme á los objetos de mi estimacion: sed tan feliz como mereceis serlo, y vivid segura de que para siempre conservará dulces recuerdos de amistad y agradecimiento hácia vos.....=Emma.»

Al recibir Záfira este billete, se hallaba Selim á su lado, el cual habia procurado, aunque inútilmente, ver á Matilde, y no habiéndolo podido lograr, habia vuelto á acompañar á la hija del califa, para conseguir mayores luces sobre el particular. Záfira le habia hablado ya de ella, pintándola como á una es-

trangera bastante bella, pero muy singular ó rara en sus ideas, y á la que sin embargo habia tomado gran cariño.

Záfira perdía esta amiga; y sin duda era la ocasión de manifestarse sensible á la tal pérdida, pues que la sensibilidad en semejantes momentos realza la hermosura y aumenta el amor en el pecho del amante; por lo tanto, pues, afectó derramar algunas lágrimas cuando leía Selim el billete de Matilde, y aun fingió también una especie de desmayo. El príncipe, siguiendo no solo los principios de la política, sino los impulsos de su corazón y de su amor hácia Matilde, ofreció á Záfira volar en busca de aquella, elogiando al mismo tiempo el cariño que manifestaba la princesa, jurándole que no volvería á Bagdad sin traerla consigo. En vano quiso contenerle Záfira protestándole, que pues Emma por su propia voluntad se alejaba, sabría muy bien el motivo que la asistía para ello. Selim por su parte fingió no creerla, y reputaba sus protestas como originadas del deseo de evitarle aquella incomodidad; y así salió con la mayor precipitación del aposento en que se hallaba, se informó del camino que habia tomado Matilde, aprestó sus mejores caballos, y seguido solamente de dos guardias, corrió en pos de las huellas de su adorada princesa.

«¡Por el profeta! exclamaba entre tanto Záfira, paseándose agitada por su habitación, que con semejante hombre no puede una desmayarse.

—¿Qué teneis, señora? la dijo una de sus damas, que la veía colérica por la partida de Selim.

—¡Ah! Fatmé, respondió ella suspirando: me he mostrado sensible con exceso; el príncipe me ha dejado para correr en busca de esa desconocida á quien aparentaba yo echar de menos: lo ha tomado con formalidad; pero en otra ocasión ya procuraré yo ser mas veraz y franca.»

Entre tanto Matilde, acompañada solamente de un criado de su confianza, y vestida con un traje musulman, al que la fuerza la habia hecho acostumbrarse, se alejaba de Bagdad con la mayor rapidez, siguiendo el camino de Palestina, mirando

frecuentemente hácia atrás para ver si era seguida. Apenas los rayos de la aurora principiaban á iluminar las cimas de los montes, cuando á la entrada de un bosque oyó Selim los gritos de un jóven desgraciado, á quien arrastraban hácia su aduar (1) cinco ó seis árabes para robarle y tal vez asesinarle, y un musulman que acompañaba á esta víctima acababa de espirar á los golpes de aquellos malvados. El príncipe, movido por la compasion, y lleno de indignacion al ver aquel acto de barbarie, no escuchando mas que la voz de la humanidad, sin reparar en el número de los asesinos, se arroja sobre ellos acompañado de sus guardias, y á pesar de una flecha que le hirió en un costado, los atacó y dispersó en pocos momentos; mas ¡cuál fue su admiracion y sorpresa al hallar á Matilde casi desmayada bajo el disfraz musulman, en el que los árabes querian conducir á su retiro! Considérelo el lector, como asimismo cuánta debió ser la alegría que experimentó su alma al verse reunido con el objeto que mas amaba en el mundo, y por el cual habia suspirado tanto.

Con efecto, era la princesa de Inglaterra la víctima que acababa de redimir. ¡Qué palabras podrian espresar los sentimientos ó mas bien las sensaciones que por su parte experimentó la hermosa fugitiva al reconocer á Selim en su libertador!

«¡Querida Matilde! exclamó este al fin, recobrado algun tanto de su sorpresa que le habia dejado como estático: ¡querida Matilde! ¿sois vos la que vuelvo á ver y la que estrecho contra mi corazon, ó es acaso una ilusion que trastorna mis sentidos? Pensaba solo en socorrer á un desgraciado, y sois vos á quien salvo la vida, y lo que es mas, el honor. ¡Dios bondadoso, Dios de mi madre, Dios mio, cuán ampliamente me pagais en un solo momento cuantos trabajos y sufrimientos he padecido! A la noticia de vuestro naufragio, Matilde mia, y de vuestra muerte, crei perder la vida, que ya en nada estimaba ni he estimado hasta ahora; sin embargo, una débil esperanza, una voz secreta que oia en el fondo de mi corazon y que me consolaba, me sostenia;

(1) *Aduar*: asi se llama á la tribu ó reunion de los árabes y beduinos que andan errantes por el desierto, los cuales viven en una especie de tiendas de campaña.

esta voz interior, esta esperanza me hacia creer que no era posible se hubiese malogrado tanta virtud y belleza.

—¡Amado Selim, responde la princesa, habeis espuesto vuestra vida por mí, y á costa de vuestra existencia habeis conservado la mia! ¡Jamás, jamás podré recompensar bastante este sacrificio que me habeis hecho, y que indeleblemente se ha grabado en mi corazon para siempre! ¿Estais herido?

—¡Ah señora! esta herida gloriosa, pues la he recibido en defensa vuestra, nada importa, pues aun me queda todavía bastante sangre que reanime un corazon en que reinais.

—Selim, respondió Matilde, curando y vendando la herida con sus manos de alabastro: si me es grato el vivir y el haberme librado de los ultrajes á que me he visto espuesta, es sobre todo porque os lo debo. Sí: por dos veces os soy deudora de la vida, y esta última de lo que mas que ella aprecio, que sin vos habria perdido, es decir, el honor; y asi disponed de ella, pues que vuestra es. El cielo mismo se complace en concederos repetidos derechos sobre ella; cúmplase su voluntad.

—Amada Matilde, tales derechos, aunque dados y confirmados, digámoslo asi, por el cielo, los quiero tambien obtener de vos misma.

—¡Ah Selim! ¿no es cierto que he estado bien espuesta no ha mucho tiempo á perder mis derechos sobre vuestro corazon? ¿Y Záfira?....

—Jamás creais, Matilde, que haya podido equilibrar vuestro imperio en este corazon siempre lleno y ocupado de vuestra imágen. Mi amor hácia vos (lo confieso avergonzado ante vos misma), mi amor hácia vos me hizo faltar á mis deberes respecto á mi hermano Saladino, á el honor y á mi propia gloria: abandoné mi ejército en el momento que mas necesitaba mi presencia, por volar á arrancaros de las manos de Alaziz; mi hermano debia haberme castigado, y ya iba á dejar sin pesadumbre una vida que me era ya insoportable, pues que no podia dedicárosla, cuando por una inaudita generosidad, Saladino me perdonó y restituyó á su gracia y valimiento. En este caso, esto es, despues de recibir tantos y tan poco merecidos beneficios, no

existiendo ya vos, según creía, ¿podía negarme á un himeneo que entraba en sus cálculos políticos? No, seguramente: yo me sacrificaba á sus intereses, cuando próximo á formar tales vínculos, os reconocí en la voz y en las facciones que dejaba distinguir el velo cuando representábais el papel de Venus, siendo realmente una deidad que bajaba del cielo á poner término á mis desgracias, y á volver á tomar el imperio que jamás había perdido en él.

—¡Ah Selim! ¿pero habrán concluido ya nuestros infortunios, ó vendré tal vez á anudar la cadena y haceros participar del funesto influjo que por tan largo tiempo nos ha perseguido? ¿No permanecéis siempre bajo el poder de Saladino? ¿Podré yo robarle la sumisión que le debéis atrayéndoos de nuevo su cólera? No quiero hablaros del trono que el himeneo de Záfira os habría asegurado, sino de qué compensación puedo yo ofreceros en su lugar.

—Vuestro corazón.

—No, Selim: dejadme, dejadme abandonada á mi suerte; volved á entrar en la carrera de las glorias y los honores que os está abierta, sin añadir á mis pesares los remordimientos de haberos arrastrado conmigo á un abismo.

—¿Qué es lo que decis, Matilde? ¿Podeis usar ese lenguaje con Selim? ¿Abandonaros yo habiéndoos vuelto á recobrar! ¿Dejaros cuando el cielo mismo ha decretado nuestra unión! No, Matilde adorada, mujer constantemente amada de mi corazón; no me siento capaz de vencer así al amor ni quebrantar los juramentos que hice de vivir y no existir sino para vos. Pongo por testigo al cielo que nos reúne en este desierto, que os confía á mi ternura, que no habrá fuerza humana capaz ya de separarnos: guarde en buena hora Saladino el trono que me destina; por mi parte, estoy desempeñado para con él; sus derechos no pueden estenderse á privarme ni á intervenir en los afectos que os he consagrado; ni todos sus dones y gracias que pudiera hacerme, equivale á una sonrisa, á una sencilla mirada vuestra. Vos, Matilde, que sois el único objeto de mi corazón, venid conmigo: busquemos un sitio digno de recibir á unos fieles

amantes : seguidme á los desiertos de la Arabia feliz ; alli manda un emir que me debe su suerte y colocacion , y con cuya fidelidad puedo contar , el cual nos protegerá aun contra el mismo Saladino , si en algun tiempo quisiese venir á descubrirnos : alli entre sus frondosos bosques é ignorado del mundo , vive un anciano sacerdote y una colonia cristiana , de que es digno pastor , el cual , mediante el permiso que el legado de Su Santidad os tiene concedido para que podais enlazaros á mí , nos unirá al pié de los altares : el mismo sacerdote será nuestro padre y guia espiritual : sabeis , Matilde , que mi madre fué cristiana católica ; que los que me criaron lo fueron igualmente , educándome en esta religion santa , que aunque despues (por haberme arrancado mi hermano de entre sus manos inculcándome las máximas del islamismo) se amortiguó y aun borró de mi memoria , oscureciéndola con el brillo de los cargos y honores , y de todos los atractivos de la corte del sultan ; sin embargo , luego que os conocí , tomásteis á vuestro cargo y obrásteis mi conversion . Desde este feliz momento volví á ser cristiano , y lo soy y lo seré eternamente : me he declarado protector de los cristianos en cuanto me sea posible ; de consiguiente debo continuar siéndolo , sirviendo de un mediador para con mi hermano : para conseguirlo es preciso conservarle en la creencia de que soy musulman , aun cuando no lo soy mas que en el vestido ; pues si llegase por un evento á saber que he abandonado la religion de mis abuelos , prescindiendo de la pérdida de mi vida , que era lo menos , perderia tambien el honor , y sobre todo originaria el total esterminio del nombre cristiano en el Oriente , dando lugar á la persecucion mas sangrienta , y á la ruina y demolicion del Santo Sepulcro y demas lugares santos , objeto de la veneracion de toda la cristiandad : Dios ve la sinceridad de mi corazon : Dios recibe mis juramentos , y sabe que estoy pronto á sacrificarme por su causa . Sí , Matilde ; confiad en la Providencia , que jamás nos abandonará , y resignémonos con nuestra suerte futura , cualquiera que pueda ser : nos unirán los lazos de himeneo , seremos dos esposos felices , á pesar de cuantos obstáculos quieran turbar nuestra felicidad : gozaremos de todas las delicias

del mas puro amor , exentos de amarguras y remordimientos. Amantes dichosos y esposos afortunados, nos emplearemos solo en obras de beneficencia , y en aliviar la suerte desgraciada de nuestros semejantes; y tal vez, sepultados en un ignorado retiro, olvidaremos sin pesar la gloria y esplendor de los tronos de Oriente , y no pediremos mas á Dios, sino que prolongue tan agradable tranquilidad hasta el fin de nuestros dias; mas si, como espero , mi hermano continúa prodigándome su cariño y me eleva al trono de Jerusalem ó á otro de Oriente, entonces mi primera dicha será presentaros á él y al mundo todo como esposa mia , y dispensar todos mis beneficios por vuestra mano.»

¿Qué podia responder Matilde á este discurso que hacian aun mas sincero y verídico las lágrimas que en ademan suplicante, postrado ante ella, derramaba Selim como un reo que espera su sentencia? ¿Qué podia responder á las tiernas y respetuosas súplicas de un príncipe á quien debia por dos veces la vida , y á un amante cuya sangre , vertida por ella , estaba aun corriendo á su vista ; que despreciaba por ella el trono del califa y la mano de una de las mas hermosas princesas de Oriente ; que se avenia á vivir ignorado del mundo, sacrificándola todo el orgullo de su nacimiento y cuantas felicidades podia gozar solo por existir á su lado ; y en fin , qué podia responder á un príncipe cristiano que reunia á tantos beneficios tan bellas cualidades, y que aventajaba á cuantos conocia en valor, en honor, en belleza y en nobles acciones?

«Seré tu esposa , responde la princesa; sí , lo seré , siendo cristiano como dices.

—Lo soy , Matilde, sin violencia, y sin otro interés que el convencimiento íntimo en que estoy de la verdad del cristianismo que reina en mi alma.»

Matilde, enagenada de placer, alarga la mano á Selim y le dice :

«Príncipe , será tuya esta prenda tan luego como consagre nuestra union la bendicion sagrada al pié de los altares ; entre tanto, vive, Selim, seguro de que ocupas mi corazon y te amo

como á mi futuro esposo, uniendo desde este momento tu suerte á la mia.»

Selim besó aquella mano querida con el mayor entusiasmo estrechándola contra su corazón, y ambos amantes transportados pronunciaron este dulce juramento, que habia de ser la ley de su destino: «*Para siempre, para siempre.*»

Inmediatamente tomaron Selim y Matilde el camino de Adem (1) capital de la Arabia-feliz, en donde mandaba Abulassem, emir de Saladino, á quien estaba unido por una larga amistad é importantes servicios. Internáronse despues estos dos amantes en unos inmensos desiertos que debian pasar antes de llegar á las fértiles y risueñas campiñas que se estienden en diversos puntos de aquella region. Felizmente era el mes de mayo cuando viajaron, soplando por consiguiente el *samili* ó viento del Mediodia con su aliento abrasador y pestífero, lleno de los infectos vapores del Africa; pero tuvieron que sufrir mucho en medio de aquellos mares de arena, que á semejanza de las del Océano, impelidas por los vientos levantaban unas olas que nublaban el horizonte y cubrian los cielos; fenómeno mucho mas temible para el viajero que los peligros del mar mas proceloso. Privada la naturaleza en aquellas playas áridas de todo el influjo del cielo, sepulta al hombre en su seno ó hace que aterrado de su esterilidad se aleje de ellas. El infeliz y sediento peregrino no halla un pequeño manantial de agua fresca en que apagar la sed que le devora, ni un árbol que le ofrezca no solo sus frutos sino una pequeña sombra hospitalaria.

La muerte y la nada parece tienen allí fijo su imperio; sin embargo, en ninguna parte es este mas terrible ni ofrece los caracteres mas imponentes que en la provincia Hauran, al pié de los dos montes Kochila y Ada, tan célebres en las poesías árabes, los cuales dominan aquellas vastas regiones. Matilde, cubierta con un velo muy espeso que la defendiese de los rayos del sol y de las nubes de arena que formaban los vientos, caminaba

(1) *Adem*: ciudad en otro tiempo rica y considerable, situada en la Arabia-feliz, en el Yemen á 8 leguas de Moka. En la actualidad es capital de un pequeño estado independiente á las órdenes de un jeque.

montada en un camello, por ser caballería cuyo paso es mas suave que el del caballo; y no precisamente ocultaba su rostro por esta causa, sino porque su vista tal vez no hubiera podido descubrir en aquellas inmensas llanuras mas que algunos beduinos errantes, persiguiendo al pesado avestruz para adornarse con sus plumas, ó espiar al peregrino ó viajero imprudente que llega á separarse de su caravana. El único placer del viaje era la conversacion de Selim: Matilde se complacia en escuchar el eco de aquella voz querida que la hacia olvidar todas las fatigas del camino: el príncipe por su parte sentia tambien menos los dolores de su herida cuando Matilde le dirigia la palabra; de modo que el amor convertia aquel horroroso yermo en un jardin semejante al Elíseo.

Ya principiaba el astro de la noche á derramar su pálida y misteriosa luz: era la hora en que los sueños parece bajan á la tierra en su silencioso carro para dar descanso á las fatigas del infeliz, y acaso recrear su imaginacion con plácidas ilusiones, cuando Selim y Matilde llegaron á un paraje situado entre dos montes tapizados de verdes y tiernas yerbas.

«Hagamos alto aqui, amada mia, dijo el príncipe: el árabe ha levantado en este recinto algunas miserables tiendas que frecuentemente abandona, y en ellas hallaremos lo menos reposo y abrigo para pasar la noche.»

Al oír estas palabras Matilde, se alza el velo y mira en torno suyo como asombrada. En lugar de chozas miserables, abrigos momentáneos de beduinos, cubiertas con pieles de animales, ó con troncos y ramas de árboles, distingue por todas partes á la claridad de la luna y del brillo de las estrellas que parecian lucir en el firmamento con llamas centellantes, pórticos de mármol blanco, arcos triunfales, edificios colosales, cuyas columnas se elevan á lo lejos hasta las nubes formando inmensas é interminables galerías, monumentos que atestiguaban y aun atestiguan el poder y grandeza de los pueblos que los erigieron, y que sin duda los habitaron. Sobre todo cuanto veia, llamó su atencion un templo, cuya soberbia arquitectura jamás habia visto otra igual ni que fuese mas digna de hospedar en su centro al dueño del

universo. Esta grandiosa escena la favorecian las sombras de la noche, pues que encubrian los defectos que con la luz y claridad del dia se hubieran hecho patentes á sus ojos.

«¿Es este algun encanto? exclamó Matilde; ¿nos hallamos aun en el desierto, ó en la morada de los inmortales? Jamás me han ofrecido los palacios de los monarcas cosa comparable á esta. Todos los alcázares del mundo reunidos, ¿presentarán acaso un espectáculo tan asombroso como el que tenemos á la vista? Mas sin embargo, no percibo en todo él ruido ni movimiento alguno de vida: creo que estoy soñando despierta, ó que he perdido el uso de mis sentidos.

—¡Oh, Matilde! la responde Selim suspirando: lo que estás viendo es el esqueleto todavía magestuoso de una ciudad que brilló con todo el esplendor de la magnificencia, y fue la primera entre todas las de Oriente. En fin, son las ruinas de Palmira (1).

—¡Palmira! repitió Matilde en un tono que manifestaba la profunda impresion que habian hecho en su corazon los recuerdos que tan célebre nombre lleva siempre consigo. ¡Palmira!...» y sus ojos se volvieron de nuevo á las ruinas recorriéndolas todas con el mayor interés. Apoyándose en seguida en el brazo de Selim, se desmontó del camello, y principió á pasearse por aquellas galerías, entre tanto que un pobre árabe les preparaba algun alimento sobre el terrado de un palacio, cuya mole estaba enteramente sepultada bajo de tierra. Caminaban en silencio; ni aun se oia el grito del chacal, ni el aullido de la hiena que turbasen el silencio de Palmira; porque, ¿qué habrian hallado en ella aun

(1) *Palmira*: célebre y famosa ciudad; estaba situada en la Siria, en medio del desierto. Presúmese que su nombre se derivó á causa de las innumerables palmeras que hay á su alrededor. Dicen que la fundó Salomon. En el dia solo se ven magnificas ruinas, que aunque no tienen el esplendor que hace siete siglos lo menos, asombran al viajero que las visita. Lo que mas llama la atencion de los viajeros sobre todo, es el soberbio edificio llamado el templo del Sol, el cual está circundado por una muralla cuadrada como él, toda de pórticos, haciendo cada cara 679 pies. Actualmente aquellas preciosas ruinas solo sirven de guarida á los árabes y beduinos feroces, como igualmente á las aves de rapina y nocturnas.

cuando escarvasen sus sepulcros? El polvo mismo de mil generaciones que habia alimentado en su recinto, habia desaparecido, mezclándose con las arenas del desierto; y abiertos los túmulos y catafalcos, parecia que habian entregado su depósito al dia del juicio universal. Los corazones de ambos amantes se abismaban en aquel dulce sentimiento de melancolía que se apodera del hombre en medio de las ruinas, proporcionándose á la grandeza de los objetos cuya pasada existencia atestiguan; ellas le ponen á la vista su nada, y parece que le gritan: «polvo eres como nosotros, y bien pronto no existirás.» El viajero, asombrado á la vista de las ruinas de Palmira, poseido de la admiracion y el terror secreto que inspira la mano de la destruccion sobre este globo de tierra, se para, se conmueve, retrocede con la imaginacion una infinidad de siglos, procurando levantar con la idea desde su vasto sepulcro aquella ciudad soberbia cuyos restos contempla, y volver á la vida su esplendor antiguo: mas bien pronto saliendo de los sueños de lo pasado, al ver las tristes realidades de lo presente, suspira al ver que las arenas del desierto cada año van avanzando para cubrir los mas bellos edificios de la mano del hombre, y rasgar, por decirlo asi, una de las páginas mas brillantes de los anales esculpidos que nos transmiten los monumentos.

Selim, conmovido á vista de este soberbio espectáculo, dijo á Matilde.

«Este templo, cuya elegante arquitectura y sabias proporciones parece que el tiempo respeta, se llamaba el del *Sol*. Su cúpula, sostenida por mil columnas, y como coronada de una gloria celestial, reflejaba por todos lados los rayos del astro del dia que se hallaba sobre ella: concurría á él la muchedumbre de los pueblos circunvecinos, y aun de los mas remotos climas, para adorar en su emblema á la divinidad, á la cual su corta inteligencia no sabia elevarse de otro modo. Mas allá tenían tambien templos otras varias deidades subalternas. Vuelve la vista, y en medio de esa inmensa multitud de columnas aisladas, de capiteles, cornisas y fustes destruidos, mutilados ó próximos á serlo,

los cuales debian mas bien formar la mansion del Olimpo que la de unos simples mortales; repara ese soberbio palacio que fue de Zenobia, de aquella reina varonil, cuyo cetro pudo solo quebrantarle un pueblo soberano de todo el mundo. Aqui mismo cantaban algun dia el triunfo de las artes y de las armas millares de voces, y celebraban los placeres donde ahora solo el árabe vagabundo montado en su ligera yegua pasa de largo sin detenerse siquiera un momento y fijar su vista sobre tan preciosas ruinas como si no existiesen; ó por el contrario, se complace tal vez en acabar de derribar con su lanza alguna columna ó capitel de estos arcos de triunfo que se erigieron á la victoria. El ave nocturna apenas puede ya permanecer en estas abatidas ruinas: el tiempo parece deposita en ellas su cansada segur; y en fin, aqui parece tambien que la eternidad fija su inmóvil trono. ¡Ah! si todo aparece sobre la tierra como un sueño fugaz, si todas las grandezas del mundo terminan solo en formar el polvo de estos sitios, olvidémoslas, Matilde, en el sentimiento que nos une: sea este solo el que nos haga apreciable la existencia; constituya él únicamente nuestra mútua felicidad. Ven, amiga mia, á alimentar su fuego sagrado en las deliciosas soledades del pais de Adem; y si en algun tiempo me viese espuesto á sacrificarlo á las promesas de la ambicion, ó á la esperanza de las palmas de gloria ó de los tronos del mundo, recuérdame, Matilde mia, recuérdame las ruinas de Palmira.

—Amado Selim, le contesta Matilde enternecida, ¿conoció Zenobia el encanto de este dulce sentimiento? ¿Fue virtuosa y sensible?

—La fama póstuma la hace mas valerosa que tierna.

—En tal caso la compadezco, dijo la princesa sonriéndose; porque temo que mas de una vez hubiera podido decir con Tito: *He perdido un dia.*»

A la mañana siguiente ambos amantes dejaron las ruinas de Palmira, echando sobre ellas la última mirada, y tributándolas un postrer suspiro. Selim padecia mucho á causa del dolor que sentia en su profunda herida, y la falta de un vendaje conve-

niente, habiéndosela irritado mucho el calor y cansancio del viaje; pero era Matilde quien se la curaba, y Selim no se atrevía á quejarse.

Principiaban ya á ver el fértil suelo de la Arabia; pero aun distaba mucho del término de su viaje: vencidos algunas veces en medio del dia por los ardorosos rayos del sol, se detenian á la sombra de un bosque de palmeras, en donde Selim, colocado en frente de Matilde, procuraba olvidar sus pesares en aquel dulce reposo, fijando en ella sus ojos, y considerando sus bellas facciones: la princesa por su parte le miraba tambien con ojos aterrados; los latidos de su corazon doliente se la figuraban angustias de la muerte, persuadiéndola su exaltada imaginacion que el dardo que le hirió estuviese envenenado. A esta reflexion inundaban sus ojos copiosas lágrimas de desconsuelo, reconviniéndose de no haber estraído con sus labios la ponzoña de la herida de su amante, pagándole con su vida que le debia, salvándole de la muerte. Otras veces, con alguna menor agitacion, velaba al lado de Selim, que descansaba sumergido en dulce sueño, y aun ensayaba alguna cancion con su angélica voz para hacer aun mas gratos aquellos preciosos momentos. Pero, ¡oh mágia del amor! al despertar Selim y oir los dulces acentos de Matilde, creia estar escuchando las harpas de los espíritus celestiales, y su alma enagenada se elevaba por la imaginacion al Supremo Ser de los seres, y á las moradas eternas. «¡Oh, tierna amiga! ¡dulce embeleso de mi corazon! tu voz me hace gustar anticipadamente la felicidad de los inmortales. ¡Oh, Dios mio, Dios mio! si acaso mi suerte fuese la de perecer en el momento mismo de ser feliz, haced Señor que no muera sino con el nombre de hijo tuyo y esposo de mi adorada Matilde; pues conseguido que sea, creeré ya que pertenezco al mundo venidero.»

Tales eran los pensamientos de nuestros tiernos y desgraciados amantes en semejantes circunstancias: pero aun no se hallaban libres de los peligros del viaje, pues algunas partes desiertas de la Arabia están pobladas de animales feroces, mas temibles para las caravanas que los mismos árabes errantes que las inundan. El mayor de estos peligros les esperaba en un manantial

de agua dulce y cristalina, que tenia su origen en un bosquecillo adonde llegaron, y que les convidaba con su fresca y deliciosa sombra á descansar del calor del dia en las verdes y floridas orillas del arroyuelo que se formaba con las aguas sobrantes del manantial. Este y la frescura del sitio habian atraido muchas fieras, las cuales despertaron al ruido que hicieron nuestros viajeros al acercarse. Durante la noche se habian libertado de ellas á fuerza de encender grandes hogueras; y por el dia, que es cuando duermen, habian podido por esta causa caminar sin temor. Al oir Selim y Matilde sus rugidos, se alejaron de alli con la velocidad de que fueron capaces sus camellos; pero viendo que les era imposible evitar su alcance, y que sus armas serian inútiles contra tantos mónstruos, determinó Selim abandonarles uno de sus camellos. Elí, uno de sus criados, retuvo el suyo, le puso en disposicion de no poder seguirle, y montando luego á la grupa del de su compañero, se alejaron con la mayor rapidéz. Este medio fue seguramente eficaz, y el que acaso salvó por el pronto la vida de nuestros caminantes y su comitiva; pues las fieras se cebaron con el mayor encarnizamiento en el tímido y manso animal; pero aun no fue suficiente este sacrificio; porque un leon, que tal vez no lo han producido mayor los vastos desiertos de la Numidia, siguiendo con tenacidad á los aterrados viajeros, y dando espantosos rugidos que hacian retumbar aquellas soledades, lanzándose sobre ellos arrancó al desventurado Elí del lado de su compañero, y cogiéndole en la boca con la misma facilidad que si hubiera sido un pequeño corderillo, se marchó con su presa para devorarla á unas rocas cercanas, entre las que desapareció bien pronto. En otras circunstancias Selim lo habia arriesgado todo por salvar á aquel fiel criado; pero temblando en aquel momento por la vida de Matilde, que era la cosa que mas amaba en el mundo, y aun mas que la suya propia, se contentó solo con compadecerlo sinceramente y lamentar su desgraciada suerte. Todavía no habia podido desechar esta triste idea en la mañana siguiente, cuando al salir de una de las chozas en que habia pasado la noche, el primer objeto que se le presentó fue el mismo Elí, que postrán-

dose á sus pies le ofrecia su casco, adornado con la melena del terrible animal del que se tuvo por víctima. Estrechóle Selim entre sus brazos lleno de júbilo, en que le acompañó Matilde; y el leal criado les contó que en el momento en que el leon iba á devorarle, tuvo la suerte de clavarle su puñal en la garganta y traspasarle de parte á parte; golpe siempre mortal para esta clase de animales. A la fuerza del dolor habia abandonado el leon su presa, dando un horrible rugido; pero animado de un nuevo furor volvia á acometer á Elí, é indudablemente lo habria devorado, si en el mismo instante no hubiese ahogado al furioso animal la sangre que á torrentes brotaba de su herida. Esta valerosa accion no la estrañó Selim, porque conocia bien la destreza y fuerza de su criado, y sabia que á veces sucede que un árabe montado sobre un buen caballo y armado de una lanza, se arriesga en el desierto á combatir con el rey de las selvas, á quien vence ó mata.

Finalmente, Selim y Matilde despues de tantas fatigas é incomodidades llegaron á Adem, en donde los cuidados de Abou-lassem, unidos á los desvelos de Matilde y al auxilio de los mas sábios y diestros cirujanos, restituyeron al príncipe las fuerzas y la salud curándole su herida. La misma Matilde parecia renacer á nueva vida, conforme la de Selim se iba animando. Solo entonces comenzó á tener para ella atractivos la naturaleza, tan hermosa en aquellos climas. En el centro de la ciudad se eleva uno de los mas bellos ediñcios del Asia, coronado por una cúpula, ó sea claraboya, de cristales de roca, que permitian el paso á la luz. Penetrando ésta por todas partes, dejaba ver el brillo de muchas hileras de columnas del mas precioso mármol, y diversidad de fuentes cuyas cristalinas aguas, saltando de los surtidores en distintas formas, conservaban una eterna frescura; pero todo este bello conjunto queda eclipsado comparándole con la multitud de beldades que se ven allí reunidas de todas las provincias del Asia, y á las cuales parece que el amor ha prodigado sus gracias y atractivos. Se diria que en aquellos sitios, que fueron la cuna de la Madre del género humano, ha querido la naturaleza conservar el tiempo de la hermosura primitiva. Este maravilloso

edificio de que hablamos , encierra unos baños magníficos , que son una especie de santuario cerrado á la vista de los hombres , que no pueden penetrar en él sin incurrir en la pena de muerte ; y así , solamente se abrió á Matilde . Solo ella era capaz de competir y esceder á las georgianas y circasianas que allí se hallaban , y disputarlas la manzana como otro París , probando á aquellas flores del Asia , que las de Inglaterra pueden á veces arrebatárlas el premio de la belleza . Así debia aparecer Venus al salir de las olas , seguida de las nereidas que formaban su acompañamiento , ó á lo menos esto hace concebir lo que pudo motivar aquella ficción .

Por muy agradable que fuese á Selim la morada y permanencia en Adem , era sin embargo muy concurrida para no estar espuesto á ser conocido ; por lo cual no bien se halló en estado de ponerse en camino , cuando Aboulassem le aconsejó saliese con Matilde para Sana , capital del reino de Yemen (1) , uno de los distritos del Asia á quien la naturaleza ha prodigado mas sus favores , pues reina en él siempre una eterna primavera bajo un cielo continuamente sereno , y una temperatura benigna é igual en todas las estaciones del año : los árboles se ven cargados de los mas deliciosos frutos ; esquisitos aromas y fragancias balsámicas se exhalan por todas partes , presentándose á un mismo tiempo por doquiera todos los dones de las cuatro estaciones : la fruta madura en pos de la flor que la embellece y perfuma ; jamás el soplo del furioso huracan agita las hojas ni mueve las arenas ; mil arroyos cristalinos riegan y refrescan los bosques de aquella tierra embalsamada , y parece que con su dulce murmullo requiebran á las flores de que se halla esmaltada la sombra de sus orillas . La tierra , respetada de las tempestades y

(1) El *Yemen*: está situado en la Arabia, formando la mas bella parte de ella. Tiene 2,500 leguas cuadradas de superficie, y cuenta un millon de habitantes. Es tambien uno de los reinos mas fértiles que hay en aquellas regiones. Produce en abundancia mirra, inciense, aloés, multitud de aromas que son los mas preciosos del Asia y del mundo, y sobre todo muy esquisito café. Se divide en dos grandes provincias, á saber: el Tehama y el Djabal ó alto pais. *Sana* es su principal ciudad y capital; en la cual se ven una infinidad de bellas mezquitas, palacios y muchas caravaneras.

humedecida frecuentemente con el rocío, da fácilmente sus ricas producciones á la mano que la cultiva, al paso que en otra parte el hombre tiene que arrancárselas á la naturaleza; allí como madre mas tierna y generosa, se las ofrece por sí misma, le nutre con su mas dulce leche; y siempre risueña le dispone placeres y previene sus necesidades. Felizmente, tambien aquel hermoso clima influye asimismo en el carácter y costumbres de sus habitantes: los árabes del desierto pierden en él la afición á su vida errante, y son mas serviciales y hospitalarios que en otras partes: en fin, aquel pais favorecido del cielo, y que hacia muy pocos años que respiraba de sus agitaciones políticas bajo el gobierno de Saladino, parecia que se habia conservado para realizar las ficciones de los poetas, y reproducir los prodigios atribuidos al siglo de oro.

En las cercanías de Sana, pues, fué donde Selim halló al venerable sacerdote y la colonia cristiana, de que ya he hecho anteriormente mencion; y habiéndole referido toda la historia de su vida, descubriéndole su alto nacimiento; que era cristiano é hijo de cristiana, aun cuando despues, de órden de su hermano Saladino, habia sido educado en la secta mahometana, y casi olvidado su primitiva religion; que habia sido despues instruido de nuevo en esta por la princesa Matilde de Inglaterra, su futura esposa; y que convencido de la verdad de esta religion santa, queria reconciliarse con ella, y entrar en el gremio de la Iglesia católica, y contraer su matrimonio con Matilde; la cual, aun cuando hubiese seguido siendo mahometano, tenia permiso del legado del Sumo Pontífice para contraerlo por el bien que de este enlace se seguia á la cristiandad; y en fin, Selim abrió completamente su corazon al venerable sacerdote, y despues de haber concurrido por mucho tiempo á oír sus sábias lecciones para que la semilla del Evangelio se arraigase mas y mas en su alma, y produjese los mas copiosos y sazonados frutos, hizo una confesion general con todo el fervor y las muestras de un verdadero hijo de Jesucristo, á lo que Matilde, enagenada de alegría, no dejó de contribuir tambien por su parte, convirtiéndose igualmente en su maestra y directora espiritual, como

lo fué en otro tiempo en el Carmelo. Y en este estado, ambos amantes trataron de unirse con los sagrados vínculos del matrimonio, prévio el dictámen del anciano sacerdote, á quien visitaban diariamente, aunque con el mayor sigilo; y que tomó tanto afecto á ambos príncipes, que los miraba y trataba ya como á sus verdaderos hijos, prodigándoles todo el afecto y cariño á que se hacian cada dia mas acreedores.

Por último, se señaló el dia para verificar su union al pié de los altares. ¿Quién podrá pintar el enagenamiento de Selim al considerarse próximo á ser esposo de su adorada Matilde, por lo cual habia pasado tantos trabajos y fatigas, habiéndose visto espuesto á perder su vida, y sin saber cuál seria su suerte al saber su hermano Saladino, no solo su desobediencia, casándose contra su voluntad, sino el abandono de su religion? Considérenlo mis lectores; pues es mas fácil de pensarse, que hallar expresiones para decirse. Por otro lado Matilde, ¡qué conmociones, qué sensaciones tan agradables no experimentaba su corazon viendo acercarse el dia de su felicidad, y considerando cristiano á su esposo Selim, llenándose de la mas pura satisfaccion en haber contribuido á esta conversion tan interesante! Amaneció por fin el deseado dia: los cielos y la tierra parecia que se habian combinado para hacerlo el mas hermoso. La brillante aurora, oscureciendo las estrellas, abria las puertas del Oriente al padre de la luz, que estendiendo sus rayos por las inmensas y floridas campiñas del Yemen, alegraba y daba nueva vida á las flores y plantas, y hacia revivir á la dormida naturaleza: los habitantes de los bosques y selvas le saludaban y se desbacia en trinos y gorgoros; las flores abrian sus cálices cargados de rocío, cuyas cristalinas gotas, heridas por los rayos del sol, ofrecian todos los brillantes colores del iris, ó parecian otras tantas brillantes perlas, y exhalaban sus aromas que embalsamaban la atmósfera: esta se hallaba serena, sin nube alguna, ostentando el mas hermoso azul: en fin, la naturaleza toda concurría á solemnizar este memorable dia y á prestarle todas sus bellezas.

Selim y Matilde, acompañados de sus mas fieles criados, todos tambien cristianos convertidos y bautizados por el venerable

sacerdote (y que habian jurado á sus amos seguirlos siempre y guardar el mas inviolable secreto), se dirigieron á la aldea cristiana en busca del anciano pastor, que los aguardaba ya revestido para celebrar la augusta ceremonia; y con efecto, fue celebrada á presencia y en medio del júbilo y aclamaciones de todos los cristianos de la colonia, que aunque ignoraban el elevado rango de los esposos, no podian apartar de ellos sus asombrados ojos al contemplar su hermosura y nobles prendas. Matilde y Selim, pues, fueron unidos con los indisolubles lazos del matrimonio, y recibieron la bendicion nupcial al pié de los altares, jurándose mutuamente un amor eterno; ¡cuál palpitaban sus corazones en este dulce momento, y qué rayos de luz despedian sus hermosos ojos! Veíanse enlazados allí el valor y la hermosura: Himeneo encendia la antorcha y entonaba el himno de la felicidad: asidos de las manos, los dos esposos salieron del templo, seguidos del anciano pastor, que vertiendo lágrimas de gozo los abrazó á ambos, y todos los demas cristianos las vertian igualmente. En seguida se dirigieron con aquel á su morada para poder mostrarle su agradecimiento y darle una prueba de su caridad. Selim, vestido á la europea, dejaba ver su arrogante figura y la bella proporcion de todas las partes de su cuerpo: en su rostro se veian pintados el heroismo y la nobleza; y sus hermosos ojos, de los cuales se desprendian algunas lágrimas, manifestaban la sensibilidad de su corazon. ¿Y qué diremos de Matilde? Coronada de una hermosa guirnalda de flores silvestres, ondeando sobre su frente sus magníficos cabellos hechos rizos, que se asemejaban al oro; el color de la fragante rosa que se veia unido al pudor virginal sobre sus mejillas; sus ojos, que cuando se volvian hácia Selim, arrojaban rayos de luz y de fuego que podrian animar al corazon mas animado é insensible; su tez mas blanca que el alabastro; su sonrisa que enagenaba los corazones al mirarla; y en fin, su elegante vestido blanco, en el que brillaban los diamantes y toda la mas preciosa pedrería del Oriente, que deslumbraban la vista; todo, todo la hacia comparable á una hermosura celestial que embelesaba, y que no es posible con quien compararla en lo humano, dejando per-

Esta carta no pudo menos de sorprender á Selim, llenando su corazon de amargura y vertiendo copiosas lágrimas, como el único tributo que ya podia ofrecer á la memoria de un hermano á quien tanto amaba, que habia sido su bienhechor, y en fin, un monarca el mayor del Oriente y el único que podia sostener el cetro de tan poderoso imperio. En seguida reflexionó y discutió consigo mismo lo que su patria tenia derecho de exigir de él; su gloria, el interés de Matilde y su hijo; el bien y apoyo que podia prestar á los cristianos, que de no admitir la corona iban á ser tal vez sacrificados al fanatismo mahometano; y sobre todo, lo que debia temer de los hijos de Saladino, que siempre le habian mirado con envidia al ver el amor y confianza que su padre le dispensaba. Despues de esta interior discusion, Selim se decidió á tomar la corona con que se le brindaba: corrió inmediatamente á tomar sus armas, y cogiendo su cimitarra, se dirigió adonde estaba su esposa, y la dijo mostrándola el acero:

«Matilde mia, hé aqui mi cetro, el del Asia, que mi hijo debe heredar; la patria, el honor y el interés me llaman; voy á presentarme, y mis enemigos quedarán confundidos. Tú, adorada Matilde, que tienes que cuidar de nuestro hijo, no puedes seguirme por los desiertos y los campos: continúa viviendo desconocida en este retiro, que yo volveré á él apenas haya atado á mi carro la rueda de la fortuna.

—¡Qué es lo que dices, esposo mio! replica Matilde anegada en llanto; ¿vas de nuevo á esponerte á los peligros de los combates y de las revoluciones, no bastándote ya la pura y dulce felicidad que gozamos? Permanece á mi lado en este retiro; nadie vendrá á buscarte, nadie te perseguirá en él. Recuerda las promesas que me hiciste en las ruinas de Palmira; y si esto no basta á resolverte, dime, ¿qué es lo que vas á disputar con el acero en la mano? Las vanidades engañosas del mundo, las grandezas rodeadas de precipicios, y coronas que la suerte tal vez de los combates concede á los mas temerarios y arrebatada á los mas prudentes. ¿Producen acaso todas estas ilusiones del amor propio la felicidad? ¿Y no me has dicho tú mil veces que la disfrutabas en mi compañía en estos sitios? Cuando por las

(LÁMINA 5.ª)



mañanas de los mas hermosos dias del año, siempre iguales en estos climas, vamos á los bosques de naranjos, mirtos y palmeras, que pueblan las cercanías de Sana; cuando en ellos respiramos los aromas de la atmósfera embalsamada y presentamos nuestro hijo á Dios, que parece revela aqui mas que en parte alguna de la tierra su gloria y omnipotencia, y nosotros nos decimos mutuamente enternecidos: «en este sitio estuvo el Paraiso y aun está,» ¿no me has repetido con bastante frecuencia que el brillo y magnificencia de las cortes se disipaba al lado de la pompa encantadora de la naturaleza; que el incienso y los perfumes que humean en los braseros de oro de los palacios de los reyes no podian igualarse al de las flores que mi mano te presentaba en este sitio, y que los homenajes de los cortesanos y aun la misma gloria por lo comun es solo una mera ilusion, y que á tu corazon ningun placer le parece tan puro como el que acompaña la sonrisa de un hijo y de una esposa? Dime, Selim mio, ¿qué será de mí sin tí, y qué será de tí mismo separado de estos objetos de tu mayor cariño? Permanece, esposo querido, continúa viviendo cerca de ellos si deseas asegurar tu felicidad; y si por desgracia el genio infernal de la guerra nos persiguiese alguna vez hasta este asilo, entonces será cuando lícitamente podrás rechazar su agresion.

—Entonces, responde Selim, ya no seria tiempo, Matilde: el favor de los pueblos la mayor parte de las veces es momentáneo, y asi debo ahora aprovecharme del instante que me lo concede, en el que la pérfida seguridad de mis enemigos todavía no me lo han arrebatado, y en el que el ejército desea un gefe, digno sucesor de mi heróico hermano; y como ninguno de sus hijos ha heredado sus grandes prendas, las suplen mas ó menos con la astucia ó con la hipocresía. Y en este caso, ¿deberé esperar á que alguno de ellos, Alaziz por ejemplo, se haga bastante poderoso para no temerme, y antes bien perseguirme como un competidor perjudicial si llega á saber que existo? Por lo que á mí respecta, solo podria costarme la vida; ¿pero deberé esponer tambien la tuya y la de mi hijo, esto es, deberé esponeros á que caigais bajo un yugo opresor, y á gemir entre ca-

denas, cuando puedo sentaros sobre el trono mas poderoso del Oriente? Si, como sospecho, toca la Arabia en suerte á Afdal, el mayor de mis sobrinos, su primer paso será quitar á Aboulassem el destino que ocupa por mi mediacion para conferírsele á otro de su partido; y entonces, ¿quién nos libraria de sus persecuciones? Déjame, pues, Matilde mia, déjame volar adonde me llaman nuestros mayores intereses: es fuerza separarnos, querida esposa, por algun tiempo para volvernos á reunir mas felices; pero esta separacion no será total, porque siempre te tengo y tendré presente en mi corazon: mis pensamientos te acompañarán; y si el cielo me concedió la victoria cuando solo buscaba laureles, ¿cuáles no deben ser sus favores combatiendo por tí y por nuestro hijo?

Matilde al oír este razonamiento conoció que seria inútil oponerse por mas tiempo á los deseos de Selim, y que cuando habla á un héroe la gloria, nada es capaz de contenerle: por lo tanto, con sus blancas y trémulas manos le ayudó á poner su luciente cota de malla, colocando en su noble cabeza el yelmo, sobre el cual en las mas hermosas plumas ondeaban reunidos los colores del imperio de Oriente y de la antigua Albion. En seguida Selim estrecha repetidas veces contra su corazon á su esposa y á su hijo: no puede menos de derramar algunas lágrimas, como si hubiese previsto los nuevos infortunios que les esperaban. Despues, semejante al Dios de la guerra, montando sobre *Rayo de fuego*, caballo de los mas hermosos y estimados de la Arabia, llamado asi por su fogosidad y la velocidad de su carrera, vuela á presentar á sus belicosas tropas aquella noble frente ante la cual habia huido siempre el enemigo, y cuya vista debia hacer bien pronto temblar á los nuevos opresores del imperio de Saladino, y cualesquiera otros enemigos que se presentasen.

Dirigióse Selim con toda celeridad á la Mesopotamia, provincia de aquel imperio, que el sultan su hermano le habia cedido cuando ocurrió la muerte de Malek-Adhel, donde se hallaba un cuerpo de tropas muy afecto al príncipe. A su paso por Aden encargó á su fiel Aboulassem, con la mayor eficacia, que

velase por la seguridad de Matilde, sacándola de Sana si las turbulencias del imperio pudiesen exponerla á algun peligro.

Luego que Selim llegó á su principado, fue recibido con los mayores transportes de júbilo por los soldados á quienes ya antes habia mandado; y toda la Mesopotamia entró al momento bajo su obediencia. Ya pacífico poseedor de ella, despachó á Matilde un correo para que inmediatamente se pudiese en marcha á reunirse con él, dando las órdenes competentes á Aboulassem para que la diese una buena escolta que protejiese su viaje; pero mientras esto tenia lugar en Mesopotamia, Afdal, hijo mayor de Saladino, se habia hecho reconocer sultan de Damasco y de Jerusalem, apresurándose en seguida á enviar tropas á la Arabia para reducirla á su dominio. El mando en gefe de estas tropas se le confió á Benrud, hombre que le era enteramente adicto y de un carácter feroz; y asi, lo primero que hizo fue deponer de sus destinos á cuantos sospechaba pudiesen ser apasionados á Selim. Uno de ellos fue Aboulassem, al cual se le envió á Damasco á dar cuenta de su conducta: cuando esto se habia verificado, fue casualmente cuando llegó á Aden el correo de Selim, el cual como no estaba prevenido de la mudanza que habia ocurrido, se tuvo por sospechosa su mision, y se registraron sus papeles, logrando el correo escapar con mucho trabajo de la prision que se le tenia preparada.

Benrud, conociendo quanto interesaba á Afdal apoderarse de la esposa é hijo de Selim, envió á un comisario inteligente que llevase á Matilde los pliegos de su esposo y tomase cuantas medidas le pareciesen convenientes á fin de que la misma princesa espontáneamente se pudiese en camino. Esta estratagema surtió todo el efecto que se deseaba, pues que por ella se entregó Matilde sin desconfianza alguna en manos de su guia que la condujo á Aden, donde Benrud la hizo encerrar con su hijo en un fuerte, dando aviso inmediatamente á Afdal de la importante presa que habia hecho.

Cuando Selim se apareció repentinamente en Mesopotamia, Afdal creyó debia manifestar firmeza y hablarle como señor; y por lo mismo, despues de haberle invitado á que fuese á Da-

masco, en donde habia resuelto deshacerse de él de cualquier modo, hizo se le intimase una orden al efecto; mas habiendo respondido Selim que ya no recibiria otras leyes que las de su espada, le quiso tratar de súbdito rebelde considerándose en guerra declarada contra él. La noticia de la prision de Matilde le llenó de alegría, manifestando á Benrud cuanto se la estimaba, y además le encargó la pusiese centinelas de vista hasta nueva orden.

Selim supo la prision de su esposa por la vuelta del emisario que debió ser su conductor; y en su consecuencia no perdió un momento en trasladarse á la Arabia seguido de un grueso ejército, y puso sitio á la ciudad de Aden, intimando á Benrud le entregase á Matilde y á su hijo; pero sostenido aquel gefe por bastantes fuerzas, se negó abiertamente á ello y ni aun quiso oír hablar de rescate. Justamente irritado Selim de su repulsa, apretó el sitio con doble actividad; pero en el momento mismo en que iba á dar el asalto, Benrud hizo colocar sobre la muralla á Matilde y á su hijo entre dos soldados con los puñales levantados para herirlos á la primera seña. Horrorizado el príncipe con tal espectáculo, y estremeciéndose al considerar el peligro de sus dos tan amadas prendas, conociendo por otro lado el carácter de Benrud, á quien no era capaz de contener ninguna consideracion de temor ni humanidad, hizo retirar al punto sus tropas, tomando el partido de negociar el rescate con el mismo Afdal; pero mientras aguardaba en el campo el resultado de esta negociacion, Benrud recibió orden de su soberano para enviar secretamente á la princesa á Damasco, manejándose de modo que hiciese creer á Selim que una tribu de árabes del desierto la habian robado.

No bien supo Selim este acontecimiento, cuando atacó la ciudad; la tomó por asalto, y quiso descargar sobre Benrud todo el peso de su indignacion y venganza, pero su triunfo fue inútil porque Benrud habia desaparecido, sin poderse hallar vestigio sobre la suerte de su esposa por mas diligencias que se practicaron en su busca. Abismado el príncipe en su dolor, se volvió á Mesopotamia resuelto á seguir el curso de sus conquistas, y

hacer que costase bien caro á Afdal la parte que habia tomado en la infernal trama de que habian sido víctimas Matilde y su hijo.

Entre tanto Matilde habia sido conducida á Damasco con su niño, y encerrados ambos con el mayor rigor en una prision de palacio. Afdal jamás habia amado á Selim-Adhel, porque es propio de corazones viles conservar en ellos una baja envidia hácia aquellos cuya superioridad conocen, y de los cuales han merecido el menosprecio. Esta rencorosa disposicion, manifestada mas y mas con los triunfos que alcanzó Selim sobre los mogoles despues que Afdal fue hecho prisionero por ellos, se habia convertido en un profundo resentimiento desde que aquel héroe, á quien miraba como su mas terrible competidor al trono de Siria, reinaba sobre una provincia que miraba como desmembrada de él y á que solo Afdal tenia derecho. Se olvidaba de que debiendo Saladino la conquista de ella á Malek-Adhel, se la habia cedido en propiedad, transfiriendo su dominio despues á Selim-Adhel, y ademas se olvidaba tambien de que ninguno de los hijos del sultan Saladino era menos á propósito que Afdal para tener las riendas de tan vastos estados como los que aquel habia reunido bajo de su dominio: pero cuanto mas conocia su debilidad para manejarlos, tanto mas pretendia amedrentar á los que intentaban disputárselos. Aprovechóse, pues, de la ocasion que se le ofrecia para vengarse de Selim; y resolvió ocultar su venganza en el mas misterioso secreto, hasta poder envanecerse de ella algun dia sin temer la de su enemigo. La sultana su esposa tenia aun mas fundados motivos de resentimiento contra el príncipe, y asi es que no bien tuvo á Matilde en su poder cuando la hizo comparecer á su presencia, no para admitir una justificacion que nada debia variar la sentencia dada contra ella y su hijo, sino para saciar su curiosidad de conocer la belleza que habia podido cautivar al primer guerrero del Asia, al gran Selim, empenándole á sepultarse con ella en la oscuridad de una vida solitaria apartado de la gloria y las grandezas. Matilde, pues, se presentó con su hijo en los brazos: el niño era un vivo retrato de la madre, y hubiera podido representar al amor cuando este

tenia su inocencia. Su madre al presentarse se proponia enternecer mas á sus tiranos en su favor que en el suyo mismo; pero imagínese cuál seria su asombro y espanto al reconocer en la sultana á Záfira la hija del califa de Bagdad de quien habia sido esclava: un sudor frio se apoderó de ella, contándose por perdida á la primera ojeada: se pone pálida como un miserable delincuente y tiembla de pies á cabeza.

Záfira, en quien todas las pasiones eran estremadas y sobre todo la del amor, y que en el puesto que ocupaba no habia hallado freno que contuviese sus sugerencias, conservaba todavía hácia Selim los restos de una mal entendida pasion; y solamente el haberse persuadido de su muerte pudo haberla empeñado á subir al trono de Siria casándose con Afdal, hácia quien no sentia aprecio ni cariño alguno. La noticia de que aun vivia Selim y la perfidia de que se creyó habia sido un triste juguete, hicieron nacer en ella el mas odioso furor, jurando la pérdida de la fatal belleza, por la cual la habia abandonado su amante. Fácil es conocer cuánto se aumentaria su rabia al ver en Matilde á la misma Emma que la habia debido su libertad, á la que habia tenido por amiga suya y colmado de favores. La presencia de su esposo no hubiera podido contener el despecho con que alli mismo la habria asesinado, si no hubiese estado segura de que bien pronto se saciaria su venganza.

«¡Vil esclava! la dijo con el tono mas altanero é insultante; tú, á quien me digné dirigir mis miradas sacándote del polvo y del oprobio, á quien confié mis mas caros intereses, tú eres la que tan indignamente me has vendido, seduciendo al príncipe desleal que me ofrecia su mano! El justo cielo te entrega á mi venganza; esta ha sido tardía, pero ya ha llegado á cumplirse su término, y no se pasará este dia sin que hayas sufrido la pena de tus perfidias y culpable amor.

—Sultana, la responde Matilde con aquella dignidad que convenia á su carácter y elevada clase; jamás fui culpable contra vos: solo las apariencias me condenan; pero mi conciencia me absuelve ante el cielo: hija y hermana de los reyes de Inglaterra y esposa de Malek-Adhel, no era mi destino ser vuestra

esclava: Selim me amó y ofreció su mano y corazón mucho tiempo antes de que me conociéseris: solo el falso rumor de mi muerte pudo hacerle ceder á la voluntad de su hermano tratando de enlazarse con vos; pero no bien me encontró cuando volvió á sus primeros juramentos y al amor de que estaba poseído; pero por mas derecho que tuviese á mi cariño, ya esponiendo su vida por la mia, ya sacrificándome mas de una vez todos sus intereses de ambicion y de gloria, penetrada de gratitud de vuestros beneficios, quise dejar de ser un obstáculo á vuestra dicha emprendiendo la fuga y arrebatándole su felicidad: vos misma sabeis que traté de evitar su vista; vuestro padre fue la causa de que le reconociese; ¿qué mas pude hacer en tales circunstancias que huir para no escuchar sus ruegos y quejas? Me siguió al través de los desiertos, espuso nuevamente sus dias para arrancarme de las manos de los bandidos de quienes era prisionera y habria sido indudablemente víctima; y cuando cubierto de sangre y herido casi mortalmente quiso pedirme el título de esposo como la última gracia y el último consuelo que deseaba llevar al sepulcro, creí que el agradecimiento y la humanidad (aun prescindiendo de todo otro sentimiento), y aun el deber me mandaba acceder á sus deseos. Princesa, podeis condenarme; pero á lo menos tengo la justicia de mi parte, y apelo con ella al tribunal del Juez Supremo de los monarcas, al Ser de los seres que vé los corazones y pesa las acciones de los mortales.

— ¡Con que segun eso, eres tú, vil cristiana, princesa ó demonio, respondió Záfira con una afectada moderacion y con una sonrisa irónica, con que eres tú aquella cuyos artificios sujetaron tambien á Malek-Adhel, manchando por dos veces la sangre de los sultanes con la infamia propia de tu miserable raza! Bendito sea el poderoso Alá que nos proporciona la ocasion de castigarte y vengarnos de tí. Apártate de nuestra vista y no esperes deslumbrarnos con falsas palabras ni que permitamos vivir por mas tiempo una serpiente que tan funesta nos ha sido y que yo misma he abrigado en mi seno; tú y el fruto de tus detestables amores perecereis hoy mismo, y de este modo no nos arriesgaremos á

ver que algun dia una cristiana insolente, una hija de esos fanáticos advenedizos que infestan nuestras playas se atreva á desafiarnos desde un trono que tal vez pueda usurpar un indigno esposo.

—¡Záfira!.... exclamó Matilde con doloroso acento arrojándose á sus pies y bañándolos con sus lágrimas.

—¿Qué es lo que haces? la dice la altiva sultana con la mas burlona ironía; ¿así olvidas que eres hermana é hija de reyes?

—Sí, todo lo olvido al acordarme que soy madre: no temo, no, una muerte que no he merecido y cuyo aspecto jamás podria hacer que me humillase á vuestros pies; pero debo implorarla en favor de este tierno niño que tan cruel é injustamente queréis envolver sin motivo alguno en mi desgracia; haced que yo muera, os lo perdono; pero desármeos su inocencia, y no le imputeis como delito el ser de mi sangre: acaso tendreis algun dia que desarmar el brazo vengador de mi esposo, y no podreis conseguirlo mejor que devolviéndole el depósito precioso que dejó á mi cuidado maternal.

—No, no tememos de ningun modo su resentimiento, y nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos la venganza.

—No, la dijo Afdal; no esperes que yo perdone al hijo de un traidor; me basta solo que sea de raza cristiana y el pensar que tal vez me castigaria él mismo de que ahora le perdonase.

—¡Qué! señor.....

—Dejaos de ruegos inútiles, la interrumpió prontamente Záfira, que poseia el poder de sus gracias y de su persuasiva elocuencia para con su esposo: no te queda mas recurso ni mas tiempo que para reconciliarte con Dios á quien has ofendido tanto: tú y tu hijo perecereis hoy irremisiblemente.»

Al concluir estas palabras la sultana manda quitar de su presencia á Matilde, lanzando sobre ella miradas que manifestaban bien á las claras lo irrevocable de la sentencia.

La infortunada princesa fue conducida de nuevo á su prision; destrozada por la mas profunda tristeza, quedándose sumergida en el mayor abatimiento. Confundíanse todas sus ideas, privándola el mismo dolor de espresiones que pudiesen manifestarlas

su piedad y resignacion, y que la habrian fortalecido contra el pensamiento de la muerte; pero sus fuerzas la abandonaban cuando volvia los ojos hácia su idolatrado hijo, hácia aquella amada prenda de su amor, que tan inocentemente iba á participar de su horrible destino, y cuyos tiernos y delicados miembros debian ser el blanco de los verdugos. Con tan dolorosa quanto cruel idea le estrechaba con frenesí contra su corazon, y bañándole en seguida con sus maternales lágrimas, invocaba el favor del Altísimo, y llamaba angustiada á Selim. En el corazon de una madre es donde ha fijado el Criador principalmente los vínculos que la unen á la vida: en sus ojos ha puesto las lágrimas y aquella sensibilidad profunda que las hace respirar en los objetos de su amor y animarse con la sonrisa de su hijo. Dios en su infinita sabiduría quiso que la obra maestra de la belleza fuese tambien en el corazon la del amor para que velase sin cesar sobre los primeros dias del hombre rodeado por todas partes de debilidad y necesidades. ¿Quién fue nunca susceptible de tan íntima adhesion como Matilde? Cuantos contratiempos habia experimentado y cuantos dolores sin tregua habia sufrido, eran nada comparados con la situacion en que se hallaba próxima á perder la felicidad de ser esposa y madre. A cada momento se la figuraba oir los pasos de los verdugos que la presentaban el fatal cordon ó los instrumentos de otro cualquier suplicio. Entonces, en el colmo de la desesperacion, abrazaba á su hijo, y en los accesos de tan cruel dolor, parecia quererle servir de escudo con su cuerpo. «¡Quitadme, quitadme la vida! esclamaba dando los gemidos y gritos mas penetrantes; soy sin duda culpable, pues que el cielo me somete á tan crueles pruebas; pero, ¡bárbaros! ¡mi hijo! ¡mi inocente hijo!.... ¿qué os ha hecho?....» Diciendo esto alzaba Matilde sus ojos al cielo, y volvia á esclamar de nuevo: «¡Dios mio! pues que la piedad parece no halla cabida en los corazones de mis crueles opresores; pues que me veo absolutamente abandonada de todo humano recurso; pues que en fin solo vos sois mi escudo y mi refugio; vos, Padre Celestial, protector de la inocencia y la virtud, socorredme, Dios mio; olvidad Señor mis culpas y mis extravíos, y protejedme en union con esta desventu-

rada criatura que eleva conmigo sus tiernas manecitas para implorar vuestro amparo y el perdon de su desgraciada madre.»

Mientras la infeliz Matilde dirigia al cielo estas súplicas desde su prision, la noche cubria la tierra con su opaco y estrellado manto: parecia que el corazon de la princesa se abria de nuevo á toda la efusion de la ternura, y que adquiria una calma y fortaleza desconocidas, reanimándose todo su fervor, y acompañándole una presencia de ánimo que la hacia esperar con serenidad la llegada de sus verdugos: estaba sostenida por una verdadera fé, y creia que su plegaria seria oida del Ser Supremo que jamás abandona á sus criaturas en el dia de la afliccion.

En esto sintió abrir con estrépito la puerta de su prision, y vió entrar en ella un hombre seguido de dos mudos que traian un cadáver. La princesa creyó fuese el de alguna víctima de la tiranía, que sus verdugos debian enterrar con ella en una misma tumba. Una rápida ojeada llena de terror y compasion que arrojó sobre aquel triste objeto, la hizo descubrir por entre los fúnebres crespones que le cubrian, el cuerpo inanimado de una jóven. A pesar de toda su serenidad, no pudo menos de helársele la sangre á vista de semejante espectáculo; y persuadiéndose que ya era llegada su última hora, se sintió desfallecer: tal es la funesta impresion que sobre nosotros causa la muerte; y arrodillándose delante de aquellos terribles ejecutores del crimen, con su hijo en los brazos, solo tuvo la suficiente fuerza para pronunciar estas palabras: «Inmoladme la primera y no me hagais morir dos veces, sacrificando á este tierno infante, hijo de mis entrañas, antes que á mí.» Mas el desconocido que conducia á los mudos, alzándola del suelo y volviéndola á sentar en una silla, con una voz y espresion capaz de tranquilizarla, la dijo:

«Dejad, señora, de temblar por la suerte de vuestro hijo y por la vuestra, porque solo depende de vuestra voluntad.»

— ¡Qué! ¿sereis mi ángel libertador? esclama Matilde enagnada de alegría, estendiendo hácia él los brazos en una actitud suplicante. ¡Ah! bien sabia yo que Dios oiria la voz de una madre..... pero ¿quién sois para que asi os compadezcáis de mí?

—Un príncipe á quien habeis despreciado, de quien habeis huido, y que ahora solo atiende á vuestra desgracia.

—¡Alaziz! ¡Dios mio! esclama Matilde volviendo á caer aterrada sobre su asiento; mas reponiéndose al instante de su turbacion, mudando de lenguaje y como avergonzada de su primer movimiento, dice: es á un hijo de Saladino á quien hablo, y no debo olvidarlo; sí, príncipe, la vida de mi hijo y aun la mia es la mayor gracia que puede concederme un mortal; pero si vos, añadió con dignidad y tomando un aspecto noble y aquella mirada celestial que inspira la virtud; si vos pretendéis exigir de mí alguna cosa indigna de mi carácter y elevado nacimiento, sé morir: ved aqui á mi hijo: estoy resignada con mi suerte cualquiera que esta sea.

—No, señora, la responde Alaziz lleno de asombro y compasion: si sin conoceros pude amaros, y la violencia de mi amor pudo atemorizaros, en el dia sois la esposa de Selim-Adhel y la hermana de un monarca á quien aprecio; y siendo aun mas superior á estos títulos por la grandeza de vuestra alma, teneis derecho á toda mi consideracion y respeto. Mi hermano Afdal, á cuyo lado me retienen intereses que nos son comunes, me ha noticiado vuestra prision y la desgraciada suerte que os aguardaba: le he hecho comprender cuánto nos importaba á ambos reservar en vuestra persona y en la de vuestro hijo unos rehenes que nos sirvan de seguridad y garantía contra las empresas de vuestro esposo: adornan á mi hermano grandes cualidades; pero no le eximen de una ilegítima ambicion, que por desgracia apoya en el favor del pueblo; y vos sois, señora, muy á propósito para hacer algun dia entre nosotros de ángel de paz. Afdal, pues, consiente en que vivais; mas persuadido de que la sultana Záfira jamás convendria ni se conformaria con nuestras ideas, y tarde ó temprano hallaria un medio de sacrificaros á su venganza si llegase á saber que existiais, se ha decidido á entregaros en mi poder, y hacer creer que se ha ejecutado la sentencia pronunciada contra vos: el cadáver de esta jóven muerta al dar á luz un niño, debe ocupar vuestro lugar en el sepulcro y engañar su venganza: seguidme, pues, señora, sin temor ni recelo

alguno; haré cuanto mas dulce me sea posible vuestra cautividad, y solo exijo de vos la promesa sagrada de no participarlo á vuestro esposo, ni intentar por vuestra parte el quebrantarla: las revoluciones tan frecuentes en el imperio, tarde ó temprano traerán consigo el momento de vuestra libertad; pero sea como quiera, hoy no puedo salvaros sino bajo el seguro de este juramento.

—Señor, le contestó Matilde dándole la mano; ya se deja conocer que el sultan, vuestro difunto padre, os ha transmitido parte del fuego que abrasaba su noble y grande corazon: os entrego mi suerte y la de mi hijo, que me es todavía mucho mas preciosa que la mia propia. Yo os juro guardar con el mayor zelo y religiosidad el juramento que me exigís. Conozco demasiado á Selim-Adhel, y no dudo en aseguraros que con un trono aun no os paga bien mi rescate.»

Alaziz habia omitido y se habia guardado bien de decir á Matilde, que lo que mas influyó en la resolucion de Afdal fue una carta de Selim en la cual le amenazaba llevar la guerra hasta lo interior de sus estados, haciéndole responsable con su cabeza de la vida de Matilde y de su hijo. Este lenguaje le habia aterrado, pues comprendia y sabia perfectamente lo mucho que era amado Selim de sus valientes tropas, y que nada era tampoco imposible á su valor.

Matilde, pues, salió con mucho sigilo de su prision en compañía de su hijo á favor de las sombras de la noche; y siguiendo á Alaziz ganó las puertas de Damasco sin ser de nadie apercebida. Allí la aguardaban camellos preparados para conducirla lejos de aquellos sitios. El príncipe la entregó á un oficial de su guardia en quien tenia depositada toda su confianza, y protegida por una fuerte y considerable escolta tomó el camino de Jerusalem.

¡Qué inesplicable júbilo sintió su corazon al ver rayar la aurora!..... Alzó sus ojos al cielo: le contempló sereno y tachonado todavía de estrellas: vió aquella naturaleza que el dia anterior pensó no volver á ver jamás y de la que aun disfrutaba en union con su hijo: creia renacer y que respiraba por la primera

vez el perfumado aire de Sana , y que volvía á entrar en aquel paraiso terrestre en que habia habitado con Selim , y donde hubiera querido concluir sus dias. Nunca se habia dejado sentir mejor en su alma la presencia de Dios , amparo y protector de la inocencia , en cuyos divinos brazos se habia entregado el dia antes con tanta confianza por medio de la fervorosa oracion que le habia dirigido entre las congojas de la muerte desde su prision: derramaba copiosas lágrimas de agradecimiento , y estrechaba á su tierno hijo contra su pecho conmovido , pareciéndola al verle que sus ojos la engañaban , y que cuanto pasaba era la ilusion de un agradable y placentero sueño , del cual temia en gran manera despertar. Durante el curso de una habitual prosperidad , el hombre olvida fácilmente el prodigioso conjunto de maravillas que creó su Autor para que las disfrutase , y del mismo modo que en una hermosa mañana abre los ojos al mágico espectáculo de la naturaleza rejuvenecida sin pensar en la mano omnipotente que puso para él el gran luminar de un resplandor eterno en lo mas alto de la celeste bóveda ; pero la desgracia es solo la que le despierta de su letargo y le saca de su profundo y largo entorpecimiento ; riega , por decirlo así , las plantas de su alma cuando no están ya secas , y la hace mas digna de reconocer los beneficios del Todopoderoso.

El viaje de Matilde fue sumamente feliz ; y á la caida de una hermosa tarde , las torres y elevados minaretes de la célebre Jerusalem se presentaron á su vista. Entró llena de emocion en aquella ciudad consagrada con santos recuerdos , y en donde ejerce todavía lo pasado un divino imperio. Matilde creyó , llevada de su ardiente imaginacion , que abandonaba en cierto modo la tierra y colocaba los pies en el santuario mismo de la divinidad , en donde todo debia hablarla del Salvador y resonar con los himnos sagrados : su corazon buscaba ávidamente por todas partes los vestigios del Mesías ; habria querido llorar á lo menos sobre las ruinas del Santo Sepulcro , ó en el pavimento de los templos que en otro tiempo era el esplendor y la gloria de Jerusalem ; pero ¡ah! su esperanza se vió frustrada. En aquellas inmundas y tortuosas calles nada ya recordaba la antigua Sion.

Casualmente en aquella sazón se celebraba el Ramadan (1), festividad del mahometismo: el incienso húmeaba con profusión en las mezquitas, y las plazas y calles se veían cubiertas de musulmanes que se entregaban á la alegría, entonando himnos en alabanza de su falso profeta, y cantando versículos del Alcoran.

Matilde contemplaba aquella estraña escena sentada solitariamente sobre el elevado terrado del palacio de un emir, abismada en una intensa y profunda melancolía, y lloraba como otro Jeremías sobre la desgraciada suerte de la ciudad santa.

«¡Oh Sion! esclama: ciudad del Señor, ¿en qué has venido á parar? ¡Tú que debias brillar la primera entre las ciudades benditas del Eterno, como el lucero de la tarde en medio del firmamento; tú, á quien debiera servir de egida el sepulcro de Dios; tú, por quien la Europa conmovida se ha armado toda en masa para que levantes del polvo tu noble y abatida frente! ¡Oh Jerusalem! te busco y no te encuentro: los sectarios de Mahoma te hollan y á tus templos con sus inmundas plantas, y hacen desaparecer tu antigua grandeza; las numerosas legiones de cristianos armados por tu santa causa, yacen sumergidas en el polvo. Los versículos del Coran reemplazan á los cánticos de David y Salomon, y el estandarte de Ismael ondea sobre los sitios en que se erigian tus altares. La brisa de la tarde, que gime al través de tus ruinas, no conduce á mis oídos mas que los cánticos de triunfo de los infieles; y el astro de la noche que derrama sobre tí su pálida luz, no ofrece ni una señal de lo que fuiste. ¿Cómo has caído, monumento sagrado de nuestra fe y vida; tú, sepulcro precioso de mi Dios? Pero ¡ah! el verdadero triunfo de la religion de Jesucristo no estriba en el inconstante fundamento de las armas. Triunfa, pues, ¡oh religion sagrada! ¡triunfa en los

(1) *El Ramadan*: los mahometanos dan este nombre á una especie de cuaresma que celebran, la cual dura treinta días, dentro los que no comen ni beben hasta despues de haberse puesto el sol, en cuya hora lo hacen entregándose á los mayores arrebatos de alegría y cometiendo mil escesos; siendo para ellos un rito mandado observar escrupulosamente por su religion, en virtud del cual purgan sus pecados, y no una festividad como equivocadamente dice el autor; porque para los musulmanes el Ramadan ó Ramazan, que tambien lo llaman así, es el tiempo destinado á las privaciones y penitencia.

corazones por tu moral sublime, mas bien que en los muros y baluartes, pues al fin vendrás á conquistar todo el orbe con tu dulzura!»

Matilde fue conducida desde Jerusalem á Jaffa, en donde se embarcó en una nave que se daba á la vela para Egipto. La navegacion fue en extremo feliz. Cuando llegó á Damietta se redoblaron las precauciones á fin de que de nadie fuese vista. Volvió pues á caminar hácia el Cayro, adonde llegó por fin, y se halló muy en breve en un salon del palacio de Alaziz, en que estuvo prisionera en otro tiempo; pero como aquella bulliciosa estancia no la convenia de modo alguno para el descanso que necesitaba y al profundo misterio en que debia ocultarse su existencia, pidió y obtuvo de Alaziz el permiso de ocupar una casa de recreo situada á algunas leguas del Cayro, á las orillas del Nilo, en donde los encantos de una naturaleza solitaria y florida endulzaria algun tanto la amargura de un largo y penoso cautiverio.

Por fortuna tambien de Matilde ocupaba sus momentos los desvelos de la educacion de su hijo, esperando poder presentarle algun dia digno de él: esto reanimaba continuamente su valor. Un dia que con la mayor tristeza se paseaba con su tierno niño por las márgenes del rio, repasando en su mente las vicisitudes de su vida y el singular encadenamiento de causas que desde el centro del claustro la habian arrastrado dos veces á las prisiones de Alaziz, echó de ver que su hijo habia desaparecido. Temblando siempre algun nuevo infortunio, corre á lo largo de la orilla; le llama, pero inútilmente; y al fin cree oir sus gritos que salian de lo espeso de un matorral: se acerca azorada, y ¡oh Dios! ve un monstruoso cocodrilo que con la boca todavía ensangrentada imitaba los lamentos de un niño para atraer una nueva presa. Pálida Matilde á semejante vista, retrocede horrorizada: aproximase de nuevo temiendo descubrir los restos palpitantes de su hijo, y queriendo sin embargo cerciorarse de su desgracia. ¡Qué de contrarios afectos la combaten! ¿Deberá huir ó morir? No descubre vestigio alguno de su hijo, y no obstante todo la intimida, todo: todo parece decir á su corazon que le ha

devorado el mónstruo: algun tanto mas recobrada del primer terror, huye del voraz animal que va á arrojarse sobre ella; mas apenas se ve libre del riesgo, la ternura maternal la detiene: piensa en su hijo; se asombra de haber tenido miedo: y se apresura á volver al mismo paraje para ocultar de la vista del mónstruo el infeliz que tal vez estará escondido entre la maleza. «¡Oh, Dios mio! esclama con el mayor dolor; perezca yo si tal es vuestra voluntad; pero permitidme que salve á mi hijo.» Interin vacilaba sobre la determinacion que tomaria, luchando con mil angustias, vagando por la ribera como la tortolilla á quien el ave de rapiña ha arrebatado sus tiernos polluelos, repara de improviso en un venerable anciano situado á la entrada de una selva, el cual tenia en sus brazos al niño Adhel. Lanzarse como un rayo hácia el desconocido, coger á su hijo y estrecharle contra su agitado pecho; postrarse de rodillas; derramar lágrimas de gratitud echando al cielo una de aquellas miradas en que se pinta toda el alma de una madre, todo esto fue una sola accion de Matilde y obra de un instante. Luego que pasó aquel rápido movimiento en que se dirigió á Dios, se volvió al extranjero, redoblándose su sorpresa y satisfaccion al reconocer en él á su antiguo y buen amigo el sultan Nuredino.

«Señor, le dijo besando su mano, ¿es posible que os deba la dicha de encontrar á mi hijo, duplicándome el cielo el placer mirando en vuestras facciones á mi respetable amigo?

—Sí, princesa, no os engaÑais, y doy gracias á la Providencia de haberos podido hacer este pequeño servicio: he hallado á vuestro hijo cerca de estos sitios: asustado huia del mónstruo: le he cogido de la mano, é iba en busca de su madre, cuando la he descubierto en vos.

—¡Oh, señor! ¡de cuánto os soy deudora! Temí que mi hijo querido hubiese sido presa del feroz cocodrilo; y si no me hubiese sostenido una débil esperanza, bien pronto le habria seguido al sepulcro. Pero, ¿qué casualidad tan singular os ha permitido dejar vuestro profundo y silencioso retiro, y penetrar en este recinto? ¿Qué mano benéfica os ha abierto las pirámides de Egipto y restituido á la luz del mundo?

—Una de aquellas vicisitudes políticas tan comunes en nuestras desgraciadas regiones: y ¿cómo no conocéis la mano de que me habláis, pues que reina ahora sobre el Egipto y sobre todo el imperio de Saladino?

—¿Ha triunfado tal vez el príncipe Alaziz de todos sus competidores?

—Alaziz ya no existe: ha sido víctima de las guerras civiles: sus hermanos, que dividían con él el imperio, no son más que los emires del héroe que los tiene bajo sus leyes.

—¿Y quién es ese héroe? preguntó Matilde con voz demudada.

—Selim-Adhel.

—¡Mi esposo! ¡Oh Dios! ¡Dios mio! ¡Dios de bondad, colmaste mis deseos!»

Penetrada Matilde de una estremada alegría fue tanta la emoción que experimentó, que sus rodillas la flaquearon, y habría caído en tierra si Nuredino no la hubiese sostenido felicitándola con el mayor afecto é interés. Recobrada, al fin, de tan grande como placentera sorpresa, condujo al anciano sultán á los jardines de su casa de recreo; y sentándose sobre una eminencia que dominaba al Nilo y sus hermosas márgenes, Nuredino empezó así una relación que Matilde ansiaba saber.

«Después, señora, que partísteis de la Pirámide que habitábamos juntos, tuve mi soledad por mucho más triste y profunda que antes: el peso de mis males llegó á hacerme insoportable, porque durante vuestra permanencia allí me habíais en cierto modo reconciliado con la humanidad, manifestándome que se hallaban corazones virtuosos todavía, y haciéndome sentir más y más el mal uso que hice de los días de mi juventud y prosperidad, imaginándome lo que habría sido, si en vez de rodearme de esclavos afanados en lisonjear mis inclinaciones, hubiese procurado buscar uno de aquellos corazones. La desgracia del hombre está en buscar siempre y querer hallar la felicidad fuera de sí mismo; en reducirla á objetos que les es imposible dársela, pues que ellos mismos no la poseen, situando la felicidad en lo exterior únicamente, cuando sus bases deben fijarse en los úl-

timos afectos del corazón, en aquellos sentimientos generosos que nos hacen experimentar un placer, una satisfacción interior y duradera, estendiendo nuestra existencia á seres que la ennoblecen, uniéndose á cuanto tiene la naturaleza de mas grande y admirable, y acercándonos en fin, por decirlo así, á la perfección de su divino autor. De este modo pasé mucho tiempo llorando el bien que dejé de hacer en el trono, y todo el mal que la ignorancia de mis verdaderos intereses, y el atolondramiento de placeres frívolos me habian hecho cometer. La antorcha de mi vida entre tanto solo despedía una llama pálida, precursora de su estinción, no quedándome nada que apetecer en el mundo.

»En tal situación, un día penetró un formidable ruido de armas hasta el centro de mi lóbrego retiro. En otros tiempos me habria asustado creyendo ver en él á los satélites de la tiranía, que me buscaban é iban á arrancarme el resto de vida que me animaba, y á la que todavía me unia una vaga é irreflexiva esperanza; pero entonces ya nada me interesaba, pues vos os habiais llevado mis últimos pesares. Hay indudablemente una edad en la que el brazo de los verdugos no hace mas que acelerar el funesto golpe con que nos hiere ya la segur del tiempo. Oí las tentativas é investigaciones que los centinelas hacian en las paredes de mi retiro para descubrirle: penetrado yo mismo de sus intenciones, hice que abriesen las puertas que me ocultaban, y me presenté á ellos con serenidad y sin temor alguno. Detuviéronse los que me buscaban en el umbral, y muy luego ví aparecer un guerrero, que en lo rico de sus armas, en las insignias del poder soberano que le adornaban, y en la magestad de su figura, le reconocí por su gefe, esto es, por un sultan.

»¿Sois Nuredino? me dijo, acercándose á mí.

—Nuredino soy, respondí sin vacilar: sé lo que exige la recelosa política de los sultanes; y si vienes á arrancarme el corto resto de una vida bien triste, estoy pronto á dejarla en este mismo momento.

—Noble y desgraciado príncipe, replicó entonces el guerrero, aproximándoseme y alargándome su mano generosa: nada temas de mí, soy Selim-Adhel.....»

— ¡Ah! señora, feliz el príncipe cuyo nombre sencillamente pronunciado inspira respeto y admiracion. Al nombre de un héroe que habia llenado el Asia de la celebridad de sus victorias, y ante el cual los mismos hijos de Saladino no eran mas que unos débiles insectos; no creí humillarme inclinándome hacia él. «No, no, me dijo deteniéndome; aunque os halleis decaido de la grandeza suprema, no sois menos respetable para mí, y venero en vos, además de lo que fuisteis, la sabiduría en desgracia y la ancianidad. La suerte me ha colocado en el trono de Asia; mas conozco la inconstancia de la fortuna: este mismo sitio me demuestra la nada de la grandeza, y todo me manifiesta aquí, que ante Dios nada hay de grande sino la virtud, porque esta es su verdadera esencia. Yo debo trataros como quisiera me tratasen estando en vuestro lugar; es decir, si la suerte hubiese puesto en vuestras manos mi cetro. Recobrad, pues, vuestra libertad, y marchad en paz sobre esta tierra en que reino. Además de que os estoy obligado en la persona mas amada de mí, y cuya pérdida lloro sin cesar; vos merecisteis su estimacion y afecto por vuestras lecciones y el interés que la manifestasteis, y desde aquel punto fuisteis mi amigo: venid, venerable sultan, venid á sentaros cerca de mi trono: vuestros prudentes consejos me recordarán lo que debo á mis pueblos si alguna vez puedo olvidarlo: venid, os devolveré vuestras riquezas, y procuraré en cuanto esté de mi parte indemnizaros de tantos y tan dilatados infortunios como habeis pasado, ó á lo menos suavizaré las incomodidades de vuestros últimos dias.»

LIBRO DECIMOCUARTO.

Lisonjéannos con frecuencia mas los elogios que se tributan á los objetos de nuestro afecto, que los que se nos dan á nosotros mismos; y sobre todo, cuando estos elogios salen de la boca de un anciano augusto y respetable, nos parece oír la voz de la posteridad que de antemano los proclama, pareciéndonos tambien que vemos sus manos inscribiéndonos en los fastos de la historia. Matilde, pues, interrumpió á Nuredino con sus lágrimas; pero ¡cuán dulces eran estas! ¡de cuántas penas la compensaban!

«No os suspenda, señor mi llanto, dijo al fin al anciano sultan: hablais de mi esposo, y aunque nada hay en vuestro discurso que me sorprenda, ni sea nuevo para mí, que conozco tan á fondo la nobleza de su alma; sin embargo, no puedo oiros sin entermecerme de su generoso procedimiento.

— ¡Ah! tres veces dichosa esposa de tan magnánimo príncipe, dijo Nuredino; marchad con él por la senda de la verdadera gloria, pues toda la felicidad de los reyes no tiene bastantes placeres, ni suficientes coronas la virtud, que ambos no podais gozar reunidos; no me asombran, señora, vuestras lágrimas, pues que yo tambien siento humedecerse mis párpados con las de la gratitud y admiracion, y envidio el placer poco comun que goza un alma grande en hacer felices. «Generoso príncipe, le respondí, cuanto menos derecho tengo á vuestra bondad, tanto mas penetrado quedo de ella: conservad por largos tiempos el trono que el cielo os ha dado, pues que sabiendo como sé, que vos lo me-

receis y gobernais mejor que yo, no le echo de menos. Si fuese posible, lo que no creo, que la ambicion pudiese aun tentarme, vos me consolariais de lo que he perdido; pero me veo cercano á aquel término en que ya no se puede aspirar á otro puesto que al del frio sepulcro, en donde se oscurece todo el brillo de las grandezas humanas: nada mas os pido que un retiro en donde pueda vivir en paz y contemplar las maravillas de la naturaleza, ellas forman la verdadera gloria, poder y bondad del Supremo Hacedor: y me tengo por estremadamente feliz en haber hallado en mis últimos dias el mas noble de los corazones en aquel á quien miraba como á mi enemigo, viendo en vos el mas precioso tesoro de la tierra; esto es, un soberano bueno y sensible.»

» El mismo Selim me llevó despues á una tierra situada cerca de este sitio, retiro delicioso y tranquilo, desde el cual descubre la vista en un inmenso horizonte las fértiles campiñas que riega el Nilo. Reflexionad, señora, cuán hermoso debia parecerme acabando de salir de la oscuridad de una prision de mas de veinte años, y manifestándoseme la naturaleza con todo su esplendor y hermosura al caminar el sol hácia el ocaso. El luminoso rayo de este astro brillante reflejaba en las límpidas y tranquilas aguas todas las gracias de la creacion. Este rio bienhechor de las ricas y estensas regiones que baña y fecunda, va á perderse en el centro de los mares, llevando tras sí las bendiciones de los pueblos á quienes alimenta, idea que le daba para mí un nuevo atractivo. ¡Feliz, decia yo á Selim, la vida de los reyes de quienes tu curso es imágen, pues todo lo fecundan en su paso antes de perderse en la eternidad, como se pierde este rio en la inmensidad del Mediterráneo! Jamás las risueñas decoraciones de los valles y de las floridas llanuras se habian ostentado á mis ojos con mas delicados matices: jamás la luz del dia reflejada de mil modos de la tierra á las aguas por entre la diversidad de sombras, y de las aguas á la tierra, habia escitado en mí sentimientos mas puros de reconocimiento hácia el primer origen de donde emanan. ¡Desventurados é infelices humanos! vosotros podeis vivir incesantemente en este inagotable manantial; podeis gozar de tan innumerables dones, y vuestras cie-

gas pasiones os los convierten en venenosos frutos bañando en lágrimas y sangre el suelo que de año en año y de siglo en siglo debe transmitir infinitos beneficios. Necio de mí, que sentado en el trono de los reyes me embriagaba con el vano incienso sin haber hecho jamás impresion en mi corazón y sentidos las maravillas de esta naturaleza sublime que nos manifiesta á su Autor en estos dones que siempre renacen, olvidando á este Supremo Ser ante quien todo se humilla, y por quien todo existe embriagado en los placeres y deslumbrado con el vano brillo de la pompa y grandeza humana. Todo lo contemplaba con orgullo: las grandes pirámides, sepulcros que debian separar mi polvo de los demas mortales, y me olvidaba de que el fuego de la vida que la anima y el alma que la ennoblece vuelven á las manos del Dios que los crió para renacer á otra vida. ¡Oh, princesa! corazones como el vuestro y el de Selim-Adhel reflejan sobre la tierra la imágen de las perfecciones divinas en cuanto es dado á la débil humanidad; y ya los vínculos sagrados que os unen á él os proporcionarán ocasiones de ser útiles á los cristianos.

—Pues qué, señor, ¿han sufrido los cristianos algunos nuevos reveses?

—Cuando yo me hallaba en Chipre, sus ejércitos se preparaban para la reconquista de la Palestina: despues he sabido que este proyecto no ha tenido efecto por las victorias que Selim-Adhel ha alcanzado, por lo cual me prometia que cansados de tantos infortunios, renunciarian á toda otra nueva cruzada; pero á pesar de que los cristianos han visto estrellarse nuevamente todo el esfuerzo de sus armas, la Europa se obstina todavía en derramar sus ejércitos sobre el Asia. En vano han pagado con la vida la temeridad de tamaña empresa en la última cruzada los duques de Sajonia y de Austria: en vano los campos de la Siria han visto desaparecer en pocos meses la flor y nata de los guerreros de Alemania: estas potencias han reunido nuevas fuerzas y vuelto á caer sobre el Egipto. Damietta, es verdad se ha rendido; pero á la llegada de Selim todo ha cambiado de aspecto: han sido vencidos los ejércitos cruzados,

y necesitan de vuestra poderosa intercesion para evitar su total ruina. Id, princesa, id, hija mia: el Dios del universo os coloca en el trono de Oriente como un ángel protector que salvará á los cristianos de que sean completamente destruidos. Conservad, fomentad siempre en Selim los sentimientos de humanidad que los mas generosos héroes no pueden á veces oir entre el estruendo y furor de la guerra.

—Señor, le responde Matilde: vuestras palabras hablan á mi corazon un lenguaje que le es muy análogo: pero para hacerlas eficaces, venid á ayudarme á practicarlas; y si el estruendo de las armas atemoriza demasiado á vuestra ancianidad, dignaos al menos acompañarme hasta donde se halla Selim; pues como conoceis, estrangera y cristiana, en un pais lleno de tropas, á vuestro lado correré menos riesgos: venid, pues, venerable Nuredino, á entregar á Selim su esposa é hijo, cuyo último obsequio debe seros grato, y me parece digno de vos.»

Nuredino creyó no debia negarse á los deseos de Matilde: la amistad que la profesaba y su gratitud á Selim-Adhel, se reunian tambien para resolverle á ello, y asi partieron al momento; y despues de dos dias de camino llegaron á los límites del campamento del héroe. Mas antes de pasar adelante, echemos una rápida ojeada sobre la situacion de ambos ejércitos.

Despues que Inocencio III fue elevado al sόlio pontificio, trató únicamente de reanimar el zelo de los cristianos por las cruzadas. La arrebatadora elocuencia de un santo orador, Julio de Neuille, le habia ayudado con todo su poder y especialmente en Francia; pues cuando se dejaba ver, aunque fuese en medio de un torneo, los barones y caballeros olvidaban los juegos, las proezas de la caballería, y el premio que por ellas daba la hermosura, para alistarse en las banderas de la Cruz, y marchar á combatir contra los infieles. La belleza y sus dardos se embotaban contra la sagrada elocuencia; y el amor, tan poderoso é influyente en todos tiempos, veia destruido completamente su imperio.

Entre los cruzados de aquel tiempo brillaban Thibault, conde de Champaña; Luis, conde de Chartres; los condes de Gauthier

y Juan Brienne, Mateo Montmorency y los condes de Flandes y de Hainaut. Los gefes de los cruzados se dirigieron á los venecianos que tenian entonces el dominio del mar Adriático, suplicándoles favoreciesen su empresa, dándoles el auxilio de sus numerosas escuadras para conducir el ejército á Palestina.

Se convocó una asamblea general, dice el elocuente historiador de las cruzadas, en Venecia en la iglesia de San Marcos, y celebrada la misa del Espíritu Santo, se levantó el mariscal de Champaña en union con otros diputados, y dirigiéndose al pueblo de Venecia, pronunció un discurso cuyas sencillas expresiones pintan mejor que lo que pudiera decirse el espíritu y los sentimientos de los tiempos heróicos de nuestra historia.

«Los mas altos y poderosos señores barones de Francia nos envian á rogaros en nombre de Dios, que os compadezcáis de Jerusalem, que yace bajo la servidumbre de los musulmanes. Os piden y ruegan los acompañeis á vengar el ultraje que se hace por ellos á Jesucristo: os han elegido á vosotros y á vuestro pueblo: nos han encargado que nos echemos á vuestros pies sin levantarnos hasta que nos otorgueis nuestra demanda y os hayais apiadado de la Tierra Santa.»

Enternecidos al pronunciar estas palabras, no temiendo humillarse por la causa de Jesucristo, se arrodillaron y alzaron sus brazos suplicantes hácia el Congreso. La viva emocion de los barones y caballeros se comunicó á los venecianos; diez mil voces juntas gritaron á un tiempo: «Os concedemos vuestra demanda.» El dux Dandolo, subiendo á la tribuna, elogió la franqueza y lealtad de los barones franceses, y habló con entusiasmo del honor que Dios concedia al pueblo de Venecia, eligiéndole entre los demas para hacerle partícipe de la gloria de tan alta y noble empresa, y asociarle á los mas valerosos guerreros. Despues leyó el tratado hecho con los cruzados, suplicando á sus conciudadanos reunidos que diesen su consentimiento con las fórmulas prescritas por las leyes de la república. Entonces el pueblo con un grito general y unánime dijo: «Consentimos en ello.» Todos los habitantes de Venecia asistieron á la asamblea, y una inmensa muchedumbre cubria toda la plaza de San Mar-

cos y llenaba sus calles inmediatas. El entusiasmo religioso, el amor de la patria y la alegría, se manifestaron por medio de aclamaciones tan ruidosas, que podria haberse dicho, segun la espresion del conde de Champaña, que la tierra iba á abrirse y unirse.

Sin embargo, esta quinta cruzada emprendida á favor de Jerusalem no produjo ninguna clase de beneficio ni utilidad, limitándose tan solo á la toma de Constantinopla. Las numerosas legiones que se reunieron para ella se desvanecieron y aniquilaron como las anteriores, mas bien que por la fuerza de los enemigos, á impulsos de las guerras intestinas y vanos proyectos, sin tener ni aun el consuelo ni el honor de pisar los campos de Palestina. A pesar de esto, Inocencio III no se desanimó, y su fervorosa y santa elocuencia produjo la sexta cruzada mas formidable aun que las anteriores. Reunió ejércitos de todos los pueblos de Europa bajo el mando de Andrés, rey de Hungría. Los duques de Austria y de Baviera iban tambien entre sus filas. Los cruzados desembarcaron en Tolemaida y presentaron á la aterrada Siria un ejército mas terrible y numeroso que cuantos hasta entonces la habian invadido; mas las dificultades y obstáculos que halló no tardaron en sembrar la discordia y desunion entre los gefes: se apoderó de ellos un terror pánico al acercarse al enemigo y volvieron á entrar en Tolemaida, de donde acababan de salir. El rey de Hungría se volvió á su reino; pero el que se titulaba de Jerusalem, el conde de Holanda y el duque de Austria, habiéndose reforzado, solo abandonaron la Siria para caer con todas sus fuerzas sobre el Egipto que les ofrecia entonces una presa mas rica y una conquista mas fácil.

«Los cruzados, dice el historiador, que antes he citado, llegaron á la vista de Damietta en los primeros dias de abril, y habiendo situado sus tiendas en una inmensa llanura, tenian por detrás lagos y estanques abundantes en pescados de todas especies, y por delante el caudaloso Nilo lleno de numerosos bajeles; mil canales cubiertos de papiros (esto es, ciertos árboles de los que se hace papel) y de verdes cañaverales atravesaban las tierras dándolas frescura y fertilidad. En los campos que en otro

tiempo habian sido teatro de crudos y sangrientos combates y sobre los cuales corrieron torrentes de sangre, ya no se percibia el mas pequeño vestigio de guerra: arrozales inmensos cubrian las estensas llanuras en que los valientes y sufridos ejércitos cristianos habian perecido de hambre. Bosques enteros de naranjos y limoneros cargados de flores y frutos, espesísimas selvas de palmeras y sicómoros, prados de jazmines, arbustos fragantes, y una multitud de plantas y de maravillas desconocidas á los peregrinos, les hacian recordar la bella perspectiva del paraiso terrenal, llegando casi á creer que el pais de Damietta habia sido la primitiva morada del hombre en el estado de la inocencia. La vista de un hermoso cielo y de un rico y fértil clima los estasiaba de gozo, mantenia la esperanza en sus corazones, y les mostraba el cumplimiento de las divinas promesas. Llevados de su entusiasmo religioso, juzgaban que la Providencia misma prodigaba las maravillas por el buen éxito de sus armas: apenas acababan de sentar su campo en las orillas del Nilo, cuando un eclipse de luna lo cubrió de espesas tinieblas; y este fenómeno inflamó su ardor, pareciéndoles que les presagiaba las mayores victorias; pero por desgracia todo este hermoso sueño debia desvanecerse bien pronto.

Los cruzados, despues de hacer todo género de proezas é inauditos prodigios de valor, se habian apoderado por último de Damietta, cuya gran conquista habia llenado de terror á los musulmanes, y por la cual antes de conseguirla habian ofrecido ceder toda la Palestina; pero un tan brillante triunfo no bastaba á la desmedida ambicion de la mayor parte de los gefes del ejército cristiano, que á lo que menos aspiraban era á hacerse dueños de todo el Egipto, echando por tierra hasta su total estincion el omnímodo poder de los sarracenos. En vano Juan de Brienne, su general, les hacia presente el sinnúmero de riesgos y peligros á que iban á esponerse en un pais enteramente desconocido, en medio de una nacion enemiga, belicosa, y al propio tiempo fortalecida y animada por la desesperacion. «Los musulmanes, les decia, no dejarán de evitar el combate, y aguardarán á que las enfermedades, el hambre, la miseria, el cansancio y las cir-

cunstancias mismas , y mas que todo esto , que la inundacion del Nilo y el calor del clima , lleguen á triunfar de vuestras fuerzas , haciendo , en una palabra , que se malogren nuestras victorias.»

Desgraciadamente , la esperiencia probó al cabo de poco tiempo , lo justo y acertado de estas prudentes observaciones. Envanecido en extremo el ejército cristiano con sus gloriosos triunfos , salió lleno de orgullo al encuentro de sus enemigos. En vano Selim-Adhel , intimidado á la vista de unas fuerzas tan superiores , y sumamente satisfecho al mismo tiempo de que se presentase la ocasion de proporcionar á Matilde , y aun á sí propio , el placer de que volviesen á establecerse de nuevo los cristianos en aquellos paises , segun deseaban ambos , sin comprometerse aquel con sus vasallos , que viéndose vencidos trataban de sacar cualquier partido por poco ventajoso que fuese ; en vano , pues , Selim-Adhel ofreció cederles á Damietta , y todas las demas plazas que poseia en Palestina ; pues desecharon con el mayor desprecio y altanería tan ventajosa proposicion , y trataron de seguir y llevar adelante su inmoderado afan de conquistar. Sumamente incomodado Selim , viéndose precisado á pelear contra su voluntad ó á perecer , no juzgó conveniente de ningun modo el comprometer la suerte del Egipto al éxito de una batalla , y solo trató de ganar tiempo con el objeto de ver si los cristianos se reconocian y aceptaban sus proposiciones ; y si no , á que le viniesen socorros de un poderoso aliado , cuyas operaciones debieron preveer aquellos. Este aliado fue el tiempo en que el Nilo sale de madre é inunda el Egipto. El sultan entonces mandó abrir las compuertas ó esclusas , de cuyas resultas el ejército entero quedó anegado. Entre tanto tenia lugar tan terrible desgracia entre los cruzados , la escuadra musulmana se aprovechó por su parte de aquel fatal incidente para destruir la de los cristianos , y privarles de todos sus víveres y bagajes. Reducidos estos de semejante modo al último extremo , y viendo que iban sin remedio á perecer de hambre y miseria , tuvieron á todo trance que implorar la clemencia de sus enemigos y pedirles la paz.

En su consecuencia , se nombró una comision compuesta de

los príncipes cruzados presidida por el obispo de Tolemaida, la cual pasó al campo de los musulmanes. Selim-Adhel la recibió con el mayor agrado en su misma tienda, rodeado de toda la pompa y magestad real, teniendo á su lado á los emires, príncipes de la sangre, y á Melik-Kamel y Coradino, á quienes habia confiado las principales plazas de su imperio.

El venerable prelado tomó la palabra y propuso al vencedor una capitulación, por la cual los cristianos ofrecían entregar á Damietta, exigiendo solo se les dejase volver á Palestina.

Estas proposiciones fueron discutidas con ardor en el Divan (1), siendo objeto de una multitud de controversias. La mayor parte de los cortesanos y algunos emires, eran de opinion que ya que el dios de las batallas ponía en sus manos á los devastadores del Oriente, sus mas crueles y encarnizados enemigos, se les debía sacrificar á la felicidad de la nacion musulmana, aprovechándose de la victoria para que sirviese de escarmiento eterno á los pueblos occidentales.

Selim-Adhel veíase indeciso en sumo grado acerca del partido que debía tomar, que pudiese favorecer y mitigar la pérdida de los cristianos conservando al mismo tiempo su honor, al paso que le era preciso no infundir sospechas y desconfianza á su ejército é imperio. Hacia ya mas de un siglo que los cristianos desolaban sin interrupcion el Asia, y se habian hecho acreedores á una venganza terrible que el sultan con una sola palabra podia satisfacer; pero esta palabra, siendo el sultan Selim-Adhel, no era posible que la profiriese su boca; la boca de un héroe á quien sus principios y la religion cristiana que profesaba secretamente, lejos de inspirarle el derramamiento de sangre, le aconsejaban el perdón de un enemigo desarmado y vencido, que imploraba con afán su clemencia. La compasion hablaba á su corazón, y la gloria, la prosperidad, el interés de su pais y su propio honor exigian una crueldad y un pronto escarmiento.

De este modo luchaba consigo mismo, cuando de repente una muger cubierta con un velo y un niño en los brazos atra-

(1) *Divan*: reunion de dignatarios del imperio turco, equivalente á nuestro antiguo Consejo de Estado.

viesa por en medio de los guardias, que en vano intentan detenerla: llega á él, se arrodilla en las mismas gradas del trono, y con voz fuerte, aunque algun tanto conmovida, le dice alzándose el velo que ocultaba su carmíneo semblante: «Yo tambien, ¡oh Selim mio! vengo á pedirte de rodillas gracia para el ejército cristiano: ¿tendrás suficiente valor para negármela?»

Al primer acento de aquella voz tan querida, reconoce Selim á Matilde y á su hijo: vuela á sus brazos: la estrecha largo tiempo contra su corazon oprimido de gozo, sin poder proferir mas palabras que estas: «¡Matilde! ¡mi esposa! ¡mi hijo!» Copiosas lágrimas de alegría y ternura bañan las mejillas del héroe, arrancándolas tambien de todos los concurrentes.

«Adorada Matilde, añade Selim: ¿cómo es posible que creas que en un dia en que el cielo te restituye á mis amorosos brazos pueda negar gracia alguna á mis enemigos, ó mas bien á los enemigos de mi pueblo? Pertenece á su nacion, á su sangre y á su culto: desde este instante mismo dejo pues de mirarlos como tales, y quiero que por medio de los beneficios y auxilios que sin pérdida de momento voy á prestarles se liberten de los horrores del hambre que reina en su campo. ¡Ojalá que este ejemplo dé á conocer á los cristianos lo que son verdaderamente unos pueblos á quienes califican con el sobrenombre de bárbaros: id, dijo á la reunion de príncipes cruzados que habian vuelto á entrar despues de Matilde; vivid y regocijaos; mis ardientes deseos y mi único anhelo se cifra en que la paz y la amistad reinen para siempre entre nosotros en lo sucesivo.»

El amor habia hermosteado los apacibles dias que Matilde habia pasado en las solitarias sombras del ameno clima de Sana. Su tierno y escelente corazon habia conocido alli por la primera vez las delicias del amor conyugal y materno, embriagándola de tal modo, que ya le parecia imposible gozar de mas felicidad en este mundo; pero se engañaba: ¡cuánto mayor fué la que experimentó el dia en que, convertida en ángel tutelar de los cristianos, los libertó de todos los horrores del hambre, y de una muerte casi cierta é inevitable en medio de las aguas furiosas y agitadas!

Seguida de mas de cien carros de víveres, se dirigió ella misma al campamento de los cruzados, en donde creyó verse rodeada de las sombras pálidas y lívidas de la laguna Estigia. Tal era el horrible cuadro que presentaban los infelices cristianos con sus semblantes pálidos, demacrados y semicadávericos, los cuales con las espresiones mas afectuosas se esforzaban á manifestar su agradecimiento al beneficio y á la vida que les restituia.

El obispo de Tolemaida cogió cariñosamente de la mano á Matilde, y la condujo al altar de los cristianos, ante el cual, postrada humildemente de hinojos, dió con el mayor fervor gracias al Ser Supremo por la particular bondad y proteccion con que se habia dignado mirarla, prorumpiendo en las siguientes palabras que con dificultad permite la ambicion ó la avaricia pronuncien los desagradecidos mortales: «¡Dios y Señor mio! nada mas me queda ya que pedir.»

Selim mandó que se celebrasen grandes fiestas y regocijos, lo cual se verificó con la mas fastuosa magnificencia, con el objeto de solemnizar el feliz regreso de su esposa y su glorioso advenimiento al trono; pero nada le dejó tan gratos recuerdos como el acto de caridad y beneficencia que ya hemos referido. Desde aquella época, apenas se pasaba dia que no se señalase por algun otro acto igual ó parecido, tanto en favor de los cristianos, cuanto en el de los pueblos de que era soberana, y soberana idolatrada. Los primeros no vieron en ella mas que una augusta protectora que la misericordia divina, conmovida de sus desgracias, habia colocado en el trono; y los segundos olvidaron que profesaba la religion cristiana para adorar sus virtudes. Ellas le conservaron hasta que bajó al sepulcro el ascendiente de sus primeras gracias en su esposo, y despues de pasar en la mayor felicidad un sinnúmero de años siendo el modelo mas perfecto de las esposas y de las madres, cercana ya á sus últimos momentos, decia á su muy adorado esposo: «¡Oh, Selim! ¡cuánto te debo! No creas que son los honores ni las riquezas de que me has colmado; no los placeres que acumulaste en torno mio en las fértiles y deliciosas llanuras de Damasco, de los que

sin embargo no puedo menos de tributarte las mas espresivas gracias, sino de que dividiendo conmigo el primer trono del Asia, me has dado á conocer todo el encanto que tiene la beneficencia, y el de ser para mis hermanos una imágen de la caridad cristiana, procurando con tu ejemplo que practique el bien como esposa, como madre y como reina. Adios, Selim mio, objeto único de mi firme y constante amor, recibe los últimos suspiros de la que hasta su postrer instante has colmado de felicidad; bien pronto este corazon lleno todavía de vida y que enteramente te ocupa, dejará de latir: dentro de breves momentos, convertida en una sombra aérea y fugaz la que tanto has amado y á la que te dignaste colocar en el trono de Oriente, no dejará rastro alguno sobre la tierra, despues que la haya devorado; pero adhiriéndose el alma inmortal á los objetos que ha querido entrañablemente, la mia no se separará de tí hasta que despojada del cuerpo mortal y perecedero venga la tuya á reunirse conmigo en las moradas eternas.»

Con efecto, al poco tiempo de terminar Matilde estas sentidas palabras, fijó sus moribundos ojos en una divina imágen del Crucificado, que se elevaba circundada de infinidad de luces á los pies del lecho imperial, y entregó su alma al Criador en los brazos mismos de su esposo, pagando asi el tributo de que todos somos deudores en esta vida, que comparada con la eternidad, no es mas que un tránsito corto y pasajero.

El dolor que experimentó Selim por la pérdida de Matilde, no es fácil de describir; pero aquellos de mis lectores que por desgracia hayan tenido que llorar la de una persona amada, lo comprenderán con facilidad. Baste decir que la sobrevivió muy poco; y despues de un reinado de los mas célebres y gloriosos que nos han transmitido los anales del Asia, fue á reunirse á su esposa, disponiendo que se le colocase á su lado en el mismo sepulcro, mezclándose asi en la muerte las cenizas de los que en vida tan entrañablemente se habian amado.

Sucedióles en el trono de Oriente su escelente hijo, manifestándose digno en un todo de sus nobles y virtuosos padres, los cuales, por medio del venerable y piadoso sacerdote que los

unió y de quien no se separaron un solo momento, procuraron inculcarle é instruirle desde la infancia en la religion cristiana, la que profesó secretamente del mismo modo que el autor de sus dias. Por último, Selim le enseñó el arte difícil de gobernar á los pueblos y hacer felices á sus súbditos, como efectivamente lo consiguió en un largo y próspero reinado, siendo querido con un exceso tal, que rayaba ya en idolatría.

FIN.

NOTAS GEOGRAFICAS

PERTENECIENTES Á LOS FRAGMENTOS DE ESTA OBRA.

(1) *Tiro*: en el dia esta antigua y célebre ciudad de la Siria, está reducida á un miserable lugarejo, en el pachaliato de Acre (antigua Tolemaida), y solo se ven ruinas y escombros que manifiestan lo que fue en otro tiempo. Está situada en la orilla del mar, con un puerto, y el nombre de dicho lugarejo es el de *Sour*.

(2) *Gisors*: ciudad de Francia, del departamento del Eura, sobre el Epte, en un terreno muy fértil de escelente trigo. Tiene fábrica de paños, blondas, cintas y algodón.

(3) *Mesina*: antigua y fuerte ciudad de Sicilia, con un gran puerto, ciudadela y muchos fuertes; es arzobispado. Poblacion, 20,000 habitantes.

(4) *Génova*: antigua y célebre ciudad y república, en el dia reunida á los estados del rey de Cerdeña. Tiene hermosos palacios y edificios, iglesias suntuosas y 76,000 habitantes. Es muy comerciante y está edificada en forma de anfiteatro, con un buen puerto, de modo que ofrece una de las vistas mas deliciosas del mundo. Es patria de Adriano V, Andrés Doria y otros hombres célebres.

(5) *Inglaterra*: reino de Europa de cerca de 140 leguas en su mayor estension y 110 en su mayor anchura, limitado al N. por la Escocia y rodeado del mar por todos los demas lados. Aire grueso, pero sano: muchas nieblas y tiempo vario: el viento de O. predomina: el invierno es largo y desagradable: el cultivo está en el mas alto grado de perfeccion, como asimismo la industria y comercio. El Gobierno es monárquico en parte, y en parte republicano. Tiene minas, buenos pastos y aguas minerales. Los principales rios son el Támesis, el Humber, el Trenta, el Ousa, el Medwai y el Saverna. Las montañas son poco considerables, escepto en el principado de Gales. La capital es LONDRES, sobre el Támesis, la ciudad mas grande y estensa del universo, pues su poblacion en 1811 ascendia á 1,099,404 habitantes; los 483,781 varones y 615,323 mujeres. Tiene 147 parroquias anglicanas; 80 templos para los no conformistas, 20 para los protestantes extranjeros, y una bella sinagoga para los judíos. Seria nunca acabar el hablar de esta gran capital de Inglaterra, situada en el condado de Middlesex. Es patria de Milton, Pope, etc.

Actualmente la Inglaterra ó Gran Bretaña se compone de la isla y reino de Inglaterra, de que hemos hablado (única en que mandaba Ricardo I, el héroe de la tercera cruzada), y de las otras dos islas y reinos de Escocia é Irlanda. De la primera es capital *Edimburgo* con 85,000 habitantes, y de la segunda *Dublin*, con 170,000. Tambien posee el reino de Hannover.

Entre los tres reinos componen 14,000 leguas cuadradas y 15 millones de habitantes. Ademas, la Inglaterra tiene en la India y en América muchas colonias, que entre todas compondrán unos 31 millones de almas.

(6) *Marsella*: ciudad grande y marítima de Francia, prefectura del departamento de las Bocas del Rhódano (Provenza), con buen puerto, y 120,000 almas de poblacion.

(7) *Sicilia*: la mayor y la mas considerable de las islas del Mediterráneo, entre Africa é Italia, de 66 leguas de largo y 45 de ancho, 1,350 leguas cuadra-

das, y un millon de almas. Se divide en tres provincias ó valles que son: el de Demona, el de Noto, y el de Mazára. Terreno montañoso y fértil, aire sano.

(8) *Navarra*: la Navarra era en otro tiempo un reino situado entre la Francia y la España. Se la dividia en alta y baja: la alta pertenece á la España; está limitada por los Pirineos y es una de sus mas bellas provincias. El aire es templado y sano: el territorio erizado de montañas y bastante fértil: abunda en caza de toda especie: tiene minas de plata, cobre, hierro, plomo, vitriolo y azufre; mármoles, ágatas y granito: en sus lagos se pescan truchas: en sus montes se crian osos, lobos, gamos, gamuzas, cabras montesas, jabalies, gatos salvajes, aves de rapiña, etc. Abunda en pastos; hay pocas tierras cultivadas y valles pantanosos. Tiene 221,728 habitantes en 430 leguas cuadradas. Se divide este reino en cinco merindades, cuyas capitales son *Pamplona* (que lo es de toda la Navarra y ciudad muy fuerte, con 15,000 habitantes, sobre el rio Arga. Se supone fundada por Pompeyo). *Estela*, *Tudela*, *Olite*, *Sangüesa*. Los valles mas famosos son el de *Roncál*, el de *Aezcoa*, y el de *Baztan*, que tiene 14 pueblos. Riegan este reino los rios Ebro, Queiles, Irate, Cidacos, Arga, Ega, Vidasoa y Alhama. Los navarros se llamaron antiguamente *vascones*, y en el siglo VIII huyeron de los moros y fundaron el reino de *Vasconia*, que fue independiente, y desde donde hicieron frente á sus enemigos y recobraron poco á poco su libertad, estendiendo su reino, reducido en un principio á solo las ásperas montañas de los Pirineos. Los navarros son sérios, reservados y valientes; muy ágiles en la carrera, los mejores saltadores y jugadores de pelota de España, incluso los aragoneses. Conservan muchos de sus antiguos fueros y privilegios, y entre ellos la facultad de convocar y celebrar *cortes*. Su consejo real y demas tribunales se diferencian bastante de los demas de España. Su comercio es casi pasivo; no saliendo de esta provincia para sus vecinos otros objetos que algo de lana, aceite y hierro; teniendo que recibir la mayor parte de las cosas necesarias á la subsistencia y al vestido. Entre los vinos de Navarra, los mas estimados son: el de *Tudela*, muy parecido al de *Borgoña*; y el de *Peralta*, muy licoroso, que se hace con la uva llamada berbes, y su color es muy semejante al del vino arropado de *Jerez*. Tiene aguas minerales, y entre otras se cuentan las de *Balarain*, *Aribe*, *Fitero*, *Tiermes* é *Isaba*; todas son termales, pero solo las de los tres últimos pueblos tienen sus baños. La Navarra ha producido sábios y literatos, entre ellos el célebre arzobispo de Toledo don Rodrigo Jimenez, que floreció en el siglo XIII, y Juan Huarte, profundo metafísico é ingenioso escritor.— La Navarra baja pertenece á la Francia, y solo comprende una merindad, cuya capital es San Juan Pie-de-Puerto, con 15,000 habitantes. Está separada de la Navarra española por los Pirineos. El pais es montuoso y poco fértil; tiene excelentes pastos, buenas lanas, minas de hierro y de cobre. Luis XIII la reunió á la corona en 1630. La baja Navarra tiene 8 leguas de largo y 5 de ancho, y en el dia hace parte del departamento de los Bajos-Pirineos.

(9) *Jerusalen*: antigua y famosa ciudad de la Asia en la Judea, destruida por el emperador romano Tito en el año de 70 de nuestra redencion, reedificada por Adriano, sometida por los mahometanos, conquistada por los cruzados en 1099, vuelta á conquistar por Saladino, y en fin por los turcos en 1517: está muy decaida: calles torcidas y estrechas: altas murallas de piedras encarnadas, guarnecidas de torres cuadradas. Sus habitantes están reducidos á 14,000 turcos, judios, cristianos y griegos, que hacen un considerable comercio de géneros con los peregrinos, á quienes permiten los turcos llegar alli mediante cierto tributo que pagan. Se hacen muchos rosarios y pasiones esculpidas, que se venden á los mismos peregrinos. Hay un patriarca en Jerusalen. El monte Calvario y el monte Sion están comprendidos actualmente dentro de las murallas. Los franciscanos poseen la iglesia del santo sepulcro, y en él hay tambien otros cristianos griegos, armenios etc. Hay un hospicio para los peregrinos latinos y una hermosa mezquita en el sitio que ocupó el templo de Salomon. En Jerusalen y sus cercanías se ven muchos restos de antigüedades, y el sepulcro de sus antiguos reyes abierto en la roca. El terreno es montuoso y estéril. Está situada Jerusalen á 45 leguas S. O. de Damasco, 18 del Mediterráneo, y 110 del Gran Cairo. Longitud 33. E. del Meridiano de Paris. Latitud N. 31.º 47' 47".

(10) *Palestina*: pais de la Siria, llamado antiguamente *Judea*: linda al Oeste con el Mediterráneo, al Norte con la Siria, al Este con las montañas que están al otro lado del Jordán, y al Sur con la Arabia. Fue conocida esta provincia en otro tiempo con el nombre de *Tierra de Canaan*. Tambien se llamó *Tierra prometida*, ó *de promision*, y *Tierra Santa*, por haberla santificado nuestro Redentor Jesucristo con su divina presencia, obrando en ella los augustos misterios de nuestra religion católica, padeciendo muerte y pasion por salvarnos. Está regada por el Jordán y otros arroyos y fuentes que se secan en estío. Los mahometanos han reducido este pais, fértil y abundante en otro tiempo, á un estado deplorable, á escepcion de las cercanias de Jerusalem. Comprende el pais de Gaza, Hebron, Jerusalem, Naplousa (la antigua Neápolis), Harte, Nazaret, Saphet, y en fin el pais al otro lado del Jordán. Jerusalem es la capital.

(11) *Asia*: una de las cuatro partes del mundo, limitada al Norte por el mar Glacial, al poniente por el Ural, que la separa de Europa, el mar Negro, el mar de Mármara, el Mediterráneo, el istmo de Suez y el mar Rojo; al Mediodia por el mar de las Indias; y al Oriente por el grande Océano. Tiene 2,400 leguas de largo, sobre 2,000 de ancho. El Asia fue la cuna del género humano, la fuente del cristianismo y el sitio de los primeros imperios. Escede á las otras partes del mundo por la fecundidad de su suelo, el delicado sabor de sus frutas, la virtud de sus drogas, el brillo, la variedad y el valor de sus pedrerías, la riqueza de sus metales, sus sedas, sus algodones y sus aromas. Sus principales partes son: la Arabia, la Turquía Asiática, la Persia, el Imperio Chino, la Tartaria independiente, la Rusia de Asia, las Islas del Japon y las que se hallan al Mediodia de este continente. Las principales religiones son: el cristianismo, el judeaismo, el mahometismo, el lamismo ó religion de los lamas, el bramismo ó religion de los bramas ó bramines etc. Las principales lenguas son: la turca, la árabe, la persa, la malaya, la china, la manchouta, la japonesa, la rusa, la tártara etc. La poblacion aproximada de Asia es de quinientos millones de habitantes.

(12) *Tolemaida ó San Juan de Acre*: ciudad en Palestina, muy célebre durante el tiempo de las cruzadas. En todos tiempos ha sido sumamente fuerte, y asi es que en vano la sitiaron los franceses en 1798. Se estrae de ella trigo y algodón. Está regada por muchos rios, y cerca del Carmelo. Tiene buenas mezquitas y muchas fuentes públicas, con 36,000 habitantes. Es puerto de mar y residencia de un bajá turco.

(13) *Damieta*: célebre ciudad de Egipto, sobre la boca oriental del Nilo, con un hermoso puerto. San Luis la tomó en 1249; poco tiempo despues fue destruida por los árabes, y se construyó la nueva Damieta á una legua S. de la antigua, sobre el mismo brazo del Nilo. El territorio es fértil. Comercia con Marsella, Chipre y la Siria. Se estrae sebo, cáñamo, tela, granos, café y arroz. Está situada esta ciudad á 40 leguas N. del Cairo y 50 NE. de Alejandria.

(14) *Siria*. La *Siria*, *Souri* ó *Cham*, es una provincia de la Turquía Asiática, que linda al Norte por el Diarbeck y la Anatolia; al Oriente por el Diarbeck y los Wahabis, que la limitan tambien al Mediodia con la Judea; y al Poniente por el Mediterráneo. El pais es muy fértil en aceite, trigo, naranjas, alfónsigos y dátiles. Hay muy hermosas llanuras y buenos pastos. Se hallan en este pais búfalos, camellos, gacelas, chacales, onzas y hienas. Está espuesto á las incursiones de los árabes y á las vejaciones de los turcos, que hace cerca de tres siglos la poseen. Damasco es la capital. Se divide en cuatro pachalios, á saber: Alepo, Trípoli, Acre (ó Tolemaida) y Damasco, en los cuales no se comprende el Kesroan, el pais de los Drusos y la Palestina. Poblacion 2.500,000 habitantes griegos, árabes, turcos, kurdos y beduinos, casi todos miserables, excepto sobre las costas.

(15) *Egipto*: pais célebre y considerable del Africa, al NE.; limitado al N. por el Mediterráneo; al E. por el mar Rojo y el istmo de Suez; al S. por la Nubia, y al O. por la Berberia. Se divide en alto y bajo Egipto: este se estiende desde el Mediterráneo hasta el Cairo, que es la capital de todo; y el alto comprende la antigua Thebaida. Los turcos y árabes le llaman Mes, y la Escritura Mizraim. La nacion egipcia se compone de coptos ó antiguos habitantes, de árabes y turcos. La poblacion es de dos millones de almas. La fertilidad de este

largo valle (pues que no es otra cosa el Egipto), de unas 13 á 14 leguas de ancho y 225 de largo, se la debe á las crecidas del Nilo, que se sale de madre, se estiende por las tierras, y las fecundiza por el mes de junio de todos los años, dejando cierto limo que sirve de abono. Aqui tuvieron su origen la mayor parte de las ciencias y las artes. Los asirios, persas y Alejandro conquistaron sucesivamente el Egipto, y despues, por muerte de Cleopatra, fue provincia del imperio romano. Tuvo luego sus soldanes ó soberanos particulares. Los mamelucos se apoderaron de él. Selim I le conquistó y sometió al imperio turco. Los franceses, mandados por Bonaparte, se hicieron dueños del Egipto en 1798, y lo mantuvieron hasta el de 1802, en que los turcos, ayudados por los ingleses, lo reconquistaron. Devastado por tantos dueños, solo se ven ruinas magníficas por todas partes, que manifiestan lo que fue en otro tiempo; y la grandeza de sus primeros soberanos se deja ver en las famosas pirámides existentes aun cerca del Cairo, que han resistido á las injurias del tiempo y de los siglos, y se hallan en estado de resistir aun por largo tiempo. El comercio del Egipto se reduce al arroz, dátiles, etc. En el dia han marchado á buscar antigüedades varios sábios franceses, que van descubriendo, segun se dice, ruinas y cosas dignas de transmitirse á la posteridad.

(16) *Arabia*. La Arabia Feliz, la Petrúa y la Desierta, aunque estas tres comarcas se comprenden bajo el nombre de *Arabia*, que es una gran península de Asia de cerca de 525 leguas de largo y 470 de ancho, ceñida al E. por el Golfo Pérsico, al S. por el mar de las Indias, al O. por el mar Rojo. La division referida en Arabia Feliz, Petrúa y Desierta, viene de los antiguos y es absolutamente desconocida en el pais, que no tiene division alguna regular á causa de sus desiertos inhabitables; pero comprende los siguientes: el Hdjaz, el Nedjed-él-Areb, el Yemen: y al E. el Oman, el Hadramount y el Lachsa. Las partes N. y media estan casi desiertas, escepto en la costa del mar Rojo. El interior solo está habitado por tribus errantes, poco numerosas. El S. y algunas partes del E. son las únicas fértiles. Los habitantes son mahometanos: los del desierto solo viven del producto de sus rebaños, ó del robo y asesinato. De la Arabia se extraen perfumes de toda especie, incienso, alóes, mirra, bálsamo, goma, y sobre todo café, del que, segun se dice, se esportan 12 millones de libras. La poblacion de la Arabia se valúa, por un cálculo aproximativo, en 10 millones de habitantes.

(17) *Europa*: una de las cuatro grandes partes del mundo habitado: la mas pequeña en estension, pero la mas considerable por su fertilidad, por la industria de sus habitantes y por su civilizacion. Está limitada al Norte por el mar Glacial; al Occidente por el Océano Atlántico; al Oriente por el Asia, de que está separada por el Archipiélago, el estrecho de Galipoli, el mar de Mármara, el estrecho de Constantinopla, el mar Negro, el estrecho de Caffa, el mar de Azof y por el Don; y al Mediodia por el estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo, que le separa de Africa. Tiene cerca de 1,100 leguas de largo y sobre 900 de ancho, y la atraviesan muchas grandes cadenas de montañas. Sus rios principales son: el Volga, el Don, el Dnieper, el Támesis, el Rhin, el Loira, el Rhódano, el Elba, el Danubio, el Vístula, el Dniester, el Tajo, el Ebro, el Guadiana y el Duero. Los estados que componen la Europa, son: al Norte, la Noruega y la Suecia, que pertenecen al rey de Suecia; la Rusia y la Polonia, al emperador de Rusia; la Dinamarca, el Holstein y el condado de Lawenburgo, al rey de Dinamarca; la Inglaterra, la Escocia, la Irlanda, el Hanover y la Ost-Frisia, al rey de Inglaterra; la Prusia, los ducados de Posen, de Sajonia, del Bajo Rhin y de Berg, al rey de Prusia; el Meklemburgo, el Hese y la Sajonia, á diversos príncipes; la Holanda, la Bélgica y el ducado de Luxemburgo, al rey de los Países-Bajos; el gran ducado de Baden, el reino de Baviera y el de Wurtemberg, á reyes y soberanos particulares; la Galicia, la Bohemia, el Austria, la Hungría, el reino Lombardo-Veneto, la Istria y la Dalmacia, al emperador de Austria; la Francia y la Córcega, al rey de Francia; la Saboya, el Genovesado, el Piamonte y la Cerdeña, al rey de Cerdeña; la Suiza, república, la España y Portugal, á sus respectivos soberanos; la Turquía de Europa, al Gran Señor; el gran ducado de Toscana, los ducados de Parma, de Luca y

el de Módena, á diversos príncipes; los Estados Romanos ó Pontificios, al Papa; y el reino de Nápoles y Sicilia, al rey de las Dos Sicilias. La poblacion de Europa es de cerca de 180.000,000 de habitantes.

(18) *Cesarea*: es una plaza marítima á 16 leguas N. de Jerusalem. La fundó Herodes el Grande, que la dió este nombre, adulando con ello á César Augusto. Los turcos la llaman en el dia *Caïsar* ó *Caïfa*. Vespasiano la honró con el título de Colonia Romana, y la nombró *Elacia Augusta Cesarea*. La gobierna un emir, hereditario, cuya autoridad se estiende sobre toda la costa. Como estamos viendo por esta historia, fue sumamente célebre en tiempo de las Cruzadas. Hoy es el retiro ó asilo de una multitud de salteadores, que atacan á los viajeros en los caminos. Cesarea tiene su territorio en un gran bosque de encinas. Esta gran ciudad no es hoy mas que ruinas de magníficos edificios, llenos de columnas y capiteles esparcidos por el suelo. La poblacion se reduce á unas 120 cabañas ó casucas miserables, á orillas de una laguna, que la hace mal sana y casi inhabitable sino por piratas y ladrones, como ya se ha dicho.

(19) *Ascalon*: lugar de Palestina á tres leguas de S. de Joppé.

(20) *Monferrato*: provincia de Italia en el Piamonte, antiguamente marquesado, limitada al E. por el ducado de Milan, y al S. por el estado de Génova. Es muy fértil y está muy bien cultivada. La capital es la ciudad de Casal, con 16,100 habitantes, y una buena ciudadela. En el dia forma esta provincia parte de los estados del rey de Cerdeña.

(21) *Venecia*. (Véase *Lombardia*.)

(22) *Lombardia*: nombre genérico de la parte de Italia desde las fronteras de la Toscana hasta la Suiza. La Lombardia comprende propiamente el receptáculo y curso del Pó. Toda la parte de este pais, que depende de los ducados de Mantua y Milan, está comprendida en el reino Lombardo-Veneto. (Véase *Austria*.)

(23) *Turingia*: provincia de Alemania, en el círculo de la Alta-Sajonia. Hasta el año de 1423 formó un Landgraviato, y desde esta época pasó á la casa de Sajonia. Su superficie es de 56 millas cuadradas; su poblacion, 177,293 habitantes. Es pais muy fértil en granos y frutos, abundante de madera, y regado por muchos rios. *Erfurt* es su capital, con 18,000 almas, célebre por la entrevista en ella de los emperadores de Francia y Rusia, Napoleon y Alejandro, en 27 de setiembre de 1808. Riega á esta capital el rio Unstrutt. Parte de la Turingia electoral pertenece en el dia, segun los últimos tratados, al rey de Prusia, y parte á los príncipes de la casa de Sajonia.

(24) *Francia*: reino de Europa entre los 1° O. y 12° E. de longitud, y los 42 y 51° de latitud N. Tiene 15,000 leguas cuadradas y 31 millones de habitantes. Confina al Norte con los Países-Bajos y la Confederacion Germánica; al Oriente con la misma, la Suiza y el reino de Cerdeña; al Mediodia con España el Mediterráneo; y al Poniente con el mar Atlántico. El clima es templado y saludable. Su terreno es montuoso en parte. Abunda en minas de plomo, cobre, hierro, azogue, antimonio etc. Tiene muchas frutas, caza etc. Sus rios mas principales son: el Rhin, el Sena, el Ródano, el Garona y el Dordoña. Tiene pocos lagos. Sus montes son los Alpes, de donde nacen el Jura, Costa de Oro, los Vosgues, al Oriente; los Cevennes al centro; y los Pirineos al Mediodia. El gobierno monárquico domina en Francia y la religion católica, aunque tambien hay protestantes en gran número. El reino se divide en 34 provincias ó en 86 departamentos, 56 diócesis y 21 divisiones militares. La capital es PARIS con 700,000 habitantes y hermosos edificios. La Francia llegó al mas alto grado de gloria y esplendor bajo el emperador NAPOLEON BONAPARTE, que ensanchando los límites de su imperio prodigiosamente, llegó á dominar, ya por sí, ya por individuos de su familia, en casi toda la Europa. Este hombre singular, este capitán heroico, falleció en la isla de Santa Elena, adonde fue conducido despues de su caida el 4 de mayo de 1821.

(25) *Bideford*: ciudad del condado de Devon en Inglaterra, sobre el Towridge á 15 leguas NO. de Exeter. Pesca de arenques sobre costa.

(26) *Gueldres*: una de las siete Provincias Unidas, que antes comprendia los condados de Nimega, Zutphen y Arnheim, y el cuartel de Ruremunda. En el dia está comprendida en el reino de los Países-Bajos, á escepcion de la Guel-

dres Prusiana, que depende del gran Ducado del Bajo-Rhin, cuya capital es la ciudad del mismo nombre (Gueldres), con 1,500 habitantes, situada sobre unas lagunas.

(27) *Cataluña*: es una de las provincias más considerables de España, limitada al N. por los Pirineos, que la separan de Francia; al E. y S. por el Mediterráneo; y al O. por los reinos de Aragon y Valencia. Tiene 60 leguas de largo y 41 de ancho. Comprende un arzobispado, 7 obispados, 8 catedrales, 18 colegiadas, 22 abadías, que gozan de derechos casi episcopales. Un grande priorato y 16 encomiendas de la orden de Malta; 2,738 parroquias, 284 casas religiosas, 84 hospitales, una universidad, 15 colegios para la educación de la juventud, 14 ciudades, 283 villas, 1,806 lugares, 22 plazas de armas y 5 puertos. Su superficie es de 1,000 leguas cuadradas. Su población, según el censo de 1819 á que se refiere el señor de Miñano en su Diccionario, asciende á 165,941 vecinos ú 829,705 habitantes; aunque el mismo señor de Miñano dice que por relaciones recibidas y que conserva, puede regularse un tercio más. Se divide Cataluña en 13 corregimientos. Los principales pueblos de esta provincia, son: su capital, *Barcelona*, con 20,508 familias; además de la catedral y una colegiada, tiene también 82 iglesias, 26 conventos de religiosos y 18 de religiosas; dos casas de congregación, del Oratorio y de las Misiones; tres beaterios, un seminario y un monte de piedad. Es ciudad episcopal, y su diócesis comprende 225 parroquias, con un clero numeroso. Hay además en Barcelona 6 hospitales, una casa de caridad y un hospicio. Las demás ciudades son: Tarragona, silla arzobispal, con unas 8,000 almas; Urgel, obispado de Lérida, id.; Gerona, id.; Solsona, id.; Vich, id.; Tortosa, id.; Figueras, Olot, Igualada, Reus etc. Riegan á Cataluña 26 rios, 10 de los cuales desembocan en el mar, siendo el Ebro el más considerable y muy importante para la navegación. Sus puertos en el Mediterráneo, son: Palamos, Cadaques, Rosas, Salou, Barcelona y Tarragona: sus montañas forman parte de la cordillera de los Pirineos, y sus ramas principales ó montañas secundarias, son: Mont-negre, Valgorguina, San Grau, Alsinelles, Requesens, Monseni y Montserrat, la más pintoresca de Europa por su configuración en forma de multitud de pirámides desiguales, ó peñones serrados, perpendiculares desde 20 á 160 pies de altura, separados entre sí y unidos á una base de 8 leguas de circuito. A proporción que se sube á la montaña, se ve cesar toda vegetación, y en la cima solo hay peñas peladas. En esta montaña se halla un célebre santuario de la Virgen de Montserrat, en el monasterio de benedictinos, lleno de preciosidades y muy concurrido de los viajeros y devotos. Habitan la aspereza de la montaña varios ermitaños en diferentes ermitas. Desde la de San Gerónimo, que es la que se halla en la cumbre, se descubre un inmenso horizonte. La parte Norte de Cataluña es sumamente fria por estar las montañas cubiertas de nieve: en lo demás, el clima es bastante templado. A pesar de la aspereza del terreno, produce algunos granos, aunque pocos, y á costa de mil afanes. Hay fábricas de tejidos de seda, encajes, sombreros, algodones, lino, cáñamo, papel, hierro y curtidos; en fin, es Cataluña la provincia más industrial, comerciante, de las más pobladas, y acaso de las más ricas de España. Hay en ella muchas salinas, jaspes, mármoles y otros minerales preciosos, minas de plomo etc. Los catalanes son valientes, ingeniosos, amantes de su patria y de su libertad. Antiguamente Barcelona tuvo sus condes; después se unió á Aragon, y últimamente á Castilla.

(28) *Avesnes*: pequeña, pero fuerte ciudad de Francia, departamento del Norte (Hainaut), capital de una subprefectura, con un tribunal de primera instancia y 2,900 habitantes. Comercia en maderas y hublon ú hombrecillo, con el que se hace la cerveza.

(29) *Pisa*: antigua, grande, bella y fuerte ciudad episcopal de Toscana, capital del Pisanés, con un arzobispado. Ha decaído desde que los florentinos destruyeron esta república en 1406. Su población es de 18,000 habitantes. La catedral es gótica, adornada de pinturas, bajos relieves, y sostenida por columnas antiguas, cerrándose con tres soberbias puertas de bronce. Al lado está la *Campanilla*, torre redonda de mármol, formada de siete órdenes de columnas, cuya altura es de 90 pies, y la inclinación de 13. Se admira también el

Campo santo ó cementerio, que es una especie de patio ó plaza espaciosa, rodeada de un pórtico gótico, muy ligero, de 60 arcos adornados de mármol y de pórfido. Sobre las paredes está pintada al fresco una parte del Antiguo Testamento. Comercia Pisa en flores artificiales muy estimadas. A una legua hay unos baños calientes, muy cómodos. Está la ciudad dividida en dos por el río Arno, rodeada de lagunas, y con tres fuertes á una legua del mar, 4 de Livorno y 17 de Florencia. Es patria del célebre astrónomo Galileo.

(30) *Cantorbery*: ciudad muy antigua de Inglaterra, capital del condado de Kent, con un arzobispado primado, y primer Par de todo el reino. San Agustín, apóstol de Inglaterra, fue su primer obispo. Está situada la ciudad sobre el Stour, á 6 leguas de Douvres y 18 SE. de Lóndres.

(31) *Ravena*: antigua y muy célebre ciudad de Italia, capital de la Romanía, con un arzobispado, dos academias, muchos colegios, y muy bellas iglesias, adornadas de escelentes pinturas, y 47,000 habitantes. Longin estableció en esta ciudad la silla del Exarcado en 568. Pepino, rey de Francia, la hizo ceder al papa. Gaston de Foix ganó cerca de Ravena una célebre batalla en 1512. Fábricas de pasta de Italia, jabon y vidriería. Comercia en trigo, jabon y quincalla. El terreno es agradable y fértil, pero pantanoso. Está á una legua del mar. Cerca de él se ve el mausoleo del Dante.

(32) *Besanzon*: antigua y bella ciudad de Francia, capital del Franco-Condado (Doubs), con una buena ciudadela sobre una roca. Cabeza de prefectura, tribunal ó audiencia (*courroyal*.) Tiene academia de ciencias y bellas letras, colegio real y 28,000 habitantes; industria y comercio, relojería, quincalla, muselinas y otras telas. Luis XIV se hizo dueño de esta ciudad en 1674. Se ven en ella muchos restos de antigüedades. Es patria del historiador Millot, y dista 102 leguas SE. de Paris.

(33) *Nazaret*. (Véase *Palestina*.)

(34) *Beauvais*: ciudad considerable de Francia, capital de la provincia del mismo nombre, y actualmente del departamento del Oisa. Tribunal de primera instancia y de comercio, y 12,800 habitantes de poblacion. Tiene una sociedad de agricultura y manufacturas de tapices é indianas, y fábricas de otros muchos géneros y artículos de comercio. El duque de Borgoña sitió en vano esta ciudad en 1742 con un ejército de 80,000 hombres. Las mugeres, bajo la conducta de Juana de Hachette, se distinguieron é hicieron prodigios de valor en este sitio. Es patria de Villant, Lenglet-Dufresnoy, Mesenguy, Restaut, Preville. Está situada Beauvais sobre el Therain, á 14 leguas S. de Amiens, 15 EN. de Roan, y 16 N. de Paris.

(35) *Salisbury*: una de las mas bellas ciudades de Inglaterra, capital del condado de Wilts. La catedral tiene el mas hermoso campanario del reino, y se concluyó en el año de 1358. Su longitud es de 450 pies, su latitud de 73, y la altura de la bóveda de 76. Tiene fábricas de franelas muy estimadas y encajes.

(36) *Belen* ó *Bethleem*: ciudad en Palestina, muy célebre por el nacimiento de Jesucristo. En el dia es un miserable lugarejo sobre una montaña á dos leguas de Jerusalem, en un suelo escelente con una bella iglesia de los cristianos latinos. Se llamaba *Ephrata* para distinguirla de otra Bethleem que estaba á diez leguas NO. de Genesareth.

INDICE

DE LAS MATERIAS Y LIBROS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

	Págs.
PRÓLOGO del autor.	I
ADVERTENCIA.	V
FRAGMENTOS DE LA MATILDE.	VII
LIBRO PRIMERO.	5
LIBRO SEGUNDO.	42
LIBRO TERCERO.	52
LIBRO CUARTO.	64
LIBRO QUINTO.	69
LIBRO SESTO.	87
LIBRO SÉTIMO.	102
LIBRO OCTAVO.	115
LIBRO NOVENO.	132
LIBRO DÉCIMO.	155
LIBRO UNDÉCIMO.	173
LIBRO DUODÉCIMO.	190
LIBRO DÉCIMOTERCIO.	225
LIBRO DÉCIMOCUARTO.	246

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	<u>Págs.</u>
Portada	
Lámina 1. ^a —Declaracion de Selim á Matilde junto al sepulcro de Malek-Adhel.	51
Lámina 2. ^a —Selim salva á Matilde del furor de las llamas.	26
Lámina 3. ^a —Matilde desecha las proposiciones del obispo de Nicosia.	146
Lámina 4. ^a —Combate de Selim y Lusiñan.	184
Lámina 5. ^a —Despedida de Selim-Adhel y Matilde.	226

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740380107

Elema

8



